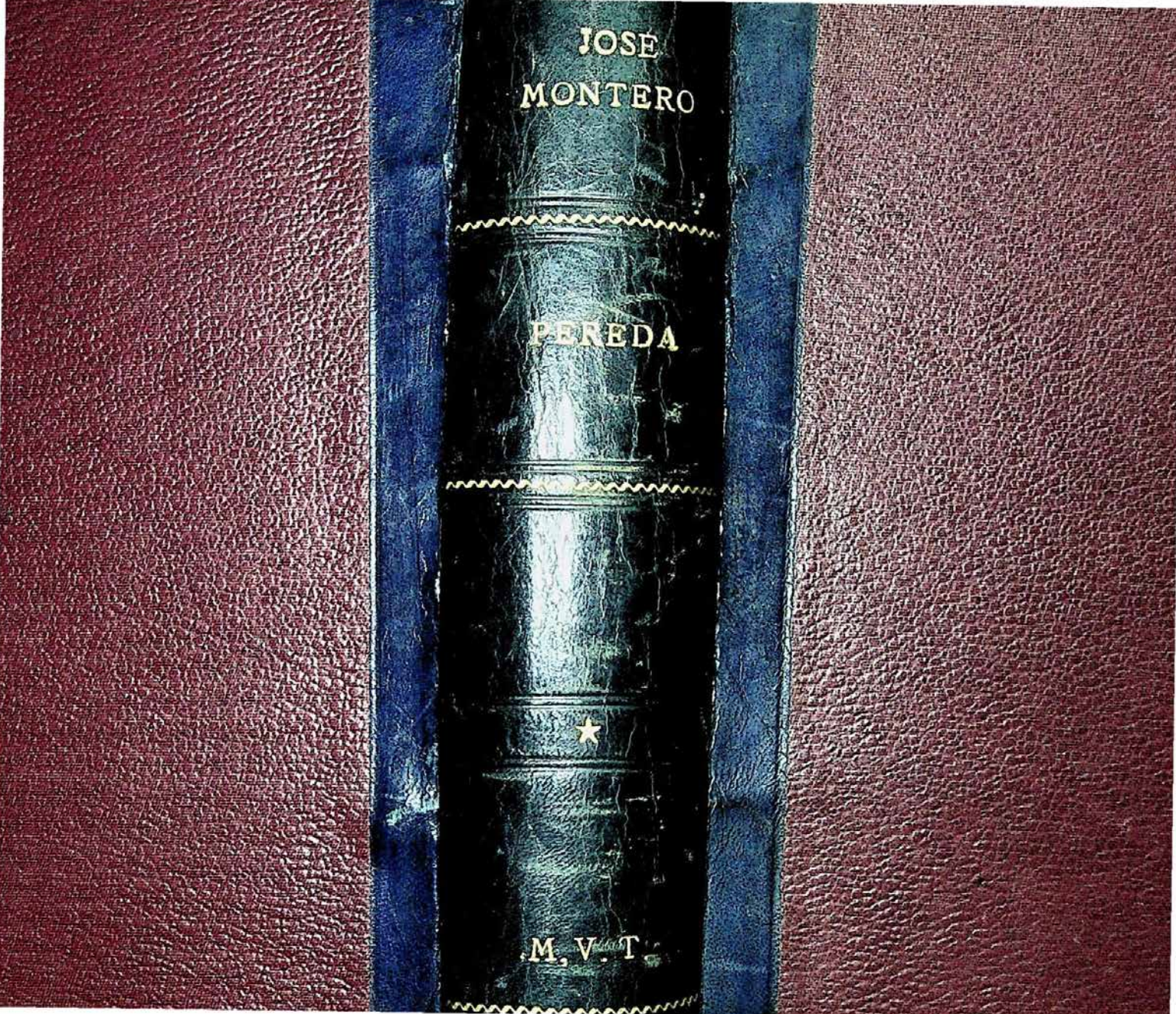

JOSÉ
MONTERO
PEREDA
M. V. T.

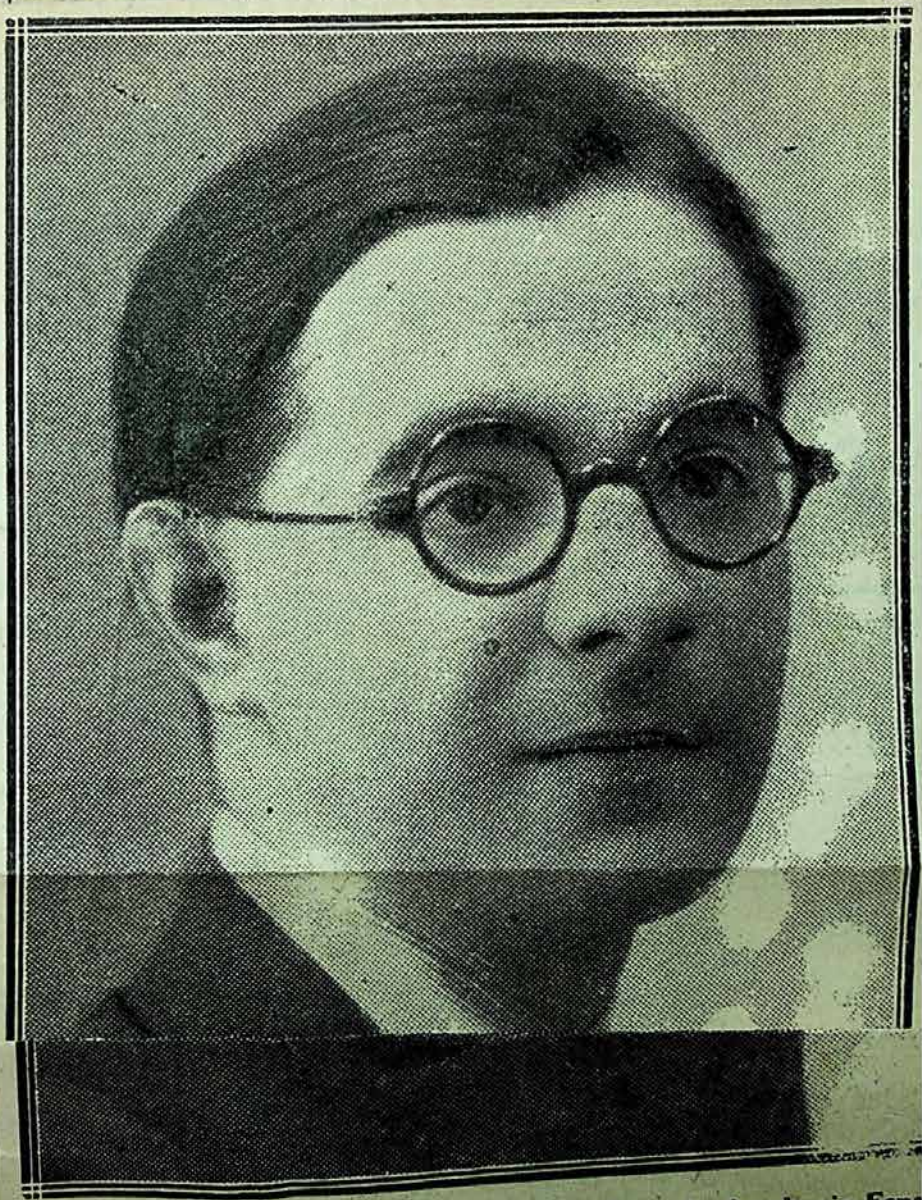
Le han llamado el alcalde de Polanco y que tiene mucho gusto en que valla a Polanco, ha los actos de Pereda que empezarán a las 11 de la mañana.

Para D. Manuel Velasco Flores

D. Manuel Velasco T.

—La aplaudida tiple señorita Gay, que tantas simpatías cuenta en Santander, no sólo por artista, sino por su amable trato, bondad y excelentes prendas morales, se ha retirado definitivamente de la escena.

Y esta decisión obedece á que dentro de breves días contraerá matrimonio con el estimable joven santanderino don Luis González Domenech, inteligente y laborioso jefe de administración de la Sociedad Nueva Montaña. 2 1/7/35



El periodista don José Montero Alonso, al que la Academia Espa
ñola ha concedido el Premio Chirel 1-I-24.

El señor Montero Alonso une este nuevo galardón a los varios
ha conquistado ya en los más importantes concursos nacionales. El P
mio Chirel, que la Academia Española acaba de conceder a este jov
y brillante periodista, se adjudica cada cuatro años. Versaba en este
timo sobre el tema "Artículos de crítica literaria".

Obras de José Montero

SOLEDAD

LA SOMBRA DE OTELO

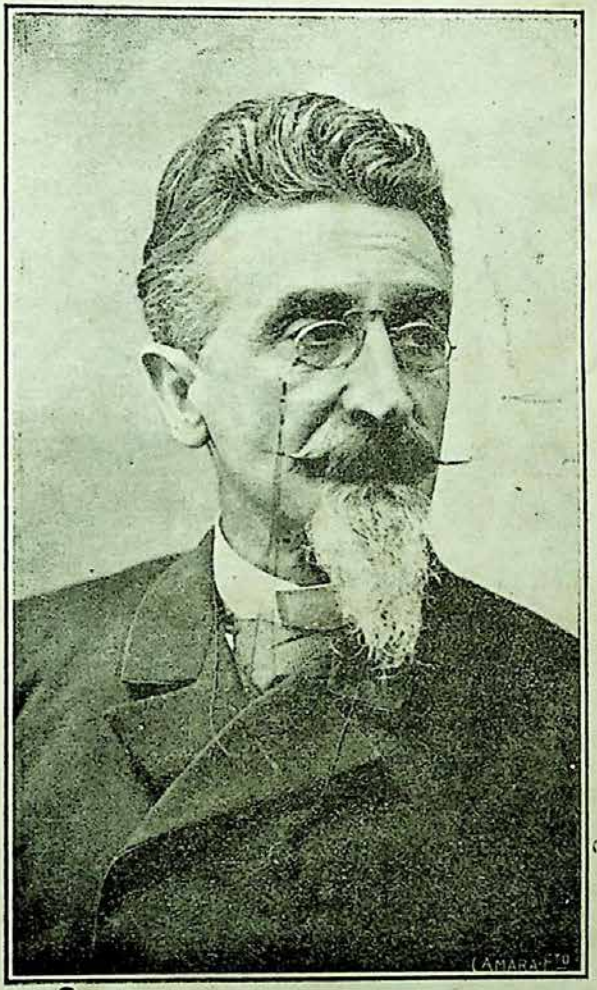
CARNE Y MÁRMOL

EL SOLITARIO DE PROAÑO

YELMO FLORIDO (con ilustraciones de Alcalá del Olmo, Antequera Azpiri, Ferrer, Güell, K-Hito, Marín, Ribas, Tito, Varela de Seijas y Verdugo Landi).

EN PREPARACIÓN

EL SOLITARIO DE PROAÑO (Segunda edición, considerablemente corregida y aumentada).



El Ingenioso Hidalgo don José María de Pereda.

José Montero

PEREDA

Glosas y comentarios de la vida y de los libros del Ingenioso Hidalgo montañés.

MADRID
IMP. DEL INSTITUTO NACIONAL DE SORDOMUDOS Y DE CIEGOS
Paseo de la Castellana, núm. 69
1919

Al Doctor Luis Castillo

Eran los días lentos del Invierno. Encadenado por un mal angustioso, me consideraba vencido. La ilusión y la esperanza, sempiternas compañeras del hombre, no estaban ya a mi lado. Habían huído, como blancas palomas desbandadas por la certera piedra del hondero. Jamás, como entonces, sentí tan profundamente el amor a la tierra, tal vez porque presentía el calor del regazo que, como madre, nos ofrece al término de nuestro tránsito por la vida. Como nunca, palpitó también mi corazón por la Montaña, la región de los blandos paisajes, coronada de nieblas y arrullada constantemente por los sones de sus robledas y la música de sus aguas. Me acompañaba el recuerdo de sus valles húmedos y apacibles y oreaba mi frente, como un viento lejano y saludable, la dorada visión de sus mieses. Dime a leer con juvenil afán los libros de los poetas de Cantabria, los amados libros que guiaron mi mocedad, algunos de los cuales, según el juicio soberano de la más alta crítica, pasarán por clásicos cuando los

españoles volvamos a aprender el castellano. Tras de la prosa noble y elegante de Juan García, *los dulces y armoniosos romances de Enrique Menéndez... Y a lo último, como supremo deleite espiritual, las bizarras páginas de Pereda, las más originales y más castizas y las más encendidas de amoroso calor al terruño nativo.*

Una vez más fueron encanto y regocijo mío las novelas del insigne maestro montañés. Al acabar su lectura, sentí el deseo de escribir este libro, que en aquellas horas de inquietud y de angustia, igual podía ser saludo de quien se acerca a la tierra amada, que postrera despedida al alejarse de ella para siempre. Difícil y costoso era el empeño, superior sin duda a mis fuerzas y a mi voluntad; pero la nobleza de la intención me amparaba y la rectitud del propósito era mi guía. En todo caso, nadie podría regatearme el cariño que en él pusiera, ni desmentir el entusiasmo que movía a mi pluma. Tenía yo en cartera notas y apuntes; recuerdos y memorias, no me faltaban... Y aquí está el libro, acabado dichosamente, indigno por su pequeñez de la tierra y del hombre a quienes va consagrado, pero lleno de amor y empapado de sinceridad.

Quienes busquen en él un atisbo siquiera de crítica literaria, que lo cierren y pasen de largo. Jamás pensé en ello, porque sería un pueril intento, ya que el glorioso autor

de Sotileza *juzgado está definitivamente por quienes pudieron y supieron hacerlo. Me complazco en decir que no caigo yo en la pedantesca costumbre de hogaño, al modo de muchos parlanchines y ociosos, que ponen paño al púlpito y gritan desde sus tablas, porque si hablan quedamente no les escuchan. Este es un libro de fervor y de exaltación, de amor y de fe concebido y escrito a fuerza de nervios y corazón, con los ojos puestos en un pedazo de suelo que es para mí como un huerto bien florecido, y el pensamiento clavado en nombres y cosas que envuelven mi vida como una oleada de perfumes. Al hablar de Pereda, me interesaron siempre por igual el españolismo de su figura, la firmeza de su carácter, la integridad de sus costumbres y el mérito de sus obras. De todo ello he querido poner un poco en estas páginas, trayéndolo como ejemplo que pudieran imitar y como espejo en que podrían mirarse muchos astutos y mañosos de ahora.*

Sin la ciencia de usted, mi querido amigo; sin sus cuidados y atenciones; sin su optimismo juvenil, que me infundió la salvadora idea de vivir, imponiéndome a los avances del mal; sin su arte de curar, sin el aliento de su palabra, no se hubiera escrito este libro. Gracias a usted, mi cuerpo, casi vencido, salió de las tristezas del invierno y pudo recibir la caricia del sol de mayo; mi espíri-

tu confortado con la nueva esperanza, va recobrando la perdida serenidad y empieza a sentir las alegrías de la vida en sazón.

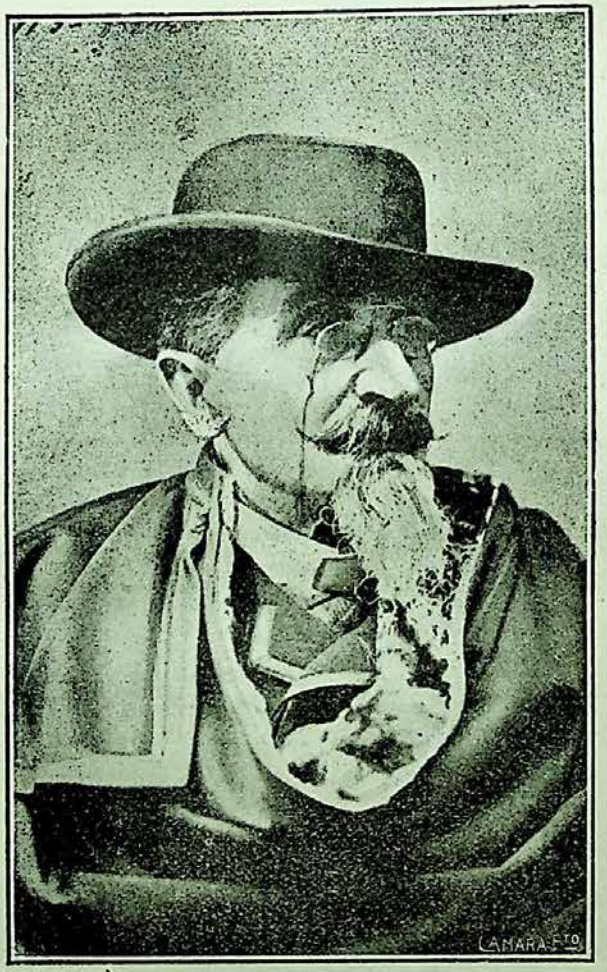
¿A quién mejor que a usted pudiera yo dedicar estas páginas? Acéptelas, pues, por un sincero testimonio de amistad y de gratitud. Ellas son el fruto de mis jornadas de convaleciente, penosas jornadas hechas en tristes horas de desaliento, viendo acabarse la tarde tras los montes azules y lejanos, y cuando no sabía si la luz de la nueva amanecida había de envolverme en sus resplandores.

De todos mis libros es éste el que más quiero, tal vez porque sus páginas fueron brotando en días dolorosos, cuando enfermo y cansado era el Arte el supremo refugio en que buscaba amparo. Porque tanto lo quiero, me atrevo a ofrecérsele a usted, pensando que el amor que en él puse, suple con mucho a los méritos que no tiene. Mírele, usted, doctor, con simpatía y con indulgencia.

JOSÉ MONTERO

Real Sanatorio del Guadarrama (Madrid), abril de 1919.

LIBRO PRIMERO



El Teniers de Cantabria.

I

El Teniers cántabro

En mi memoria vive, grabada a fuego, la castiza figura de este ilustre varón, montañés por su nacimiento, insigne por sus letras y cristiano por sus costumbres, que se llamó en el mundo y se llama en la Inmortalidad José María de Pereda. Por su aspecto exterior, lo mismo que por la recia contextura de su espíritu, fué en la vida mortal el arquetipo de una casta de hidalgos ya desaparecida. Era de noble y grave continente, mediano de talla, enjuto de carnes, recio de tronco y hermoso de cabeza. Tenía la color de avellana, correcta la nariz, alta la frente, velados los ojos, bigote bien poblado y de altas guías, perilla larga y ancha, entrecana como el mostacho... La melena rebelde, se encrespaba bajo el chambergo derribado airosamente so-

bre la sien. Vestía pulcramente, sin rendirse a las tiranías de la moda, sino a lo que le ordenaban la limpieza y la holgura. A veces se abrigaba con la capa española, que llevaba con gentileza, y entonces acababa de dar a su persona el aire de un antiguo caballero de Castilla. Robusto y musculoso, parecía labrado en madera de un roble montañés de buena veta. Era miope como Quevedo, y después de Cervantes nadie escribió mejor que él.

Su bizarra figura pedía para el cuello la rizada gorguera del siglo de los Felipes; una tizona toledana para su mano, la cual, por ser tan firme, hubiérala sostenido tan en alto como la pluma; para su cuerpo la gaiana ropilla, los acuchillados gregüescos y las botas de ante. Parecía arrancado a una comedia de Lope o a un drama de Calderón, y Velázquez pudo pintarlo, bien seguro de que el lienzo sería tan famoso como son los del Rey, su señor, y los de príncipes, bufones, meninas e hilanderas. Un pintor de su tiempo le retrató vestido a la antigua usanza; y cuando Pérez Galdós, su grande amigo, vió la pintura, dijo que era necesario darle el tratamiento de *usarcé*. Así lo escribió luego el glorioso maestro en el prólogo que compuso para uno de los más celebrados libros del novelista montañés. Y así era la verdad. Porque Pereda, tenía por la nobleza de su gesto y por la integridad de su carácter, el valor de una figura histórica, y parecía un poeta redivivo de nuestro Siglo de Oro, uno de aquellos príncipes de nuestras Letras, que pulieron y abrillantaron el idioma, engarzando sus palabras en períodos llenos de armonía y de majestad.

Recuerdo haberle visto algunas veces descansando de su paseo matinal en la tienda de óptica que Roberto Basañez, un industrial con alma de artista—*rara avis*—, tenía en la calle de la Blanca, una de las más típicas y bulliciosas de la capital montañesa. En otro tiempo, Pereda era asiduo visitante y contertulio de la guantería de Juan Alonso, abierta en el número 9 de la misma calle y popularizada por él en un artículo que fué incluído en los *Esbozos y rasguños*. Aquel *círculo charlamentario* era «la cátedra de todos los gustos, el púlpito de todos los doctores, la escuela de todos los sistemas..., la tribuna de muchos pedantes; la escena, en fin, donde se exhiben, en toda libertad y sin mutuo riesgo, las rosas y las canas, la bilis y la linfa, el fuego y la nieve, el gorro y los blasones, el frac y los manteos»... Por la vieja tienda santanderina, muestrario de todas las novedades y almacén de los géneros más diversos, desde los guantes de piel al paquete de velas, y desde el frasco

de perfume al ovillo de cinta, pasaba a cualquiera hora del día toda noticia y comentario de la vida local, llevados por el desocupado rentista, el marino en tierra, el canónigo teólogo, el tabernero de la esquina y el boticario de la acera de enfrente. Pero aquel mentidero casi glorioso, murió como mueren todas las cosas de la tierra. Recogió su tradición literaria la tienda de Basañez, que andando el tiempo fué Parnasillo al que acudían artistas y poetas montañeses o que en Santander hacían jornada. En el menguado espacio donde el óptico artista repartía sus admiraciones entre Laplace y Garcilaso, se planeaban novelas y se decían versos. Cuando Ricardo León andaba por las tierras santanderinas, se leyeron en el Parnasillo de la calle de la Blanca algunas de las admirables páginas de *Casta de Hidalgos*. Aguirre y Escalante, el poeta del mar, heredero y continuador de una gloria literaria, muerto en plena edad juvenil, leyó sus impresiones sentimentales por las áridas tierras castellanas de santos y de héroes; el doctor don Angel de Castanedo, también muerto en la flor de su mocedad, solía decir cómo debemos apartarnos de la soberbia y vanidad humanas y buscar el consuelo en nuestro espíritu y en los espíritus de los muertos; Luis Barreda recitó muchas deliciosas estrofas

de su *Valle del Norte;* Enrique Menéndez Pelayo dió a conocer algunas de las bellas páginas de *La Golondrina;* Ramón Solano hizo hablar galanamente a su musa... ¡Cuántas excursiones se planearon allí a las villas montañesas, que son refugio del arte y de la historia de los siglos lejanos! Mientras Federico de Vial, el bibliófilo aristocrático, y Julián Fresnedo, el incansable andariego por tierras de Cantabria, hablaban de sus libros y de sus viajes, un pintor o un poeta decía el elogio de Velázquez o de Gutierre de Cetina.

Pues en este apacible Parnasillo, ya desaparecido, porque la tienda fué llevada a otro local más blanco y más alegre, solía detenerse Pereda, como antes se detuvo en la guantería de Juan Alonso. Había llegado a la cúspide de la gloria y ya era el épico cantor de la raza, el poeta del mar en *Sotileza* y de las cumbres en *Peñas arriba*. Andaba pausado y grave, con aire señoril y desenvuelto, abstraído en las bellezas de su vida interior, velado su hermoso rostro, enérgico y varonil, bajo las amplias alas del chambergo. El respeto y la admiración de las gentes le acompañaban y seguían. Una invencible fuerza evocadora refrescaba el recuerdo de los héroes que tienen vida en sus libros, y en un instante se levantaban en la imaginación las figuras arrancadas

al mármol inmortal de las canteras montañesas: los nobles y orgullosos hidalgos, las hembras recias y fecundas, los jándalos locuaces y pintorescos, los indianos ostentosos y relamidos, los toscos labriegos llenos de malicias, los viejos marineros curtidos por el azote de las galernas... Y mientras él se alejaba, con la rítmica gravedad de su paso, alzando la bizarría de la cabeza sobre la robustez del tronco bien formado, las gentes que le admiraban, decían por lo bajo: —Pereda... ¡Ahí va Pereda! Y querían decir que con Pereda desfilaba toda la raza, con sus altas virtudes y sus grandes merecimientos, hecha piedra, ritmo y color en las páginas de muchos libros celebrados y famosos.

Un día—lejano día de juvenil romanticismo—vi al maestro en su casa. Vivía Pereda en una con aires de palacio, en la calle de Hernán Cortés. Mis pasos vacilantes de poeta obscuro subieron la escalera, con la emoción de un niño que entra en un recinto de hadas. Se abrió la puerta, que yo me imaginaba dorada y deslumbrante como la de un quimérico alcázar, atravesé un pasillo a media luz, y me vi a poco en un amplio despacho. De pie, tras de la mesa bastante limpia de papeles, se me apareció Pereda, con su cara de coronel de reemplazo, según él mismo se atribuye en un capítulo de *Nubes de estío*, torvo el gesto y rebelde la melena, observando mi encogimiento de colegial al través de los cristales de sus lentes.

Me asaltó el temor de ser reo de un delito de profanación y me consideré culpable de haber turbado el reposo de un ogro legendario, de uno de esos seres monstruosos, grifo o dragón, mitad león y mitad águila, que duermen en imaginarias cavernas guardando fabulosos tesoros. ¡Cristo, qué instante más amargo! Sentí muy hondo el dolor del arrepentimiento y me abrasó repentinamente una idea de venganza contra un pobre sastre, ridículamente romántico, que me había empujado a tan infeliz aventura. Cuando me repuse, balbucí unas palabras y puse ante sus ojos un mamotreto. Eran los versos de los veinte años, llenos de nobles exaltaciones, rebosantes de lirismo ingenuo, inocentes a fuer de sinceros, que pretendían someterse al severo juicio de la más alta autoridad literaria de la Montaña, que por serlo también de España entera, era famosa, respetada... y temida. ¡Tormento horrible el de verse por vez primera ante tan justiciero tribunal! Pereda recogió mi súplica; tomó de mis manos el pesado manuscrito—más de un kilo de ripios, ¡horror de los horrores!—; lo miró

mientras dibujaba en sus labios una sonrisa diabólica... y se quedó con él, para leerlo en un plazo de ocho días.

—¡Plazo breve y perentorio!—pude yo decir, como don Juan, temeroso de un castigo tan atroz como el del infierno. Por Dios, que pensé no volver a visitar al maestro, renunciando de por vida a tantos gramos de ripiosas quintillas; pero el pobre sastre romántico me desvanecía con sus consejos; y llegado el término del plazo hube de turbar nuevamente el sosiego del poderoso dragón en cuyas garras me había metido.

¡Vanos temores! Pereda había probado su abnegación y su heroísmo metiéndose en el mar de ripios que se encrespaba en mis cuartillas; había señalado con cintas de papel las más peligrosas canales poéticas, a modo de faros que orientaran a futuros «navegantes de la lectura», y hasta llamó expertamente mi atención sobre las peñas de la costa contra las cuales podía romperme en dos pedazos, yéndome a pique. No se contó en aquella visita el viejo cuento de «no hay tales carneros». Y al salir yo a la calle, pobre poeta sin ventura, llevaba en los oídos la grave afabilidad del autor de *Peñas arriba*, manifestada en palabras alentadoras que sonaban como una música dulcísima, a cuyo arrullo sentía nacer en

mi pecho la flor de una esperanza. ¡Bendito romanticismo el del pobre sastre, que me dió ocasión de escuchar tales palabras, sabe Dios si piadosas o compasivas; pero que tenían el grato murmullo del agua fresca y cantarina manando y despeñándose desde la altura!

A pesar de la nobleza de su perfil, la gravedad del gesto y la fijeza de la mirada hacían ser la cara de Pereda de las que el vulgo llama «de pocos amigos». Tenía, además, fama de ser huraño y aun de caer frecuentemente en pecado de altivez. Así lo supusieron algunas veces periodistas de circunstancias metidos en andanzas y embrollos de psicología. Uno de sus grandes amigos dijo en una semblanza, modelo en este género literario, que el aislamiento en que vivía le robaba acaso algo de la ductibilidad que, sin perjudicar a la firmeza, debe tener el buen acero. Quizás contribuyó a la fama de su carácter la neurosis que padecía, cuya patogenia había que buscar en la hiper-agudeza de su ingenio. En el segundo capítulo de *Nubes de estío*, en aquel primoroso diálogo sostenido en el café de la ciudad costeña por el señor de la cara hosca, que es el propio Pereda, y Casallena, el médico, ha dejado el maestro una cabal descripción de su neurastenia. ¡Cosa amarga debía ser, porque lo mismo era dormirse que caer en un despe-

ñadero! En sus sueños de neurasténico había «golpes que contunden, y carreras vertiginosas, y cornadas de toros desmandados, y coces de caballerías, y casas incendiadas sin puertas por donde huir, y riñas a gritos con las personas más queridas, y deslealtades de amigos... todo lo que más duele y más fatiga en el cuerpo y en el alma». Casallena padecía también por aquellos días de la novela entre las garras de la neurosis; y describiendo sus sueños atormentados decía que, apenas los atrapaba, sentía una horrorosa sacudida que le alcanzaba de la cabeza a los pies y parecía levantarle a una altura de dos metros sobre la cama, rígido y en una pieza, lo mismo que un tablón. Luego, «a medida que se acentuaba la sobreexcitación... —así seguía hablando Casallena—iba entrándome por la misma punta de los pies una especie de hormigueo cosquilloso de lo más inaguantable; este cosquilleo avanzaba cuerpo arriba, y, a cada paso de su invasión, se hacía más irritante; en la región del pecho, era manojo de ortigas; entre el colchón y la espalda, vidrio pulverizado, y entre las barbas, ¡oh! entre las barbas le juro a usted que no se podía resistir: lo mismo que si me las fregaran con un cepillo de alfileres punta afuera». Pues todo aquello era, según la «autorizada» opinión del maestro, «el alfa de la

cosa; la primera estación del calvario a cuya cima han llegado ya otros mártires con la pesada cruz a cuestas». Calcúlese lo que padecería con sus nervios el novelista montañés, que era, según su amigo el médico, el ejemplar más rico de variedades morbosas de que él había tenido noticia.

No le atacaban los dolores nerviosos como en la tarde del palique con el médico Casallena, cuando yo le visité en su casa de la calle de Hernán Cortés con mi libro de versos. Sí tenía en el rostro la inquietud del mar de Cantabria y su frente parecía cargada de plomizos celajes; pero ni en la gravedad de su gesto ni en el acento de sus palabras, pude ver el ogro que yo temía. Ni siquiera se asombró de mi audacia, y desde entonces, se grabaron su nombre y su figura en mi corazón, tan hondamente, que a nadie cedo el puesto en reverenciar su memoria ni en admirar sus libros. ¡Acaso sin el aliento de su voz, no andarían por el mundo los pobres versos que han sido luz que alumbró mi acongojado espíritu, en largas horas de soledad y pesadumbre!

Pasaron algunos años. El mal hincó la garra en Pereda, abatiendo su cuerpo, mas no nublando su razón. Muchos días le vi pasar camino de su casa. Aprovechaba el maestro

el tibio ambiente de las mañanas soleadas y salía a pasear muy despacio, con inseguro andar, encorvado el busto al peso de sus males y apoyándose penosamente en el brazo de alguno de sus hijos. Cuarteaba el tronco, medio vencido por la hemiplejia; pero aún se erguía la hermosa cabeza de cabello rebelde y aún estaba libre la mano que trazara las páginas de *La Puchera*. El poeta lo dijo: la mano que escribió *Sotileza*, respetada fué por el mal, como lo fué por la bala de Lepanto la que escribió el *Quijote*.

No se rendía fácilmente aquel cuerpo que era tan duro y sano como el roble que se alzaba en la *Cajigona* y llevaba dentro un espíritu de tan buena veta como la del soberbio ejemplar del árbol montañés. El mal le ponía en las plantas zarzas que le arañaban, y el musgo y la yedra le invadían el tronco; pero él resistía bravamente los huracanes, bamboleándose a su empuje sin dar en tierra, porque era, como el roble de su novela, de lo mejor de la casta. El rostro conservaba su sello de nobleza; los recios bigotes seguían empinados gallardamente, como los de un mosquetero, y el chambergo de amplias alas se sostenía con gentileza castellana, con la misma gracia de otro tiempo en que el hidalgo montañés pedía para su figura la rizada

gorguera y la ropilla acuchillada del siglo XVII. Viejo y enfermo, Pereda reinaba en la Montaña, desde el mar a las crestas de los lejanos montes, en la mies y en la playa, en los plácidos valles y en las rumorosas rompientes, porque su arte lo abarcaba todo y tenía por trono el paisaje entero, como la cajiga de Cumbrales: los zarzales del campo, la grieta de un peñasco, la orilla del río, la sierra calva, la loma del cerro y el fondo de la cañada. Era algo así como síntesis y compendio de la tierra nativa, representación de toda una época y símbolo artístico de toda una raza. Alentaban en él las altas virtudes que fueron gala del Solitario de Proaño, las austeras soledades en que había vivido don Lope del Robledal de los Infantes de la Barca, la bondad de don Román Pérez de la Llosía, el patriarca de Coteruco, y la fe de don Celso Ruiz de Bejos, el señor de Tablanca. Descendía del mismo histórico solar y estaba tallado en el mismo bloque. Era el último resplandor de un sol que se ponía. Con su figura enérgica y castiza y con su carácter íntegro y firme, pasaban aquellos hidalgos que encerraron su vida en un pueblo de labradores o en una villa marinera, ennobleciendo con sus actos la propia existencia y poniendo sobre todas las cosas de la tierra la gloria del blasón,

por encima de cuyos cuarteles querían sólo ver los brazos de la Cruz.

Por su posición, por su talento y por su figura pudo Pereda brillar en los dorados salones del mundo cortesano. No alcanzó tiempos en que los próceres de la aristocracia y el dinero rendían su elegancia y su orgullo a los artistas, como en los siglos clásicos; pero aún solían pisar las mullidas alfombras y pasearse bajo suntuosos artesonados, entre sedas y terciopelos, los cultivadores del arte, porque no era moda cerrar las puertas de los palacios a sabios y poetas para abrírselas a toreros, cupletistas y danzantes. Todavía era de buen tono rozarse con la levita de un escritor, y no con las gasas y lentejuelas de una danzarina.

Pereda, sin embargo, no ambicionó aquel falso brillo, ni intentó adornarse con él. Nacido en pleno campo y educado en las apacibles y serenas costumbres de una ciudad de hidalgos, comerciantes y marineros, repugnaba la vida artificial de las estancias aristocráticas. A los timbres y fastos heráldicos, prefería las hermosuras de la Naturaleza, y más que de los concertados sones de una orquesta gustaba de los bramidos del mar y del azote libre de los vientos. Su carácter original e independiente no se avenía con las mentiras y convencionalismos de hogaño. Era señor por

el espíritu, además de serlo por sus orígenes, y necesitaba para vivir a su placer horizontes más amplios y cielos más altos y serenos que los de un salón cortesano. Y prefirió la tranquila y regalada existencia en su propia tierra, en la tierra de los soberanos paisajes de montes y de mar, para elevar el alma en la contemplación de las bellezas naturales y entretener las ociosas horas en escribir la epopeya de su raza.

Críticos y admiradores le llamaron muchas veces el Teniers cántabro, por la exactitud que ponía en la pintura de sus cuadros. El Teniers de Cantabria fué por la luz que irradiaba su pluma, semejante a un mágico pincel; pero también tenía en su paleta de artista las sombras de Rembrand y el colorido de Velázquez. Y supo hacer su nombre famoso, en España y fuera de ella, con muchas páginas admirables, que son y serán siempre honor de las letras españolas y encanto y regocijo de las Musas.

Casa natal del Ingenioso Hidalgo.

por encima de cuyos cuarteles querían sólo ver los brazos de la Cruz.

Por su posición, por su talento y por su figura pudo Pereda brillar en los dorados salones del mundo cortesano. No alcanzó tiempos en que los próceres de la aristocracia y el dinero rendían su elegancia y su orgullo a los artistas, como en los siglos clásicos; pero aún solían pisar las mullidas alfombras y pasearse bajo suntuosos artesonados, entre sedas y terciopelos, los cultivadores del arte, porque no era moda cerrar las puertas de los palacios a sabios y poetas para abrírselas a toreros, cupletistas y danzantes. Todavía era de buen tono rozarse con la levita de un escritor, y no con las gasas y lentejuelas de una danzarina.

Pereda, sin embargo, no ambicionó aquel falso brillo, ni intentó adornarse con él. Nacido en pleno campo y educado en las apacibles y serenas costumbres de una ciudad de hidalgos, comerciantes y marineros, repugnaba la vida artificial de las estancias aristocráticas. A los timbres y fastos heráldicos, prefería las hermosuras de la Naturaleza, y más que de los concertados sones de una orquesta gustaba de los bramidos del mar y del azote libre de los vientos. Su carácter original e independiente no se avenía con las mentiras y convencionalismos de hogaño. Era señor por

el espíritu, además de serlo por sus orígenes, y necesitaba para vivir a su placer horizontes más amplios y cielos más altos y serenos que los de un salón cortesano. Y prefirió la tranquila y regalada existencia en su propia tierra, en la tierra de los soberanos paisajes de montes y de mar, para elevar el alma en la contemplación de las bellezas naturales y entretener las ociosas horas en escribir la epopeya de su raza.

Críticos y admiradores le llamaron muchas veces el Teniers cántabro, por la exactitud que ponía en la pintura de sus cuadros. El Teniers de Cantabria fué por la luz que irradiaba su pluma, semejante a un mágico pincel; pero también tenía en su paleta de artista las sombras de Rembrand y el colorido de Velázquez. Y supo hacer su nombre famoso, en España y fuera de ella, con muchas páginas admirables, que son y serán siempre honor de las letras españolas y encanto y regocijo de las Musas.

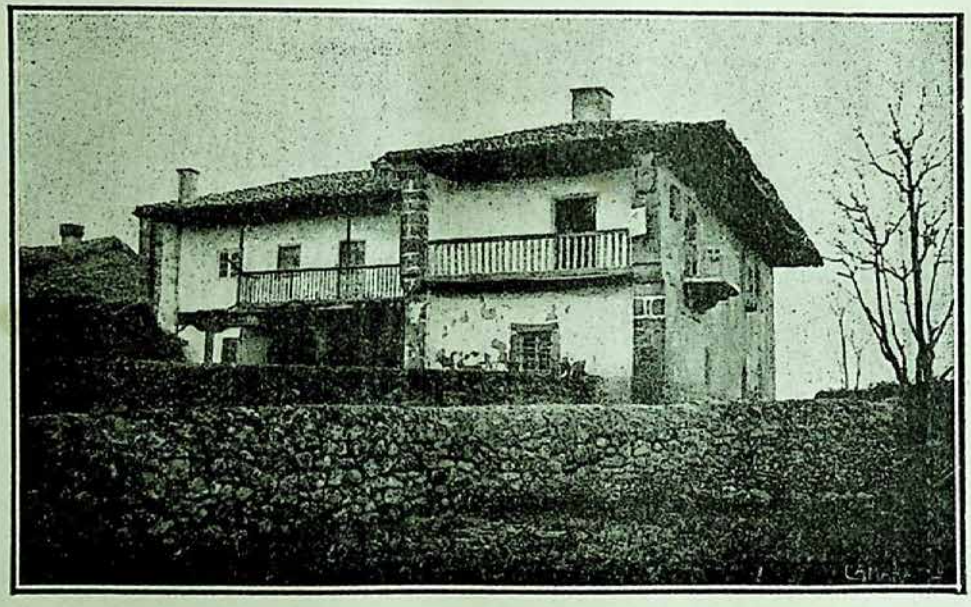
por encima de cuyos cuarteles querían sólo ver los brazos de la Cruz.

Por su posición, por su talento y por su figura pudo Pereda brillar en los dorados salones del mundo cortesano. No alcanzó tiempos en que los próceres de la aristocracia y el dinero rendían su elegancia y su orgullo a los artistas, como en los siglos clásicos; pero aún solían pisar las mullidas alfombras y pasearse bajo suntuosos artesonados, entre sedas y terciopelos, los cultivadores del arte, porque no era moda cerrar las puertas de los palacios a sabios y poetas para abrírselas a toreros, cupletistas y danzantes. Todavía era de buen tono rozarse con la levita de un escritor, y no con las gasas y lentejuelas de una danzarina.

Pereda, sin embargo, no ambicionó aquel falso brillo, ni intentó adornarse con él. Nacido en pleno campo y educado en las apacibles y serenas costumbres de una ciudad de hidalgos, comerciantes y marineros, repugnaba la vida artificial de las estancias aristocráticas. A los timbres y fastos heráldicos, prefería las hermosuras de la Naturaleza, y más que de los concertados sones de una orquesta gustaba de los bramidos del mar y del azote libre de los vientos. Su carácter original e independiente no se avenía con las mentiras y convencionalismos de hogaño. Era señor por

el espíritu, además de serlo por sus orígenes, y necesitaba para vivir a su placer horizontes más amplios y cielos más altos y serenos que los de un salón cortesano. Y prefirió la tranquila y regalada existencia en su propia tierra, en la tierra de los soberanos paisajes de montes y de mar, para elevar el alma en la contemplación de las bellezas naturales y entretener las ociosas horas en escribir la epopeya de su raza.

Críticos y admiradores le llamaron muchas veces el Teniers cántabro, por la exactitud que ponía en la pintura de sus cuadros. El Teniers de Cantabria fué por la luz que irradiaba su pluma, semejante a un mágico pincel; pero también tenía en su paleta de artista las sombras de Rembrand y el colorido de Velázquez. Y supo hacer su nombre famoso, en España y fuera de ella, con muchas páginas admirables, que son y serán siempre honor de las letras españolas y encanto y regocijo de las Musas.



Casa natal del Ingenioso Hidalgo.

II

De Polanco a Santander

REINABA el señor don Fernando VII, el «chispero infame y manolo indecente» de Castelar, y era ministro y hacía de las suyas, don Francisco Tadeo Calomarde. Se ocultaban los *negros* donde podían, para librarse de las persecuciones de Fernando, y el pueblo soñaba con unas blancas manos de mujer que se alzasen en el trono como un sol de piedad. Ya había recibido en la horca el premio a sus heroicos servicios el famoso guerrillero don Juan Martín y había padecido el más horrible de los suplicios el héroe de las Cabezas de San Juan. La sangre de Torrijos había ensangrentado la playa azul de Málaga, y Mariana Pineda había entregado su cuello al verdugo en una plaza granadina. El grito de Bolívar hallaba eco en el pecho de San

Martín, el argentino, y después de Ayacucho perdía España su dominio en los lejanos países de América. Y a todo esto, malos copleros y poetas chirles, bajo la extravagante jefatura de Rabadán y Delicado, sahumaban a Fernando y bebían, dando el ejemplo el infeliz Alenza, buenos tragos de vino de la Mancha a la salud del Rey excelso, magno, pío, justo, munífico y Séptimo.

Era entonces Polanco, el apacible lugar santanderino, un pueblo adonde acaso no llegaban los resplandores de la hoguera de odios en que ardía España, ni los sones de las coplas que entonaban los mansos poetas a las munificencias de su Rey. La vida se deslizaba allí tranquila y patriarcal, sin que luchas ni pasiones la perturbasen, más dulce y sosegada que en Coteruco, antes de la llegada de Lucas, de las ambiciones de don Gonzalo y de los manejos de Patricio Rigüelta.

En Polanco vivía santamente el matrimonio que formaban don Juan Francisco de Pereda y Haro, en aquel mismo lugar nacido, y doña Bárbara Sánchez de Porrúa, que era natural de Comillas, la linda villa de la costa. Procedían los dos de familias de ilustre origen y desahogada posición. Habían fundado su hogar, cuando el marido tenía diez y ocho inviernos y la mujer contaba solamente

quince abriles. Ambos eran muy respetados, lo mismo por su abolengo que por sus costumbres. ¡Quién sabe si en la casa de los señores de Pereda, en Polanco, hubo escenas como aquellas que, andando los años, habíamos de ver en la cocina de don Román Pérez de la Llosía, en Coteruco!

Tuvo el matrimonio de don Juan Francisco de Pereda y doña Bárbara Sánchez de Porrúa, larguísima prole: llegaron a contar veintidós hijos entre hembras y varones. Fué el último de todos don José María, que nació cuando su madre pasaba ya de los cincuenta años, el 6 de febrero de 1833, cuando ya la Reina Cristina brillaba como sol de piedad desde las alturas del trono. Era don Juan Francisco hombre de claro entendimiento y apacible carácter, un poco aficionado a la política y algo dado a las prácticas de la Religión. Doña Bárbara era mujer de singular talento, de arraigadas virtudes, tan discreta como piadosa. Ya habían pasado, con el tiempo, las doctrinas de Maistre, que no concedían a la mujer más cultura que la que fuera propia de su sexo, y doña Bárbara sabía bastante más que hacer calceta, mover el huso y redactar una epístola familiar con mala letra y peor ortografía. Cultivaba su entendimiento leyendo los graves libros de nuestros místicos

y entretenía sus ocios repasando las páginas más insignes de nuestro Siglo de Oro. Así nutrió su espíritu con sentencias y consejos de Santa Teresa y Fray Luis, aprendió de corrido muchos donosos párrafos de nuestra áurea literatura y reflejaba la bondad de estas aficiones en el decoro de la conversación y en el estilo de sus cartas. Para satisfacer sus anhelos religiosos, gustaba de ir todos los años, con su esposo y la mayor parte de sus hijos, al convento dominico de las Caldas, para entregarse a ejercicios espirituales y a meditaciones piadosas. Dicen que en la iglesia del monasterio asistió a sus propios funerales, a imitación del César Carlos V en su retiro de Yuste.

Aires suaves balancearon, pues, la cuna de Pereda, en un ambiente de tranquilo bienestar. Algunos reveses de fortuna mermaron el caudal de la casa y pudieron llevar a ella alguna inquietud; pero el mayor de los hijos varones, don Juan Agapito, había sido enviado a América, y trabajando allí con tanta inteligencia como suerte, pudo enviar cantidades que rehicieron el capital y lo aumentaron considerablemente. Así, sin amarguras ni zozobras, transcurrieron para el futuro novelista los primeros años de la niñez, en Polanco y en la Requejada, viendo en sus padres el ejemplo que siguió toda su vida, desarrollando su cuerpo en

la libertad de los campos y formando su espíritu en prácticas tradicionales y religiosas que echaron en su corazón hondas raíces. Aquel ambiente de piedad, alcanzó con mayor razón a toda la familia, y una de las hermanas de Pereda vistió el sayal religioso en el convento de Santa Cruz, que es actualmente fábrica de tabacos en la capital montañesa, hasta que al decretarse la desamortización eclesiástica se vió forzada a abandonar la Santa Casa y a refugiarse con otras hermanas de religión en un humilde monasterio de Santillana.

Aún era Pereda niño, cuando sus padres dejaron Polanco y se trasladaron a Santander, buscando más amplio espacio para atender a la educación de sus hijos. En América seguía trabajando con suerte don Juan Agapito: las pomposas fragatas traían frecuentemente largos caudales del «indiano» y la casa marchaba viento en popa, favorecida por el mejor de los vientos. Don José María crecía sano y robusto, corriendo y jugando con otros «chicos de la calle», a las canicas, de piedra barnizada o de jaspe, de betún o de cristal, maravillas del género; al bote, *poniendo* plomos hechos de balas aplastadas o botones del *Provincial de Laredo;* a la pelota, con una de goma, cintas de orillo, bien forrada con la badana de un sombrero viejo; manejando el arco o el látigo, o cortan-

do varas de saúco en las huertas de Cajo y en los cercados de Pronillo, para hacer *tacos*, poniendo gran cuidado en que fueran *machos*, porque en siendo *hembras* ya no servían.

No eran aquellos juegos infantiles estos de hoy, ni siquiera los que Pereda veía en su ciudad por los días en que escribió sus *Reminiscencias*. Pasa el tiempo, y los entretenimientos de la infancia pierden su sencillez y los cantares callejeros su fragancia. ¡Oh, los encantadores romances de la Reina Mercedes, la princesa rubia agostada como una flor, y los ingenuos versos de Mambrú, el caballero ideal, que llevaba en el puño de la espada un pañuelo de encaje! Ahora se cantan en las plazas picarescas coplas popularizadas por las artistas de colorete y lentejuelas y se juega a los soldados con fusiles de acero y espadas bruñidas y relucientes. Con una hecha de un trozo de arco barrilero, sujeta en una abertura de los calzones que hacía oficio de tahalí, y con un fusil labrado de una astilla de cabretón, pulida trabajosamente con el cuchillo de la cocina, libraron los chicos de otro tiempo encarnizados combates en las calles y paseos santanderinos. En aquellas memorables contiendas luchó Pereda bravamente y se adornó con los galones de cabo primero en la compañía que mandaba el capitán *Curtis*. Hubo allí verdaderos alardes

de disciplina y de estrategia. Al tal *Curtis* ya le tiraba entonces la milicia y en ella se distinguió, andando el tiempo, bizarramente, pues llegó a ser el general don José Sáenz de Miera. Cuando era coronel y mandaba el regimiento de Valencia, se salvó milagrosamente de la catástrofe del Ebro al atravesarle, al frente de sus tropas, el 1.° de septiembre de 1880. Yo le conocí después siendo gobernador militar de la plaza de Santoña.

Perfeccionó Pereda los estudios de la primera enseñanza en la escuela de Rojí, acreditado maestro de quien yo he oído hablar a muchos viejos santanderinos que le recordaban con gratitud. «Robustote y fuerte por naturaleza y hasta gordinflón», dice él mismo que a pesar de sus catorce años representaba diez y nueve. Ya pasaba de los quince cuando ingresó en el Instituto Cántabro, dispuesto a liarse a brazo partido con el latín. Era el Instituto un viejo edificio, antiguo convento de clarisas, fundado en 1323 por una doña María de Guitarte, viuda de un Gonzalo García de Santander, capitán de las naves de Alfonso X y Sancho IV. Bajo sus techos recibían el hábito y eran armados caballeros de las Ordenes de caballería los que merecían por su linaje tal merced, en tiempos de los últimos reyes austriacos y de los primeros monarcas de la casa de Borbón. Cuando

la revolución exclaustró a las pobres monjitas, el histórico caserón fué destinado a Instituto Cántabro y como tal fué inaugurado en 1839, el mismo día en que Espartero y Maroto ponían término a la guerra civil abrazándose en Vergara. En los claustros donde rezaron las clarisas o pasearon sus hopalandas, santiaguistas o calatravos, alzóse una Minerva de piedra para regocijo y diversión de la chiquillería.

El ingreso en el Instituto debió ser para Pereda un paso más temeroso que el de los Alpes en plena ventisca, porque entrar en el Instituto saliendo de la escuela de Rojí, «era como dejar el blando y regalado lecho en que se ha soñado con la gloria celestial, para ponerse delante de un toro del Jarama, o meterse, desnudo e indefenso, en la jaula de un oso blanco en ayunas».

Los que conserven fresca la lectura de *Esbozos y rasguños* recordarán que Pereda entró en el Instituto Cántabro el último año en que rigió el antiguo plan de enseñanza, es decir, que todavía se comenzaba la segunda por el latín solo y que esta asignatura conservaba aún sus tradicionales categorías de *menores*, *medianos* y *mayores*. Desde entonces, la enseñanza en los Institutos y en todas partes, ha dado más vueltas que la bola del mundo.

Enseñaba a los minoristas el catedrático

don Santiago de Córdoba; pero ausente a la sazón, era sustituído por un famoso don Bernabé Sáinz, que desempeñaba también la cátedra de los *medianos* y *mayores* y además la de Retórica y Poética. El tal don Bernabé era un ogro, que practicaba la teoría de meter las letras en la cabeza de los alumnos a fuerza de golpes y de sangre. Pereda hizo de él un buen retrato.

El dómine humanista había servido al rey seis años en una compañía de fusileros, primero de soldado raso, luego de furriel, y al fin con los galones de sargento. Sin duda los hábitos del cuartel estaban en él tan arraigados, que no le cabían en la cabeza las disciplinas de la cátedra sin andar a trompadas o estacazos con los alumnos. ¡Infelices de ellos! Como símbolos o atributos de su sistema de enseñanza, tenía don Bernabé sobre la mesa, junto a un tintero y a un atril donde afirmaba los libros con dos balas de plomo sujetas a los extremos de un cordelillo, un bastón de ballena con puño y regatón de plata y un manojo de varas de distintos gruesos, longitudes y maderas. El uno y las otras tenían contundentes y sangrientas historias, que no olvidaban un momento los escolares. ¡Si sería bruto don Bernabé..., y en paz descanse!

En las garras de este sanguinario maestro

cayó Pereda, y es fama que llegó a ser uno de sus alumnos más aprovechados. Quizás hizo más el temor a los feroces castigos, que la sabiduría del dómine, porque el muchacho no sosegaba ni comía. Se pasaba las noches de claro en claro, «*sacando* oraciones y traduciendo a Orodea», y con tal ansia devoró aquel *Arte*, «tan a mazo y escoplo» lo grabó en su memoria, que al cabo de más de treinta años se comprometía «a relatarle, después de una sencilla lectura, sin errar punto ni coma». Con sus estudios de Humanidades alternaba sus juegos con camaradas y conocidos, corriendo desde la Alameda a la Maruca y desde el Alta al Muelle-Anaos, porque no era de los señoritos «que iban a clase y a paseo con rodrigón, y jamás se manchaban los pantalones ni se arrimaban a la muchedumbre, ni bebían en las fuentes públicas». Lo demostró aquel solemne día del *Corpus* en que estrenó un sombrero de copa «de finísimo castor aplomado, largo de pelo y apañadito de cilindro», regalo de un pariente suyo. Ataviado con un traje nuevo compuesto «de pantalón de grandes cuadros, con trabillas *de botín*, *tuína* de mezclilla verdosa con cuello de terciopelo, chaleco de merino perla con botones jaspeados, y corbata azul y roja con ancho lazo de mariposa», y por remate el sombrero

flamante, la *pirulera*, según dijeron los dos pilluelos que fueron los primeros en verlo, se echó a la calle, que estaba rebosante de gente esperando el paso de la procesión. Solo y temeroso como iba, no esquivó el contacto de la multitud. Se metió entre ella, aguantando pullas y resistiendo empellones, y vió al cabo naufragar su sombrero en aquel encrespado mar de carne, del que apenas pudo salir, a fuerza de jadeos y empujones, roto el faldón de la tuína y con un ojo estropeado. A un niño «bien», de los de hoy, nacido en blancas y crujientes holandas, habría que darle en una aventura semejante medio litro de agua de azahar.

Solo, también, sin dueña ni rodrigón que le dieran escolta, fué por primera vez al teatro a ver a Fuentes, la Fenoquio y Perico García. Cuando llegó, «comenzaba a bajar la araña por el agujero de la techumbre, encendidos sus mecheros de aceite...» Vió el telón de boca que tenía pintados a las nueve Musas y a su padre Apolo. «De pronto creí—escribió en las *Reminiscencias* — que aquellas figuras eran toda la función, y casi me daba por satisfecho; o que si algún personaje más se necesitaba, aparecería entre el telón y las candilejas, y entonces me sentía hasta reconocido, y aun hallaba muy holgado el terreno en que, a mi

entender, habían de moverse. Después sonó la música: la polka primitiva y el *himno de Vargas*. ¡Qué sorpresa, Dios mío! Por último se alzó el telón: ¡qué maravillas en el escenario!... y empezó la representación de *El hombre de la Selva Negra*. Con decir que me faltó poco para ir al despacho de billetes a preguntar si se habían equivocado al llevarme tan poco dinero por tanta felicidad, digo lo que sentía en tan supremos instantes, y cuán por lo serio tomé lo que en el escenario sucedía».

Venía a ser la libertad en que vivía, como la de Andrés, el de *Sotileza*. Igual que el hijo del capitán Colindres, pudo tratar a Muergo, a Sula, a Tolete y a otros caballeros del mismo linaje; como ellos iría al castillo de San Martín para ver entrar las fragatas que volvían de América, y pescaría panchos en el bote de Cuco, aunque sin pasar de la Horadada. Es seguro que jugó en la Maruca, y cabalgando en un madero flotante se asomó al boquerón de la alcantarilla que desembocaba en la punta del muelle, el antro temeroso «que muy pocos valientes se habían atrevido a explorar». También es cierto que recorrió cien veces el *muelle Anaos*, cuando éste «era una región de la que se hablaba en el centro de Santander como de Fernando Póo o del cabo de Hornos».

El muelle Anaos es hoy una plaza limpia y moderna. Entonces, era el basurero del Muelle nuevo con «negro y desigual pavimento», algunos edificios «que se reducían a cuatro o cinco fraguas mezquinas y algunas desvencijadas barracas que servían de depósito de alquitrán y brea, montones de escombros, anclotes, mástiles, maderas de todas especies y jarcia vieja», entre todo lo cual habitaban unos seres que respiraban constantemente una «atmósfera pegajosa y denegrida siempre con el humo de las carenas». Aquel era el campo donde tenían lugar todas las proezas infantiles. «Allí *se corría* la cátedra; allí se verificaban nuestros desafíos a *trompada suelta;* allí nos familiarizábamos con los peligros de la mar; allí se desgarraban nuestros vestidos; allí quedaba nuestra roñosa moneda, después de jugarla al *palmo* o a la *rayuela;* allí, en una palabra, nos entregábamos de lleno a las exigencias de la edad, pues el bastón del polizonte nunca pasó de la esquina de la Pescadería; y no sé, en verdad, si porque los vigilantes juzgaban el territorio hecho una balsa de aceite, o porque, a fuer de prudentes, huían de él». Así lo describió Pereda en sus *Escenas montañesas*, sin olvidarse de retratar a maravilla al soberano señor de aquel trozo de tierra: al *raquero*, que, campaba allí a sus

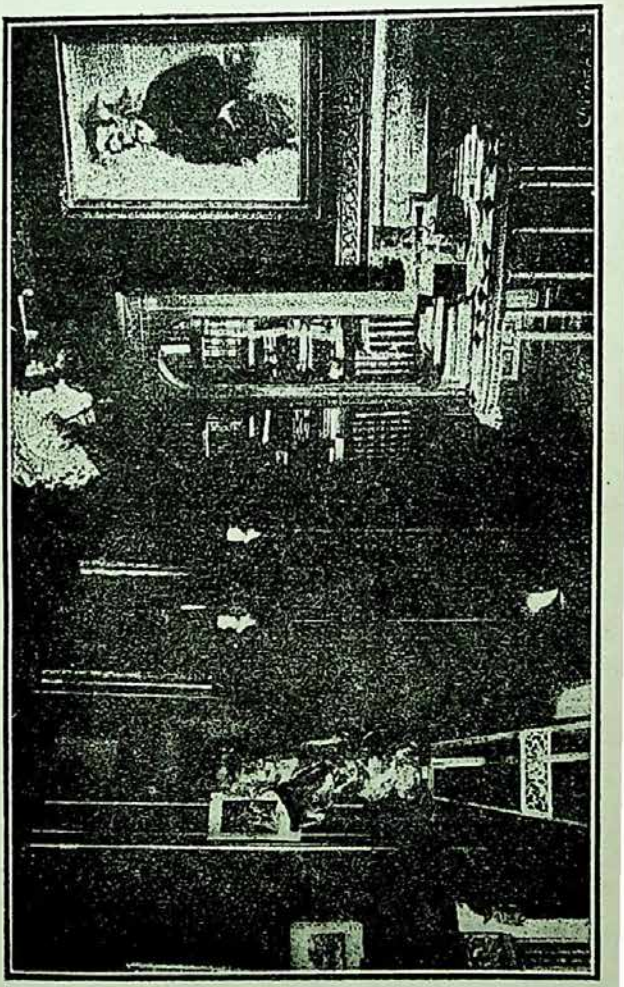
anchas, indómito y salvaje, por fuero de su audaz independencia.

En aquellas regiones debió de conocer, aunque no tuviera tratos con ellos, a varios héroes de la vida libre, pertenecientes a la misma rama de que salieron los más empingorotados personajes de la picardía española, los truhanes que afamaron sus nombres en el Zocodover toledano o en el Azoguejo de Segovia y tuvieron por el mejor timbre de la casta ser dignos compañeros o descendientes de Lázaro de Tormes y Guzmán de Alfarache y hermanos menores de Diego Cortado y Pedro Rincón. Por allí andaba *Cafetera*, el hijo del tío Magano y de la tía Carpa, que creció a fuerza de contusiones y descalabros, señor del tizne y emperador del aguardiente, al que debió su nombre; por allí andaba *Pipa*, pillastre de patente, con más asomos de bozo que de vergüenza; y por allí también *Michero*, que formó con los otros dos en la misma cuerda cuando salió a tirar del *Bombo* de la Carraca. De aquellos héroes de la bribia son herederos otros que yo conocí mucho después, corriendo desde Maliaño a Puerto-Chico. Se llamaban *Negroles, Estrobo y Cuatrobastes;* vivían de milagro, *afanaban* cuanto se ponía a sus alcances y dormían al aire libre, cuando no estaban de *quincena* en la cárcel. La nueva ciencia policíaca los llamaba *topistas* o *descuideros*. Es posible que hayan acabado su carrera arrastrando un grillete en Alcalá o en Ocaña.

Su mocedad fué, *plus minusve*, como la de todos en aquella época. Tenía diez y nueve años cuando entró, como socio, en la escena de los «bailes campestres». Estaban éstos en el período que el mismo Pereda llamó de la *edad media*, y tenían lugar en las huertas de la Atalaya, por las romerías de San Juan, San Pedro y San Roque, y en las de Miranda, cuando llegaban las de Santiago y de los Mártires. Aquella entrada equivalía a sacarle de la categoría de chiquillo para meterle en la de mozo, y para mayor satisfacción «en la de mozo *distinguido*, activo y útil». Era la credencial que al mismo tiempo de honrarle, le autorizaba «para saludar en el paseo a las señoritas más encopetadas, para tomar sorbete en el salón principal del Suizo», y sobre todo «para entrar sin obstáculo en los círculos cuyas puertas se cerraban, por razón de *lustre*», a la inmensa mayoría de sus conciudadanos.

Los tiempos han cambiado, y aquellos días, aplicándoles la copla de Jorge Manrique, fueron mejores porque son pasados... Santander era entonces la quieta y apacible ciudad de comerciantes y marineros, cuyos habitantes se conmovían cuando tocaba *a barco* el esqui-

lón de los Santos Mártires. Era el Santander que el soberano artista llevaba en la entraña; el que tenía en la memoria, de tal suerte, que a ojos cerrados se hubiera atrevido a trazarle, después de muchos años, «con todo su perímetro, y sus calles, y el color de sus piedras, y el número, y los nombres, y hasta las caras de sus habitantes...» «Aquel Santander sin escolleras ni ensanches; sin ferrocarriles ni tranvías urbanos; sin la plaza de Velarde y sin vidrieras en los claustros de la Catedral; sin *hoteles* en el Sardinero y sin ferias ni barracones en la Alameda segunda». Un Santander ya tan lejano y tan diferente al claro y luminoso Santander de hoy, que de verlo el gran artista montañés, habría de merecerle una elegía.



III

De Santander a Madrid

Salió Pereda del Instituto Cántabro, sin haber demostrado afición a las Letras, ni haberse distinguido por la agudeza de su ingenio. Estaba, en cambio, saturado de latín y filosofía.

Su familia decidió que fuera artillero. Así lo demandaba el lustre de la casa y parecía que lo aconsejaban las aficiones del muchacho. Y para preparar su ingreso en la Academia de Segovia, marchó Pereda a Madrid en el otoño de 1852, con el ánimo dispuesto a enredarse en las espesas mallas de las Matemáticas.

Como el héroe de su novela *Pedro Sánchez*, encajaría a duras penas su cuerpo en la angostura de una diligencia arrastrada por doce briosas mulas, con su postillón a la iz-

III

De Santander a Madrid

Salió Pereda del Instituto Cántabro, sin haber demostrado afición a las Letras, ni haberse distinguido por la agudeza de su ingenio. Estaba, en cambio, saturado de latín y filosofía.

Su familia decidió que fuera artillero. Así lo demandaba el lustre de la casa y parecía que lo aconsejaban las aficiones del muchacho. Y para preparar su ingreso en la Academia de Segovia, marchó Pereda a Madrid en el otoño de 1852, con el ánimo dispuesto a enredarse en las espesas mallas de las Matemáticas.

Como el héroe de su novela *Pedro Sánchez*, encajaría a duras penas su cuerpo en la angostura de una diligencia arrastrada por doce briosas mulas, con su postillón a la iz-

quierda de las dos primeras, y comenzaría a rodar camino de Madrid, entre gritos e interjecciones del mayoral, vibrantes restallidos del látigo, ruido de muelles y cristales y sonoro tintineo de cascabeles. Después de atravesar húmedos campos verdes y olorosas y rubias mieses, se hundiría en el estrecho pasadizo de la hoz de Bárcena, para bajar luego a Reinosa. La fatiga y el sueño le rendirían; y al despertar con los rayos del nuevo sol, se aparecería ante sus ojos, hechos a la contemplación de los blandos paisajes, la árida y seca llanura de Castilla, sin murmullos de frondas ni de aguas. Sentiría entonces que le arañaba el pecho la añoranza de la tierra dejada atrás, y embargado por la emoción temblaría en sus ojos una lágrima. Allá lejos recortaban su brumoso perfil las montañas de la tierra nativa, arrulladas constantemente por los estruendos del mar. Para él, que tan adentro del alma las llevaba, tendría aquel momento una irresistible tristeza, aumentada por el contraste que le ofrecían las pardas estepas que se tendían ante sus ojos. Pedro Sánchez, en tal ocasión, reflexionó calladamente: «...Un montañés de pura raza es capaz de todo, menos de contemplar sin pesadumbre un suelo tapizado de secos rastrojos, sin árboles que le asombren, sin arroyos que le refresquen, sin verdes colinas

que le limiten y sin pájaros que le alegren». Y el mozo que caminaba hacia Madrid, era montañés de la mejor veta.

Sin duda, desayunó en Palencia con bollos del parador de Pampín. A primera hora de la tarde pararía en un pueblo «desparramado en la llanura, como las fichas en un tablero de damas, sin una mata, ni un ribazo, ni un muro, ni una huerta»... Y comería los clásicos garbanzos, pollos y palominos en varias salsas, queso ovejuno y dulce de membrillo. Y para fin del ágape, una infusión de te, que no lo era, aunque así lo llamaban. A la noche, en otro poblachón castellano, la cena, también con pollos y palominos, queso y dulce y la infusión de salvia con honores de te. En seguida, a dormir y a seguir rodando entre sombras, hasta amanecer en nuevos campos con la misma aridez y la misma desolación. Luego, el penoso paso del Guadarrama, en cuyo descenso ya se veían las torres de Madrid, la soberbia cúpula de San Francisco, la espadaña de Santa Cruz y la inmensa mole del Palacio Real bajo la luz de un cielo alto, zarco y espléndido, sin un celaje ni una nube. Y por último, la cuesta de San Vicente, la calle del Arenal, la Puerta del Sol y el parador de los Peninsulares en la calle de Alcalá. Todo ello entre el estruendo de coches y de gentes,

que extrañarían un poco al viajero, más aturdido por las fatigas del largo viaje que por las novedades de la villa y corte, en cuyo revuelto mar se zambullía, como el héroe de su novela, viniendo del apacible retiro de su Montaña, «a través de interminables arideces, tristes como las estepas de Rusia».

Puede con razón sospecharse que Pereda llevó a las páginas de *Pedro Sánchez* muchos tipos y no pocas escenas que conoció y sorprendió durante su primera estancia en Madrid: no es, pues, aventurado suponer que tuvo por compañeros de posada a los mismos extraños personajes que trató Pedro Sánchez antes de su encumbramiento literario y político.

Los tales personajes eran visitados a menudo por un mozo «pequeñito y flaco, blanco de tez, de mirar sutil y malicioso; barba corta, pero negra y espesa, el cabello ralo y muy limpio y bien aliñado todo su traje». Por las señas se le conoce. Era Mata, *Matica*. Estudiaba medicina en el Colegio de San Carlos, llevaba nueve años matriculado en la Facultad y aún no había llegado a la mitad de la carrera. «Conocía a todo Madrid, y tuteaba a la cuarta parte de él. Era mozo de verdadera chispa, pero sin señales de juicio, y muy capaz de poner en solfa la misma *Summa Theologica*».

Ardía Madrid en llamas de romanticismo. Eran los días de la «luchana» de Espartero, de la espada de O'Donnell, de la oratoria de González Bravo y de la Milicia Nacional. No se habían apagado los ecos del himno de Riego y el pueblo, inquieto y bullanguero, tenía frecuentemente flujo y reflujo de marea. Luis de Eguílaz paseaba su romántica figura por la Puerta del Sol y descansaba sus ilusiones de poeta tumbado muellemente en los divanes de Platerías o de Pombo. Triunfaban entonces los poetas y eran populares los caídos bigotes de García Gutiérrez, la melena de Zorrilla y el ojo vacío de Bretón de los Herreros. El Marqués de Molins, el prócer artista, había hecho escuela de esplendidez y cortesía en homenaje a los hombres más celebrados por su ingenio. Eran muchos los que tenían el honor de engalanar sus salones con las patillas de Ventura de la Vega, ya famoso por el éxito de sus comedias, con la cara bondadosa y rapada de Hartzenbusch, en plena gloria desde el triunfo de *Los Amantes de Teruel*, y con los blancos rizos de Martínez de la Rosa, ya en el ocaso de su vida y más reverenciado como poeta que como estadista. Asombraba Matilde Díez en *El hombre de mundo* y Teodora Lamadrid hacía primores de arte en *La villana de Vallecas*. Se hablaba de política

en «La Iberia» y se bailaba en Capellanes.

En aquel ambiente de exaltación y romanticismo, Pereda, establecido con comodidad en la villa y corte, se empeñó en singular combate con la Geometría y el Álgebra. Quizás más de una noche, cuando estudiaba a la luz que desparramaba sobre la mesa un velón de tres cabos, le distrajo el aullido de la multitud, que aclamaba a un caudillo improvisado o a un orador de circunstancias. Pero no le duró mucho la fiebre. Fué sintiendo cierto despego por la aridez de los números, se apartó de ellos poco a poco, y no tardó en convencerse de que no le llamaba Dios por aquel camino.

Por de pronto, alternó las ecuaciones y los teoremas con lecturas más agradables. Los pintorescos estudiantes montañeses entretenían sus ocios leyendo a Dumas y a Paul de Kock, a Víctor Hugo y a Eugenio Sué. El también se engolfaría en las páginas de *Los tres mosqueteros*, entretendría las horas con *El hombre de los tres calzones* y leería de un tirón *Nuestra Señora de París* y *El Judío errante,* a pesar de ser libros prohibidos por el Ordinario. Igualmente leería las *Confesiones* de San Agustín y la *Guía de Pecadores*, del Padre Luis de Granada. Y a medida que le iban aburriendo las Matemáticas, le iría

tomando el gusto a los escritores que disfrutaban entonces de más boga, entre los cuales preciso es mencionar a Navarro Villoslada y a Fernán Caballero, de los nuestros, y a Soulié, además de los ya nombrados, entre los de la banda de más allá de la frontera. Con ellos, y acaso dándoles preferencia, alternarían Torres Naharro, Lope de Rueda y Juan del Encina, y las aventuras, discreteos, picardías y estocadas de Lope de Vega y de Moreto, de Rojas y de Tirso de Molina, de Quevedo y de Calderón.

Leyendo estaría alguna noche, cuando llegó algún conterráneo con noticias frescas de la tierruca y de Madrid. Allá nada pasaba que se saliera de los cauces ordinarios, salvo la entrada en el puerto de Santander de una fragata que empujada por un furioso temporal, al intentar pasar la barra, corrió el riesgo de estrellarse en las rompientes de las Quebrantas; en Madrid, el mar de la política se había encalmado momentáneamente, haciéndose el milagro de no hablarse durante unas horas de Roncali y Lersundi, de Sartorius y de Bravo Murillo, del *polaquismo* y de la antigua Reforma Constitucional. Causa bien triste y lamentable tenía el milagro: la muerte de Mendizábal, cuyo cadáver había sido enterrado con mucho cortejo de gente del pueblo y se

ñores enlevitados. Otra vez, llegaría el mismo amigo para ir de paseo a la Castellana o al Prado, después de andar un rato entre calles. Se hablaba del Gobierno, el tema más socorrido entre todos los de la vida pública española, y principalmente de su cabeza más visible, el Conde de San Luis. Circulaba la protesta que contra la opresión en que vivían los periódicos habían suscrito las plumas más insignes, desde Quintana al Duque de Rivas y desde Olózaga a Pastor Díaz. En la Carrera de San Jerónimo cederían el paso a Eulogio Florentino Sanz, melancólico y desmedrado, y a Adelardo López de Ayala, arrogante, bizarro y melenudo. Al pasar frente a la librería de Monnier, descubrirían a Nicolás María Rivero y a Gabriel García de Tassara, que hablarían seguramente pestes contra el Gobierno.

Otra noche, después de hojear el *Museo ae las familias* o el *Semanario Pintoresco*, mientras sus camaradas los estudiantes comentaban la última zalagarda parlamentaria promovida por González Bravo y comentada por *Las Novedades* o por el *Heraldo*, llegaría *Matica* y le propondría salir de casa para pasar el resto de la velada en el teatro o en el café. ¿A dónde irían? No era muy fácil decidirse, porque había mucho donde elegir. En el teatro de los Basilios representaba Guzmán; en el del Príncipe, Teodora Lamadrid con Arjona, y en el del Circo de la plaza del Rey, Salas y Caltañazor. Se decidirían por el último, que como cosa nueva estaba de moda, y deleitarían los oídos con la música de Arrieta en *El grumete*, o de Gaztambide en *El Valle de Andorra*, o de Barbieri en *El Marqués de Caravaca*. Desde entonces, se entregaría de lleno el mozo montañés a la lectura y a los teatros: dejaría *La Sigea* de Carolina Coronado, para coger el mamotreto de *Fe, Esperanza y Caridad*, de Antonio Flores; abandonaría las *Cosas del Mundo*, de Antonio Hurtado, para darse de lleno a *La dama del Conde-Duque*, de Diego Luque, y saldría de las espeluznantes escenas de Wenceslao Ayguals de Izco, para entrar, seguramente con más placer, en los apuntes y observaciones de *El Curioso Parlante*. Después iría viendo, poco a poco, las novedades teatrales que atraían la atención de las gentes, tales como la *Virginia*, de Tamayo; *El hombre de mundo*, de Ventura de la Vega; el *Don Francisco de Quevedo*, de Florentino Sanz; *De potencia a potencia*, de Rodríguez Rubí; *El caballero del Milagro*, de Eguílaz, y *La boda de Quevedo*, de Narciso Serra, que alternaba el cultivo de las letras con los entusiasmos liberales

que habían de llevarle a Vicálvaro para batirse por O'Donnell.

No todo había de ser lecturas y teatro, porque el cuerpo y el alma se cansan y hastían de navegar en las mismas aguas, por azules y apacibles que ellas sean. También buscaría la amenidad de las veladas y tertulias caseras, como aquellas de don Magín de los Trucos y otras del mismo fuste, en estancias alfombradas con esteras de cordelillo, amuebladas con una sillería de caoba vieja y damasco de lana verde marchito, una consola venerable y un pianejo catarroso, y adornadas las paredes con cuadros bordados con felpilla, y en los rincones floreros de trapo desvaído. En aquellas reuniones familiares conocería a damas de la casta de doña Arcángeles, la digna esposa del señor de los Trucos, y a señoritas como Trinis, «un ángel *intus et foris*», o como Luz, «vestal romana, con las virtudes y el arreglo de una monja paulista», o como aquellas vecinas del segundo y del cuarto, un poco marchitas todas ellas «por largos y malogrados deseos de cambiar de vida». Trataría a pollos imberbes «en el período de muda», todos parecidos «en cuanto a pelaje y a flacidez de atavío», y daría la mano y aplaudiría, cortés y reverente, a una Alboni de *doublé* y a tal cual Tamberlick improvisado. ¡Ay!

Aquellas veladas en que se glorificaba a Cachupín, tenían el encanto sentimental que les prestaban con sus ilusiones, jamás satisfechas, las jovencitas en estado de merecer, que veían ponerse el sol de su juventud sin que el amor les tejiera la soñada coyunda. Sólo Dios sabe las esperanzas que pondrían en los gorgoritos del aria que bordaban junto al piano, o en el baile a que se lanzaban, abandonándose tiernamente en los brazos de un empalagoso galán, que no hacía buenos sus madrigales al cuello ebúrneo y a los ojos de terciopelo. ¡Y qué sabrosos comentarios haría luego el mozo montañés, en unión de *Matica* y de sus amigos los estudiantes!

Con *Matica* o sin él, solo o acompañado, Pereda entretuvo muchas horas en Capellanes, en los teatros, desde los Basilios al Real, y en el café de la Esmeralda. Allí oiría comentar la sublevación militar de Zaragoza y la muerte del brigadier Hore; allí sabría que los redactores de *El Diario Español* y de *El Tribuno* habían salido para Canarias deportados por el Gobierno; que Eusebio Asquerino estaba preso en el Saladero, y que los sabuesos de la Policía buscaban, para ponerlos a buena cuenta, a Lorenzana y a Coello, y al mismo Cánovas del Castillo, que en una conferencia del Ateneo ponía a los ministros de

oro y azul, encontrándoles ciertas semejanzas por sus hechuras y sus actos con don Rodrigo Calderón y el Conde-Duque de Olivares. Ante la ración de café, allá por la primavera del 54, leería las diatribas de *El Murciélago* contra el Conde de San Luis y sus compañeros, y contra toda la andante y odiada *polaquería*, sin olvidarse, por supuesto, de la que el pajarraco de papel llamaba irónicamente *familia de Muñoz*. Hasta que un día, entrado ya el verano y entre el hervor de los comentarios, oiría decir que O'Donnell había salido de Madrid en coche que guiaba el joven Marqués de la Vega de Armijo; que Dulce estaba con las fuerzas de Caballería en el Campo de Guardias, y que soldados y paisanos, en tropel y con armas, caminaban hacia las Ventas del Espíritu Santo, como si fueran a Canillejas, a Torrejón o a Alcalá. Otro día, que O'Donnell y Dulce andaban a tiros contra Blaser en Vicálvaro; que el irlandés y el que fué alabardero habían salido para Aranjuez, yéndoles a los alcances Vistahermosa; que también había tiros en Barcelona y en Valladolid, y que el Gobierno había caído rompiéndose en mil pedazos como frágil estatua de escayola.

Entre las sombras de la noche, una del mes de julio, repicaron de alegría patriótica las campanas de San Ginés, de las Calatravas y

las Descalzas Reales, mientras el pueblo, desbordado en las calles como un río salido de sus cauces, aullaba y rugía, y flameaba trapos y banderas. El mozo montañés era curioso, y aunque no le importaban los acontecimientos que tenían por escenario la villa y corte, se dedicó a recorrerla en varias direcciones para no perder un detalle de las escenas y los personajes. Donde se daban gritos o sonaba una descarga de fusilería, estaba él. Vió que los balcones y ventanas se iluminaban, sin quedar farol ni candil que no ardiese en obsequio de la libertad que renacía, y contempló los vivos resplandores de las hogueras en que ardían los muebles y brocados de los tiranos caídos. Desde una esquina de la calle del León vió que en la del Prado eran una pira los enseres del Conde de San Luis; bajó a la de Cedaceros, y vió el mismo llameante espectáculo frente a la casa del Marqués de Salamanca. Allí oyó hablar de la calle de las Rejas y del palacio de la Reina madre, y para verlo todo, chico o grande, miserable o esplendoroso, atravesó la calle de Alcalá, cruzó entre codazos y apretones la Puerta del Sol y se metió en la calle de Preciados para salir a la plaza de Santo Domingo. Por la calle de Torija salió a los Ministerios, y desde allí se asomó a la de las Rejas, silenciosa de ordinario, sin otro ruido que el de los

pasos de los centinelas que guardaban el palacio de Cristina. Vió que el pueblo entraba y salía febrilmente en la casona y sacaba de ella, cuando no lo arrojaba desde los balcones, cuadros, ropas, bronces y espejos para servir de pasto a las llamas de la inmensa hoguera que iluminaba el espacio siniestramente. Y con la trágica impresión de una noche en que la pasión política era como un potro sin freno, regresó a su casa, en la calle del Prado, después de correr el riesgo de servir de estuche a una bala de las que disparaba la tropa en la calle del Príncipe.

En los siguientes días volvió a correr la villa, empujado por el demonio de la curiosidad. En muchas calles se amontonaban los tizones y las cenizas de las humeantes hogueras, y en todas sonaban los bramidos del oleaje humano en plena borrasca. Tiros en la plaza de Oriente, en el callejón del Infierno y en la Puerta del Sol... Sangre en la plaza del Matute, en la de Santo Domingo y en la de Antón Martín... En todas partes, el estruendo de la revuelta. En la plaza Mayor, el fuego tenía proporciones de batalla. Apartándose de sus horrores, bajó a la calle de Toledo y la vió convertida en una barricada, con tierras, muebles y colchones, en cuya cúspide ondeaba un trapo a modo de

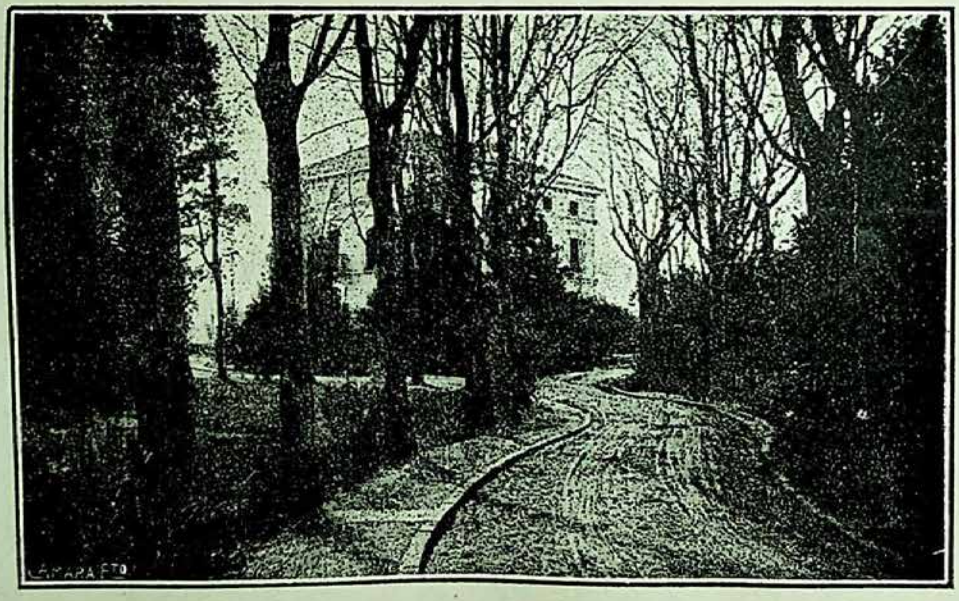
bandera y se erguían, mal clavados en sendas estaconas, un retrato de Espartero y una estampa de la Virgen de la Paloma. Por aquellas bajuras del Madrid viejo, pasaba a caballo el general San Miguel, por mitad vestido de militar y de paisano, con el rojo fajín de borlas de oro ceñido sobre la levita. El populacho le aclamaba, mientras el estruendo de los fusiles seguía sonando en los Mostenses y en el Progreso, en la Latina y en Chamberí, con gran derroche de heroísmo callejero, del que fué buen paladín el famoso Francisco Arjona, *Cúchares* en los fastos del toreo, defendiendo una barricada en la calle del Lobo con el mismo valor que estoqueaba un toro del Jarama. Despues, la paz... Como intermedio trágico, la diabólica procesión de furias y energúmenos, que arrastró calle de Toledo abajo a don Francisco Chico, para sacrificarle bárbaramente en la Fuentecilla. Luego, la entrada de Espartero, anunciando la salida del nuevo Sol de la Libertad con las glorias de Peñacerrada y de Guardamino. Y por último, la vuelta a la quietud, pasada la borrasca, de aquel mar que al encresparse dejaba sobre las piedras de la calle la sangrienta baba de sus plebeyos espumarajos.

Cuando aún no se había desvanecido del todo la dolorosa impresión de estos sucesos, re-

cibiría una carta de un pariente o de un amigo de la Montaña, que le avivó lejanos pensamientos apenas dormidos. Le hablaba con íntimo lenguaje del cielo gris, del aire fresco de la mar, de las altas cumbres coronadas de niebla, de los extensos campos donde la brisa mecía las rubias mieses... Era la voz de su Montaña, el amoroso acento de su tierra nativa, lleno de cadencias, que le despertaba en el corazón los anhelos más ignorados y las más hondas emociones. Le llamaba el propio terruño y no tenía fuerzas para resistir a la llamada. Ya no quería, ni podía ser artillero.

Era su compañero de hospedaje en la calle del Prado, número 2, el antequerano Romero Robledo, famoso después en la política, tanto como el otro en las letras, aunque no tan glorioso. Hablaron los dos amigos del caso; expuso el montañés los fundamentos en que asentaba su decisión de ahorcar los libros y de volverse a la Montaña, y escribió a su familia para preparar su regreso. Y aún no acabado aquel año, memorable en los fastos españoles, se encajó nuevamente en las honduras de una diligencia, y salvó otra vez, a la inversa de la primera, las alturas del Guadarrama, dejando atrás el enorme poblachón madrileño, con su mole del Palacio Real y sus torres de San Francisco y Santa Cruz

irguiéndose al espacio bajo la luz de un cielo espléndido. De su estancia en la villa y corte llevaba el aborrecimiento a las matemáticas y a las mentiras y trapisondas de la política, la admiración hacia algunos ingenios del día, y un montón de burlas nacidas de lo mucho que había visto y oído. Había asistido a una página de la historia nacional. Con ella bien grabada en la memoria, tornaba a entregarse para toda su vida a la honda paz de la tierra madre, sólo turbada por el rumor de las fontanas y los bosques en los campos risueños y por el mar en las agrias oquedades de la costa.



Casa de Pereda, en Polanco.

IV

En Santander y en Polanco

Vuelto Pereda a la Montaña, ya no salió de ella sino a muy cortas temporadas. Allí tenía sus raíces, sus más hondos amores, sus ilusiones más caras. Nacido bajo aquel cielo, allí pasó toda su vida, sin que la fama ni la gloria que le seguían, le empujaran a trasladar su casa a otra parte del mundo. Iba y venía frecuentemente de Santander a Polanco, y en Polanco y en Santander halló siempre todos los goces que anhelaba su espíritu.

Acabando el año 1855, fué atacado del cólera y le asistió como médico don Agustín Pelayo, abuelo materno del insigne autor de la *Historia de las ideas estéticas* y del noble y sutil poeta don Enrique Menéndez Pelayo. Desgracias de familia, agriaron poco después su carácter, haciéndole caer en tristezas que

necesitaron para curarse el sol de Andalucía. Era el 1857. Por entonces se había formado en la capital santanderina un grupo de jóvenes de buen humor y claro ingenio, aficionados a entablar coloquios con las Musas. Pereda se unió a ellos, a quienes ya conocía y trataba como amigos o condiscípulos. Fundada *La Abeja Montañesa*, por don Cástor Gutiérrez de la Torre, todos se dedicaban a plumear en sus páginas. El futuro maestro de la novela publicó su primer artículo titulado *La gramática del amor* en el número correspondiente al 28 de febrero de 1858. En poder del bibliófilo-artista don Federico de Vial, está la colección de *La Abeja* que guardó Pereda. Todos los escritos del gran montañes están corregidos por su mano y entre ellos puede verse el que damos por el primero que entregó a la imprenta. Forman el artículo una serie de amenos y poéticos pensamientos, al final de los cuales se anuncia que sirven de introducción a una serie de diez capítulos. Las sentenciosas parrafadas llevaban como firma una P. Con esta inicial y con el pseudónimo de *Paredes*, siguió firmando sus trabajos en *La Abeja* y suscribió también el prólogo que escribió para las poesías de Calixto Camporredondo. Hasta 1864 no apareció su nombre al pie de ningún artículo, siendo el primero

que firmó el titulado *Los zánganos de la prensa*, en el número del 20 de julio de aquel año.

En unión de don Sinforoso Quintanilla y don Juan Pelayo fundó después el novenario *El tío Cayetano*, que tomó el nombre de un popularísimo mendigo santanderino. El nuevo periódico fué de vida muy breve y desapareció con el alto honor de haberse publicado en sus columnas *Las visitas*, *El trovador*, *El jándalo* y *La Primavera*, artículos y versos incluídos en el tomo de las *Escenas montañesas*. A fines de aquel año de 1864, abandonó sus tareas periodísticas y literarias y se fué a París. De vuelta en Santander, fué Secretario de la Sección de Letras del Ateneo Científico y Literario. Continuando su labor, ocupó la tribuna de aquel centro y leyó *La Romería del Carmen* y *Mi primer sombrero*. Por los mismos años, de 1861 a 1866, hizo en el teatro varios ensayos de los que no quedó muy satisfecho. Al contrario, le malhumoraron bastante. Estaba de Dios que los mayores disgustos del maestro habían de ser con Talía, como ya se verá. Al mismo tiempo, escribía en *La Abeja;* pero un poco desencantado, por la antipatía que hallaba en todas partes el realismo de su arte, y fatigado de su labor, abandonó la «vida pública» y se refugió con todos sus amigos en *La Casuca*.

Esta *Casuca* era lugar de reunión de unos cuantos amigos, a quienes sólo la muerte pudo separar — ¡tan unidos estuvieron siempre!—; casino, teatro y mentidero, y hasta templo donde rendían culto diario a la diosa Alegría. ¡Ah! También era *centro literario*, porque todos los contertulios eran gente letrada; pero no lo era al modo de los centros de hoy, donde unos cuantos genios desconocidos murmuran de otros genios desconocidos como ellos y agrupados en la acera de enfrente; hacen tiras el pellejo de los que viven y trabajan sin hacerles caso; planean novelas que no se escriben; pergeñan dramas que no se representan, y escriben versos que no se publican.

Estaba la *Casuca* establecida en el entresuelo de la casa número 29 de la calle de la Blanca, encima de la guantería de Juan Alonso, y se habla aquí de ella porque en sus estancias hubo mucho y tan bueno, que debe ser estampado en las páginas de un libro, siquiera sea tan humilde como este mío. Allí se rendía culto a la vida con sano y juvenil regocijo; se cazaba la actualidad para ponerle un comentario; se daban fiestas; se fingían bailes de máscaras y se probaba la agudeza en verdaderas justas del ingenio. Además de Pereda, eran los principales y más asiduos concurrentes don

Zoilo y don Sinforoso Quintanilla, santanderinos de la cepa más pura, sueltos de lengua y claros de entendimiento; don Juan Pelayo, médico-cirujano, que alternaba la ciencia de curar con el cultivo de las Musas... de vez en cuando; don Máximo Díaz Quijano, que lo mismo emborronaba cuartillas que llenaba de notas el pentágrama; don Tomás Agüero, también poeta y abogado de mucha fama; don Adolfo de la Fuente, traductor de Víctor Hugo y de Lamartine; don Raimundo Heras, comerciante y músico... a ratos; don José y don Aurelio de la Revilla, don Andrés Crespo, don Nemesio Fernández, el guantero don Juan Alonso, que era dueño de la casa... y Mazón, don Francisco Mazón, sujeto tan pintoresco y tan interesante que de él se podrían escribir muchas páginas. Quien le conoció bien, ha escrito que «en su mocedad, todo afeitado y con el cabello largo, se pareció a Dantón; andando el tiempo, con bigote y perilla y la nariz algo gorda, vino a parecerse a Napoleón III». Metido a librero, pidió en cierta ocasión a Madrid quinientos ejemplares del almanaque de *La Ilustración*, cuando ya el año había comenzado y nadie se acordaba del almanaque. En Madrid dió más tarde en el triste oficio de correr libros; y era tan fervoroso admirador de Pereda, que no quiso vendérselos cierta vez a

un antiguo cliente, porque éste le dijo que no había leído todavía una novela del maestro montañés, adquirida el año anterior. Mazón fué bueno, desprendido, ingenioso. Murió pobre y triste, en una cama del Hospital de la Princesa, bajo la sombra protectora de una hermana suya, que era monja de la Caridad.

Volvió Pereda a la palestra, bien templado el espíritu y la pluma en ristre, después de la revolución *septembrina*. La *Gloriosa* y sus consecuencias le hicieron publicar nuevamente *El tío Cayetano*. Allí escribió sin tregua y batalló sin límite; y en la fiebre de la lucha se manifestó clara y decididamente carlista, lo cual fué causa de que *El tío Cayetano* pasara a mejor vida, porque no todos los redactores pensaban en política lo mismo que Pereda.

Así, carlista, fué diputado a Cortes en las primeras de don Amadeo. Fué aquella una breve salida al campo de la Política, cuando ya había publicado en libro las *Escenas montañesas* y los *Tipos y paisajes*. Cuando volvió, trajo la desilusión que pone en los espíritus selectos el conocimiento interno de la tramoya congresil y la íntima satisfacción de haberle saludado, en pleno escaño, como autor de las citadas *Escenas*, poeta de tan alto vuelo como Núñez de Arce. Luego se detuvo en sus jornadas literarias, y colgando la pluma de la

espetera, dedicóse a gustar los encantos de la vida del hogar y a cultivar el trato de los más íntimos amigos. Aquella tertulia de la *Casuca*, con los hermanos Quintanilla, Pelayo, el médico poeta, Adolfo de la Fuente, el traductor de Lamartine, Mazón, el del tipo cyranesco y otros y otros, reaparece después en la librería abierta por el propio Mazón en el palacio de Pombo; va con los libros, cuando éstos se trasladan a la calle de la Ribera; los acompaña en su mudanza a la del Puente, que conmemora la famosa *batalla* de Vargas, y pára, al fin, con ellos, en la oscura y solitaria calle del Peso, a espaldas de la de San Francisco, la más castiza y popular de todas las calles santanderinas. A la tertulia, ya tradicional, se agregan el Marqués de Villatorre, descendiente de Alsedo Bustamante, el heroico marino de Trafalgar; Federico de Vial, sutil espíritu de artista, que ha hecho de su casa un archivo de toda gloria montañesa; José María Quijano, Manuel Marañón, José Zumelzu, montañeses todos de talento y de corazón. A ella concurre, en el vagar de sus estudios e investigaciones, Marcelino Menéndez y Pelayo.

Fué aquel un momento de gran interés en la vida intelectual de la Montaña. Marcelino Menéndez Pelayo estaba ya en el apogeo de su

fama y su voz juvenil tenía el prestigio de la sabiduría. Habíase reintegrado al solar nativo el erudito señor de la torre de Proaño, crónica viviente de los hechos más memorables de la Historia, y rimaba sus versos clásicos Amós de Escalante, el dulce y castizo poeta del mar. Vuelto Casimiro del Collado al valle paterno, «con heridas de penas en el alma, con la escarcha en el rostro de los años», sonaban los armoniosos versos con que cantaba la ruina del solar amado:

¡Qué silenciosa soledad! ¡Cuán honda
de tus risueños sotos la mudanza!
¿Por qué no suena por la alegre fronda
el tamboril de la festiva danza?

Se fundó *La Tertulia*, revista montañesa de gran influjo en la literatura regional, y cediendo a las exhortaciones de los amigos, principalmente del autor de la *Historia de los Heterodoxos*, descolgó Pereda su pluma, no enmohecida, y tornó a escribir. En *La Tertulia* está la mayor parte de los *Tipos trashumantes*, que no tardaron en salir en volumen. Ya el costumbrista montañés no dió descanso a la mano. Tampoco abandonó a sus amigos, ni éstos le abandonaron a él. Antes, los triunfos de Pereda eran lazos que los unían cada vez más. Allá, por los años próximos al 80, don Sinforoso Quintanilla, de quien ya se ha

dicho que era hombre de claro entendimiento y ahora se dice que tenía graciosas ocurrencias, obsequió a sus amigos con una cena que fué bautizada con el nombre «de las Servilletas», casi con más razón que a la guerra entre España y Portugal en tiempos de Godoy, se la llamó «de las Naranjas».

«Bueno estuvo el agasajo aquel, bueno de veras». Así dijo Pereda, andando el tiempo, del convite con que el apacible hidalgo de Cumbrales, don Pedro Mortera, obsequió a su compadre, el malhumorado Prezanes. Pues lo mismo puede decirse de aquel otro convite de don Sinforoso Quintanilla. Lo de «las servilletas», fué porque cada una llevaba bordado un atributo o estampada una leyenda, que dieran a entender a cuál de los comensales pertenecía. La de Pereda decía: «*El buey suelto, bien se lame*», aludiendo al libro de las desventuras de Gedeón; la de Marcelino Menéndez Pelayo, llevaba escrito *Horacio en mi casa;* la de don Tomás Agüero, alcalde a la sazón, ostentaba las armas de la ciudad; la de don Andrés Crespo, tenía el rojo triángulo del *Pale ale* inglés, de que era representante en la Montaña. Y así las de los otros.

En éste, como en otros banquetes a que Pereda asistió por aquellos tiempos, se hizo siempre buen derroche de ingenio. Uno se ce-

lebró, cuyos trámites se llevaron en estilo forense y en verso. Entre los platos que formaban la lista, había *Un libro de Pereda con variantes* (el manjar era rosbif y se aludía a *El buey suelto...)*; *un fraile franciscano con mayonesa* (se trataba de un rico *salmón* y de un fraile de este nombre que residía en Santander); *un eunuco en galantina* (este tal era un capón traído de Bayona... o de otra parte). Otro festín famoso fué el que se organizó el domingo de Carnaval de 1892. El gracejo y la fantasía de Pereda hicieron asistir a aquella cena a Patricio Rigüelta, el pardillo de Coteruco. No era aquel intrigante trapisondista «de los que más desaprovechan las buenas ocasiones», según él mismo escribió a su hijo Gildo, «el letrado», al darle cuenta de la opípara reunión; y por no serlo, agarraba la que se le presentaba «bien a bien por la otra banda, sin quebrantos de la hacienda personal y en mayor auge del regalo del cuerpo». Pereda repartió entre los comensales la carta de Rigüelta (redivivo) a su hijo, impresa en un folleto del que se hizo una reducidísima edición. Por la epístola sabemos que «agolía la casa a temblor de tierra, como el otro que dice, por salas y rincones; retinglaban vasos y cazuelas, y resollaba el manjar en la cocina, que era una bendición de Dios»...; que al entrar Patricio en

el portal, «un diantres de guardián que estaba en él con carátula y sable», le llamó *pegotón;* que hubo parleta de largo y tiroteo de coplas, y que mejor que éstas le supo al tunante de Coteruco el manjar, «aunque en punto a sustancia no tuvo comparanza con aquello de la becerra...»

Pereda ya era entonces famoso. Su nombre corría por toda España, y en las cumbres del arte comenzaba a brillar el sol que había de alumbrarle los gloriosos caminos de su vida. Era discutido como pocos y admirado como ninguno. Sus libros circulaban con la misma fuerza que los de Galdós y Alarcón; disputaba a los más altos el cetro del ingenio; lo sostenía con ellos sin que nadie pudiera arrebatársele; promovía enconadas polémicas y conmovía con la grandeza de sus páginas los corazones. Y entre tanto, bien hallado en su quietud provinciana, sin sentir el deseo de abandonarla, ni el desvanecimiento de las alturas; sin deslumbrarse con los resplandores del triunfo; envidiado por muchos y celoso de nadie; siempre señor y dueño de sí mismo, iba creando y dando vida a los héroes de sus novelas. Así fueron populares don Silvestre Seturas, Tremontorio y tío Juan de la Llosa; así fueron emoción y ternura las desdichas de Luz y el martirio de Agueda; encanto y regocijo las

ambiciones de don Gonzalo y las trapisondas de Patricio Rigüelta; ira y lástima las picardías de «ese hombre» y las tristezas de la Rámila; sublime deleite de los sentidos el vagar de Marcelo por tierras de Tablanca y la orfandad de Sotileza, la garrida moza santanderina... El espíritu del lector vivía en Cumbrales, oyendo zumbar el ábrego furioso o agazapado al pie del viejo tronco de la Cajigona; pasaba por Robleces y seguía el curso de la ría de la Arcillosa; se detenía unas horas en Peleches, junto al solar de los Bermúdez, y descansaba en Treshigares, luego de salvar las honduras de la trágica hoz que fué sepultura del desventurado Fernando...

El novelista de Polanco recibía en su apacible retiro el homenaje de todos los montañeses y el de los buenos españoles en sus breves salidas de la Montaña. En la primavera de 1884 estuvo en Madrid y fué aplaudido y agasajado; marchó después a Valencia y se le prodigaron atenciones espléndidas; pasó por Barcelona y recibió la adhesión entusiasta de los escritores catalanes. Un año después se celebró en Madrid el acto de descubrir la lápida colocada en la casa de Mesonero Romanos, en la plaza de Bilbao, y Pereda se vió obligado a ser la voz que hablase por los novelistas y costumbristas españoles. Entonces, que no

se celebraban banquetes literarios todos los días, porque tenían más alta significación que tienen hoy, él fué obsequiado con uno en el Inglés, del que yo oí hablar varias veces al pobre don Francisco Flores García. Por entonces, hizo un viaje a Portugal con Galdós, y de vuelta en España, entrando por Galicia para buscar el camino de su casa montañesa, se detuvo en Oviedo para estrechar la mano de *Clarín*, que ejercía la crítica con disciplinas. Se le dispensó un recibimiento grandioso y una despedida entusiasta. Hubo en su honor recepción académica en la Universidad; banquete con brindis del propio *Clarín*, que no brindaba fácilmente por literatos; del cronista asturiano Canella y Secades; del tradicionalista Barrio y Mier; del catedrático Aramburu y otros hombres notables por su austeridad y su sabiduría; poesías bables de Teodoro Cuesta, el dulce trovador del Sella, y ovación popular, grande, espontánea, fervorosa, bajo los árboles del Campo de San Francisco. ¡Y aún no habían salido de su pluma de oro las maravillosas páginas de *Peñas arriba!*

Los íntimos de Pereda seguían agrupados en torno de él, que era entre todos la figura de principal relieve. Los de la *Casuca* y las cenas ingeniosas, se reunían en casa de don

Sinforoso Quintanilla. Estaba en la Rúa Mayor, vecina al barrio callealtero de *Sotileza*, y era, y aún es, vieja y pesada, de amplio zaguán y cómoda escalera. La llamaban *Las Catacumbas*, y se habla de ella en el último capítulo de *Nubes de estío*. Allí, en las largas horas del invierno, mientras la lluvia tamborileaba en los cristales y el ábrego zumbaba en las calles empinadas y angostas, se hablaba de todo lo humano, indígena o forastero, y se oían lecturas del novelista montañés y a veces de Menéndez Pelayo.

En 1885 se fundó *El Atlántico*, que venía a ser órgano y portavoz del flamante regionalismo montañés. Pereda lo protegió decididamente. En sus páginas escribieron los más ilustres literatos santanderinos, y aún se recuerdan las disquisiciones históricas de don Angel de los Ríos, las *Gacetillas* de *Pedro Sánchez* y las revistas aristocráticas de *Casajena*. Fué el periódico que figura en *Nubes de estío* con el título de *El Océano*. Sus redactores venían de los que escribieron *La Abeja montañesa*, y eran la flor de la mocedad y la espuma de la intelectualidad de aquellos días. A tal tiempo, seguían las reuniones de *Las Catacumbas*, en las que siempre había mucho bueno que oir. Los mozos de *El Atlántico* y del regionalismo lo sabían, y no pararon

hasta conseguir transponer los umbrales de la casona de la Rúa Mayor. Fué necesaria una graciosa *Charta de fuero e previllegio*, escrita en una hoja de pergamino, con pinturas miniadas y su correspondiente sello de cera, todo ello obra de don Agabio de Escalante, ilustre caballero montañés que entretenía sus ocios con nobles aficiones artísticas. El pintó a la acuarela una flor en cada uno de los cien ejemplares de las poesías de su hermano don Amós, editadas en 1890. El también empezó a componer un Libro de Horas, para su esposa; pero la muerte no le dejó acabar una labor en la que ponía los más exquisitos cuidados.

Aquella *Charta de fuero e previllegio* decía así en su «parte dispositiva»: *Vos concedo para vos y los que de vos vinieren para siempre jamás que podais entrar y salir todos los días que no fueren feriados en la mi casa é morada desde hora después de cantar Completas en la nuestra iglesia mayor fasta tres y media antes que se tañe á maytines assí como les fué otorgado á otros muchos de los del vuestro linaje... é mando al mi montero mayor Gabriel de Pámanes que vos abra el portillo de esta mi fortaleza como no viniésedes armados é vos faga homenaje é que vos podais cubrir con los vuestros birretes y sen-*

taros en sitial que de suso vos tengo aparejado y que podais alzar la voz con todos los del mi consejo... é si vos viniere en premura é necessidad que vos entreis en otros mis aposentos e que podais ende proveeros...»

Mediante este original documento, el «montero mayor» Gabriel de Pámanes, que era un mozo al servicio de la casa, abrió la puerta al pintor Fernando del Camino, al poeta Enrique Menéndez Pelayo, al bibliófilo Federico de Vial, al literato Alfonso Ortiz de la Torre y a algunos otros que también merecieron la merced de agregarse a la tertulia. Todos ellos oyeron muchas veces leer al maestro páginas admirables de sus libros, a las que servía de comentario un silencio devoto, como el que imponen las altas naves de una catedral.

La misma ayuda que *El Atlántico* merecieron de Pereda otras muestras de aquel regionalismo, tales como la publicación del álbum *De Cantabria*, soberbio alarde de montañesismo amparado por los nombres del propio Pereda, Menéndez Pelayo, Amós de Escalante, Angel de los Ríos, Casimiro del Collado, el arzobispo Cos y el obispo don Luis Felipe Ortiz, entre otros muchos, y la comenzada conversión de la Real Sociedad Económica Cantábrica en Centro representativo de las aspiraciones regionalistas montañesas. Entonces

fué Pereda candidato a Senador, por las Económicas de León, en las elecciones de 1891, saliendo derrotado, a pesar del interés que en su triunfo pusieron don Francisco Silvela y don Joaquín Sánchez de Toca, a quienes el Poncio leonés no hizo caso, más gustoso, sin duda, en sostener y avivar el caciquismo, que de apagarle y extinguirle. En verdad, que era un filósofo aquel Sancho, como otros muchos Sanchos de las ínsulas provincianas españolas. ¿Para qué el fajín y el bastón de borlas si el caciquismo se descuaja?

En plena actividad, Pereda fué luego a Barcelona para ser mantenedor de unos Juegos Florales, y los escritores catalanes le llevaron en triunfo al Tibidabo, a los riscos de Monserrat y a las históricas ruinas de Poblet. Al año siguiente, que fué el 1892, estuvo en Santander el ilustre novelista catalán Narciso Oller, y en su honor se dispusieron varias fiestas, en cuya preparación puso cuanto pudo el escritor montañés, que, a fuer de hidalgo, no se olvidaba de los agasajos que le dispensaron en Cataluña. Lo más sonado de todo fué un banquete celebrado en las Fuentes del Francés, lugar agreste donde el agua y los árboles ensayan siempre un majestuoso concierto. Con Oller y Pereda asistieron Pérez Galdós, el glorioso maestro de los *Episodios Na-*

cionales; Duque y Merino, el gracioso narrador de *Contando cuentos y asando castañas;* Enrique Menéndez Pelayo, el tierno poeta del *Cancionero de una aldeana* y muchos otros, también gente de pluma o admiradores de las letras catalanas.

Era Pereda poco amigo de la hojarasca oratoria; pero en aquella ocasión brindó con verdadero entusiasmo por Narciso Oller, «delicado y profundo pintor de costumbres»; por la literatura catalana, «la más esplendorosa de las literaturas regionales españolas», y por Pérez Galdós, «el glorioso novelista», adherido con su presencia a aquella fiesta de fraternidad. Un periodista que asistió al banquete, cuenta que se habló de literatura largo y tendido, desde el *Ramayana*, «el grandioso poema indio del deber», según dijo el escritor festejado, hasta el *Amadis de Gaula*, que se sabía casi de memoria Duque y Merino; que hubo un brindis «en forma de cuento de la *tierruca*», de don José María Cagigal; otro de Pepe Quintanilla, que en aquellas calendas ya se firmaba *Pedro Sánchez*, por Narciso Oller y por las Letras de Cataluña, por Guimerá, «el poeta del estro de hierro», por Verdaguer, «cantor épico y místico», por Ixart, «el San Pablo de la literatura catalana», y por Pín y Soler, Sardá, *Serafí Pitarra* y Mateu; otro de

don Sinforoso Quintanilla, como representante de *Las Catacumbas* de la Rúa Mayor; versos de Albino Madrazo y otro brindis de Echánove; y por fin, un discurso de Oller para agradecer el agasajo y las coronas que se le dedicaban y pedir que se le permitiera tomar dos de ellas y ceñirlas a las augustas frentes de Pereda y Galdós.

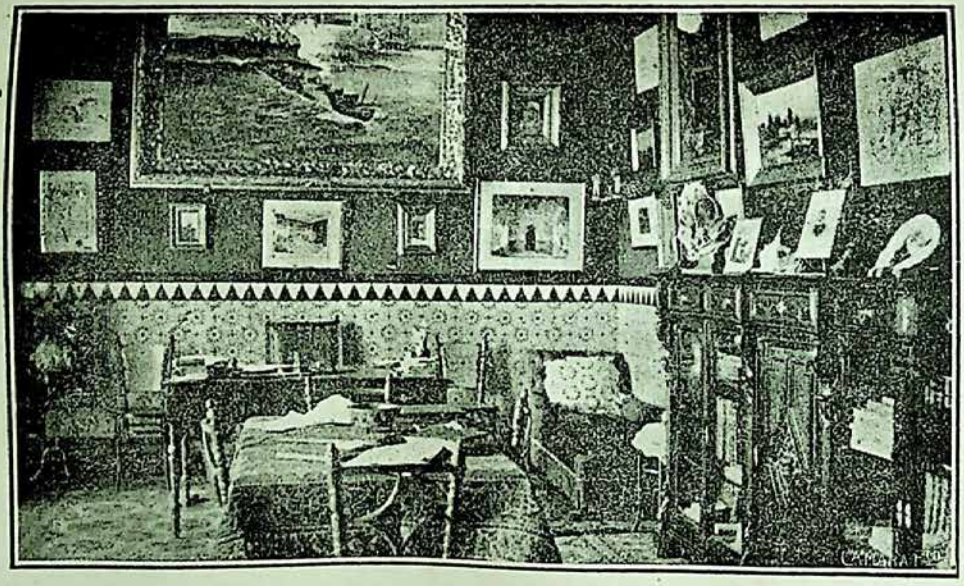
El mismo fervoroso entusiasmo que en obsequiar al escritor catalán, puso el maestro montañés en festejar, con otro banquete, el triunfo de *La loca de la casa*, del insigne creador de los *Episodios*. Pereda se sentía entonces feliz, viendo bien correspondido el ardiente amor que él tenía por su tierra montañesa. Ningún cielo más luminoso que aquel eternamente entoldado por brumas plomizas; ninguna música más grata, que aquella de su indómito mar y de sus bosques seculares. Pero el cielo se nubló de repente con sombríos celajes y los bosques y el mar entonaron una lúgubre salmodia. Y el corazón del poeta tembló de pena y sus ojos se llenaron de lágrimas, porque el septiembre de aquel año, cuando sobre los campos comenzaban a caer las nieblas precursoras del otoño, le trajo tan agudo dolor, que en lo humano no encontraba consuelo con qué aliviarle. Grabó en su alma una cruz y escribió una fecha... En sus oraciones

de buen cristiano puso desde entonces un nombre... El de su hijo Juan Manuel. Y encerrándose en su casa, conmovido por el azote de la tragedia, buscó refugio en las serenidades del arte.

Pocas veces salió ya de la Montaña. A su dolor de padre, se juntó su amargura de español, viendo arribar a las costas cantábricas el mermado ejército antillano y los restos de los marinos que lucharon heroicamente en Santiago de Cuba. Por el paseo que hoy lleva su nombre pasaron los soldados españoles flameando banderas y entonando coplas al son de las guitarras. Por el mismo paseo volvieron tristes y abatidos, febriles y desnudos, como fantasmas acusadores de una política funesta. En los muelles de Maliaño embarcaron los batallones que ostentaban nombres y títulos gloriosos e invencibles. Allí tambien desembarcó Linares Pombo, pálido y flaco... Y arribó Cervera, alto y robusto, entristecida el alma y nublado el semblante por la tristeza de una derrota que la Historia no apuntará como un triunfo en la cuenta de los vencedores.

Con aquellos dolores sobre el corazón, fué un año a Andalucía: visitó las ruinas de Itálica y estuvo en Sevilla, en Granada, en Cádiz y en Jerez. Otro año fué a Madrid, con motivo de su ingreso en la Real Academia Española.

Luego presidió en Castro-Urdiales unos Juegos Florales, y en Santander, con Menéndez Pelayo y Monasterio, la fiesta regional en que fué premiado por su colección de cantos montañeses el maestro Calleja. Entregado enteramente a su casa y a su familia, estuvo alguna vez más, para despachar asuntos particulares, en Madrid, en Salamanca y en Bilbao; pero siempre «de paso», para volverse en seguida y encerrarse de nuevo en Santander o en Polanco. Le atraía la tierra nativa más que nunca, y no podía vivir sin el arrullo de sus vientos o los sones de su mar. Algunas veces, sus amigos mas íntimos le oyeron decir que tenía pensada una novela; pero no se le veía escribir, y se sabía que la pluma de *Peñas arriba* holgaba caída sobre la mesa como una espada gloriosa en un desván. En la primavera de 1904 marchó a Jerez de la Frontera para apadrinar a su primer nieto. Bajo el cielo de Andalucía le atacó el mal, hiriéndole como un rayo al roble, para rendirle poco después, aún no cumplidos los dos años del triste viaje. A mediados de noviembre de 1905, escribía desde Santander a su editor Victoriano Suárez, dándose ya por moribundo. Y así era la verdad. Sobre la soberana cabeza del gran artista caía la pálida mano de la muerte y ante sus ojos se iban levantando las sombras eternas.



Despacho de Pereda, en su casa de Polanco.

V

Desde las «Escenas» a «Pachín»

La labor literaria de Pereda empieza en las *Escenas montañesas* y acaba en *Pachín González*. Entre uno y otro libro, hay un período de treinta y dos años, los que van desde 1864, en que salieron a luz los cuadros de *La leva*, *El fin de una raza* y sus hermanos, a 1896, en que se publicó la historia lamentable del mozuco montañés que fué testigo de la catástrofe del «Cabo Machichaco». En realidad, la vida literaria del insigne artista comenzó varios años antes, en el 1858, con su artículo *La gramática del amor*, en *La Abeja Montañesa*, y continuó en la primera época de *El tío Cayetano*, que él fundó con sus amigos Pelayo y Quintanilla. La mayor parte de lo que entonces escribió y mucho de lo publicado después en otros periódicos, no ha sido reco-

gido en sus libros. Está en las columnas de *La Abeja Montañesa* y de *El tío Cayetano*, ya citados, y en las de *La Tertulia*, *El Aviso*, *Santander-Crema* y *El Atlántico*. Tampoco están incluídos los prólogos que puso a los libros *Ecos de la Montaña*, del poeta Camporredondo, *Mesa revuelta*, de Federico de la Vega, *Claro-oscuro*, de Luis de Terán, *Por la Montaña*, de Alfonso Pérez Nieva, *María*, de Jorge Isaacs, *Credo y Razón*, de José de Elola, *A la sombra de un roble*, de Enrique Menéndez Pelayo, *Antaño*, de Domingo Cuevas y a otros de Mariano Berrueta y de Martínez Zubiria. De todo ello y de algo más que en algún tiempo se tuvo por perdido tiene copia el bibliófilo montañés don Federico de Vial.

Para hilvanar esta crónica, tengo en cuenta los títulos de los libros que forman la colección de las *Obras completas*. Por eso he dicho que la vida literaria del gran escritor comenzó en las *Escenas montañesas* y acabó en *Pachín González*. De lo *otro*, de lo no coleccionado, sólo digo que constituye una larga lista y con ello se pudieran componer varios volúmenes. Tantas y tantas cuartillas, vienen a ser las migajas de la opulenta mesa de un artista. Con ellas, y con algo menos, se labrarían otros una reputación.

La vida literaria de Pereda ha sido dividida

en tres épocas. Esta clasificación no es caprichosa ni arbitraria. Tiene la fuente autorizada de Menéndez Pelayo, que así lo dijo en el admirable juicio que puso como prólogo a la colección de las obras completas, del autor de *La Montálvez*.

Se repartían el favor del público *Fernán-Caballero* y Trueba, cuando Pereda publicó las *Escenas montañesas*. Vino este libro al mundo apadrinado por el autor de los *Cuentos de color de rosa*, con un prólogo que no dejaba bien parado al neófito. Al ingenuo y almibarado cuentista vasco le seducía la vida patriarcal, en una feliz Arcadia, donde Melibeos y Tirsis se miraban con ojos tiernos o se chupaban el dedo bajo un cielo de violeta y junto a riachuelos sosegados como un espejo. Al hojear el libro perediano se encontró con aspectos urbanos o paisajes campestres que servían de fondo a figuras de carne y hueso, seres arrancados a la cantera de la realidad, con todos los vicios y defectos de los seres humanos. Eran lugares sucios e infectos, como el muelle Anaos, basurero de la ciudad y «cementerio de sus despojos», o casuchos de aspecto miserable como el que servía de habitación a los marineros de *La leva*. Eran granujas como *Cafetera*, de pellejo tan duro que sólo la sarna y las viruelas pudieron vencerle; mujeres

como la del *Tuerto*, que tenía los cabellos cerdosos y la color de la cara entre chocolate y bermellón; hombres como *Tremontorio*, que se cubría con unos pantalones remendados y mugrientos; en fin, gente de mar, áspera y tosca, o labriegos ladinos, «entreverados de sencillez y malicia». No encontró idilios mañaneros, con Romeos y Julietas del campo que suspiraban escuchando el canto de la alondra, sino paliques campesinos en una calleja llena de morrillos, con una moza que regala a su galán una liga de esparto aún caliente con el calor de la pantorrilla. Trueba se asustó un poco. Y con toda la buena fe de su alma infantil, se dedicó a escribir del «pesimismo» de Pereda, porque éste no veía al mundo como un pensil ni a los hombres que lo habitan como ángeles con alas, y le acusó de complacerse en fotografiar lo malo y de tener el mal gusto de pasar de largo por delante de lo mucho bueno que en la Montaña había.

El prólogo hizo su efecto y estorbó el camino que habían de recorrer las *Escenas*. Gentes impresionables, sobre las cuales tiene la letra impresa ascendiente de padre espiritual, creyeron lo que Trueba decía, y sin apelar al juicio de la propia razón, en tertulias y corrillos de la ciudad, murmuraron de Pereda y descargaron sobre su cabeza la responsabi-

lidad de burlas y agravios a la Montaña. De ello se defendió el acusado en el prólogo que puso a sus *Tipos y paisajes*, coleccionados en 1871. Al agradecer los plácemes y elogios de unos, rechazó los cargos y censuras de los otros, poniendo el gracioso ejemplo del pintor que copia un pardo panorama de Amusco amenizándolo falsamente con «un río como el Misisipí que baja de unas montañas como los Andes», y el otro del fotógrafo que por amor al modelo le borra el ojo huero, una verruga, un lobanillo y una cicatriz que le afeaban el rostro. De Trueba... ni palabra. Es decir, sí. Aprovechó la ocasión para expresarle su gratitud, en la que un espíritu suspicaz podía ver, entre líneas, una sutil ironía. De rechazar los juicios del cuentista vasco, se encargó andando el tiempo Menéndez y Pelayo, estableciendo y fijando la distancia que va desde la idealidad empalagosa y falsa al realismo fuerte y humano.

Con claro instinto escribió Pereda el prólogo de los *Tipos y paisajes*. En las páginas de este libro volvían a verse iguales trozos de la naturaleza que en las *Escenas* y aparecían personajes de la misma casta del tío *Merlín*, el *Tuerto* y el mayorazgo Seturas, aunque de oficio o condición diferentes. Eran Blas del Tejo y Paula Turuleque, matrimonio forra-

do de necedad; hidalgos tan coruscantes como don Robustiano Tres-Solares y don Ramiro Seis-Regatos; intrigante tan avisado como don Hermenegildo Trapisonda, y aldeanos tan pintorescos como los de *la hila* en la cocina de Selmo Lombío. De la misma veta, como salidos del mismo tronco, eran don Serapio Caracas, el bondadoso comerciante víctima del lujo, don Simón de los Peñascales, el ambicioso y fracasado político, que le hace compañía en los *Bocetos al temple*, y la lista de personas y personillas, falange de vanidad, presunción, ignorancia y sencillez, que desfila por las páginas de *Tipos trashumantes*. El escenario en que estos personajes se movían eran trozos de tierra montañesa, rincones de la ciudad o de la costa, valles tranquilos y rumorosos o peñas hoscas y bravías, y las figuras que los recorrían o habitaban seres que tenían fuerza y realidad por el hechizo del arte. Ellos forman la primera época literaria del insigne escritor; pero en ellos dejaba ya la huella de su genio y en ellos se encuentra «lo más selecto de la obra de Pereda», según la suprema autoridad de Menéndez Pelayo. De *La leva* dejó escrito el glorioso polígrafo que «desde Cervantes acá no se ha hecho ni remotamente un cuadro de costumbres por el estilo», y de *Cafetera* y el

Tuerto, de *Tremontorio* y el *tío Jeromo*, de *Juan de la Llosa* y el mayorazgo *Seturas*, del jándalo *Mazorcas* y hasta de *Cencio*, el erudito aldeano de *Al amor de los tizones*, dijo que son hermanos menores de *Rinconete y Cortadillo*, *Lázaro de Tormes* y *Guzmán de Alfarache*, de los venteros, rufianes y mozos de mulas de la antigua literatura y de los héroes del Rastro que eternizó don Ramón de la Cruz. El padre Blanco dijo de *Tremontorio* que es figura tan artística, tan grande, que la hubiera envidiado Shakespeare. Del mundo rural o de capital provinciana que vive y se agita en los primeros libros, ha escrito doña Emilia Pardo Bazán que es de la exclusiva pertenencia de Pereda, como son de Murillo sus cielos inflamados de gloria, y de Claudio de Lorena sus oleajes teñidos en la púrpura del ocaso.

Ellos bastaron para el triunfo de Pereda y en ellos encontró el pueblo montañés su poeta. «Le encontró, al fin,—dice el autor de *La historia de las ideas estéticas*—y le reconoció al momento, cuando llegó a sus oídos el eco profundo y melancólico de *La leva* y de *El fin de una raza*, o cuando vió desplegarse a sus ojos, en minucioso lienzo holandés o flamenco, avivado por toques de vigor castellano, el panorama de *La Robla* o de *La Romería del*

Carmen, el nocturno solaz de *la hila* al amor de los tizones, o el viaje electoral de don Simón de los Peñascales por la tremenda hoz de Potes. Miróse el pueblo montañés en tal espejo, y no sólo vió admirablemente reproducida su propia imagen, sino realzada y transfigurada por obra del arte, y se encontró más poético de lo que nunca había imaginado, y le pareció más hermosa y más rica de armonías y de ocultos tesoros la naturaleza que cariñosamente le envolvía, y aprendió que en sus repuestos valles, y en la casa de su vecino y en las arenas de su playa, había ignorados dramas, los cuales sólo aguardaban que viniera tan soberano intérprete de la realidad humana a sacarlos a las tablas y exponerlos a la contemplación de la muchedumbre».

La segunda época literaria se inicia con la publicación de *El buey suelto...* Pereda abandonó entonces sus cuadros de costumbres y se entró resueltamente por el campo de la novela con una de asunto harto tratado y discutido, desde Jovellanos a Flaubert, desde Balzac a Tolstoy. También fué discutido el autor, como había de serlo después, apasionadamente, hasta que la crítica se le rindiera al salir a luz *Pedro Sánchez*. No consideró Pereda aquel libro como novela y quizás pensó únicamente que sus capítulos fueran una serie de cuadros

en los que se desarrollase la vida del protagonista; pero la crítica se empeñó en bautizarlo... y novela fué. Para los criterios más descontentadizos y adustos, se trataba de un libro de acción pálida y poco interesante. Menéndez Pelayo, con su sagaz espíritu crítico, descubrió en él algunos capítulos que calificó de magistrales cuadros de costumbres.

Los descontentos desarrugaron algo el ceño al publicarse al año siguiente, que era el 1879, *Don Gonzalo González de la Gonzalera*. Desde entonces acá, se han visto muchos Coterucos en España. El caciquismo es ya un árbol frondoso, de hondas raíces, que socava el suelo de la aldea. Algún político de altura, sin duda bien intencionado, ha intentado la poda y ha querido desarraigarlo. Labor inútil. La vida sencilla en que vivían los vecinos de Coteruco de la Rinconada, no es ya española; mientras los intrigantes del linaje de Patricio Rigüelta, triunfan y medran, y los audaces de la casta del cojo Lucas, se esponjan y lucen, los señores de la aldea, de los que era espejo don Román Pérez de la Llosía, han desaparecido para siempre. En los Coterucos de ahora, hay también corraladas de Garibaldi y callejos de Marco Bruto, como en el de antaño; pero la tierra se encarece, el pan escasea, las gabelas aumentan y los repartos vecinales son una

amenaza que obliga a la sumisión. En las páginas de *Don Gonzalo*, Pereda puso el dedo en la llaga y muchos señores que elevaron el grito hasta los cielos, tenían razón para quejarse. La serenidad crítica encontró descripciones bellísimas y seres típicos que parecían esculturas. Algún cuadro, como el titulado *El Festín*, resulta un cuadro de Teniers, «con toque más vigoroso y más caliente entonación».

Cuando se publicó *De tal palo, tal astilla...*, se habían reavivado en España los rescoldos de la hoguera político-religiosa encendida años atrás. *Gloria*, de Pérez Galdós, había sido el soplo que despertó las llamas dormidas, sacudiendo fuertemente a las conciencias. Pereda era un espíritu reaccionario, y no podía sustraerse al influjo de aquel batallar que pasaba en violentas ráfagas. Echó un tizón a la hoguera y le salió al paso a Galdós, planteando en su libro el mismo conflicto de las páginas de *Gloria*. Aseguran que lo hizo deliberadamente. Las discusiones fueron enconadísimas, como podía esperarse de la riña de dos novelas, que planteando igual *problema*, eran, naturalmente, de bien opuesta tendencia. Pero separando la *tesis*, en la obra perediana halló la crítica mucho que alabar; por ejemplo, la figura de don Sotero, la de Macabeo comparada por *Clarín* con el *Renzo* manzoniano, el

paso de la terrible hoz, camino de Valdecines, bajo el estruendo de la tempestad, y la *hoguera de San Juan*, cuyos resplandores son luces rembrantdnescas. Después de esta salida por el campo de la novela *tendenciosa*, volvió Pereda los ojos al pasado, a los días de su niñez, a los menos lejanos de su juventud. Vió cuadros, tipos y escenas que le recordaban «tiempos, hombres, cosas, motivos y ocasiones», que al pasar por su memoria le tocaban en el corazón y le remozaban el espíritu. Y publicó los *Esbozos y rasguños*. Un año más tarde salía *El sabor de la tierruca*, el libro rústico y serrano, que bendecía Menéndez y Pelayo, porque llegaba cargado de perfumes agrestes, y no traía «*problemas* ni *conflictos*, ni tendencias ni *sentidos*, ni otra cosa ninguna, sino lo que Dios puso en el mundo para alegrar los ojos de los mortales: agua y aire, hierba y luz, fuerza y vida».

Alguien acusaba a Pereda de seco y frío, incapaz de sentir las dulces emociones de la poesía. ¡Como si el final de *La leva* y las páginas de *El fin de una raza*, no fueran fecundo manantial de poesía y de emoción! Es el caso que con *El sabor de la tierruca* pareció querer demostrar el gran artista que su pluma era llave de oro capaz de abrir los alcázares de las almas para arrancarles sus secretos. Al ho-

jear el libro se desprende de él la tibia caricia de la égloga, como si entre sus páginas tuviera vida y fuerza la voz de Virgilio. En aquel claro ambiente, donde destacan con extraño vigor los encontrados caracteres de dos hidalgos campesinos y tienen estupendo relieve los humos de Nisco y las ocultas lágrimas de Catalina, adquiere una realidad maravillosa la figura del veterano de la Libertad. ¡Don Valentín! «Cervantes mismo—ha escrito el Padre Blanco—no se habría desdeñado de ser el padre de este nuevo Quijote, amartelado de ideales no menos abstractos que doña Dulcinea y herido por los yangüeses de Cumbrales, como el hidalgo de la Mancha. La patriotería cándida, bullanguera y progresista no ha tenido una representación tan cabal: ahí están el enmohecido sable de Luchana, el casaquín y el chaleco azul, la tez arrugada, los verdosos ojos y el bigote de pábilos. Cuando sale a la escena esta singularísima figura, es imposible contener la carcajada. ¡Pobre admirador de don Baldomero, machacando como en un yunque en el egoísmo del hijo, que no se siente inflamado al recordar su nombre de pila!»

Todavía criterios descontentadizos le pedían que abandonara su tierra montañesa y ampliase el campo de la observación. Doña Emilia Pardo Bazán comparaba el talento de Pereda a «un huerto hermoso bien regado, bien cultivado, oreado por aromáticas y salubres auras campestres, pero de limitados horizontes». De su huerto salió el 1883 con *Pedro Sánchez*, personaje que si no es histórico pudiera serlo y es desde luego un pedazo de historia española: la de aquellos azarosos y turbulentos días de la mitad del siglo XIX, con las diligencias peninsulares, la Milicia Nacional, los telégrafos ópticos, la exaltación esparterista, las barricadas y los motines y sublevaciones que sirvieron de preparación a más graves y sonados acontecimientos. Demostró así que sabía andar suelto por los medios civilizados y que desde su rincón montañés descubría más extensos panoramas que los que limitaban los montes de su pueblo. Con esto acaba la segunda época de su vida literaria. Al empezar la tercera, Menéndez Pelayo le aconsejaba que no saliera de *su huerto* ni hiciera caso de los que encontraban limitados sus *horizontes*, porque sin salir de ellos había encontrado la novela política en *Don Gonzalo González de la Gonzalera*, la novela religiosa en *De tal palo, tal astilla...*, el poema idílico en *El sabor de la tierruca*, la novela social en *Blasones y talegas...*, «porque no hay pasión, no hay afecto, no hay interés, no

hay problema que no pueda traerse a la Montaña, como a cualquiera otra región del mundo».

En la suya nativa estaba la cantera de que había arrancado los bloques de *La leva* y *El fin de una raza*. Bloque gemelo es el de *Sotileza*, el poema de los mareantes santanderinos. Ninguna figura artística de mujer ha logrado la popularidad de la gallarda moza callealtera. Ni Pepita Jiménez, ni Currita Albornoz, ni Marianela... Sólo Mireya, la dulce heroína de Mistral, ha ganado tantos corazones como la huérfana de Mules. El mismo soplo que dió vida al Tuerto y a Tremontorio, a Cafetera y al tío Bolina, animó las figuras de Mechelín y el Padre Apolinar, de Muergo y de las hembras de Mocejón. Los mismos pinceles que pintaron las escenas de la calle del Medio y del Muelle de las Naos, trazaron estos episodios de la calle Alta, de la Maruca y del mar en plena borrasca. Lo de menos en esta novela es *lo que pasa*. Ni la suerte de Sotileza, ni los apuros del Padre Apolinar, ni las iras de Carpia y de su madre, ni el trágico fin de Muergo, interesan y cautivan tanto como el vigoroso relieve de sus figuras. Con abrir el libro al azar y *ver* uno de estos personajes, solo y aislado, basta para que el alma del lector se emocione. Todos hablan y alientan como si tuvieran vida real. Del pobre exclaustrado «de sotana remendada, zapatillas de cintas negras y gorro de terciopelo raído» dijo el autor de *Horacio en España* que es el fraile más asombroso que había visto en novelas, desde el *Fra Cristóforo*, de Manzoni. A los demás, fácilmente se les descubriría el parentesco que les une a los tipos de su condición, más acabados, que haya producido el humano ingenio. A todos ellos les sirve de fondo el mar, agigantando su grandeza, y sólo en marco tan soberano pueden concebirse algunos de los héroes de la epopeya marítima montañesa.

Tras de un silencio de cinco años, volvió a salir Pereda de su «huerto hermoso bien regado». Mas allá de sus lindes le esperaban los que querían verle dilatar su campo de observación. Se publicó *La Montálvez*, en cuyas páginas se flagelan los vicios de la más alta sociedad cortesana. Las aventuras y trapisondas de la marquesa no son ni más ni menos que las de otras blasonadas señoras de que se habla en *Insolación* y en *La espuma;* pero ninguna de ellas promovió cuando salieron al mundo tan ruidosa algarabía como la desgraciada madre de Luz. Sólo el escándalo de *Pequeñeces*, del Padre Coloma, fué más sonado. Al mismo tiempo, los que a Pereda esperaban fuera del

«huerto hermoso», cayeron sobre su libro como bandada de gorriones sobre un trigal, y aplicaron, según frase del Padre Blanco, «el lente microscópico y el espejo multiplicador de doce caras a los lunares de *La Montálvez*». El mismo ilustre crítico preguntaba después, al recordar el caso: «¿Cómo demostrar más elocuentemente que aquellas amonestaciones no eran desinteresadas, o cuando menos, que no eran razonables ni discretas? ¿A qué encarrilar el numen creador del artista por derroteros caprichosos? ¿A qué prescribirle recetas y leyes contrarias a su índole nativa?» El buen clérigo no se explicaba «por qué el mérito de una novela ha de agrandarse o achicarse según los límites del escenario en que se desarrolla, ni, sobre todo, por qué ha de conservar menores elementos de belleza la perspectiva de las costumbres provinçianas, del mar inmenso, de costas y campiñas, tal como revive en las obras de Pereda, que el abigarrado microcosmos de las grandes poblaciones». No se lo explicaba él, ni los demás tampoco.

Refugiado nuevamente en su huerto, el discutido novelista publicó *La Puchera*, el admirable libro en que se mezclan, para orear deliciosamente las sienes del lector, las auras campestres y los aires del mar. En él hay tipos dignos de Balzac y Walter Scott. Dos años después, en el 1891, salieron *Nubes de estío* y *Al primer vuelo*, novela ciudadana la primera, del propio Santander, con personajes allí bien conocidos, algunos de ellos de la intimidad del autor; delicada historia de amores, la segunda, nacida en plena campiña montañesa, avivada sobre las frágiles tablas de un balandro, y santificada, al fin, en los mismos campos en que naciera. Luego, un silencio de cuatro años, y al cabo de ellos la salida de un nuevo libro concebido y empezado a escribir entre resplandores de felicidad y de gloria y acabado bajo el peso de una cruz que labró el dolor inesperadamente.

En el verano de 1893 escribía Pereda *Peñas arriba*. Refugiado en su casa de Polanco, en el escenario de los humos señoriles de Nisco y de los sueños esparteristas de don Valentín Gutiérrez de la Pernia, allí donde habían nacido a la vida inmortal del arte Marcones y el Berrugo, la Rámila y la Galusa, iban tomando forma las figuras de Marcelo y de Chisco, de Lita y de don Celso, el austero señor de Tablanca. Ya había subido el sobrino del hidalgo a las alturas más enriscadas, con don Sabas, el cura; ya había cazado en su propia madriguera a los

osos, en compañía de los mozones tablanqueses; ya había visitado al recio solitario de Provedaño en su histórica torre, medio ruinosa... Avanzaba el invierno, lleno de sombras y celliscas y don Celso arrimaba el cuarteado cuerpo a la lumbre, buscando su caricia. En la solariega casona se vivía en pura tiniebla.

En los montes más cercanos había ya una vara de nieve. Pepazos había subido al puerto, a recoger las yeguas que huían, monte arriba, de la nevada. Pasaba el tiempo, y no volvía. En su busca habían salido don Sabas y el médico Neluco, Pito Salces y Chisco, con azadas, palas y cuerdas, y guiados todos por el *Canelo*. Ya se acercaba el medio día. Se echaron sobre el valle celajes más sombríos y avanzó sobre el pueblo una siniestra nube, que rebramando como un monstruo, se estrelló contra los montes y se rompió en negros jirones. Pereda, en plena fiebre creadora, sentía la palpitación de sus sienes fecundas y dejaba correr la mano sobre el papel. Describía el terrible momento en que Marcelo sabe por Facia la desaparición de Pepazos y la noble aventura a que se arriesgan los que salen en su busca. El artista ponía en labios del mozo palabras rebosantes de temor. ¿Qué peligros no amenazarían a los heroicos tablanqueses, que

desafiaban el temporal en plena montaña? Luego escribió:

«*Bajo el peso terrorífico de esta idea, pasó una hora, durante la cual volvió a reinar la calma en la Naturaleza; pero no llegó al valle ninguna noticia de los infelices expedicionarios*». Un cercano estampido le interrumpió, paralizó la función creadora de su cerebro y suspendió la pluma sobre el papel. Oyó gritos de socorro y de angustia, y el ritmo de su corazón se aceleró golpeándole el pecho. Su esposa le llamaba, con la suprema voz de una madre herida en lo más tierno de su alma... Corrió al jardín y vió el cuerpo de su hijo Juan Manuel ensangrentado y muerto. Una ráfaga de locura había segado aquella vida juvenil, llena de sueños y esperanzas. Y el soberano artista, abrazado a su esposa, lloró entonces las lágrimas más ardientes y amargas de su vida.

Así se interrumpió *Peñas arriba*. Con el corazón traspasado, abrió un día Pereda el valioso manuscrito y se dispuso a continuar su labor. Donde la paralizó la tragedia trazó con lápiz rojo una cruz y escribió una fecha: la del 2 de septiembre de 1893. Luego buscó «en las serenas y apacibles regiones del arte, un refugio más contra las tempestades del espíritu acongojado». Y siguió escribiendo: *Me*

llamaron a comer; sentéme a la mesa y no comí, ni siquiera supe disimular bien las inquietudes que eran la causa de ello... Cuando llegó al final de la novela, dejando bajo la tierra de Tablanca a don Celso y a Marcelo y Lituca unidos por los lazos de un amor que había de abrirles el camino de los altares, escribió sobre la primera página del manuscrito estas palabras: *A la santa memoria de mi hijo Juan Manuel.* Y del fondo del alma, que vivía entre las tinieblas de un tristísimo invierno, brotó una lágrima.

Y así fué acabada *Peñas arriba*, la mejor novela del maestro, la más soberana, la más genial; la que es desde la primera a la última página copioso manantial de poesía y de emoción; la que refresca la imaginación con los saludables vientos de las alturas y hiere el alma con los ecos sublimes que se despiertan en las cumbres. Después de ella, pasado un año, se publicó *Pachín González*, el libro que describe la inmensa pesadumbre de la ciudad santanderina. Pereda escuchó aterrado la formidable explosión del *Cabo Machichaco*, vió elevarse las revueltas aguas de la bahía en trombas de fango, y contempló entre las sombras de la noche las llamaradas de la hoguera que alumbraban los montones de cadáveres destrozados. Sólo su pluma podía describir el

dantesco espectáculo. Lo describió para eternizar en el arte y unir a su nombre el de la amada ciudad, en momentos en que vió desgarrado su generoso corazón de madre. Y con este libro de sangre y de lágrimas, de tragedia y de luto, cerró el insigne montañés la historia de su vida literaria.

LIBRO SEGUNDO

Pereda, en plena madurez de su talento.

I

Entre damas y galanes

A fuer de buen español, Pereda sintió el tirón del teatro y escribió en sus mocedades para la escena. Quizás son muchos los que lo han oído; pero son muy pocos los que lo saben y muchos menos los que conocen sus comedias.

Antes que autor, fué crítico. Allá por el verano de 1860, llegó a Santander una compañía dramática que dirigía don Joaquín Arjona. Anunció cuarenta funciones, suceso que no dejaba de ser extraordinario en aquellos días, y Pereda fué guía del público y azote de los cómicos desde las autorizadas columnas de *La Abeja Montañesa*. Antes de aquella fecha, manejó las disciplinas en el *Diario del Comercio*, periódico de intereses morales y materiales, mercantil, industrial, de noticias

y anuncios, que leían con fruición los señores que hacían tertulia en las tiendas de la calle de San Francisco y en las correderías del Muelle. En el *Diario* habló de *La Vaquera de la Finojosa*, de *El Cura de Aldea*, de *El reloj de San Plácido*... Pero sus mejores campañas fueron las de *La Abeja*. La pluma del maestro criticó muchas obras que han sido distracción y regocijo de varias generaciones.

Llenaban entonces los carteles de los teatros Ventura de la Vega y don Antonio García del Canto, don Luis de Olona y don Antonio García Gutiérrez, don Luis de Eguílaz y don Manuel Bretón de los Herreros. Alguna vez desaparecía uno de estos nombres para dejar el paso libre a uno de los ingenios de nuestro Siglo de Oro, y entonces Lope de Vega o Tirso de Molina distraían al público con las ingeniosidades de *La niña boba* y de *El Vergonzoso en Palacio*. De vez en cuando, reaparecían Moratín con *El sí de las niñas* y *El Café;* Martínez de la Rosa con *Moraima* y *La Conjuración de Venecia;* don Manuel José Quintana con el *Pelayo*, y hasta el asendereado Comella con *Isabel la Católica* o con *Inés de Castro*. Otras veces, el drama y la comedia cedían el campo a la zarzuela, y nuestros abuelos se conmovían con las líricas escenas de *Azzón Visconti* y con la barcarola de *El*

Grumete. Si acaso, una breve temporada de ópera ponía sobre las esquinas a *Luccia di Lamermoor* y a *Hernani*, a *Luisa Miller* y a *María di Rohan*. Pero estas flores líricas languidecían prontamente, y las obras de los autores más en boga recobraban su dominio espiritual sobre el público. En los carteles volvían a escribirse *El hombre de mundo*, *La oración de la tarde*, *La cruz del matrimonio*, *Una aventura de Tirso*, *Los lazos de la familia*, *Marcela o ¿a cuál de los tres?*...

Varias de estas comedias fueron comentadas por Pereda, con juicio bien certero. De sus críticas de 1860 puede ser citada, en gracia a la grandeza de la obra, la que escribió al estrenarse *El tejado de vidrio*. A Pereda le pareció la famosa comedia de Ayala una joya teatral. «Versificación fácil, correcta y galana; diálogo intencionado, propio y elegante, sin pecar de afectado...; una acción sencilla, natural, que... no desdeñaría el mismo Moratín; unos personajes de inequívoca fisonomía, que se destaca siempre propia en todas las situaciones por que van pasando; un conjunto, en fin, lleno de interés y de fuerza dramática en que se revela sobre el privilegiado talento del Sr. Ayala, un exquisito gusto para los efectos de la escena»...

En esto llegaron los días patrióticos de la

Guerra de Africa, y España entera se conmovió con las glorias del Ejército expedicionario. Hubo gabanes a lo O'Donnell; chalecos a lo húsar, después de la hazaña del cabo Mur; pantalones de color Serrallo, después de la batalla que valió a Echagüe una corona de marqués. Prim era el héroe del día, y con su nombre a la cabeza se publicaban versos ardientes de admiración y patriotismo...

A la sombra triunfal de tus pendones
tu gloria suene en cuanto el astro baña,
y sé envidia de reyes y naciones,
Bayardo catalán, honra de España...

En este ambiente de exaltada españolería, Pereda no abandonó su seriedad de crítico. Se organizaron veladas en las que lo de menos era la obra estrenada; y lo de más el motivo para vibrar de entusiasmo y vitorear a los generales de los Castillejos y Guad-el-Gelu... Allí iba Pereda, pluma en ristre, a contarle al público las bellezas o los defectos de la comedia representada. Se celebraron funciones, cuyos productos se destinaban a socorrer a los heridos de la campaña o a comprar hilas y vendas para las ambulancias y los hospitales... Allá iba Pereda, a ejercer su sagrado ministerio de crítico en todo su esplendor. Así fué escribiendo su pluma de obras antiguas y modernas, desde *García del Castañar*

a *La Campana de la Almudaina*, y desde *Sulliván* a *El loco de la guardilla*. Hasta que llegados los días gloriosos de Tetuán, se desbordó definitivamente el entusiasmo de los españoles. En Santander hubo colgaduras con leyendas dedicadas a Isabel II y al Ejército vencedor; luminarias de colores en la fragata *Pombo* y en el vapor *Maliaño;* manifestaciones, vivas y versos estallantes de popular enardecimiento:

¡Viva España, nación invencible!
¡Viva España, la Patria del Cid!

No faltaron, claro está, funciones y veladas alusivas a las victorias españolas de Africa, ni cantares en que el león hispano levantaba la zarpa contra el «infiel marroquí». Tampoco perdió nuestro crítico la serenidad, y siguió ejerciendo con toda calma su ministerio. Al fin, regresadas a la península las tropas expedicionarias, fatigados los brazos y enronquecidas las gargantas patrióticas, la vida volvió a correr por los viejos cauces y tuvo un ritmo más apacible. Pereda pudo escribir sus críticas sin que nada amenazase turbarle en sus meditaciones, y damas y galanes husmearon su amistad y cultivaron su trato, buscando el aplauso de su pluma o la benevolencia de sus juicios. El continuó publicando sus impresiones y reseñas, sin que la influencia o el favor

inclinasen a ningún lado la balanza; aplaudiendo o censurando a los artistas, según su leal saber y entender; comentando esta o aquella determinación de la empresa, en cuanto tuviera alguna relación con el público; criticando, en fin, el último drama, la nueva comedia o la zarzuela desempolvada. De aquellos días son sus críticas sobre *La cantinera de los Alpes* y *Zampa*. También de aquellos días son sus juicios sobre *El tanto por ciento*, claros, terminantes, puede decirse que proféticos, porque en ellos predijo que la famosa comedia de Ayala había nacido «para vivir entre aplausos y para conquistar a su autor lauros y triunfos que harán célebre su nombre entre los de los primeros ingenios españoles».

Tiempos fueron aquellos en que el estro de los poetas triunfaba sobre los escenarios y salía luego a la calle como una llamarada, para vibrar sobre el haz de las muchedumbres. En la apacible penumbra de la sala, desgarrada apenas por cien bujías temblorosas, la voz de los artistas cantaba con soberano acento las pasadas grandezas españolas.

No debió ser entonces cuando Pereda tomó afición al teatro. Fué, quizás, en Madrid, viendo a Eguílaz en el café de Platerías, encontrándose a Bretón de los Herreros o a Ventura de la Vega en algunas tertulias y viendo

representar comedias en el Príncipe. En la biblioteca de don Federico de Vial existe el manuscrito de *La suerte en un sombrero*, comedia en un acto, en verso, firmada por J. M. de Pereda y fechada en Madrid el mes de febrero de 1854. Es, tal vez, su primera comedia, escrita en su hospedaje de la calle del Prado. En la maleta del mozo montañés haría el viaje desde Madrid a Santander cuando el presunto artillero fracasó en sus ideas. Es lo cierto que *La suerte en un sombrero* se conserva inédita. Por lo menos, no está incluída en el tomo que de las obras escénicas de Pereda se conoce.

Ni su estreno ni su publicación hubiera dado al autor mucha gloria, ni como dramaturgo, ni como poeta. Son personajes de ella un don Melitón, señor sexagenario casado con la cuarentona doña Sinforosa; una florida jovencita de diez y ocho abriles, llamada Elvira; un cincuentón con el prosaico nombre de don Tadeo; Serafín, galán de veinticuatro años en estado de merecer, y un criado llamado Simón. Con estas figuras compuso Pereda la que él tituló comedia en un acto y no es más que un pasatiempo que hoy no toleraría ni el público bonachón de Lara.

El mismo Pereda no consideró a esta comedia con muchas seguridades para ganar el fa-

vor del público, cuando no la dió para ser estrenada. La primera que dió a la escena fué *Tanto tienes, tanto vales*, en un acto y en verso, que estrenaron Balbina Valverde, Rosa Tenorio, Mariano Fernández, Cepillo, Juan Casañer y José Alisedo, en Santander, el 1.° de agosto de 1861. A los cuatro meses escasos, la noche de Navidad del mismo año, se estrenó *¡Palos en seco!*, cuadro de costumbres cómico-lírico, también en verso, y al que puso música don Eduardo M. Peña. Siguióle a los dos años, el 26 de agosto de 1863, otro juguete cómico-filosófico, en verso y con el título *Marchar con el siglo*. Lo representaron Carmen Berrobianco, Josefa Ramos y Emilio Mario, Francisco Oltra, Ricardo Morales y N. Zaragozano. Luego, el 21 de noviembre de 1863, estrenó una zarzuela en un acto, en verso también, con música de don Máximo Díaz de Quijano, y titulada *Mundo, amor y vanidad*. Y tres años más tarde, el 15 de diciembre de 1866, estrenó una nueva zarzuela en dos actos y escrita en verso, como sus demás comedias, titulada *Terrones y pergaminos*. La música era también de Díaz de Quijano, y fué cantada por Isabel y Matilde Ayta.

Todas las comedias de Pereda son cuadros de costumbres, menos *Mundo, amor y vanidad*, que es un episodio galante del Rey Felipe IV. Como en las escenas de *La reina y la comedianta* y *Por los pecados del rey*, y en otras comedias anteriores de los poetas españoles, el rey está de caza, con su cortejo de palaciegos y monteros, y para en un mesón de Castilla donde descansa y se enamora. En la comedia de Pereda, Felipe IV llega a la venta, embozado hasta los ojos, mientras se oyen los ecos de la montería. En la venta, trajina Ginés, un criado para quien es el oro buena ganzúa, como para otros galopines de comedia. Y entre señor y vasallo se desarrolla la siguiente escena:

REY. (Indaguemos con cautela.)
(A Ginés.) Dios os guarde.
GINÉS. ¿Quién va? (¡Eh!,
¿quién será este personaje?)
(Con aspereza.)
Hoy no se da de beber.
REY. Tenga modos el villano
y conteste por su bien.
GINÉS. (Recio me habla; estemos quedos.
Tiene gran estampa a fe.)
REY. ¿Sois el ventero?
GINÉS. No soy;
soy su criado... Ginés.
REY. *(Dándole, sin desembozarse, algunas monedas.)*
Contesta... y sin engañarme.

GINÉS. *(Sorprendido gratamente.)*
Pregunte vuesa merced.
REY. En esta venta reside...
GINÉS. (¡Oiga!)
REY. Una hermosa mujer.
GINÉS. (¿Otro más?) Es Esperanza.
REY. (Donoso nombre.) Y ¿quién es?
GINÉS. Sobrina de Pero-Núñez,
mi amo, el ventero...
REY. Muy bien.
¿Es casada?
GINÉS. No es casada,
mas temo que lo va a ser.
REY. ¿Tiene amante?
GINÉS. Y aun amantes;
sospecho que tiene... tres.
REY. ¿Correspondidos?
GINÉS. Alguno;
mas ignoro de ellos quién:
sólo sé que alguno de ellos
ronda en vano su esquivez.
REY. Adelante: (que me place
más y más esa mujer.)
GINÉS. Adelante... ¿Y qué adelanto
si es de roca su desdén?
REY. Que prosigas con su historia
quise decirte.
GINÉS. ¡Ah! pensé...
REY. Dime todo cuanto sepas.
GINÉS. Si ya todo lo sabéis.
REY. Toma y habla. *(Le da más dinero.)*
GINÉS. (¡Es una mina!)

Diré todo cuanto sé.
Llegaron de Salamanca
hace nueve años o diez...
REY. ¿Quiénes llegaron?
GINÉS. Los dos.
REY. ¿Pero-Núñez?...
GINÉS. Ella y él.
Núñez tomó este mesón,
y a mí me tomó también
para criado. ¡Era Esperanza
entonces un cascabel!
redondita, juguetona...
Yo la vi crecer... crecer...
y hacerse moza garrida.
REY. *(Impaciente.)* No me interesa...
GINÉS. Después
un hidalgo, un don Enrique
de Mendoza, un bachiller
altivo, pero más pobre
que un padre de la Merced,
dió en requerirla de amores.
Es bizarro mozo él,
ella, aunque conmigo dura,
como hembra es frágil, y es...
En fin, aceptó el hidalgo
diciéndole a todo «amén».
Pero-Núñez intervino,
y tras uno y otro mes
de consultas y misterios,
cayóle en gracia el doncel.
REY. Al asunto.
GINÉS. Voy allá.

Después del anochecer
les dará su bendición
el cura...

REY. ¿Esta noche?

GINÉS. Pues.

REY. (Demonio, el lance es de apuro.)

GINÉS. (Este hombre la va a hacer.)

REY. ¿Quién vive con Esperanza?

GINÉS. Si alguno soy yo, Ginés,
y Pero-Núñez, que vale
en camándulas por diez.

REY. ¿Conque tan pájaro es Núñez?

GINÉS. De cuenta.

REY. Vamos a ver.

GINÉS. Pero-Núñez habla poco,
manda mucho y paga bien;
no tiene trato con nadie
ni nadie le busca a él,
no admite ruido en la venta
ni se afana por vender;
gana poco y gasta largo.

REY. (Me va chocando, pardiez.)
¿Se regala?

GINÉS. Ni por pienso:
Sobrio y arreglado es;
pero no sale un antojo
de la boquita de miel
de Esperanza, que él no pague
aunque lo dispute el Rey.

REY. ¿Cierto estás de que es su tío?

GINÉS. ¿Qué otra cosa puede ser?
De que es huérfana Esperanza

hay papeles que dan fe.

REY. (Todo aumenta mi deseo.)
Te necesito, Ginés.

GINÉS. ¡Vos a mí!

REY. Cuento contigo.

GINÉS. *(Receloso.)* Es que yo... (Si querrá que...
Mas si lo mete a barato...)
(El Rey le da un bolsillo que él guarda en el pecho.)
(Admirado.) ¡Ordene vuesa merced!

REY. Tengo que hablar a Esperanza
al punto.

GINÉS. No puede ser...
ni más tarde. Pero-Núñez
está en casa.

REY. Y eso ¿qué?
(Apelemos a sus celos.)
A ti no te sienta bien
que a Esperanza se la lleve...

GINÉS. ¡Si estoy rumiando más hiel!...

REY. Sírveme en lo que te ordene,
sé sagaz, sé mudo y sé
prudente, y no ha de pesarte.

GINÉS. (Pero, señor, ¿qué irá a hacer?)

REY. ¿Te decides?

GINÉS. *(Después de vacilar.)* Me decido.

REY. ¿Serás mudo?

GINÉS. Lo seré.

REY. ¿En dónde habita Esperanza?

GINÉS. *(Dando un salto.)* ¡Zape!
(Receloso.) Esperanza...

NÚÑEZ. *(Dentro.)* ¡Ginés!

GINÉS. Me están llamando.
REY. *(Deteniéndole.)* No importa.
GINÉS. Es Pero-Núñez.
REY. ¿Y qué?
GINÉS. Si él viene antes que yo vaya
lo echamos todo a perder.
NÚÑEZ. ¡Ginés!
GINÉS. ¡Voy allá! *(Escapándose.)*
REY. Mas dime...
GINÉS. *(Al paño.)* Volved más tarde. *(Váse.)*
REY. ¡Se fué!

.....

De las comedias estrenadas se hizo en 1869, con el modesto título de *Ensayos dramáticos*, una edición de veinticinco ejemplares que Pereda repartió entre sus más íntimos amigos. A *La suerte en un sombrero*, no le alcanzaron tales honores, y su autógrafo yace, no polvoriento ni olvidado, sino bien guardado y encuadernado con lujo, en los estantes de la biblioteca montañesa de Vial. Dicen que Pereda aborrecía sus *Ensayos dramáticos*, tanto o más que Zorrilla su *Don Juan Tenorio*, aunque por bien diferentes motivos seguramente. ¡Rarezas del genio! Las comedias peredianas son obras de juventud, concebidas, trazadas y escritas febrilmente, cuando el corazón y el cerebro ven muy lejos los días que traen para las páginas salidas de la misma mano, juicios severos, implacables. Aunque

su propio autor las condenara a desdén y a olvido, sus lectores las amarán siempre como páginas precursoras de otras más firmes y gloriosas.

Y pasaron muchos años, muchos años... ¿Sintió Pereda, alguna vez, en su soledad montañesa, la tentación del triunfo teatral? ¿Le atrajo, quizás, el aplauso de las multitudes, como expresión rotunda y definitiva del éxito? Pocos autores tuvieron la voluntad de sustraerse a las glorias de la escena, clamorosas y tentadoras como las mismas glorias de la calle. Núñez de Arce, Alarcón, Pérez Galdós, doña Emilia Pardo Bazán... A todos ellos les sedujo alguna vez la vida incierta, llena de intrigas y de traiciones, que hay más allá de las candilejas y los bastidores. Y muchos de ellos—¡Dios sabe si todos!—se volvieron a las soledades de su estudio con una espina en el corazón y una sonrisa de amargura en el alma.

Es lo cierto que siempre que en la Montaña se pensó en un arte regional, todos los ojos se volvieron buscando al novelista insigne y todos los labios pronunciaron su nombre:—*Pereda... ¡Si quisiera Pereda!*

Al empezar el verano de 1900, triunfaban en los teatros madrileños muchas obras de los escritores a quienes los iconoclastas de entonces

llamaban «abastecedores del género chico». Se titulaban *El maestro de obras*, *El cabo primero*, *El baile de Luis Alonso*, *Los dineros del Sacristán*... Sellés y Vives habían estrenado *La balada de la luz*, don Miguel Echegaray *La Viejecita* y *El dúo de la Africana*, los hermanos Alvarez Quintero, *El traje de luces*... Pisaban los escenarios de España y América Julio Ruiz, Bonifacio Pinedo, Ruiz de Arana, Carreras, Mesejo... Aún no habían llegado los estúpidos valses de la ópera austriaca, entre tules y gasas, brindis y espuma de champán. El mal era «nuestro», y nuestra había de ser la terapéutica que lo curara.

Entonces, en un desbordamiento de regionalismo artístico, les dió a empresas, cómicos y autores por el drama andaluz, aragonés o gallego, sin que la mayor parte hubieran visto, sino desde lejos o pintados, la Giralda, la Seo y las rías bajas. En aquel concierto de aires regionales, no podía faltar la Montaña: en la Zarzuela se estreno *La leva*, con personajes de la costa santanderina, de la raza, ya un poco degenerada, del *Tuerto* y *Tremontorio*. Los periódicos la despacharon con una gacetilla, alabando a los autores por su buena intención. Pereda asistió al estreno entre las cortiñas de un palco, y se regocijó grandemente.

Días después, varios periódicos dijeron que el director artístico del teatro Español, don Federico Balart, se proponía dar a conocer, en la próxima temporada, las costumbres más típicas de las regiones españolas. De ello se habló bastante, dándose por cierto que Pereda entregaría una obra al viejo casón de la plaza de Santa Ana. Luego, la noticia fué rectificada oficiosamente; después, modificada y ampliada con notas y aclaraciones de los que todo lo saben y todo lo ignoran; y por último, puesta en claro por el mismo desarrollo de los sucesos. A fines del verano, algún periódico madrileño se las prometió tan buenas para el arte regional montañés, que dió por seguro el arreglo escénico de varias novelas peredianas y alguno de sus cuadros más celebrados. Iban a ser *Blasones y talegas*, con sus hidalgos de gotera y sus ricachos pintorescos; *La Puchera*, con las ambiciones del seminarista Marcones y las «celebridades» del Josco; *El sabor de la tierruca*, con las pintorescas luchas pueblerinas entre Cumbrales y Rinconeda; *La Montálvez*, con la fría expiación de una vida libre en una víctima inocente, y *Al amor de los tizones*, con el donoso palique de aldeanos ladinos que llenan la cocina del tío Selmo Lombio.

De todo aquello, resultó lo que va a saber-

se: *Blasones y talegas*, convertida en dos actos de zarzuela, se hundió en Apolo, a pesar de la música del maestro Chapí; *El sabor de la tierruca* y *Al amor de los tizones* se quedaron sin duda en las honduras de las carpetas donde se guardaban; *La Montálvez*, esperando ocasión de mostrarse al público de los escenarios; *La Puchera...*, *La Puchera....* Hablemos de ella un poco, antes de dedicar unas cuartillas a la discutida marquesa. Es un curioso pleito.

En pleno verano de 1900, a raíz del infortunado estreno de *La leva*, y mientras circulaban las rectificaciones y aclaraciones de marras, Pereda hablaba en Madrid con el veterano escritor Luis Ruiz y Contreras de hacer algo para el teatro. A Pereda, le gustaba *La Montálvez*... A Ruiz Contreras, *La Puchera* y *Peñas arriba* le parecían dramas admirables... El traductor de Anatole France preguntó al novelista montañés:

—¿Quiere que le aplaudan este año en el Español?

—¿De qué modo?

—La cosa es muy sencilla. He visto en *La Puchera* una obra dramática de mucho interés; puedo planearla fácilmente y servirme de bastantes diálogos, a condición de que usted rehaga todo lo nuevo escrito por mí.

—Los diálogos nada me cuestan; los haría en un santiamén.

—Pues a ello me pongo desde mañana, y antes de ocho días verá usted la distribución y variaciones del asunto...

Ruiz Contreras quería labrar una escultura en el hermoso bloque de la novela montañesa; presentar a Pereda en los escenarios con todo su carácter original; dar a conocer el hondo drama, las pintorescas escenas y los extraños caracteres de *La Puchera*. Sería un drama en cuatro actos, que empezaba en la ría de la Arcillosa; seguía en casa del Berrugo y en el campo montañés, pleno de luz, cuando el agosto de «ese hombre», y acababa sobre la misma escena del primer acto, en Robleces, viéndose al fondo el siniestro perfil del peñasco que encierra en sus quebraduras el «tesoro del pirata», soñado por el médico don Elías. Por el tablado de la farsa pasarían *Marcones*, *La Galusa* y el *Berrugo*, como una trinidad de la perfidia, de la ambición y del mal; Inés, el *Josco* y el *Lebrato*, con sus bondades y martirios, víctimas de la traición y de la usura; Pilara, como musa opulenta de un idilio campestre; don Elías con la ingenuidad de sus sueños; Tomás Quicanes, el *indiano;* don Alejo, el cura bueno y compasivo; viejos, mozos y mozas, cuyas figuras, en el drama

como en la novela, quedarían lógicamente obscurecidas por otras más grandes...

Mientras Ruiz Contreras trabajaba, don Federico Balart acudió a Pereda en solicitud de una obra y el autor de *Peñas arriba* contestó al poeta de *Dolores* poniéndole en autos del arreglo de *La Puchera*. El maestro de la novela pasó en Polanco el verano «mortificado por el calor, las trillas y el ruido»; el poeta que dirigía el Español se prometía un triunfo resonante; y el arreglador, se abrasaba en el horno madrileño, llenando cuartillas y más cuartillas... A Pereda le consumía la impaciencia y le quemaba la curiosidad. Ruiz Contreras pensaba visitar al maestro en su retiro de Polanco, para someter a su aprobación el drama. Hubo cartas, observaciones, inquietudes y enmiendas, que fueron desde Polanco y Santander a Madrid y desde Madrid a Polanco y a Santander.

Mediando agosto, avanzaba *La Puchera* rápidamente, aunque aún no estaba en condiciones de quitarle los hilvanes. Antes había que pespuntearla bien. Al llegar septiembre, quedó la obra acabada... y flotando en el aire, errantes y dispersas, encontrándose pocas veces, las distintas opiniones y tendencias de Pereda y del arreglador de su libro para el teatro. De las manos de Ruiz Contreras podía ya salir para que el novelista montañés le quitara los hilvanes y la pulimentara con su estilo de artista. Recibió Pereda el plan completo y detallado del drama, y el 3 de septiembre contestó a Ruiz Contreras en una carta desconsoladora. Al maestro le parecía «hasta heroico» lo hecho por el arreglador; pero pensaba que éste no dejaba espacio suficiente para que se manifestasen y desarrollaran los caracteres, afectos y pasiones. Creía que para llevar al teatro *La Puchera*, como a su juicio debía llevarse, se necesitaba un número de actos que el público no soportaría fácilmente: seis, calculaba el novelista montañés, dando a cada persona y a cada cosa su valor, aproximado siquiera, su lugar en el escenario, y el terreno suficiente para que los caracteres se vieran y se desarrollasen con verdad...

A Ruiz Contreras le parecía, en cambio, que en el drama estaba todo cuanto de la novela podía estar; creía que el maestro no sabía imaginarse la obra representada, «olvidando lo que ayudan, en la escena, la evocación visual de lugares, la figura, los movimientos y el tono de los actores, la plasticidad realísima del cuadro...» Los reparos que a su labor se oponían le parecían de una venturosa inconsistencia. El teatro—pensaba—es como una cámara obscura: agiganta lo que reproduce

inundándolo en luz, mintiendo una perspectiva grandiosa; lo demás, como si no existiese.

Aún se cruzaron nuevas cartas. Pereda pensaba en planear en seis actos el drama, por su propia mano: Ruiz Contreras le animó a esta labor, recordando que hay obras teatrales con nueve y más cuadros; pero el gran novelista sintió el temor del público, supremo juez, y creyó, en definitiva, que *La Puchera* «no se puede llevar al teatro sin el riesgo de un terrible fracaso...» Todo por la contextura de la novela.

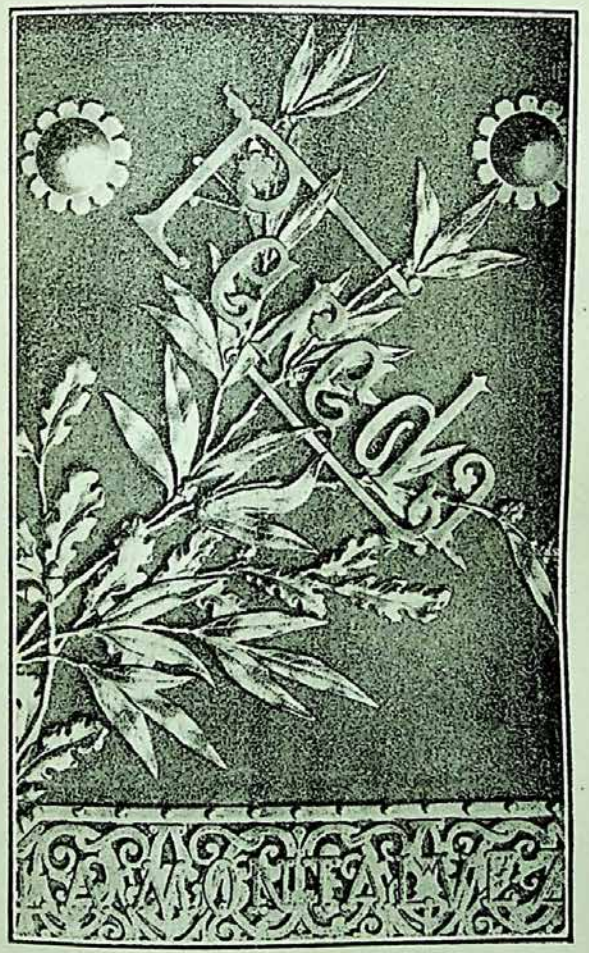
Ruiz Contreras seguía defendiendo su tesis de hombre de teatro, sin aceptar, en sus diferencias de criterio con el maestro, otro fallo que el del propio Director artístico del Español, porque ha de saberse que Pereda amparaba sus opiniones en magistrados literarios de alto prestigio. Y así se llegó octubre, y con las primeras hojas que desprendió de los jardines madrileños el aire del Guadarrama, el fatal desprendimiento de las ilusiones de Ruiz Contreras: Pereda no veía en el arreglo teatral de *La Puchera* lo que buscaba y quería: interés y substancia... Lo declaraba con pena, pero con sinceridad castellana... Arriesgaba mucho en el lance... Si se tratara de un arreglo sin ninguna intervención suya, con diferentes nombres en los personajes...; pero así,

aprovechando el texto de la novela, dialogado el drama, en buena parte, por él... Había para echarse en el surco... Dos días después de aquella carta, el 6 de octubre, se estrenaba en el teatro Eslava de Madrid, una nueva zarzuela, en un acto y cinco cuadros, de costumbres montañesas. Al día siguiente, escribieron los periódicos sobre las pobres escenas fracasadas un piadoso epitafio: *La tierruca*, estrenada anoche, no fué del agrado del público.

No pudieron influir en el ánimo del maestro estas coincidentes circunstancias. No influyeron ciertamente, porque andando el tiempo se distrajo un poco con el hundimiento de *Blasones y talegas* en Apolo y se disgustó, quizás mucho, con el estreno de *La Montálvez* en el Español. Pero *La Puchera*, el hermoso drama de la *Galusa* y el *Berrugo*, del *Josco* y el *Lebrato*, se quedó sin hacer. En vano trató de convencerle Ruiz Contreras: no era el hidalgo montañés de corteza blanda, ni abatía con facilidad el penacho de su carácter.

Mediado el mes de julio de 1901, aún se cruzaron algunas cartas entre Pereda y Ruiz Contreras sobre el pleito de *La Puchera* para el Español. La porfía bajaba el vuelo, para arrastrarse a ras de tierra. Se llegó a hablar de pesetas. Ya en pleno verano, la gente

comenzó a invadir las playas del Norte y a divertirse con las crónicas elegantes de los periodistas mundanos. Entonces, como siempre, triunfaba la frivolidad. A mí me ha recordado el episodio el paso de don Luis Ruiz Contreras, un día de este otoño, por las calles del barrio de Salamanca: el ilustre traductor de Anatole France paseaba sus barbas merovingias y sus cabellos a lo Tolstoy, bajo el sol madrileño, con la nobleza y la gallardía de un poeta en plena mocedad.



Tapa superior del manuscrito de *La Montdivez.*

II

Algo de «La Montálvez»

Juro a Dios que desconozco en este instante los verdaderos fines de la empresa que voy a acometer. Lo que no tiene duda es que obedezco al impulso de una fuerza misteriosa, que me obliga a tomar la pluma en la mano, para trasladar con ella al papel los secretos más íntimos del alma, verdaderas barreduras de los descuidados escondrijos de una conciencia martirizada. Y el impulso es tal, que lejos de combatirle con el juicioso temor a los riesgos naturales de estas *confesiones a gritos*, aunque se hagan en lo más recóndito del hogar, antes me excita a provocarlas, y que con ser como soy y he sido, por naturaleza mujer enteramente inhábil para esta clase de tareas; con haberme reído siempre de las hembras literatas; con haber tomado por sensi-

blerías cursis sus relatos novelescos, y con no entender una jota en achaques de estilos y retóricas, hasta me siento con fuerzas para dar al asunto el necesario método y a cada cosa el correspondiente colorido. Lo cual debe consistir en que todos somos elocuentes cuando lo que habla nuestra boca procede de la abundancia del corazón. De todas maneras, si las apariencias no engañan; si para extender delante de mis ojos el cuadro fiel de mi vida entera, me faltan determinados recursos auxiliares, de esos que tienen la oportunidad, el efecto y el interés en los misteriosos secretos del arte, no ha de parecerme por ello más ingrata la tarea, pues precisamente dobla el apego que tenemos a las cosas, la dificultad de conseguirlas. Mi padre el Marqués de San Telmo era un buen señor muy pagado de su linaje, lo cual no le impidió en sus mocedades partir su blasonado tálamo con la hija de un acaudalado ex contratista de carreteras y suministros...»

Así empezó Pereda a escribir *La Montálvez* en el verano de 1886. Adoptada desde el principio la forma autobiográfica, Verónica iba contando algunos antecedentes familiares, su nacimiento, su niñez, sus años pasados en la Alcarria, su educación en el Colegio de París y su vuelta a España, su adolescencia y

sus visitas al abuelo, con otras cosas y sucesos de la vida de sus padres y de su hermano. El padre de Verónica, según ella misma declaraba al comenzar el relato de su vida, ostentaba el título de Marqués de San Telmo, y sus padrinos en la pila bautismal fueron su abuela materna y el Barón de la Triguera. Lo demás, en substancia, lo mismo que en la novela escrita y fechada en Polanco a fines del verano de 1887 y publicada en 1888.

Resulta, pues, indudable que Pereda meditó mucho su novela de *La Montálvez*. Cuando llevaba escritas treinta y cinco cuartillas, interrumpió su labor; varió el plan que desarrollar se proponía, y dejando dormir el asunto, no volvió a tomar la pluma en la mano, para escribir la historia de Verónica, hasta el mes de agosto de 1887. El plan primitivo se convirtió en una forma mixta de narración y de autobiografía, sacada ésta de unos *apuntes* que el autor reproduce cuando «la historia lo reclama», según dice en la breve advertencia que sirve de prólogo a la novela. El Marqués de San Telmo pierde este nombre y toma el de Montálvez, «título con polillas de puro rancio»; los padrinos de Verónica no son su abuela materna y el Barón de la Triguera, sino la Condesa viuda de Picos-Pardos y el Barón de Castañares; pero la historia es igual;

el aspecto y la psicología de los personajes son también iguales; el autor aprovecha palabras, frases y a veces largos períodos de las treinta y cinco cuartillas que escribió un año antes...

¿Cuál fué el motivo de la vacilación en la forma de *La Montálvez*, siendo tan firmes las ideas y la substancia de la novela? Doña Emilia Pardo Bazán había escrito en *La cuestión palpitante:* «Bizarro adalid tiene en Pereda el realismo hispano: al leer algunas páginas del insigne autor de las *Escenas montañesas*, parece que vemos resucitar a Teniers o a Tirso de Molina. Puédese comparar el talento de Pereda a un huerto hermoso bien regado, bien cultivado, oreado por aromáticas y salubres auras campestres, pero de limitados horizontes: me daré prisa a explicar eso de los horizontes, no sea que alguien lo entienda de un modo ofensivo para el simpático escritor. No sé si con deliberado propósito o porque a ello le obliga el residir donde reside, Pereda se concreta a describir y narrar tipos y costumbres santanderinas, encerrándose así en breve círculo de asuntos y personajes. Descuella como pintor de un país determinado, como poeta bucólico de una campiña siempre igual, y jamás intentó estudiar a fondo los medios civilizados, la vida moderna en las grandes capitales, vida que le es antipática y

de la cual abomina; por eso califiqué de limitado el horizonte de Pereda, y por eso cumple declarar que si desde el huerto de Pereda no se descubre extenso panorama, en cambio el sitio es de lo más ameno, fértil y deleitable, que se conoce...»

El caso exigía, ciertamente, caminar con tino; asegurar el paso antes de entrar en un mundo nuevo, presentido y adivinado más que observado y conocido por el artista; afilar bien las armas con que había de intentar la disección en gentes de más obscuros repliegues psíquicos que los hidalgos y labriegos montañeses; disponer debidamente pinceles y paleta antes de empezar a copiar las «llagas más hediondas y la corrupción más refinada», que había de poner al descubierto en la dorada sociedad de los blasones. Más allá de las bardas de su huerto le esperaban muchos apasionados admiradores que deseaban con ardor que variase la tocata y se entrase por nuevos rumbos... No se podía caminar a ciegas...

Y salió *La Montálvez*... Pereda se lanzó a navegar por mares desconocidos, «con escollos como los del Cantábrico, de verdosas y profundas aguas, tendidas sobre un lecho misterioso cuyos secretos no era fácil adivinar». Así decía uno de sus críticos... Pero ¿navegaba, en mares tan peligrosos, con rumbo cierto?

«Aspiraba el austero y nervioso castellano de Polanco a flagelar desde su retiro los vicios de la sociedad cortesana en su clase más pudiente y prestigiosa, a rayar con el negro tizón de la sátira los cuarteles de los blasones aristocráticos...» Esto decía también el mismo crítico... Pero ¿ponía el dedo sobre la llaga; rajaba con seguridad de cirujano en la carne enferma; producía y violentaba el dolor; descubría al saludable oreo del aire libre los vicios, miserias y concupiscencias del gran mundo? Esta era la cuestión.

Sobre el libro cayeron en lluvia torrencial censuras y anatemas. Todas las licencias, todos los impudores, todas las apostasías, todas las vergonzosas abdicaciones y todos los escándalos inconfesables que desfilan por las páginas de la novela, fueron desmentidos y flagelados. Aquello, se decía, es falso, mentiroso y artificial. Ni las más enérgicas pinturas de Zola o de Mirbeau, ni las más burlonas y aceradas sátiras de Marcel Prevost, hubieran levantado tantas y tan decididas condenaciones. Y como un latigazo que restallaba sobre el rostro del artista, sonó, como una acusación irremediable, una frase abrumadora: *La Montálvez* es una novela inmoral.

En el espíritu cristiano y austero del maestro Pereda, el latigazo había de levantar fatalmente túrdigas dolorosas. ¡Inmoral una novela salida de sus manos! En las reconditeces de su conciencia la escandalosa acusación despertó ecos que pudieron tranquilizarle, y su corazón tuvo vibraciones de enérgica protesta contra los que de inmoral le acusaban. Podía estar tranquilo; podía seguir disfrutando el envidiable sosiego de su vida de cristiano, caballero y artista; podía hacer oídos de mercader a las voces que le acusaban... Pero en el fondo de su alma quedó, quizás, sedimentada una gota de amarga hiel.

A defenderle vino una carta del jesuíta Luis Coloma. La opinión era de calidad; el voto no podía ser más autorizado. Ni la una ni el otro podían llegar más oportunamente. El Padre Coloma, literato y artista, conocía bien las esferas del gran mundo, y bajo los negros hábitos del religioso, esos austeros hábitos del jesuíta que representan y simbolizan finas mañas y hábiles sutilezas, se ocultaba un espíritu observador, satírico y frío como una barra de hielo. De él pudiera decirse, como del mercedario Tirso de Molina, que conocía en todos sus repliegues el alma de la mujer, porque después de tratarla y acariciarla en el siglo, la aconsejaba y dirigía desde las misteriosas honduras del confesionario. Eran, en fin, la opinión y el voto de un hombre ennoblecido por

la tonsura y por el ejercicio del sacerdocio; profundo conocedor de las razones y sentencias más autorizadas de los Santos Padres; hecho al examen y al estudio de las más escondidas verdades de moralistas y teólogos; creyente sincero en las revelaciones de la Iglesia y obediente sin voluntad a los mandatos y exigencias de la moral más austera y más inflexible.

Pereda dió a conocer la carta, poniéndola como un autorizado testimonio para las más estrictas conciencias. En aquella epístola, concebida por la inteligencia de un sacerdote y escrita por una mano consagrada, podían aprender mucho las *almas piadosas* que «tienen a escrúpulo de conciencia escupir a la puerta de la Iglesia, pero no reparo en dar una puñalada detrás del altar mayor».

El Padre Luis Coloma declaraba en su carta que cuando terminó la lectura de la novela, sólo se le ocurrió aquello de La Bruyere: *Quand une lecture vous éléve l'esprit, et que elle vous inspire des sentiments nobles et courageux, ne cherchez pas une autre regle pour juger de l'ouvrage: il est bon, et fait de main d'ouvrier.* Este efecto le había producido al buen jesuíta la «estupenda lección moral» que encerraba el libro. Ya era bastante tan rotunda declaración. Pero el autor de los *Retratos*

de antaño tenía bien afilados los puntos de la pluma y quiso ser más claro y más terminante. Puesto a ser juez de la novela, le decía a su autor...: «Encuentro en toda la obra grandísima verdad, así en el fondo como en los detalles... Así son, en efecto, las «mujeres malas» del gran mundo, en sus tres manifestaciones diversas, Nica, Sagrario y Leticia: rara ésta; común Sagrario, porque lo vulgar siempre abunda, y más abundante de lo que parece Nica, aunque no se encuentre todas las veces con su mismo talento... La Marquesa vieja es también muy común, quizá más que las otras, y está admirablemente dibujada. Luz es lo que usted quiere que sea: un ángel. De los hombres, digo lo mismo: el Marqués, Gonzalo, don Mauricio, Pepe Guzmán, éste sobre todo, se salen del cuadro...»

Aún quiso decir más el reverendo Padre, y no de la exactitud de los personajes ni del fondo y del ambiente en que se agitaban y vivían, sino de la moral del libro, de las lecciones y enseñanzas que pudieran desprenderse de aquellas páginas, que otros querían condenar al fuego. Y esto dijo el austero jesuíta: «La trama, el desarrollo y en general, la *mise en scene*, tienen un interés y una verdad espontánea y no rebuscada, que cuesta trabajo convencerse de que aquello no es verdad de

verdad; y en esto, justamente está, a mi juicio, el mayor mérito del libro y la garantía del mucho bien que hará... Estoy deseando ver cómo acoge la obra el mundo literario, y más todavía cómo la acoge el mundo elegante, a quien va a dar en mitad de la frente. Si yo fuera crítico de nota, me apresuraría a recomendar su lectura a esta clase de gente, con el mismo ahinco con que la recomendaría un sermón sobre los frutos del pecado...»

Así, clarito.

Otros libros peredianos habrían deleitado el espíritu con la maravillosa descripción de sus paisajes o la exacta pintura de sus tipos; habrían llevado al ánimo del lector la saludable caricia de sus emociones; le habrían fortalecido y serenado con los aires serranos y las brisas marinas que se desprenden de sus páginas... Aquel libro de *La Montálvez* era una «estupenda lección moral», un edificante sermón sobre el pecado, un aviso para las almas encenagadas en un mundo donde toda mentira y toda abyección tienen su asiento. Al acabar de leer la última página, a la memoria del lector acudía esta sentencia implacable: «Las faltas de los padres caerán fatalmente sobre sus hijos». Tremendo castigo, que rechaza todo sentimiento generoso y cristiano. Pero el reverendo Padre Luis Coloma, a nombre de la moral

que otros consideraban ultrajada, acababa su carta y dirigía al autor del libro estas consoladoras palabras: «Dios le bendiga y le premie en sus hijos el bien que hará a los de muchas Montálvez...»

Estas luchas del espíritu, despertaron, sin duda, en Pereda un acendrado amor hacia *La Montálvez*. El castellano de Polanco quería a su zarandeada novela tanto como desdeñaba los ensayos teatrales de su juventud. Es achaque corriente en los artistas poner sus cariños más ardientes en aquellos hijos de su ingenio que fueron más discutidos y aporreados. Cuando Pereda vió en la escena su novela de *La Montálvez*, arreglada por el escritor santanderino José María Quintanilla, tuvo una viva satisfacción, en la que acaso influyó también la simpatía que el arreglador le inspiraba. Y sin embargo, no es *La Montálvez*, con todas sus bellezas, uno de los mejores libros del maestro; ni alienta en él con todo su esplendor su espíritu de artista; ni de sus páginas se desprende el soberano aliento que vibra con épica grandeza en otros libros del mar o de las cumbres. Es el caso que *La Montálvez* es la única novela *grande* que fué llevada al teatro. Durante varios años, durmió en un cajón de la mesa del autor, muda y polvorienta, como el arpa del poeta, esperando la mano de un

empresario que la pusiera sobre el tablado de la farsa. Su novela fué desarrollada en cinco actos y estrenada en el teatro Español de Madrid, con todos los honores, nunca más de los que merecía, por la Compañía dramática que dirigían María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza. El público madrileño la acogió fría y reservadamente, aunque con todo el respeto debido a su glorioso progenitor. Hubo al fin de algunas escenas murmullos elocuentes, y al terminar la obra un silencio más elocuente todavía. No se reciben con júbilo ni aplauso latigazos en pleno rostro... Las circunstancias del estreno impedían una protesta más viva y un comentario más ruidoso.

La comedia llegó al año siguiente a Santander, llevada por la misma compañía del Español. El estreno constituyó una solemnidad, un acontecimiento literario. El público aplaudió la comedia con cortesía y con cariño, pero no con fervor ni con entusiasmo. Al día siguiente el crítico de *El Cantábrico*, el más autorizado de los que escribían en los periódicos santanderinos, decía:

«...El arreglo escénico de *La Montálvez* es mezquino y pobre. La tesis de la obra está presentada con crudeza teológica, descarnada como un esqueleto. Lo que en la novela está

diluído en la belleza de aquellas cláusulas cervantinas y llevado al ánimo cautamente después de aquel cuadro realísimo de la corrupción del gran mundo, aparece en el drama con todo su crudo efecto, concentrado en una síntesis de implacable rudeza. El autor de la obra teatral sólo ha aprovechado la segunda parte de la novela; lo más hermoso, lo que constituye el antecedente moral de la catástrofe, queda reducido a una escena. Con esto sólo ve el público el castigo sin juzgar suficiente la culpa.

»No es fácil convencer sin esto a un público penetrado en algo de un sentimiento filosófico, cristiano, de piedad, de la certidumbre de esta sentencia implacable: «Las faltas de los padres caerán fatalmente sobre sus hijos». Tal sentencia, que no deja de tener su lógica aun dentro de las leyes científicas, es tan dolorosa, tan injusta, repugna de tal modo a nuestro sentimiento, que es necesario en una obra de arte envolverla en razones morales de mucho peso para ser aceptada. ¿Cómo invocar la misericordia de Dios, de aquel Dios-Hombre que perdonó a la pecadora y supo endulzar con su piedad, con sus lágrimas, con su dolor la justicia de su Padre, e invocarla para descargar golpe de muerte sobre una pobre niña sin pecado?

»El público, que no razona la emoción que siente, que se abandona al momento trágico con una candidez de niño, quizá se sienta conmovido y presto al aplauso en una obra tan cruda, tan poco humana, sobre todo cuando, como anoche, artistas geniales son los intérpretes de la emoción; pero una crítica serena, desapasionada, que se funda en una disposición psicológica para sentir toda belleza, todo sentimiento, no puede sancionar esta tesis del modo que la presenta en su drama el señor Quintanilla.»

Han pasado ya muchos años. Del drama de *La Montálvez*, nadie se acuerda. La novela, continúa leyéndose. Si el Padre Luis Coloma tenía razón, al considerar el libro tan recomendable como un sermón sobre los frutos del pecado, ¡cuánto bien habrá hecho ya a las almas que se agitan y se divierten en el gran mundo y están metidas en caminos de perdición!

Pereda tenía el gusto de regalar los manuscritos de sus obras a sus amigos entrañables. El de *La Montálvez* lo dedicó al abogado montañés don Tomás Agüero y Góngora, y al morir éste pasó a manos de su hijo don Tomás Agüero y Sánchez de Tagle, también elocuente abogado, persona de muchas simpatías en la Montaña.

Un día, estando yo en el despacho del ilustre letrado, me dijo:

—¿Quiere usted ver una curiosidad bibliográfica y literaria? Es el autógrafo de *La Montálvez*... Lo guardo como una reliquia, como una joya...

De un estante, donde se alineaban libros de poetas y novelistas contemporáneos, sacó don Tomás Agüero el manuscrito perediano, que recogí de sus manos y hojeé cuidadosamente. Eran seiscientas cincuenta y nueve cuartillas apaisadas, de muy buen hilo, tersas y brillantes, rayadas levemente de azul, muchas de ellas sin una tachadura, sin una enmienda, demostrando que la pluma que las escribió había corrido suelta y libre, con asombrosa facilidad, guiada por una inteligencia segura y firme, sin titubeos ni vacilaciones, sin costosa labor de pulimento, sin ese paciente trabajo de orfebrería que hace ser a muchos escritores artífices más que artistas.

El primer poseedor del manuscrito lo dió a encuadernar lujosamente en Barcelona, en rica piel de Rusia de granate encendido, como un libro de heráldica, con severos adornos, clavos y grecas de buen estilo, el título de la novela y el nombre del autor, todo de bronce. La primera página contiene la dedicatoria, que dice textualmente:

A TOMÁS AGÜERO Y GÓNGORA

Querido Tomás: Sé que no te desagradaría poseer el adjunto mamotreto, autógrafo de LA MONTÁLVEZ. *No te alabo el gusto; pero yo le tengo regaladísimo en satisfacértele; y mayor le tuviera, si el mérito de ese fruto de mis holganzas del último verano, fuera digno de la hospitalidad que le aguarda y de la cordialidad con que te quiere tu amigo del alma,*

J. M. de Pereda.

Santander, Enero 13/88.

Quiso don Tomás Agüero y Góngora acreditar la autenticidad del autógrafo, y con la seriedad que el caso requería lo sometió a todas las formalidades que la ley notarial establece para la legitimación y legalización de documentos, firmas, signos y rúbricas.

El notario del Colegio de Santander don Máximo de Solano certificó la autenticidad con la siguiente fórmula:

NÚMERO QUINIENTOS TREINTA Y OCHO DEL LIBRO INDICADOR: *Doctor don Máximo de Solano Vial, vecino de esta ciudad, abogado y notario en ella de los ilustres Colegios de Madrid y Santander, y de Burgos respectivamente:*

Doy fé: que la firma y rúbrica que anteceden son legítimas y del puño y letra del insigne novelista don José María de Pereda.

Y a instancia del señor don Tomás C. Agüero, pongo este testimonio que signo y firmo en Santander a seis de febrero de mil ochocientos noventa y cinco.

Dor. Máximo de Solano Vial.

Sin derechos.

Hay el sello de la Notaría y los signos correspondientes.

La legalización fué hecha por los notarios don Manuel Alipio López y don Higinio Camino de la Rosa, en esta forma:

LEGALIZACIÓN: *Los infrascritos, notarios del Ilustre Colegio de Burgos, distrito notarial de esta ciudad, legalizamos el signo, firma y rúbrica que anteceden, de nuestro compañero el Doctor don Máximo de Solano Vial. Santander fecha ut supra.*

Manuel Alipio López. Higinio Camino de la Rosa.

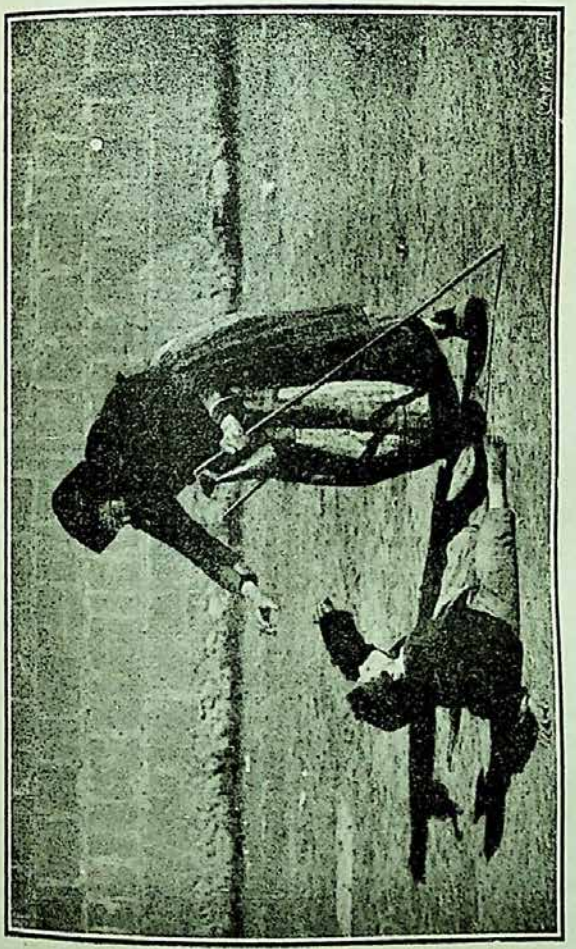
Sin derechos.

Hay también dos sellos del Colegio Notarial y los correspondientes signos de los notarios legalizadores.

Cuando yo vi el curioso manuscrito, ya tenía el propósito, que hoy realizo, de escribir este libro. Al recordar la publicación de *La Montálvez*, apunté en mi cartera los inciden-

tes a que dió lugar. Y a mi memoria vinieron las palabras con que Pereda dedicó la carta del Padre Luis Coloma a las *almas piadosas* que le censuraban y zaherían. Y luego, aquellas otras con que el humilde siervo de San Ignacio cerraba su epístola:

«Dios le bendiga y le premie en sus hijos el bien que hará a los de muchas Montálvez...»



...Y apareció en el hueco una viejecita... (*Las brujas*, I).

III

Resquemores y comezones

Pues señor... que se publicó *Nubes de estío*, allá por enero de 1891, y que a la mitad de esta novela hay un capítulo muy substancioso, titulado *Palique*. El palique lo sostienen en plena playa un periodista madrileño... de Galicia, que allí veranea; Casallena, el médico; Juan Fernández, un mozo vehemente de buenas despachaderas, y otros personajes que con ellos forman corrillo. Tirando de aquí y de allá, viene a dar el palique en el desdén con que se miran en Madrid «las obras literarias de afuera». El periodista lo niega, Casallena lo afirma y Juan Fernández lo sostiene en un largo y elocuente discurso. No salen, en verdad, bien parados los «chicos de la prensa», los «chicos de la crítica menuda», a quie-

nes Juan Fernández supone, en la mayoría de los casos, mozalbetes casi imberbes y rapados en letras. Rodando las palabras, paran en el escándalo que se produce cuando sale un libro que trata de marquesas frágiles, duques viciosos, banqueros corrompidos y nobles jovenzuelos holgazanes que van para corrompidos y para viciosos, entre los mismos que descubren sus pecados y les arrancan el pellejo. Y por último, el palique acaba en el desprecio que se hace de los provincialismos españoles «que son el jugo, la savia de la lengua patria», mientras a las provincias se envían, a carretadas y por todo chiste, *latas*, *desplantes*, *timos* y *mayormentes*... «como si estos espumarajos de la canalla presidiable pudieran ser nunca moneda de ley en el caudal de la literatura honrada». En este punto, y para probar la poca estimación en que se tienen las *cosas* de provincias, Juan Fernández pone un ejemplo, aludiendo a la literatura catalana, desconocida en Madrid, a pesar de su ilustre abolengo y de tener el más grande poeta épico de España y un dramaturgo en cuyas tragedias centellea el numen soberano de Shakespeare, mientras es conocidísima y estimada en Francia y hasta en Rusia.

Si en el *Palique* se hacía blanco, yo no lo sé; pero sí que se tiraba con bala rasa. Doña

Emilia Pardo Bazán sospechó que por boca de Juan Fernández hablaba el propio Pereda, y vió en sus palabras ciertos agravios del escritor montañés, entre otros el que le consumía desde que publicó *La Montálvez*. En lo primero se equivocó por entero la insigne autora de *Morriña:* claro que Juan Fernández diría lo que al autor de la novela se le antojara; pero no era Pereda, que ya andaba entonces bastante lejos de la mocedad, sino un mozo, en efecto, que hizo popular en la Montaña el nombre con que firmaba sus escritos, sacado de una de las novelas más ponderadas del autor de *Pedro Sánchez*.

Es el caso que doña Emilia Pardo Bazán publicó en la hoja literaria de los lunes de *El Imparcial* un artículo titulado *Los resquemores de Pereda*, comentando la «descarga cerrada» de Juan Fernández en el capítulo de *Nubes de estío*. A tres reducía la ilustre escritora los resquemores aquellos:

Resquemor primero: Que la prensa madrileña inciensa y encumbra inmediatamente a los escritores residentes en Madrid, mientras a los domiciliados en provincias los mira con tal desdencillo, que sólo cuando su fama ha recorrido medio mundo se digna aceptarlos.—*Resquemor segundo:* Que cuando se publicó *La Montálvez*, la prensa madrileña y los *chicos*

de la crítica menuda no encontraron muy exacto el parecido de la alta sociedad o *crema fina*. — *Resquemor tercero:* Que hay quien niega carácter novelable a las provincias, regateando a los *montañesismos* el derecho de ciudadanía, en mal hora otorgado a los flamenquismos, «espumarajos de la canalla presidiable».

Suponía después que no molestaban al castellano de Polanco el machaqueo de las polémicas de casino, la eterna masticación de cuatro o seis chismes, ni la forzosa y mecánica insignificancia de la vida. Suponía que antes bien le agradaban, no sabía «si como el modelo al pintor» o «como reverso de la sociedad madrileña, en su concepto febril, inmoral, romana de los períodos decadentes». Y decía: «Si Pereda fuese capaz de incurrir en galicismos notorios, gritaría a voz en cuello: *¡Madrid! He ahí el enemigo*».

Luego pasaba a examinar los resquemores. «No conozco a Santander—decía—. Ignoro, por consiguiente, si se basa en algo el primer resquemor de *Juan Fernández:* si la gloria de Pereda brilla a los ojos de sus conciudadanos con más claros que a los de los madrileños por nacimiento o residencia. Difícil lo juzgo, pues en Madrid, los que padecen de estos achaques literarios respetan y admiran a Pereda cuanto

corresponde. Lo que no veo ni con telescopio, es ese *medio mundo* que según *Juan Fernández*, ha recorrido la fama de los escritores provincianos antes que la prensa de Madrid le dé el pase. ¿Serán ese *medio mundo* las redacciones del *Océano*, de *La bocina del país*, y demás hojas santanderinas que con gracia estudia Pereda? Porque no tenemos noticia de que (a excepción de una novela de Narciso Oller, a que Zola puso un breve prólogo), las obras de autores españoles, sean o no provincianos, irradien desde París, como las de Juan Turguenef, sobre su lejana patria. La reputación de Pereda, y todas las reputaciones de aquí, en la prensa madrileña se campanean, aunque se funden, claro está, en méritos positivos, sin los cuales se derriten las alas de cera y se desbaratan los castillos de naipes.

»El caso del conocimiento de la literatura catalana que cita Pereda, tampoco convence. Las gentes ilustradas, que en todos lados son la minoría, no ignoran la existencia de Verdaguer, Oller y Guimerá. La muchedumbre no los lee por lo mismo que no lee a los portugueses, muy dignos también de atención, y al cabo peninsulares, ibéricos, nuestros en el sentido moral de la palabra: no por desdén hacia la provincia o la pequeña nación, sino porque, de esforzarse en leer un idioma extraño,

prefieren enterarse de la literatura francesa, más universal y dinámica. Bien hacen los autores catalanes en servirse de la lengua que mamaron con la leche, dado que en ella piensan; mas no extrañen que su empleo les aisle. Yo creo que no leer el catalán es cerrarse una fuente de goces estéticos; he leído a los mejores autores catalanes, y de Verdaguer sé algunos versos de memoria; pero me explico el que la inmensa mayoría de los españoles no esté en mi caso... y no lo achaco a desdén, sino a falta de ocasion y tiempo.

»Vamos al segundo resquemor, y vamos con tiento, no sea que mis razones suenen desapaciblemente en los oídos del padre de *La Montálvez*. Cuando salió al mundo esta novela, muchos críticos, o si Juan Fernandez lo prefiere, *opinantes*, indicaron que Pereda no estaba tan fuerte en pintura heráldica como en paisajes y marina. Yo... ¿a qué darla de original? pensé como el vulgo, si bien no lo dije en letras de molde. *La Montálvez* no me sonó a cosa observada, no tanto por errores de detalle, que los aciertos superiores pueden compensar, sino por el *fondo* del libro, mera objetivación de un prejuicio que, en su género, hace juego con el que guiaría la pluma de un gran escritor clerófobo al describir el mundo clerical. Vi en *La Montálvez* cuanto pueden dar

de sí las facultades de un privilegiado artista metido en un atolladero y a obscuras; y como diría don Roque Brezales... no vi ni un lápice más.

»Encariñado tal vez con *La Montálvez* por lo que se encariñan las madres con el menos robusto de sus hijos, Juan Fernández respira por la herida y arremete contra esos *chicos* de la crítica menuda, que después de «señalar con el dedo a este político por venal, a aquella dama por Mesalina, a aquel noble por degradado y al otro acaudalado por sinvergüenza», cuando a un escritor de provincias se le ocurre componer un libro, «no con todo ese cúmulo de abominaciones, sino con algo de él, esmeradamente desinfectado», se llevan (los mismos *chicos* maldicientes) las manos a la cabeza, entre escandalizados y compasivos, decláranse *de la casa* y se agrupan y hacen la rosca alrededor de las majestades ofendidas.

»Por la boca muere el pez, le diría yo al simpático Juan Fernández en respuesta a este párrafo o descarga cerrada. El inconveniente de libros escritos por el método que se siguió en *La Montálvez* es precisamente que toman por elemento integrante (sin darse de ello cuenta exacta el autor) las hablillas maldicientes de esos *chicos*, los espumarajos de café, las monstruosas leyendas coloradas, las anécdotas

crudas y enormes, que al chorrear y salpicar cabezas elevadísimas, tienen seguro el fácil éxito de la risotada. Sucede, no obstante—y es lógico que suceda—, que los mismos *chicos* por Juan Fernández flagelados no otorgan a sus dicharachos en la mesa de Viena, entre una y tres de la madrugada, más que una importancia relativa. Están en el secreto; al arrancar túrdigas de pellejo a todo el género humano, no llevan más fin que el de matar unas horas y sostener victoriosamente el pugilato de desuello. Cuando en las páginas de un autor ilustre, serio, de inteligencia fecunda y vividora, topan esos chicos *algo*—por muy desinfectado que esté—de lo que en gran parte ellos elaboraron con sus humoradas, ¿quién duda que se llevarán las manos a la cabeza, aturdidos de tanto honor?

»Si Juan Fernández residiese en esta corte (que en el fondo es un honradote poblachón, sobre todo comparado con Londres o París), si frecuentase círculos, esferas, salones, zonas templadas, tórridas y glaciales, vería mucho malo y vitando, pero nada nuevo y original en materias de picardías; nada que, si se fija bien, no encuentre en su Santander y yo en mi Marineda, y en su olivo cada mochuelo. Los pecados capitales no pasan de siete, y aun cuando los consabidos *chicos* mojen la pluma

en vitriolo para describir modos de pecar, ninguno describirán que no se conozca en la ciudad de Juan Fernández. Esto de creer que en las grandes poblaciones se peca más y por estilos muy perfeccionados me recuerda la idea rara que suele formarse de París, porque de París todos los europeos somos provincianos. Residiendo algún tiempo en la capital de Francia se convence uno de que no hay pueblo (en conjunto) más laborioso, más metódico, más dominguero, más caritativo, más económico y más morigerado. El que se pasa allí quince días, y sólo busca picos pardos, tomará estas afirmaciones por paradojas.

»Juan Fernández, provinciano severo, no se conforma con menos de una lluvia de rescoldo sobre Madrid, y particularmente con las infelices *altas clases,* cabeza de turco de novelistas y autores dramáticos. Diríase que todo el que maneja la pluma viene dispuesto a exigir, según frase de Gracián en *El discreto*, que los magnates vivan con tal esplendor de virtudes, que si las estrellas del cielo dejando sus celestes esferas, bajaran a morar entre nosotros, no vivieran de otra suerte que ellos.

»No emprendo la apología de una clase entera, como no emprendería su vituperación: sólo afirmo que me va pareciendo un *tópico* o muletilla ese perpetuo desfile de marquesas

empecatadas y duques tramposos. ¿No acaecerá alguna vez, en el terreno literario, que se reunan blasones y vergüenza? ¿O es que sólo en esa clase hacen Cupido, Mercurio y Baco de las suyas? Zola, más consecuente en el pesimismo, igual tizna a la princesa real que a la hija del pescador; para todos hay carbón y betún. Aquí no: aún vive en nosotros el arcadismo, que suponía el campo lleno de flores y las ciudades plagadas de lacras y hediondeces.

»Tengo para mí que la especie humana es en todas partes la misma, salvo la mayor o menor delicadeza, que hace el pecado al modo ateniense, menos antipático. Diremos siempre por boca de Gracián, que no gana la santidad por grosera, y que puede ser cortesana, así como santa la cortesía.

»Que a Juan Fernández le guste el campo, lo comprendo; el campo nos permite ser dueños de nosotros mismos, y disfrutar aquella riqueza del alma, cuyo valor encareció Luciano, aquella dulzura de la abundancia de tiempo, aquella preciosa soledad cuyos frutos son la verdadera paz del corazón y perfecta tranquilidad del espíritu. Lo que me sorprende es que no vea en la ciudad de provincia la completa antítesis del campo: la sociedad más insidiosa, más tirana, que más nos arrebata

nuestra propia intimidad para distraernos con menudencias distantes *toto cœlo* del mundo interior que nos formamos, del mundo libre e ideal en que el artista respira y crea.

»El tercer resquemor es tan pueril, que hasta tengo por ocioso refutarlo. ¿Quién ha negado seriamente que las provincias sean *novelables*? Equivaldría a negar los hechos, pues en España, exceptuando a Galdós, los novelistas de algún renombre se han calzado la espuela describiendo una y otra vez la región donde nacieron. En Francia, que no tiene nuestro vivo colorido regional, pasan en provincias muchas novelas de Balzac, Zola, Daudet y la famosa de Flaubert *Madama Bovary*.

»Por ventura hay lectores que declaran no entender ciertos modismos de *Sotileza:* en cambio otros se chupan los dedos tras esos modismos y les encuentran frescura, gracia y verdor. A mí me saben muy bien, y sin haber pisado la Montaña, la tengo conocida palmo a palmo, y no me persuado a que no estuve de veraneo en Coteruco y a que no presencié una derrota. No recele Juan Fernández: haga novela de su provincia, que nadie le roerá los zancajos por eso, ni a la provincia tampoco; muy al contrario, y si en cualquier manera le importuna esta cuenta de resquemores, calcule

que quien la ha sacado por los dedos no es del corrompido Madrid, sino de Galicia, como aquel donoso periodista de los *celtas y los fenicios*, y, por consiguiente, entre provincianos anda el juego.»

Al cabo de los años, pues habían pasado siete desde la publicación de *Pedro Sánchez* y tres desde la salida de *La Montálvez*, se aconsejaba a Pereda que hiciese «novela de su provincia». Es decir, que al echarle en cara sus resquemores, se le recordaba «su huerto hermoso bien regado» y se le aconsejaba de paso que se encerrase en él. ¡Buena la hizo con todo ello la insigne autora de *San Francisco!* El autor de *Nubes de estío* sintió un vivo escozor y no tardó muchos días en curársele. Acudió al terreno de la publicidad — cosa insólita en él—, y en las mismas columnas de *El Imparcial* contestó reciamente con un artículo titulado *Las comezones de la señora Pardo Bazán*.

«Una cuando menos — decía — que la consume y devora, padece la buena doña Emilia de un tiempo acá: la comezón de meterse en todo, de entender de todo y de fallar en todo, como si el público no pudiera pasarse sin ella un solo día en las columnas de los periódicos y en la pompa de los grandes espectáculos. Es una enfermedad como otra cualquiera. A un acceso repentino de esta fiebre hay que atribuir el artículo que mi excelente *amiga* me endereza en la penúltima hoja literaria de *El Imparcial*, artículo que acabo de leer con extrañeza, aunque sin asombro, recién llegado yo de mi aldea. Insisto en lo de la enfermedad como origen de esta obra peregrina, porque no puede suponerse, sin agraviar hondamente a su autora insigne, que la concibió y llevó a término hallándose en sus cabales. ¡A tantos respetos y a tantas consideraciones se falta en ella por lujo de faltar!»

Nada se le fué a Pereda de lo que escribió en su artículo la señora Pardo Bazán. Ni el título siquiera, porque vapuleó a los *resquemores*, recordándole a la autora que «estaba obligada, hasta por sus aspiraciones académicas, a rotular de otro modo más cortés y más castizo». Y rechazó el golpe, anticipándose a decirle que era ella, la señora Pardo Bazán, «la atacada de *resquemores* envejecidos y muy hondos», y que se agarraba «a ese pretexto, mal buscado, para darse un desahogo de atrabilis». Escribía luego:

«¡*Resquemores* yo, señora Pardo, contra esos *chicos* ni contra nadie por lo que usted supone y casi afirma! Pues ¿por ventura es el personaje de mi novela el primero que dice en España lo que él dice en el capítulo titulado *Palique* sobre el poco aprecio que hace la prensa

madrileña de los libros, particularmente de autores sin amistades íntimas en ella? ¿Es motivo para que se escandalice nadie y mucho menos usted, el pedir a los periodistas para los libros un poco siquiera de la atención y el espacio que consagran diariamente al teatro, malo y bueno, a las triquiñuelas políticas, a los toros, a los chismes callejeros y a las revistas cursis de salones? ¿No se dice esto a diario y por todo el mundo? ¿Y por qué me niega usted a mí el derecho de decir lo mismo con la misma frescura que lo dicen los demás?»

Precisamente, tenía el maestro sobre la mesa el último número del *Madrid Cómico*, que en aquellos tiempos circulaba por toda España profusamente, con unos versos de Sinesio Delgado dirigidos a *Poncio, periodista*. A ellos se agarró Pereda para aconsejarle a doña Emilia que los leyera. Eran, ciertamente, bien substanciosos, y venían a la cuestión que se debatía como anillo al dedo. Así decían:

Es lamentable desdicha
que una costumbre perversa
permita a cualquier mastuerzo
virgen de libros y escuelas,
ir donde nadie le llama
y hablar de lo que no entienda,
y ponga, Poncio, en tus manos

la palanca de la prensa.
Tú de política sabes
lo que yo de hacer calcetas,
y en política te metes
y discutes los sistemas.
Si quieres, a los ministros
les pones cual digan dueñas
y hasta escribes con frescura
párrafos de esos que empiezan:
«Nosotros aconsejamos
a Su Majestad la Reina...»
¡Y luego da risa, Poncio,
ver lo que tú le aconsejas!
Tú no entiendes palotada
del arte de hacer comedias
y acudes a los estrenos,
y bulles y faroleas,
y a cambio de bombos, *pides,*
favores a las empresas,
cuando no sales diciendo
lo de «triste decadencia»
o lo de «inmunda bazofia»
de los teatros por piezas...
¡Ni sabes de eso palabra
ni hace falta que la sepas!
Los consejos literarios
ni se siguen ni aprovechan;
el ejemplo es lo que cunde
y el modelo lo que enseña.

Si te importa el arte, baja
del pedestal a la escena
y haz un juguetillo de esos
que dices que hace cualquiera;
verás, Poncio, como sudas
y qué silbidos te llevas,
que muchos Poncios bajaron
y se oyó la grita en Cuenca.
Tú en Aritmética ignoras
de las cuatro, las tres reglas,
y compones con guarismos
desperfectos de la Hacienda.
No siendo nadie ni nada,
deprimes, ensalzas, pegas,
y sin ti no hay en el mundo
bailes, banquetes ni fiestas...
Vergüenza da que entre cuatro
deshonréis la clase entera,
y donde sobra el ingenio
a entrar ¡oh Poncio! te atrevas;
que la trompa de la fama
suene alabando simplezas,
¡y que la toquéis vosotros
que no valéis tres pesetas!

En seguida volvía el maestro al tema de los resquemores que la autora de *Insolación* le atribuía. «¡*Resquemores* yo, doña Emilia; yo, que no tengo uniforme ni taller de novelista; yo, que escribo por pasar el rato, lejos de esos

casinos y mentideros provincianos, míseras pequeñeces en que usted me supone encenagado, tan distintas de esas otras magnitudes cortesanas que usted saborea en Madrid desde hace poco! ¡*Resquemores* yo con la prensa ni con el público; yo, que me maravillo y asombro de que los periódicos digan de mis libros cuanto puede decirse en España entre lo poco que se dice de los mejores, y que se agoten por la posta las ediciones de ellos! ¡*Resquemores* yo, obscuro literato de provincias, aldeano de naturaleza y por inclinación, traducido, aunque poco, a extrañas lenguas, y con testimonios abundantes y fehacientes de que si no lo he sido más, consiste en dificultades insuperables de traducirme, y todo ello sin buscarlo ni pretenderlo de lejos ni de cerca!

»¿Qué más puedo apetecer en el apartamiento y tranquilidad de mi vida modesta por lo que toca al éxito de mis obras literarias? ¡Ah, señora Pardo! Si usted me conociera o no mostrara tanto empeño en querer conocerme, ¡cómo la pesaría haberme puesto en ocasión de decir estas cosas de jactancias pueriles, pero que son aquí de necesidad como única respuesta a ciertas y determinadas reticencias de usted que quieren ser maliciosas y resultan inocentes!

»Entre otras cosas, que no quiero glosar porque deseo acabar pronto esta ingrata tarea, me hace usted capaz de haber intentado darme pisto, sorprendiendo al público con aquello del *medio mundo* recorrido por una fama antes de ser aceptada en Madrid; como si usted misma no se hubiera valido muchas veces de esa figura retórica para ponderar lo mucho andado en poco terreno; y cual si el mundo entero fuera para usted sola, y aun le viniera estrecho, y tratara yo de robarle la mitad de él, lánzase usted sobre mí con la palmeta; pero tan de prisa va y tales ansias la empujan, que al primer paso tropieza y cae en un chiste vulgar y de mal gusto, como es el de confundir yo los aplausos de los periódicos de esta ciudad con los vítores del mundo entero; palmetazo sólo comparable al de cierto *chico* de esa prensa, casi paisano de usted, que pocos años hace, me dijo en letras de molde, altamente indignado porque un crítico insigne se atrevió a compararme, en determinadas cualidades, con un novelista extranjero de gran fama, que me conformara con ser «el primer escritor de *mi pueblo*». ¿A qué comentar estas cosas?

»Después supone la señora Pardo, en su afán de equivocarse en todo, que uno de mis *resquemores* consiste en que los «chicos de la

prensa» cuando se publicó *La Montálvez*, no la hallaron de su gusto, y dice a renglón seguido que tampoco a ella le gustó por falta de parecido con el natural, que yo desconocía. Pues «para con tocino», diría aquí el vizcaíno de marras. ¡Tendría que ver que a estas fechas viniera yo a hacer la defensa de una novela, que después de todo, dió algo que hablar en todos sentidos a la prensa y se vendió como pan bendito! Tan oportuno sería eso y tan a pelo vendría en aquel pasaje que sólo va por vía de ejemplo de un aspecto particular de cierta crítica menuda, como el varapalo que la descarga doña Emilia forzando la máquina de su dialéctica singular. Por cierto, que si yo fuera tan dado como ella a coger las ocasiones por los cabellos, pudiera decirla aquí en justa defensa propia: Después que *La Montálvez* se publicó *Insolación*. De mi marquesa declara usted que está fundida en el troquel de las murmuraciones de Viena y otros centros maldicientes de la corte. Debo suponer yo que está mejor estudiada del natural, y por propia observación, la otra marquesa, la de usted, la que se va de buenas a primeras con un galán, a quien sólo conoce por haberle saludado la noche anterior en una tertulia, a la romería de San Isidro; y allí se mete con él en figones y merenderos, se emborracha, etc., etc., has-

ta volver ambos ahitos y saciados de todo lo imaginable, para continuar viviendo amancebados *a la vista* del lector, con minuciosos pormenores sobre su manera de pecar. ¿Lo cree así la señora Pardo? ¿Cree que esta marquesa es más *humana* y verosímil que la mía? Santo y bueno; pero conste, en tal caso, que no he sido yo el que más ha agraviado a la clase social a que ambas pertenecen, y que si he pecado al pintar a La Montálvez, ha sido por carta de menos, que siempre es de agradecer. De todas maneras me tienen sin cuidado las faltas de esta señora, a quien tengo en escaso aprecio, como obra de arte y como mujer, por más que otra cosa afirme la autora insigne de *Insolación* en su manía de equivocarse; y si es «*tópico* o muletilla ese perpetuo desfile de marquesas empecatadas y duques tramposos» en el terreno literario, aplíquese el cuento doña Emilia.

»Cierto que más abajo me dice mi bondadosa correctora, como para restañar la sangre de sus alfilerazos anteriores, que en Madrid se me aprecia entre las gentes literatas «cuanto corresponde». Gracias por la noticia, señora Pardo; pero a pesar de lo mucho que yo estimo ese aprecio, del cual tenía ya algunas otras más directas y hasta un poco mejores, vuélvome a lo dicho atrás sobre la suerte de los libros. Bueno es el aplauso de usted y el de otras personas competentes del oficio que traemos ambos; pero no es bastante, puesto un hombre a desear algo sólido y de duración con esa materia. Son más de atender en ella las *salidas* de los libreros que los ruidos de la prensa, los cuales ayudan mucho, pero no triunfan por sí solos. ¿No conoce la señora Pardo algún autor muy traído y muy llevado por los periódicos, y cuyas obras se eternicen descoloridas y empolvadas en las librerías? Pues a esta casta pertenecen las reputaciones cuyas «alas de cera pronto se derriten» por faltarles «mérito positivo». No hay que confundir, como se lee en algunos anuncios de cuarta plana.

»Que doña Emilia ha leído a los mejores autores catalanes y sabe de memoria algunos versos de Verdaguer. ¡Pues podía no, ella que ha escrito hasta de los literatos rusos! Lo de que las gentes ilustradas no ignoran la *existencia* de los buenos literatos catalanes, dicho queda por Juan Fernández en su lugar correspondiente, hasta con la salvedad de que no es de extrañar que no se *popularicen* en España por razón de la lengua en que piensan y escriben. De manera que, por este lado, nada nuevo me dice la señora Pardo, ni nada prueba ni a nada responde si no es a la tiranía de

su fiebre, que la obliga a equivocarse otra vez más.

»Del tercer supuesto *resquemor* mío, dice doña Emilia que «es tan pueril» que hasta tiene «por ocioso rectificarle». Y en seguida pregunta: ¿Quién ha negado seriamente que las provincias sean *novelables*? Así en absoluto, nadie, que yo sepa; pero en el sentido que se expresa mi personaje, es decir, negando que la novela de asunto y fondos provinciales sea tan novela como la de Madrid, por ejemplo, muchos, señora Pardo, y usted, entre ellos; y muy seria y muy formal y hasta dogmáticamente.

»Usted ha dicho, hablando de mí en *La cuestión palpitante*, que mi *huerto*, aunque hermoso y bien cultivado, etc., etc... es «de limitados horizontes...» porque nunca traté «de estudiar a fondo... la vida moderna en *las grandes capitales*». ¿No es esto posponer, en importancia y belleza, la novela regional a la novela cortesana? Pues de eso sólo trataba Juan Fernández en su fogosa peroración, no en respuesta al reproducido texto de usted, puedo jurárselo, sino a otros textos de ciertas gentes que, escribiendo o hablando en los «centros civilizados», extreman la tesis de usted algo más de lo que debieran.

»El hecho es tan patente y tantas veces se me

ha dicho que era una lástima que no me resolviera a salirme de mi huerto, que quizás sin esos dichos me hubiera yo ahorrado el trabajo de escribir, por probar de todo, *Pedro Sánchez* y *La Montálvez;* usted, los malos ratos que le dió la lectura de la segunda; la crítica, chica y grande, el pecado de poner a la primera en los cuernos de la luna, y el público, el dinero que invirtió en consumir dos copiosas ediciones de ella. Dígame ahora la señora Pardo Bazán si hay motivos razonables para suponerme devorado por el *resquemor* que me atribuye a este propósito y juzgue el lector de la buena fe, de la templanza, de la justicia y de la serenidad con que ha procedido en su trabajo la insigne novelista gallega.

»Y aquí dejo la cacería, no por falta de gazapos, sino de paciencia. Mas no he de abandonar el terreno sin acusarme de un verdadero escozor, que siento desde un rato hace.

»Costándome grandísimo trabajo creer que la señora Pardo Bazán haya sido capaz de escribir contra mí cosa alguna con deliberado propósito de mortificarme, ni de aprovechar la ocasión de mi supuesto ataque a toda la prensa periódica de Madrid, para adular a ciertos periodistas con la oficiosa defensa de sus derechos y preeminencias, ni mucho me-

nos de azuzarla en masa contra mi humildísima persona, me siento muy inclinado a pensar si el artículo de doña Emilia será un testimonio admirable de la buena casta de su amistad, tantas veces afirmada, enderezado a comprobar los asertos de Juan Fernández sobre la enfermedad del *madrileñismo* en determinadas épocas.

»Y hay serias razones para ello: la señora Pardo Bazán es gallega y recién trasplantada a Madrid; la señora Pardo Bazán colabora en muchos periódicos de esa capital, y además, en uno o dos de su pertenencia; en fin, que ya es periodista *de Madrid;* a la autora de *Morriña* y de *Insolación* nada le iba ni le venía en el *Palique* de mi último libro; la señora doña Emilia tiene talento, mucho talento y no poca erudición, y sabe escribir cuando quiere, como pocos, y es cortés y noblemente campechana hasta con sus enemigos; y sin embargo de todo esto, la señora Pardo Bazán, apenas recibe el ejemplar que le envié de *Nubes de estío,* se sube a la trípode de *El Imparcial,* me mira de alto abajo, y lanza, no sobre el libro, sino sobre mí, el artículo más impertinente, más presuntuoso, más petulante y más huero que pudiera concebir, entre los espasmos de su ataque, el chico de la prensa más acabado y más perfecto de todos los del catálogo de Juan Fernández. ¿No puede ser todo esto un acceso fingido de *madrileñismo* en toda regla? Si así fuera, la abnegación de la señora Pardo Bazán rayaría en lo heroico. Pero ¡vaya usted a saber!...

»Entre tanto, y por sí o por no, yo me atrevería a aconsejar a doña Emilia que, para otra vez, no se anduviera con medias tintas ni con paños calientes: si vuelve a caer en tentaciones de mortificarme, hágalo a banderas desplegadas, y dígame el por qué de paso, y si pretende alabarme, que sea de modo que no se tome, como ahora, la alabanza a burla; cosa más de lamentar por ella, que habla desde tan alto, que por mí, que la oigo desde las honduras, estrecheces y obscuridades de mi pobre huertecillo...»

Este paso honroso acercó a la palestra al público, que admiraba la calidad de los paladines. Era este público todo el que en España mostraba alguna atención a las cuestiones literarias. Se esperó con interés, casi con expectación, la réplica de la autora de *Morriña,* con la esperanza de ver cómo las plumas se afilaban hasta cambiarse en lanzas. La réplica, en efecto, no se hizo esperar; pero no llegaba en el brioso y desconcertado estilo que muchos querían. La ilustre escritora no devolvía el golpe. Serenamente justificaba la publi-

cación de su artículo; atribuía la enérgica contestación a la *genialidad* del genio o a las insinuaciones de ciertos oficiosos amigos; aconsejaba a Pereda que templase sus nervios; decía que la aturdida marquesa de su *Insolación* era una niñita de pecho al lado de la Montálvez; quería que se cerrase el palenque, porque al convertirse la discusión en pelotera, había la grave exposición de caer en intemperancia o descortesía; se reservaba el derecho de emitir parecer sobre lo que el novelista de Polanco escribiera, «sin olvidar ni un segundo los miramientos, cortesía y *veneración*» a que tenía derecho por sus laureles y de que no podían privarle ni sus arrechuchos... Devolvía, en fin, algunos botonazos; pero la sangre no corría, con lo cual los aficionados a los espectáculos fuertes perdieron el tiempo que esperaron. Por su parte, Pereda no salió de su huerto montañés, en el que, acaso empezaba a cultivar las hermosas flores que habían de lozanear, andando el tiempo, en las páginas de *Peñas arriba*.

¡Ah! La autora de los *Cuentos de Marineda*, recogiendo una alusión de su contendiente, decía que en el número de marzo del *Nuevo teatro crítico*, que publicaba entonces, figuraba un estudio con este epígrafe: *Pereda y su último libro*. Este libro era, claro está,

Nubes de estío, el del capítulo *Palique*, que había dado origen a la polémica. En efecto, la señora Pardo Bazán publicó un extenso artículo, hablando, entre otras cosas, de la primera *manera* de Pereda; de los indicios de la segunda y de *El buey suelto*... y *Don Gonzalo;* de la influencia que ejercían en el autor de *La leva* los nuevos rumbos literarios; de *Pedro Sánchez;* del Pereda pintor y escultor y de la evolución de su talento; de *La Montálvez* y sus probables orígenes, y, por último, de *Nubes de estío*. A la autora de *El cisne de Vilamorta* le subyugaba «el poderío de aquel estilo más firme, recio y musculoso que armonioso, pero de un relieve que casi incita, como el torso del Belvedere, a recrear en él las yemas de los dedos»; sentía el estímulo de la lectura por lo que prometía la carta del sietemesino cortesano y se dejaba interesar «por la preciosa acuarela de mujer que desde el fondo del tintero de Nino Casa-Gutiérrez nos mira con aquellos ojos morunos, verdinegros, tan maravillosamente comparados a los remansos del río...» Pero la novela empezaba después a *replegarse* un poco, y retrocediendo seguía como si fuera a extinguirse igual que las luces «que alumbran el domicilio de *La Alianza mercantil*». Luego volvía a encandilarse al entrar el lector en casa de don Roque

Brezales y al conocer a las dos hijas del ricachón: Petrilla, alegre y traviesa; Irene, taciturna y mohina. En fin, a la ilustre escritora le pareció que el asunto de la novela cabía en un dedal y que la trama era floja, como red de pescador, al extremo de que si «la rellenase con su prosa un quidam literario, no habría mortal que apechugase con el libro». Pero la había rellenado Pereda y esto hacía que *Nubes de estío* se leyera y llevara al alma «el deleite de la hermosura». Creía que ciertos capítulos, entre ellos *El casino recreativo*, *Las de Sotillo* y *La gira elegante*, tenían gran valor «como reflejo fiel y primoroso de costumbres y tipos»; pero para cuerpo de novela, de novela de quinientas páginas, no consideraba bastante (lo decía con el justo y noble temor que debía inspirar el nombre de Pereda), la pequeña tribulación de la niña santanderina, las minúsculas vanidades de su padre, las microscópicas ambiciones de su pretendiente», menos entonces con la nueva evolución de la novela, género literario que iba «calando y pesando cada vez más». Tampoco en el asunto moral de *Nubes de estío* encontraba «la significación y lastre que la novela exige». Y en resumen: «tanta notita suelta y cruel sobre el candor, la bobería y la ridiculez burguesa de su provincia» (la de Pereda)...; «tanto retrato

del natural; tanto rasgo épico a fuerza de ser pedestre...»; «tanta y tanta observación al menudeo, y tanto diálogo macizo», parecieron a la autora de *Morriña* «manto amplio, bordado con primor, de pesados pliegues, que agobia a un enanillo—el *propósito* del autor eminente—». *Nubes de estío* era... lo que podía importar a Pereda, como ciudadano de Santander.

En algo estuvo conforme *Clarín* con doña Emilia. Conforme con que la novela de Pereda iba al principio viento en popa, para navegar después en medio de aguas muertas, con una desesperante calma chicha, hasta que más adelante se avivaba con ráfagas de gracia, observación y fuerza. Pero no opinaba, como la ilustre escritora, que el argumento fuera poco para una novela como *Nubes de estío*, ni que el asunto fuera baladí, tanto por lo que toca a la forma como por lo que importa al fondo. Y si creía que la autora de *San Francisco* atacaba con razón el «valor del desempeño, el resultado», opinaba también que el «interés del propósito» lo atacaba con reflexión insuficiente.

El autor de *La Regenta* veía asomar en *Nubes de estío* la *garra del león*, mientras en «otras novelas de otros autores discretos, *leídos* y muy al tanto de modas literarias», los

amigos procuraban tapar «la *patita del loro*... o cotorra». Se trataba de un libro que según el propio *Clarín* había hecho cometer a muy diversas clases de gentes varios pecados capitales, «incluso el pecado de tontería». Quizás aludía en esta frase a los enterradores literarios que con inverosímil perspicacia habían descubierto en Pereda ciertos síntomas de irremediable decadencia, en la cual, dicho sea de paso, no creyó, y así lo dijo, doña Emilia Pardo Bazán. Los tales linces descubrieron aquella decadencia, como pudieron descubrir el Mediterráneo, porque, efectivamente, después de *Nubes de estío,* un libro donde asomaba la «garra del león», y de *Al primer vuelo*, una novela con «blando aroma de jazmín y madreselva confundido con el de plantas bravías y cáusticas», vino *Peñas arriba*, el libro más grande del autor, el más jugoso, el más emocionante y el más original, en el que desplegó sus alas el genio para escalar las más inaccesibles alturas.

Los chicos de la critica menuda... Los chicos de la prensa... La frase hizo fortuna y ha quedado estampada, «estereotipada». Con ella se nombra en tono familiar y afectuoso a cuantos dedican su talento y su actividad al periodismo. Cuando fué escrita, la copiaron muchas publicaciones y corrió de boca en boca

ganando rápida popularidad. Las opiniones de Juan Fernández en el capítulo del *Palique* hallaron eco en varias regiones, que las tomaron por suyas. En realidad, los comentarios a que dieron lugar venían a ser una protesta contra el espíritu centralista. En Santander, la pluma del catedrático Ricardo Olaran escribió en *El Atlántico* una epístola invitando a *Juan Fernández* a salir al palenque, armado de todas armas, «a romper una lanza en honor de la dama de sus amores: la literatura regional». ¡Como si fuera poca cosa la «descarga cerrada» del famoso *Palique!* También quería que el vehemente mozo santanderino contestase a la catilinaria de doña Emilia Pardo Bazán, porque cuando un libro provoca controversias «y en ellas tercian las eminencias del arte, no es bien hecho el dejar que sus adversarios se ufanen con la victoria sin que al menos les cueste el riesgo de la lucha y las fatigas del ataque». ¡Pues sí que Pereda se había quedado corto al responder al artículo de los *resquemores!*

Mientras tanto, en Madrid no faltaron plumas que defendieran a los «chicos». Ossorio y Gallardo salió en *El Resumen* con un artículo que él firmaba «por un chico de la prensa que no sabe firmar». En aquellos días se habló mucho de lanzas, y el escrito de

Ossorio era otra que se quebraba en honor de los periodistas. «Cosa, si bien no sencilla, no tan difícil como pudiera creerse—decía—es el lanzar anatemas, dirigir menosprecios y acumular diatribas contra los que obligados por la fuerza de las circunstancias tienen que consagrarse a una labor diaria, ruda, al minuto siempre y maquinal muchas veces, sobre todo si se entregan a la prensa después de haberlos dado forma con el detenimiento debido, hilvanado durante más tiempo del que exige buenamente una censura injusta, apoyado con erudición impresa y corregido en galeradas una y cien veces. O mucho me equivoco, o pienso que en análogas condiciones muchos *chicos de la prensa* que hoy ni valen ni significan nada en el mundo literario, se habrían conquistado posiciones a las que no llegarían arrogancias que hoy les abruman. También me atrevería a sospechar, si la modestia de la clase que defiendo no se quebrantara, que no obstante estar en tan íntimo consorcio la literatura con el periodismo, algunos, muchos de los que capitanean aquélla, no serían tan útiles como la mayoría de los *chicos de la prensa* en la redacción de un diario. El periódico, tal como entre nosotros se halla organizado y lo seguirá estando mientras el público no se determine voluntariamente a triplicar la can-

tidad por que adquiere el número del día, necesita, más que literatos—los literatos en este caso huelgan—, *chicos* que tengan la habilidad y la resignación necesarias para diariamente leer la prensa de provincias, recoger el Consejo de Ministros, pasar después a la Audiencia, darse una vuelta por los Ministerios, extractar las sesiones de las Cámaras, hacer crítica literaria, asistir a la conferencia del Ateneo, a la exposición que se inaugura y al banquete que se celebra, y realizar, con el tiempo y los sucesos, el milagro de los panes y los peces. ¿Se comprometen los notables novelistas modernos a rivalizar en esta tarea con los que hoy la realizan? Y ¡pobre *chico de la prensa* como se descuide, y al volar de la pluma cometa un pleonasmo o una falta sintáxica cualquiera! Es verdad que a pesar de ella el elogio al libro, al drama o al sainete, queda perpetuado; el nombre del diputado o senador irá adquiriendo la resonancia que le conduzca a las elevadas posiciones que en su aldea ambicionó; que el obsequio con el te a sus amigos, se supo por todo el orbe, realizando así su único fin; que el cuadro aún fresco en el caballete, irá a colgarse de los muros de la Exposición, precedido de una fama que el público sanciona, porque se la encuentra ya fabricada; que la industria em-

prendida, al periódico debe su prosperidad; que por la reseña que hizo de sus triunfos, el abogado encuentra la clientela que le utiliza; que todas las manifestaciones de la actividad deben en poco o en mucho al periódico su crecimiento, su desarrollo, su vida; pero... ¡esos *chicos de la prensa* son esto, lo otro y lo de más allá!, y puestos en evidencia por poetas amigos, por novelistas célebres y por todo el que al periodismo, y, por ende, al modesto periodista, debe algo».

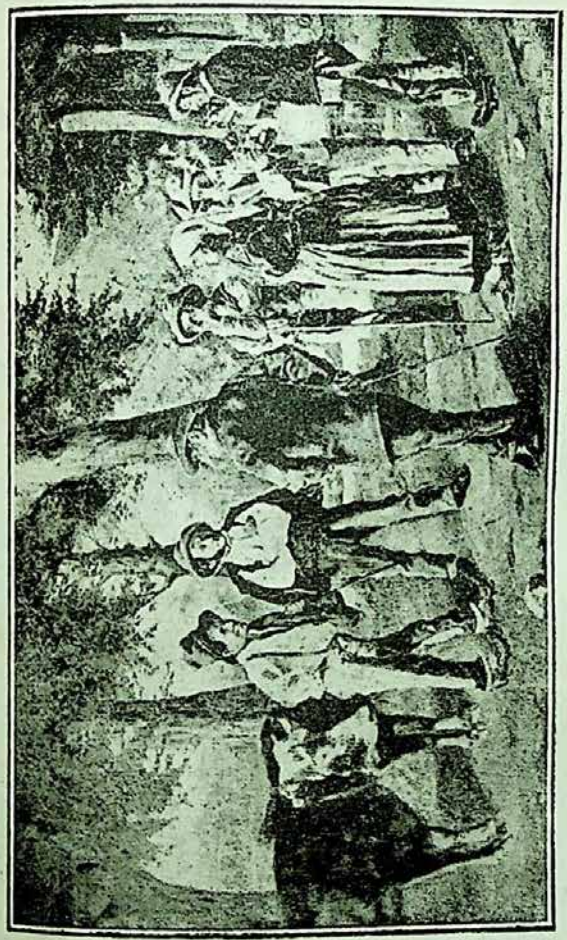
Tenía razón Ossorio y Gallardo. Yo he visto a muchos literatos que se las daban de insignes, sudar tinta sentados a la mesa de una redacción. No es lo mismo reflejar en las cuartillas una emoción acariciada lentamente y elaborada luego en la soledad del despacho, sin apremios del tiempo, que verter con febril impaciencia, junto a las máquinas, las diversas impresiones de todo un día, recogidas aquí y allí, de cosas y personas que al periodista no le importan ni le interesan. Y de los defectos de sintaxis, vicios de dicción y demás calamidades que afligen al idioma... ¡guay de muchos literatos, ilustres y hasta insignes, viejos y jóvenes maestros, según ellos se llaman, si hubiera un tribunal que les pidiese cuentas! Aún no hace muchos años que los padres de la crítica literaria se enfrascaban en reñidas polémicas por una sencilla cuestión gramatical. El padre Blanco, por ejemplo, llamaba a *Clarín* «desdichado autorcillo de *La Regenta*», y *Clarín* echaba en cara al Padre Blanco que no sabía conjugar los verbos irregulares. ¿Quién repara ahora en estas menudencias de la Gramática?

No eran los «chicos de la prensa» quienes combatían a Pereda. Era la intolerancia, que no tenía en cuenta el ejemplo que constantemente daba Pérez Galdós. Las ideas religiosas y políticas del gran escritor montañés, declaradas con sinceridad y mantenidas con firmeza, reflejadas frecuentemente en sus libros, provocaban ataques de los adversarios irascibles. Es este viejo achaque en los extremosos radicales de España, rojos o negros. ¡Como si en la vida del arte no pudieran gozar de la misma gloria el himno a Satanás, de Leopardi, y las divinas glosas, nacidas del fuego del amor de Dios que en sí tenía la Santa Madre Teresa de Jesús!

Durante muchos años, el autor de *Don Gonzalo* fué combatido con apasionada tenacidad. No se le perdonaba la cruel disección de la política menuda y de campanario. Cuando publicó *De tal palo, tal astilla...*, hubo críticos que se creyeron en la obligación de arremeter contra el feroz reaccionario que asomaba la

garra por entre las páginas de la novela. Los latigazos de *La Montálvez* revolvieron contra él la ira de muchos que dormían como lebreles en los umbrales de las casas blasonadas y la rabia de otros que aspiraban a limpiar las levitas de los grandes señores. Se le había dicho que éra el primer escritor de *su pueblo*. Y crítico tan autorizado como don Manuel de la Revilla, se *olvidó* de dedicarle una página en la colección de sus obras. ¡Con tantas como escribió, de altos y bajos, el redactor de *La Revista contemporánea!*

El *Palique* de *Nubes de estío* no fué una explosión de los nervios de su autor. Fué un ajuste de cuentas, para poner sus agravios en frente de los olvidos injustos y de las sistemáticas arremetidas de que fué víctima. Ni los unos ni las otras limitaron su fama, ni retardaron su gloria. Sus mismas obras velan por su nombre en los claros y radiantes cielos de la inmortalidad.



... Lo que toca a la pareja, no tiene pero. *(La Robla).*

IV

La medalla de académico

PEREDA fué nombrado *correspondiente* de la Real Academia de la Lengua, a poco de publicar los *Tipos y paisajes;* pero no entró en ella, como académico de número, hasta el año 1897, cuando ya había realizado toda su labor. Sin duda, la docta corporación literaria tenía entonces las puertas más estrechas y no se pasaba fácilmente por sus umbrales. Hizo falta que el gran escritor enriqueciera la literatura nacional con los maravillosos cuadros campestres de *El sabor de la tierruca*, con la epopeya magnífica de la vida marítima en *Sotileza* y con la inmensa sinfonía de las cumbres en *Peñas arriba*, después de haber compuesto la estupenda novela urbana de *Pedro Sánchez*, de haber escrito las zumbonas

páginas de *Don Gonzalo* y de haber ennoblecido la lengua del pueblo, sacándola de la abyección y del olvido, como nadie la ennobleció después de Cervantes.

Han cambiado mucho las cosas desde entonces. Los académicos de antaño se llamaban Alarcón, García Gutiérrez, Hartzenbusch, Tamayo, Zorrilla... Con ellos había entrado en el clásico solar de la Lengua cuanto había conmovido y emocionado, en un largo período, al pueblo español; cuanto representaba a un arte grande, palpitante y tradicional, igual en la novela que en el teatro, lo mismo en la retórica que en la crítica. Cada uno de por sí era una viva y robusta personificación literaria, y todos juntos eran la romántica llamarada que alumbró la vida espiritual española.

El idioma corría como un río caudaloso de aguas puras y cristalinas. Cuando se deslizaba mansamente, era arrullo del viento y música de las frondas. Cuando encrespado y tumultuoso, se desbordaba para galopar suelto y libre, tenía bramidos del mar y ecos de combate. Pero siempre era noble, rítmico, elocuente y majestuoso, y conservaba la gravedad castellana y el gracejo andaluz, el áureo color de nuestras mieses y el sabor agridulce de nuestras viñas. Era el glorioso romance en que hablaron los poetas heroicos; el armonioso y

reposado lenguaje de nuestros místicos; el habla desenfadada y garbosa del Siglo de Oro; la gallarda entonación del romanticismo. A la mesa con que brindaba sus mercedes la noble infanzona guardadora de nuestro idioma, aún se sentaban huéspedes letrados y artistas, no para consumir las migajas de los banquetes de antaño, sino para gustar frutos lozanos y en sazón.

La Academia sigue en su patriótica labor de limpiar y fijar el idioma, dándole más grande esplendor; pero la lengua madre languidece y desmaya, se empobrece y extranjeriza y sustituye con plebeyas vestiduras el manto de púrpura con que antes se cubría. De nada sirve el plantel de abogados, médicos, diplomáticos y políticos que ocupan por sus altos merecimientos las sillas académicas. No es con leyes, ni con fórmulas terapéuticas, ni con argucias y habilidades con lo que ha de recobrar Nuestra Señora la Lengua la sanidad y el vigor. Hacen falta gramáticos que la vigilen, historiadores que la guíen, poetas que la sazonen, verdaderos artífices de la palabra que la esmalten y afinen, dándola sus antiguos resplandores. Será preciso un poderoso esfuerzo para romper las torpes ligaduras que la aprisionan y para sacarla del dominio de los cuadrilleros que la guardan. Entre tan-

to, no faltan yangüeses que la apedrean, ni aventureros que la tunden, ni jayanes que la maltratan y esclavizan. Y ella, tan libre y tan señora, que erró por campos y caminos, posó en ventas y mesones, paseó en aulas y academias y entró en templos y alcázares, siempre armoniosa y siempre noble, hoy no tiene galas con que adornarse y va de un lado a otro, sin oriente y sin guía, perdiendo su donaire, su agilidad, su bizarría y su ornato. ¿Dónde están aquellos hilos de oro que unían y engarzaban palabras limpias y brillantes como piedras preciosas? ¿Dónde han ido el léxico abundante y copioso; la sintaxis correcta y elegante; las metáforas gallardas y atrevidas; las graves y variadas oraciones que componían páginas tersas y musicales, con la gracia y la serenidad de mármoles griegos? ¿Quién sería hoy capaz de describir el roble de Cumbrales, aquel árbol secular de retorcida veta, como la filástica de un cable? ¿Quién pintaría el estupendo empuje, del río o del mar, sobre el recio peñasco de la costa, para abrirse paso en la tierra y formar el cauce de la Arcillosa? ¿Ni quién tiene pinceles para trazar los horrores de la galerna, de una galerna como aquella de que se salvó por milagro la lancha de Reñales?

Con Pereda entraba todo esto en la Academia. Para su elección, se oponía, como un

peñasco que cierra el puerto, el artículo noveno de los estatutos, según el cual los académicos han de residir en Madrid. Y a Pereda, tan poco dado a las consagraciones oficiales, le importaba un comino la medalla si habían de colgársela a costa de abandonar su amada tierra montañesa. ¿Para qué más consagración que la de la Fama, que llevaba su nombre a países extraños, después de hacerlo popular en su patria?

Ya el año 1890, con ocasión de estar vacante una silla académica, *Clarín* salió en el *Madrid Cómico* rompiendo una lanza en favor de Pereda y pidiendo la derogación del citado artículo. Fué en una crónica ingeniosa y zumbona, como salida de aquella pluma que tenía filo de daga...

La lanza de *Clarín* se volvió caña y no abrió brecha. La crónica fué muy comentada, tanto por la autoridad de su autor, como por los dardos que éste lanzaba contra el marqués de Pidal, Commelerán, Catalina y otros académicos; pero las puertas del caserón oficial, solar, morada y templo del idioma, continuaron cerradas para Pereda. Yo no sé quién fué entonces académico. Si Balart, si Manuel del Palacio, que los dos eran candidatos... No importa averiguarlo, ni merece la pena. Pereda no lo fué. Ni quería serlo, y se resistió

cuanto pudo, porque tenía en más el cielo de su tierra que todos los honores del mundo. Tampoco faltaba quien viendo su candidatura de académico en peligro, intrigase en la sombra, y el autor de *Sotileza* le quitaba estorbos y allanaba el camino renunciando sin pena al sillón por que el otro se perecía. Pero Menéndez Pelayo, con su decisiva autoridad, se impuso; Pereda cedió, se avecindó en Madrid... y fué académico.

Se celebró la recepción el 21 de febrero de 1897, ocupando Pereda la silla que dejó vacante la muerte del ilustre escritor don José de Castro y Serrano. Por circunstancias de admiración, de amistad y de paisanaje, quiso contestar al discurso del nuevo académico el sabio polígrafo don Marcelino Menéndez y Pelayo; pero Galdós, que era académico hacía dos semanas, mostró gran interés en ser él quien le contestara. Y cediendo el autor de *Horacio en España*, se encargó del discurso el creador de los *Episodios Nacionales*.

Llegaba Pereda a la docta casa desde sus soledades montañesas, «avezado a contemplar el sol a través de los follajes de la tierra nativa» y expuesto de repente «a los rayos de su luz deslumbradora, sin la interposición de una sola nube que la empañe y temple sus rigores en el hermoso cielo en que surge y

centellea». En tan solemne momento y sometiéndose a las leyes de la corporación, intenta su cumplimiento «apuntando algunas observaciones» sobre aquello que más se le alcanzaba dentro de la jurisdicción de su temperamento literario, es decir, hablando de la novela; «pero no de la novela como género, sino de una de sus variedades o especies», la más acomodada a la extensión de sus alcances: la novela regional. En efecto, hizo la definición de esta novela, diciendo que es «aquella cuyo asunto se desenvuelve en una comarca o lugar que tiene vida, caracteres y color propios y distintivos, los cuales entran en la obra como parte principalísima de ella...» Tirando de este hilo, fué a parar al regionalismo que él profesaba y ensalzaba, y que era el que «se nutre del amor al terruño natal, a sus leyes, usos y buenas costumbres, a sus aires, a su luz, a sus panoramas y horizontes; a sus fiestas y regocijos tradicionales, a sus consejas y baladas, al aroma de sus campos, a los frutos de sus mieses, a las brisas de sus estíos, a las *fogatas* de sus inviernos, a la mar de sus costas, a los montes de sus fronteras; y como compendio y suma de todo ello, al hogar en que se ha nacido y se espera morir; al grupo de la familia cobijada en su recinto, o a las sombras veneradas de los que ya

no existen de ella, pero que resucitan en el corazón y en la memoria de los vivos, en cada rezo de los que pide por los muertos, entre las tinieblas y el augusto silencio de la noche, la voz, que jamás se olvida, de la campana de la Iglesia vigilante...»

«Este regionalismo perediano no tenía «nada que ver con la Geografía política ni con la Historia, ni con la ley fundamental del Estado, ni mucho menos con el Catastro nacional y demarcación de fronteras...» Ni reñía con nada ni con nadie, «sino con la pompa de los salones, el tufo de las grandes industrias, los «hombres de negocios» y el ajetreo político con todos sus derivados, congéneres, similares y *partehabientes*...» Por esto mismo, podía extenderse su jurisdicción hasta la ciudad o a la parte de ella en que, por milagro de Dios, respirase todavía «algo de la masa pintoresca del pueblo original y castizo, con su fe y sus gustos y sus leyes de abolengo». En él estaba la rica cantera inagotable, en que acopiaba sus materiales «la novela regional, o rústica, o, más genérica y expresiva y propiamente hablando, la novela popular, y por ende, nacional, española neta».

Tronó el nuevo académico contra la manía del extranjerismo, que ya era peste que invadía a España. «A la francesa... o la inglesa—

decía—se vive hoy en la clásica tierra castellana, y se anda, y se legisla, y se viaja, y se piensa; a las horas que en Francia o en Inglaterra, se sientan a comer nuestros próceres y gentes encopetadas; en francés se imprime la minuta de lo que van comiendo y hasta de los famosos vinos españoles que van bebiendo; extranjeros son los criados que hormiguean en derredor de la mesa; extranjero el vestido que los confunde con sus amos; extranjero el aparato y los nombres de cada mueble y objeto de la estancia; extranjera la lengua que a ratos se habla entre los satisfechos comensales; extranjera la decoración del resto de la casa, y extranjeros, en fin, han de ser los libros que lean en sus ratos de ocio las señoras que la habitan». ¡Y eso que el vicio del extranjerismo, con estar ya muy propagado, no se había hecho endémico, ni había invadido el campo de nuestros deportes, ni arrojado de los teatros al arte nacional, ni irrumpido en los comercios, en los cafés, en los palacios y en las iglesias!

Creía Pereda que estando el extranjerismo infiltrado en los diversos aspectos de nuestra vida social; en el hogar, en las costumbres, en las ideas, en las leyes, y hasta en el idioma, era difícil construir, sin un milagro de Dios, una obra española, «en el sentido en que debe to-

marse esta palabra cuando se trata de obras de arte». La novela propiamente española, de la provincia, del campo o de la costa, del pueblo alto o bajo, urbano o rústico y siempre libre de toda invasión extraña había de hacerse con sus leyes, usos, grandezas y miserias, virtudes y preocupaciones, con su lengua original, con sus modismos provinciales, que son, al decir de Menéndez y Pelayo, «la savia, el jugo de la hermosa lengua castellana», la lengua madre del *Quijote* y del rico tesoro de nuestra literatura clásica, de la que forman parte los Guzmanes de Alfarache, Lazarillos de Tormes, Rinconetes, Monipodios y Pablos de Segovia de la novela picaresca. Por esto mismo, creía también que si no se otorgaba a la novela regional contemporánea el título de *castizamente española*, había que negársele a las del Siglo de Oro aludidas con los nombres de sus héroes famosos, «porque mal o bien, hechas están las de hoy con los mismos elementos que las de ayer, y la condición de la hechura no modifica en nada la calidad de las cosas».

Estableciendo diferencias substanciales entre la *alta* novela y la novela popular, dijo que la primera «es la novela de las ideas» y la segunda, «preferentemente la de los hechos», más real y menos retórica. «Aquélla estudia las cosas en el estado en que las pone el movimiento incesante de las novedades que pasan; ésta prefiere lo inamovible y duradero; la una pule y cincela, investiga y ahonda en los organismos sociales influídos por el llamado *medio ambiente;* la otra esculpe las figuras de sus cuadros en la roca misma de los montes, al aire libre y a la luz del sol. La primera busca para fondo de sus creaciones el aliño artificioso de la ciudad, hechura de los hombres; la segunda la naturaleza, obra de Dios e inmutable y de todos los tiempos. Aquélla se cuida y se paga más del dibujo, de las filigranas; ésta del colorido».

Con estas ideas, desarrolladas ampliamente, se doctoró de académico el escritor montañés. Al hablar del regionalismo y de la novela popular, cumplía dignamente con ellos, porque ellos fueron los que le abrieron de par en par las puertas de la docta casa. El tema era, además, fruto de convicciones bien arraigadas, y por eso pidió también que en los desbordamientos y tempestades de la veleidad humana, el arte de los días presentes fuera regazo y templo de que ampararse. Fué aquella una magnífica imprecación. «... Cuando los pueblos y las gentes pierdan sus peculiares rasgos fisonómicos; cuando el vastísimo cuadro de la humanidad no tenga más que un color, y ese muy triste, y el mundo llegue a ser una in-

mensa y desconsoladora estepa, y se mueran en ella de tedio sus habitadores, quédeles, por misericordia de Dios, el refugio del arte de estos tiempos, como fiel archivo de las olvidadas costumbres nacionales, donde hallen los desesperados algo en qué poner los ojos del espíritu y emplear las fibras del corazón aterido y ocioso, y que este noble y puro deleite se difunda y circule por sus venas, como germen de más levantados estímulos y savia de una nueva vida».

Ya he dicho que contestó a Pereda su grande amigo Pérez Galdós. El autor de *Gloria* ponderó la amistad que le unía al padre de *Sotileza*, ofreciéndola «como modelo a la gente del oficio» y diciendo de ella que no había sucumbido ni sucumbiría nunca «ante divergencias de criterio en cosas muy substanciales», porque aquellas mismas discordias eran para el afecto que los ligaba «como la forja consistente que da al metal mayor dureza y temple más fino». Recordó sus disputas «cuya viveza no traspasó jamás los límites de la cordialidad»; pergeñó el carácter de Pereda y se congratuló de su trato, en el cual aprendió muchas cosas y adquirió no pocas ideas, entre ellas una que estimaba de gran valor: «la idea de que existe perfecta fusión entre la naturaleza moral y la naturaleza artística»; ensalzó

la firmeza de sus creencias, el reposo de su espíritu, su afán, al mismo tiempo generoso y quimérico, de resucitar «todo lo bello y bueno de un hermoso pasado», su caudalosa vena satírica, la sencillez de su vida, «no turbada por otra ambición que el santo anhelo del bien moral y del bien artístico», y la benevolencia fraternal «como de hermano mayor», con que le distinguía y alentaba; examinó, en fin, la vida artística, primero «como pintor de costumbres y paisajes de la Montaña» y luego «como escritor de aliento en la novela grande».

No dejó pasar el maestro sin comentario las ideas expuestas por su amigo el nuevo académico, sobre el regionalismo. «En realidad—dijo—todos somos regionalistas, aunque con menor fuerza que Pereda, porque todos trabajamos en algún rincón, digámoslo así, más o menos espacioso de la tierra española; porque elegimos nuestro modelo en determinadas fisonomías o tipos de esta variada familia que se ha formado, sabe Dios cómo, de innúmeras mescolanzas y contubernios en el tálamo de una historia en que se revolvieron diferentes razas, caracteres, temperamentos y religiones. En esto del regionalismo he creído siempre que cada cual debe escribir como piensa, y pensar lo que vive y siente, sin cuidarse de los

que regatean el sentido nacional a las creaciones que no lleven siquiera un barniz de apariencias metropolitanas. Paréceme a mí que la metrópoli es región y de las más características, con su vida mixta, entreverada de extranjerismos elegantes y de las ranciedades más españolas, juntando los vicios de la raza a los vicios exóticos, y las marrullerías castizas a los desenfados adquiridos en el trato abierto y francote de las sociedades modernas. Creo que Madrid no es la capital espiritual, compendio del sentir y pensar de un pueblo, como no es capital geográfica, por carecer de condiciones físicas; veo aquí un intenso regionalismo, que podríamos llamar soberano, cual ninguno interesante y pintoresco, grande y riquísimo venero para el artista. Creo que con igual acierto se pueden imaginar y componer grandes obras de verdadera transcendencia nacional, aquí o en cualquiera de los reinos, provincias y lugares de nuestra hilvanada nación; porque en todas las partes del territorio hay algo que es común a cuantos en él vivimos; porque la síntesis nacional existe, aunque se esconde a nuestras miradas, y si en nuestras virtudes no sería fácil descubrirla, seguramente en nuestros defectos la descubriríamos. Lo que importa es que el artista sepa encontrar la desnudez humana, y acierte a

ornarla con el colorido local sin que sus bellezas se pierdan...»

Hizo a continuación Pérez Galdós un comentario de las obras peredianas más afamadas; y luego de fijar su inmenso valor literario, habló de la persona del autor, que «por la gallardía de su prosa, por la irreductible firmeza de sus ideas, en el orden religioso más que en el político, y hasta por su empaque», podría creérsela transportada del siglo XVII al nuestro, «por virtud de una evocación milagrosa, en que anduvieran el espíritu de Cervantes para el ingenio festivo, el de Fray Luis de Granada para el discernimiento grave, y las manos de Velázquez para dar los últimos toques a la figura...» Pero hizo también ver que Pereda era hombre de «nuestro tiempo» y que con los hombres de hoy alentaba y vivía, aunque nunca habría de curarse del amor a su tierra nativa, ni jamás tomaría cariño a la vida bulliciosa de la corte, ni se dejaría conquistar con aplausos y honores, porque amaba la soledad y era un espíritu soñador y meditabundo, que no podía vivir «fuera de la maternal compañía de la Naturaleza». Y por eso, pidió Galdós a todos que no tratasen de retener a su lado al caballero-poeta montañés y que le dejasen volver a sus soledades, porque en ellas existía el *alma máter*

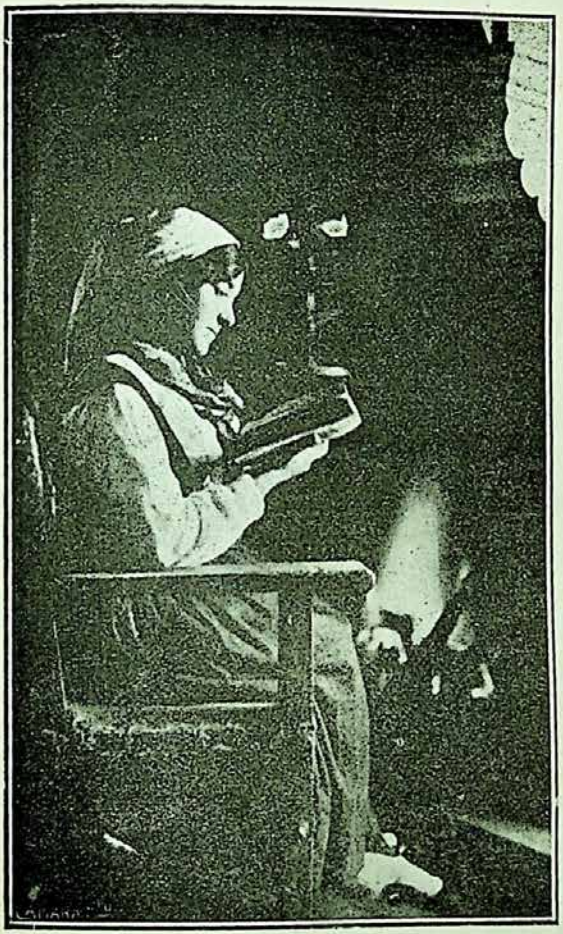
que daba luz a su ingenio y lo hacía ser pujante y fecundo. ¡A las augustas soledades, adonde le seguía la admiración de toda España!

No pasaron inadvertidas algunas de las ideas expuestas por Pereda en su discurso académico. Se discutieron en círculos y tertulias y fueron comentadas en los periódicos y revistas.

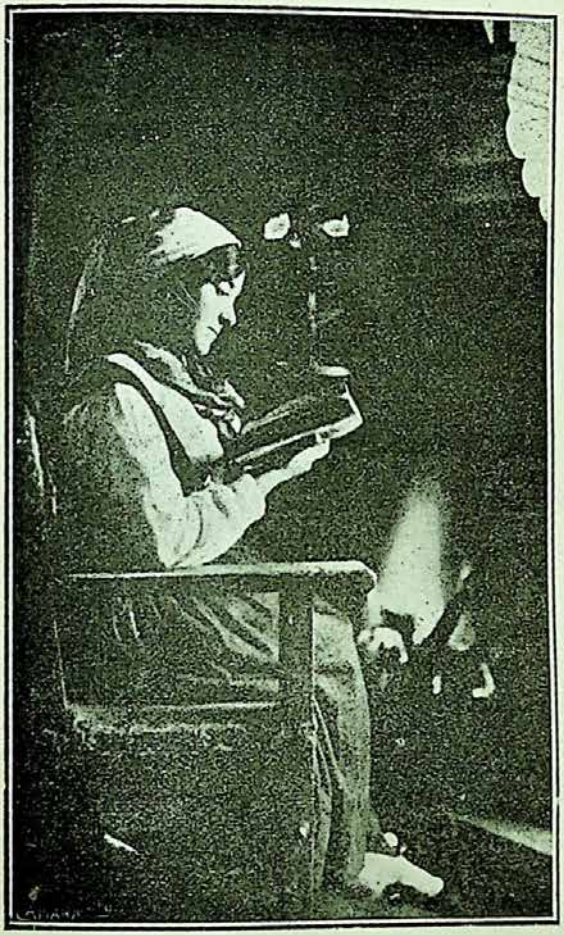
Estos comentarios fueron la mejor prueba de la importancia que se concedió al discurso. El insigne novelista los leería seguramente; pero siguió pensando lo mismo. Si hubiera tenido que hablar otra vez sobre idéntico tema, nada de lo que dijo anteriormente merecería una palabra de rectificación. Desde entonces, la novela española ha tenido más cultivadores que nunca; pero en las manos de la mayoría de ellos, ha ido perdiendo el sano carácter de españolismo, que era el sello revelador de su prosapia. Contadas veces en nuestros días se asoma con la fisonomía que le dieron las circunstancias de ambiente y de raza. Poco queda también, si queda algo, de lo que el pueblo tenía de castizo y original en sus costumbres. Sólo conserva lejanos resplandores de lo que fué. En cambio, las ideas regionalistas han ido creciendo y extendiéndose, y hoy son una ho-

guera que resplandece en las provincias más trabajadoras de España. Ya son un problema que inquieta y preocupa a los políticos que tienen el Gobierno de la nación, quizás porque es regionalismo que no tiene las cualidades que profesaba y ensalzaba Pereda o porque hay hombres que lo excitan y lo pervierten en provecho de sus personales ambiciones.

LIBRO TERCERO



EN LA MONTAÑA.—Leyendo a Pereda.



EN LA MONTAÑA.—Leyendo a Pereda.

I

En lo más alto, la Cruz

Cuando Pérez Galdós escribió el prólogo a *El sabor de la tierruca*, sospechaba, y así lo dijo, que «la firmeza de las ideas de Pereda, bien analizada, resultaría más afecta al orden religioso que al político...» Sospechaba también el autor de *Lo prohibido* que las ideas políticas de su amigo nacían de motivos estéticos, de la asombrosa facultad de ver lo cómico y la ridiculez de sus semejantes, en todos sus grados. «Casi podría afirmar — decía — que gran parte de aquella intolerancia mordaz, de aquella flagelante y despiadada inquina contra ciertas instituciones, desaparecería si el espíritu de nuestro autor no estuviera enviciado y como engolosinado en la observación de los infinitos tipos de ridiculez que sabe

ver y calificar como nadie; tipos que él atribuye, con ingeniosa parcialidad, al sistema político dominante en todo el mundo, y que en realidad aparecen contenidos en él por lo mismo que el tal sistema abarca la porción más grande de la sociedad...»

Hombre facultado maravillosamente para deducir de una observación los caracteres, las ideas y hasta los sentimientos, Pérez Galdós acertaba en las sospechas que le inspiraban el modo de ser y de pensar del autor de las *Escenas montañesas*. A Pereda le importaba lo principal, no lo transitorio, y la substancia más que los accidentes. Descargaba sus golpes en el tronco, sin preocuparse de las ramas, y miraba al cielo, porque las serenidades de la altura le interesaban más que los regímenes y las fórmulas de aquí abajo. Educado desde la cuna cristianamente, la fe religiosa arraigó profundamente en su corazón; ni la ventura, ni la adversidad le pusieron en el pecho una vacilación ni una tibieza, antes le avivaron la llama de la fe, que era su guía; fué creyente sincero, devoto sin gazmoñería, católico práctico y a la buena de Dios; cumplidor exacto de sus deberes de cristiano; lector constante del Padre Kempis, de Fray Luis de Granada, de San Agustín, de la Madre Teresa de Avila... Ponía sobre todas las cosas, como

su ideal más señero, en lo más alto, la Cruz.

Por la Cruz combatió con brío muchas veces. Triunfante la revolución de septiembre, más que el fin de una dinastía y más que el triunfo de un nuevo régimen político, vió en el trastrueque de ideas y sistemas, una grave amenaza contra la fe católica, contra los rasgos esenciales de nuestra raza, contra los vivos testimonios del pasado, contra todo lo que él tenía por base y fundamento de la historia, de la unidad nacional, de las costumbres, de la cultura y del arte. Entonces reapareció *El tío Cayetano*, en cuyas columnas iba a ser Pereda el paladín de la Religión contra los ultrajes revolucionarios. Porque repasando la colección del famoso semanario, se comprueba que lo que inquietaba y enardecía a su principal redactor no eran los ataques contra los principios políticos, sino las injurias y las persecuciones contra la Iglesia.

El día 9 de noviembre de 1868 reapareció *El tío Cayetano*. Pereda redactó el artículo de entrada, anunciando, en tono humorístico, sus propósitos de lucha y su afán de pelea. El viejo periódico abandonaba la obscuridad en que yacía y tornaba a la palestra armado de todas armas, calada la visera y lanza en ristre. Me parece recordar que Pereda decía «con el garrote levantado». Burla, burlando, el

periódico describía el cuadro que contemplaba al volver a la vida: «Donde dejé el silencio y la apatía, encuentro la ebullición y el entusiasmo; donde estaba la fuerza, la debilidad; los municipales... sin sable, y los paisanos con carabina; el trono, vacante, y el pueblo, soberano; los curas en la calle y la filosofía en el púlpito; las letras dormitando y las masas en las urnas pidiendo a gritos escuelas y ateneos.» Desde aquel día, Pereda esgrimió la pluma denodadamente en todos los números. Unas veces la restallaba como un látigo; otras la movía sobre el papel con zumbas e ironías; siempre la blandía con nobleza y decoro, como la espada un castellano de los tiempos caballerescos, hiriendo a muerte, entre tajos y fintas que eran burlas y veras, sin agravio del propio respeto y sin mengua de la propia serenidad. Haciendo uso de la pizca de *soberanía nacional* que como a cada nieto del Cid le correspondía, comentó donosamente el *Manifiesto a la nación*, tronó contra *La Reforma*, *El Pueblo* y el *Gil Blas* y combatió la libertad de imprenta cuando ésta autorizó la publicación de *La Vida de Jesús*, de Ernesto Renán. A él no le atemorizaba la propagación de aquella clase de lecturas «por las inteligencias cultivadas, por los criterios ilustrados, por los hombres de recto juicio

que creen, no sólo por la fe, sino por el convencimiento»; le atemorizaba «por los entendimientos sencillos que, sin más armas de defensa que la fe que adquirieron en la cuna y que no se han cuidado de robustecer después con la razón, cediendo a esa fatal tendencia humana a encariñarse con lo que más daña, se dejan sorprender fácilmente por el aparato deslumbrador de un falso razonamiento». En seguida descargaba furiosos mandobles contra el famoso libro, remontándose a las Repúblicas de Grecia y Roma; entonando un himno ardoroso al Cristianismo y a sus mártires; confesando y ensalzando las verdades de la fe y maldiciendo a los impíos que pretenden arrancar tan precioso tesoro al pueblo, sin darle a cambio nada que llene los vacíos de su conciencia y calme las inquietudes de su corazón.

Sus ojos descubrían en España un cuadro sombrío. Serrano, Prim, Dulce, Ros de Olano, Olózaga, eran personajes desacreditados en el Gobierno, en la oposición y en el presupuesto. Como hombres de Estado, no llegaban siquiera a medianías. Entre sus afiliados y entre ellos mismos, había un mar de odios y de sangre, que no se salvaba con un abrazo a la vista del pueblo, aunque se echara por encima una bandera sin lises ni corona. Otros hombres de la Revolución no eran sino páli-

das figuras sin fuerza y sin prestigio, sin color ni relieve: Topete, el *brigadier* de los barcos de Cádiz, que amortizaba plazas de *generales* de la escuadra; Lorenzana, el simple autor de la convocatoria de las Cortes; Romero Ortiz, el vendabal que derribaba cuatro conventos desvencijados y el coco de unas cuantas mujeres inofensivas e indefensas; Figuerola, el escándalo práctico de sus propias teorías económicas; Sagasta, la fe de erratas de algunos decretos contradictorios... con postdata; Ruiz Zorrilla, el exterminador del latín y el *espartano* del siglo; López de Ayala, el abogado de *El Padre Cobos;* Izquierdo, el hombre de *confianza* de la misma situación que contribuyó a derribar. Enfrente de estos hombres, Orense y Castelar, dos *apóstoles de la legua*, que corrían de teatro en teatro y de púlpito en púlpito para predicar el mismo sermón democrático en todas partes. Alrededor, la prensa: una parte de ella zampándose el presupuesto y riñendo con otra que pide su tajada correspondiente; las dos gritando a dúo contra los que comen a su lado sin pertenecer *a la familia;* otra parte, entretenida en flagelar y arrancar túrdigas a frailes y monjas; y el resto, en la oposición, llorando como Jeremías sobre las ruinas de la nueva Babilonia. Y en resumen: el presupuesto nacional subiendo y España resignándose y pagando; un centenar de iglesias derribadas; tres docenas de conventos vacíos; otros tantos respetados por la *filantropía* del protector de Fitchz, abarrotados de comunidades de monjas arrancadas de sus celdas *para salvar el país*, y todo ello amenizado por el himno de Riego, cuyos sones dejaron a España sin sus colonias de América.

Esto en prosa, dicho con lisura y llanamente. Pero también el angustiado cuadro de la España revolucionaria, arrancó a su lira de poeta ecos de burla y de ironía. He aquí, como muestra, este *Romance morisco:*

—¿A dónde va el caballero,
a dónde va el petimetre,
con esos rizos tan monos,
con esa levita verde,
con ese chaleco blanco,
con esa corbata leve,
con ese rumbo de taco,
con esa cara de héroe?
—A la villa de Madrid,
a donde van los valientes;
a buscar lo que me falta,
a buscar lo que me deben:
un duro en la faltriquera,
mucha holganza y buen pesebre.
—Y ¿quién paga?
—La nación.

—Pues camine diligente
y no se pare en remilgos
si llegar a tiempo quiere,
que aunque esa vaca era rica
y además robusta y fuerte,
tantos son a mamar de ella
que ya no puede lamerse.

Un día, Topete se dirigía a Méndez Núñez, aureolado con su heroísmo del Callao, y a nombre de la revolución le halagaba ofreciéndole un nuevo empleo. Pereda escribía un artículo para aconsejar al héroe que hiciera a las llamadas revolucionarias oídos de mercader. Prim—le decía—, el brazo fuerte de la revolución, no levantaría medio palmo sobre el suelo, si no se lo prestase la espada vencedora de los Castillejos. Luego le ponía el ejemplo de Topete, recordándole como marino heroico del Callao, sobre la cubierta de la *Blanca;* erguido y marcial, sereno y valeroso en el puente de su fragata acribillada a balazos; describiéndole después en el campo político, balbuciente, encogido, torpe, enredándose como un lugareño entre los faldones de la casaca ministerial. «Aquí, pequeño por la política; allí, grande por la gloria; aquí, desprestigiado por los partidos; allá, coronado como un héroe de España.»

No tardó en llegar a Madrid la renuncia de

Méndez Núñez con aquellas sus famosas palabras, que la Historia tiene ya recogidas: «Para que yo pueda ser útil a mi patria y al cuerpo de la Armada, no es indispensable la concesión de un empleo, que sólo desearía obtener cuando nuevos servicios prestados al país me hicieran digno de él, no solamente en el concepto del Gobierno, sino también en el de la opinión pública y en el mío propio.»

Pereda vió en las palabras del héroe el viceversa de la revolución y una lección que debieran aprender los que él llamaba los *redentores de septiembre*: «los que con un desinterés conmovedor se plantan a sí mismos un entorchado más sobre la manga». Y entusiasmado por el gesto del heroico marino, echaba el sombrero por el aire y gritaba: ¡Hurra por Méndez Núñez!

Otro día circulaba por toda España la noticia de que los generales Serrano y Prim habían jurado por su honor, sobre el puño de las espadas, consumar la obra de la regeneración española, derribando para siempre la dinastía de doña Isabel II. Pereda se quemaba con el fuego de la más viva de las indignaciones y veía en tales palabras una traición. Y comentaba: «Lo que no dijo el de Reus fué si el juramento lo hicieron los dos caudillos sobre las mismas empuñaduras que ya tenían

encima cuando estos leales juraron a la propia dinastía sostenerla hasta derramar la última gota de sangre, al recibir de su munificencia grados y honores que siguen ostentando a pesar de su repugnancia a lo pasado.»

Pero nada le encrespaba y enardecía como los ataques, persecuciones e injurias contra la Religión. Sus burlas eran entonces más agudas y más sangrientas y cedían más fácilmente a la protesta y a la indignación, nacidas del fondo de un corazón herido en lo más vivo. Castelar declamaba desde el escenario de Price: «Ya no pienso como pensaba cuando empecé mi vida pública. El estudio de la religión, tal como me la han enseñado, y la meditación, me han convencido de que la fe y la libertad son incompatibles; y ante la necesidad de optar entre una y otra, no he titubeado en decidirme por la última: por la libertad». Pereda salió al paso del «joven apóstol de la democracia», en nombre del sentido común, gravemente agraviado. Si cuanta menos fe—decía—más libertad, el Japón y Marruecos, la Patagonia, Mozambique y el Dahomey, donde la fe de la Iglesia es perseguida a muerte, son los mejores modelos para ensayar la obra de regeneración política y social de España.

Suñer y Capdevila se levantaba en el Parlamento y pronunciaba palabras irreligiosas

y conceptos impíos. Poco después, el «viborezno catalán» escribía en las columnas de *La Igualdad* su blasfemo programa: «Uno de mis mayores gustos es no cejar un punto en la guerra a muerte que tengo declarada a Dios.» ¡Ah! Pereda se estremecía de espanto y blandía la pluma como un látigo, restallándola en pleno rostro del adversario: «Suñer y Capdevila no es, por donde quiera que se le mire, otra cosa que una vulgaridad miserable que ha elegido la blasfemia y el escándalo para hacerse célebre... Un loco que se entretiene en escupir al cielo, sin reparar en que le mancha el rostro su propia saliva...»

Pero aquello no era bastante. *El tío Cayetano* levantó su protesta de católico y por la pluma de Pereda hizo firme y rotunda confesión de su fe en las verdades y misterios de la Religión. «Nunca—escribió—la fe católica, la fe que profesan diez y seis millones de españoles, se vió más escarnecida, más hollada, más combatida que hoy; pero en cambio, tampoco se vió más arraigada en el pecho de los verdaderos creyentes; jamás éstos alzaron la frente más serenos, más tranquilos, más orgullosos que ahora, para decir a la faz del mundo, con el corazón en la mano: *Creo.*» Recordaba que el obispo de Jaén y el canónigo Manterola, habían contestado al diputa-

do catalán confesando su fe cristiana. El periódico no se quedaba atrás e imitaba su ejemplo, escribiendo: «No hará menos, por cierto, el viejo *Cayetano*, que hoy más que nunca se siente orgulloso de abrigar puras en su pecho las creencias que adquirió en la cuna; y así, sin miedo a los farsantes de la política, ni a los ilusos del racionalismo, ni a los sabios de la revolución, declara que cree en Dios Omnipotente; en el misterio augusto de la Santísima Trinidad; en la Divinidad de Jesucristo; en la pureza de María, siempre Virgen, y en cuanto cree y confiesa la Iglesia, en cuya fe jura vivir y a cuya defensa ofrece toda su sangre».

En aquellos días de lucha ponía en la defensa de sus ideales más caros el fuego y el ardor de su mocedad. Después, entrado en años, lo que ganó en serenidad, lo ganó asimismo en tesón y firmeza. En las horas de mayor pesadumbre, cuando su alma fué herida, como por un rayo, por los huracanes de la vida, sintió más hondas las raíces de su fe, saboreó sin una queja su cáliz de amargura y en el recuerdo, en el pensamiento y en la oración buscó consuelo bendiciendo a Dios sin maldecir al mundo. Seguramente, en algunas de sus tribulaciones, halló alivio para ellas en el silencioso retiro de su iglesia aldeana o en la lectura de los libros místicos o sagrados. ¡Y Dios sabe el dulce abrigo que hallarían entonces las melancolías y amarguras de su dolorido corazón!

Pero Pereda... fué carlista. Sí. Fué carlista, siempre, por educación, consecuentemente, desde los años de su juventud. No lo ocultó un solo momento; pero también es cierto que sólo accidentalmente figuró en el partido. Los que le trataron íntimamente, dicen que más que carlista fué tradicionalista a secas o más clara y terminantemente anti-liberal. Antes de ser diputado a Cortes en las primeras de don Amadeo, hizo un viaje a Vevey a saludar a don Carlos de Borbón. Le acompañó don Fernando Fernández de Velasco, otro montañés de casta hidalga, de limpia sangre y clara ejecutoria, que también parecía pedir la acuchillada ropilla del siglo de los Felipes. Descendía por línea de varón de don Pedro Fernández de Velasco, señor del Soto de Quintanoheles, muerto peleando por don Juan I en Aljubarrota. Entre otros ascendientes suyos está don Sancho Sánchez de Velasco, señor de Ruesga, Soba y de la Puebla de Arganzón, Adelantado y Merino Mayor de Castilla. Don Fernando adornaba su pecho con la Cruz de Calatrava. Cuando yo le conocí, tenía grave el continente; gallarda la apostura; firme y serena la mira-

da; larga la melena, ya gris como el bigote y la perilla; el cuerpo recio y bien trazado. Había sido oficial de caballos en la escolta del Pretendiente. No sé por qué, me recordaba a los soldados-poetas, como Ercilla, que después de los azares de la guerra, escribían un poema heroico en octavas reales. Vivía retirado en un palacio de Villacarriedo, en cuyas estancias decoradas con severos estilos, tenía la vida un ritmo apacible; entre muebles ricos por la madera y los herrajes y venerables por los años; junto a lujosos y bordados terciopelos; viejos infolios y pergaminos; cerámica de Alcora y Talavera; armas que fueron empuñadas por recios caballeros en sangrientas jornadas; cuadros, sedas, bronces, tapices, tizonas y alabardas; toda una herencia de arte, de historia y de emoción, que evocaba con su grave mudez la grandeza de los muertos abuelos. Cuando viejo, quedóse ciego. Y entonces, siempre levantado y cuellierguido, con los apagados ojos parpadeantes, como si hicieran fuerza por abrirse a la luz, más larga la melena y más blancos los enhiestos bigotes y la castiza perilla, su cabeza tenía algo de la de un león, fatigado y herido, pero orgulloso de su poder y de su raza.

Las ideas políticas no impidieron a Pereda pertenecer en 1861 a la Comisión organi-

zadora de los festejos que en Santander se prepararon a la reina Isabel II. Cualidad es la tolerancia que tiene resplandores de virtud y da a quien la ejercita condiciones de generosidad y nobleza, de caridad y sabiduría, que no caben en las estrecheces y angosturas del fanatismo. El escribió la letra del himno que en honor de la real familia cantaron las niñas de la Casa de Caridad:

Ya Isabel, la magnánima Reina,
tu recinto, oh gran pueblo leal,
con su planta, que holló del destino
de la patria el encono fatal,
traspasó cariñosa, buscando
a tu abrigo el reposo y la paz.
Dad al aire los ecos de júbilo,
montañeses, del pecho lanzad
los torrentes de amor y entusiasmo
que Isabel inspirándoos está.

Entre los festejos figuraba una función teatral, con lectura de versos. De Pereda era un romance dedicado al Príncipe de Asturias y leído por la actriz doña Rosa Tenorio:

.....

¡Gloria a ti, niño Alfonso,
que el pueblo de Tarifa,
los héroes de las Navas
y el genio de Pavía,
de tu preclara Madre

radiantes resucitan
bajo el glorioso cetro
que en dos mundos estriba!
Y el ósculo amoroso
impreso en tus mejillas,
es el sagrado escudo
que guarda de las iras
de adversos huracanes
la joya de tus días;
es de Isabel Segunda
la impenetrable egida;
de la Matrona noble
que amante te cobija,
en tanto de sus pueblos
labrando va la dicha,
formándote un legado
que el cielo te destina
y al que de un polo al otro
cada poder envidia,
porque es tu bella patria
¡España siempre invicta!
la que tu nombre invoca,
la que en tu amor confía.

Cuando fué diputado ostentó la representación del distrito de Cabuérniga, porque... porque sí, porque lo quisieron sus amigos. Aquella época de la vida de Pereda no tiene historia, y si la tiene es pálida, sin relieve, sin emoción y sin interés. Un accidente de su

existencia; algo momentáneo, transitorio, que sirvió únicamente para llevar al ánimo del caballero de Polanco el frío desengaño de la política y de sus profesionales y servidores. De sus andanzas de candidato, salió uno de sus libros: *Los hombres de pro*. La excursión electoral de don Simón de los Peñascales por una tierra abrupta y quebrada, y en compañía de don Celso Lépero y sus camaradas de caciquismo, fué la misma que realizó Pereda cuando dió su nombre como candidato para las Cortes de don Amadeo. Entonces conocería al Mayorazgo influyente, al tabernero Jeromo Cuarterola, al hidalgo don Recaredo, a toda la caterva política que tenía un feudo en cada aldea y en cada lugareño un vasallo, dignos genitores de los caciques que hogaño viven y medran sin temor al grillete y a la soga.

La independencia de su genio y la saludable tolerancia de su criterio no le ponían sobre los ojos turbios cristales que deformaban los hechos y empequeñecían a los hombres. Su razón veía siempre claro, con serenidad que cierra el paso a la pasión y al encono. En 1904, Maura reñía en el Congreso una de sus grandes batallas, con motivo de la designación del Arzobispo Nozaleda para la Sede de Valencia. La voz del tribuno se alzaba con soberanos acentos sobre los gru-

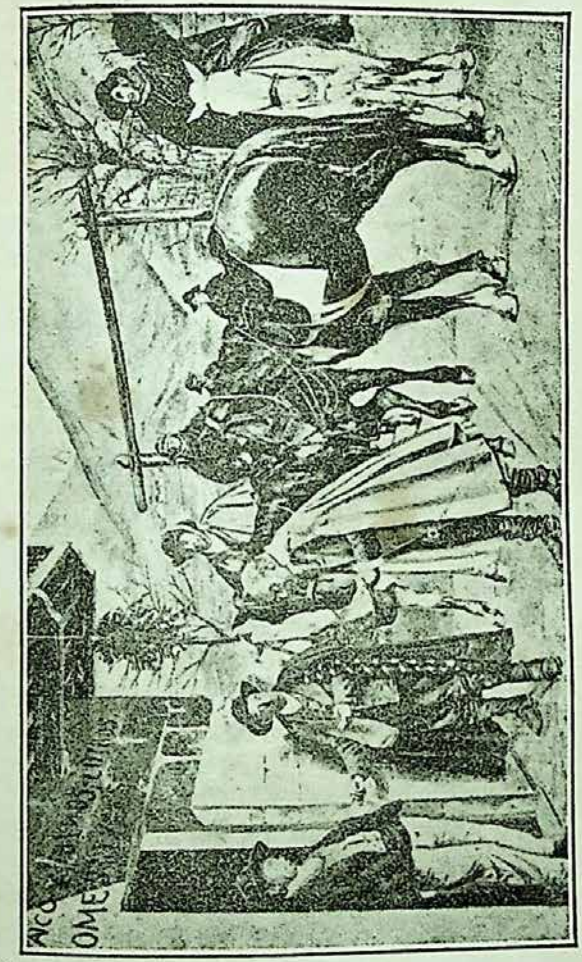
pos alborotadores y gregarios. Su ademán y su gesto acusaban la energía de su carácter y tenían elocuencia más dominadora que su misma palabra. Pereda no vió en Maura al político prisionero en una malla de doctrinarismos, ni al defensor de una dinastía y de un sistema político que no le eran simpáticos. Vió un luchador y un patriota. Y sin preocuparse de los que le tenían por su «correligionario», le dirigió una ardiente felicitación. «Pasada la tempestad—le decía—, el cielo en calma y usted triunfante, ahí le mando estas breves líneas, cargadas de vítores y felicitaciones. Mas no precisamente por la hermosura de su palabra y el empuje soberano de su elocuencia, sino porque he visto en usted, durante la encarnizada pelea, algo que nunca vi a las claras en nuestros *hombres públicos:* un carácter tan entero como honrado; y de ese *ingrediente* es de lo que más necesitada está la Patria para su verdadera regeneración.»

Pero todo esto y algo más que pudiera recordarse, como la concesión de la Gran Cruz de Alfonso XII, no fueron—lo diré una vez más—sino cosas accidentales. Su ideal firme y permanente, el que le acompañó toda su vida, desde la cuna al sepulcro, fué el leño de la Cruz. Desde niño reveló su cristiana inclinación, su vocación decidida a confesar a

Cristo y a vivir en su Iglesia; ya mozo, blandió la pluma contra los que agraviaban y perseguían a Dios y a sus ministros; cuando los años le apartaron de la pelea, buscó consuelo y enseñanza en libros que tenían el tono de amarillento marfil que su ancianidad les prestaba... En estos viejos libros, por cuyas páginas hablaban las voces del heroísmo y de la santidad y los acentos de la tradición y de la fe, vió las grandezas de la España grande y gloriosa, con sus santos, sus mártires, sus conquistadores y sus poetas, y descubrió el arte cristiano y humilde a que ajustó su vida. Para evitar peligros de la vanidad, llevaba con frecuencia a su pensamiento la idea de la muerte. Experimentaba un íntimo gozo rezando bajo las naves de «su iglesia» y entregándose a la meditación y al recuerdo en el cementerio aldeano, frente al panteón donde había de dormir el último sueño. Porque llevaba tan adentro el sentimiento religioso, pudo trazar y describir figuras de tanto brío y gallardía como Tremontorio y el Padre Apolinar, y como don Román, el de Coteruco, y don Celso, el de Tablanca. En el corazón de aquellos héroes novelescos puso él la misma llama de fe religiosa que en el suyo ardía. ¿Qué significan ni qué valen en esta breve feria del mundo glorias y honores, luchas y placeres, formas de

gobierno para los pueblos y leyes de libertad para los hombres? ¿Qué mayor libertad que la del espíritu volando como una paloma hacia el azul del infinito, ni qué mejor destino para los humanos que los claros cielos de la eternidad? Sobre todas las cosas de la tierra, siempre en lo más alto, la Cruz... ¡Ah! Cuántas tardes, después de sentir en la apacible soledad de su gabinete de trabajo la dulce caricia de las musas profanas, a la calenturienta imaginación del caballero artista acudiría la idea de una gloria más esplendorosa y más estable... Entonces, apartando su pensamiento de la tierra y dando suelta a las voces de su fe, sentiría florecer en sus labios unos versos cristianos. Y diría con el mismo acento de una plegaria:

Vivo ya fuera de mí,
después que muero de amor,
porque vivo en el Señor
que me quiso para sí...



El señor es el candidato... *(Los hombres de pro, Cap. X).*

II

La rinconada de nuestro pueblo

En todos los libros de Pereda viven y alientan sus ideas regionalistas. Muchos de sus personajes no son sino representaciones literarias de su amor a la región, al terruño, a la casa natal por cuyos desamparados corredores vaga el recuerdo de todo lo pasado, la sombra impalpable y misteriosa de lo que fué. Soñaba Pereda con un regionalismo patriarcal, como el que ejerció en Tablanca hasta su muerte don Celso Ruiz de Bejos y como el que no supo o no pudo mantener en Coteruco don Román Pérez de la Llosía. Nacían quizás estas ideas y más propiamente que ideas sentimientos, de motivos también estéticos, como en otros aspectos de su política sospechaba el maestro Pérez Galdós. Y en realidad no podía pensar

ni sentir de modo distinto quien había concebido y trazado escenas y tipos como los de sus libros.

En algún pasaje de *Peñas arriba* se descubre una síntesis de su doctrina. Recordemos aquellas elocuentes palabras que el señor de la torre de Provedaño dice al madrileño Marcelo, cuando éste va a visitarle desde Tablanca:

«Creo, porque a la vista está, que las cosas se van modificando a medida que corre el tiempo, y lo del refrán castellano que *a otros tiempos, otras costumbres y otras leyes;* pero quiero, sin dejar por eso de ser hombre del día, antes al contrario, por lo mismo que lo soy, que esas modificaciones de las costumbres y de las leyes se deriven por su propio peso, digámoslo así, de la naturaleza de las cosas mismas; que las leyes se acomoden al modo de ser de los pueblos, no los pueblos a las leyes de otra parte porque en ella den buenos frutos...» «...Yo le diría al Estado desde aquí: Tómate, en el concepto que más te plazca, lo que en buena y estricta justicia te debemos de nuestra pobreza para levantar las cargas comunes de la patria; pero déjanos nuestros bienes comunales, nuestras sabias ordenanzas, nuestros tradicionales y libres concejos; en fin (y diciéndolo a la moda del día), nuestra autonomía municipal, y Cristo con todos...»

Su regionalismo nacía del amor que le inspiraban la historia y las tradiciones de su tierra natal, sus horizontes y sus paisajes, su arte y sus letras, sus usos y costumbres, cuanto es sangre que vigoriza a los pueblos y al mismo tiempo los exalta y ennoblece, los recorta y perfila dándoles una fisonomía propia y original. De estas ideas hizo Pereda una exacta concreción en el discurso que leyó en Barcelona, como mantenedor de los Juegos Florales celebrados en la primavera de 1892. Dejémosle que hable:

«Soy—decía—de los que ven en el pueblo, esa masa tan dúctil para lo bueno, cuando el diablo no la adultera y endurece manoseándola, el fiel guardador de las sagradas tradiciones de la lengua jugosa y pintoresca, del colorido indígena y el sello genial de la raza, del sabor puro de la tierra madre; soy de los que, sin respeto a las leyes forzosas del continuo bullir de las ideas, causa del incesante andar de los sucesos, padecen en lo más sensible del corazón a cada cosa que cambia de nombre en su comarca, a cada lugar de ella que varía de forma o de destino, a cada palabra de su lenguaje popular, a cada prenda de su vestido clásico, a cada nota de sus baladas castizas, que se pule, se transforma y al fin se diluye y se pierde en lo insulso y descolorido

del hablar, del vestir y del cantar *de todas partes;* soy, en suma, de los que pretenden que ya que no sea posible ni lícito siquiera, en el sentir de muchos, oponerse al torrente nivelador que avanza para arrollarnos, presten las letras y el arte seguro refugio a esas cosas tan dignas de ser salvadas, para que jamás perezcan, por mucho que suba el oleaje de la tempestad que mueven sin horas de sosiego las ansias de los hombres.

»En este sentido, soy regionalista como vosotros, y en la justa proporción cómplice vuestro también en el delito de lesa patria común atribuído a los que, como nosotros, viven enamorados de la región nativa, por los hospicianos de la patria grande. Porque es un hecho notorio que para esos seudo-patriotas, vosotros, que con rico abolengo e ilustre solar en el mundo de las letras trabajáis incansables para acrecentar lo heredado y ennoblecer lo adquirido, y como vosotros los nativos de otras regiones de parecido caudal al de la vuestra, y hasta los que como yo, de más modesto linaje, llevan al libro la luz y las brisas y los panoramas y el modo de ser de las gentes, cuanto hay, en fin, de más caro y sensible en la tierra nativa al corazón de sus hijos, todos por igual, trabajamos para el desdoro y la ruina de las Letras nacionales y hasta relajamos los vínculos de la unidad española. ¡Peregrina manera de entender el patriotismo! Tanto valdría afirmar que un cuerpo se debilita a medida que se robustece cada uno de sus miembros, o que un caudal nada vale si no está moldeado de un solo troquel todo el oro de sus monedas; tanto valdría creer, viniendo a lo concreto, que el sol calienta con igual intensidad en todas las comarcas españolas y que por ser una misma la sangre que corre por los nativos de todas ellas, iguales son también los temperamentos, las inclinaciones, las costumbres de los hombres de todas partes; que producen los mismos frutos los resecos llanos andaluces que las húmedas y frondosas campiñas del Norte; que arraiga y crece tan bien en las áridas estepas castellanas el roble duro de los montes cántabros o el haya gigantesca del abrupto Canigó; que se parecen en algo vuestras alegres sardanas al cante flamenco, al zortzico vascongado o a las baladas de mi tierra; que la lengua nacional se modula de igual modo en todas las comarcas españolas; que no hay entre ellas con su dialecto peculiar, y algunas, como la vuestra, con rica lengua propia de conocido y viejo solar y una literatura esplendente y cada día más vigorosa, hija legítima de esa lengua, y por razón de esta cultura excepcional una ri-

queza en todas las esferas de la especulación humana.

»Entiendo, pues, por región, en el caso presente, no el pedazo de tierra que señala para sus especiales usos la arbitraria mano de la geodesia oficial, sino la comarca que deslindan y acotan las inmutables y sabias leyes de la Naturaleza; y por mejorar y enriquecer esta comarca, no sólo el fomento y la prosperidad de la materia para el erario público, sino también, y no secundariamente, el cultivo y el engrandecimiento de lo que en la naturaleza misma de la región es patrimonio perdurable de la inteligencia y del corazón del poeta y del artista. Y entendiéndolo así, declaro que no cabe en mi mente la idea de que trabajar en el sentido indicado conduzca al empobrecimiento del caudal de la patria común en el orden literario ni en ninguno de los imaginables.

»¡La unidad de la patria! ¡Buena andaría esa unidad si no tuviera otra solidez, otros vínculos de cohesión que la voluntad de unos cuantos hombres que turnan en el oficio de gobernarnos y el prestigio de un puñado de cláusulas estampadas en libros bajo el título de *Leyes del Estado!*

»Apurando esta materia, pronto volvería a verse que los más grandes y complejos idealismos no son, al fin y al cabo, otra cosa que irradiaciones del conocimiento que se tiene y se siente de una realidad pequeña. Escarbad un poco en la mente y en el corazón del soldado que vierte su sangre por la independencia y la libertad de su patria y no hallaréis allí, seguramente, por móvil de su ardimiento, de su bravura, simbolismos complicados ni abstracciones sutiles, sino las imágenes fidelísimas de todo lo que conoce y siente y ama: la familia, el hogar, el panorama de su valle, la honrada labor de todos los días, la fiesta de los domingos, el son de las campanas de su iglesia, sus camaradas de recreos y de fatigas... en suma, el terruño natal entero y verdadero. Bien sabe que hay algo más alto y excelso con el nombre de patria y que ese algo está representado por aquella bandera que le guía y que es común a todos los que, como él, combaten por defenderla; pero ese algo, en el sentido de la realidad, le es desconocido, y para representárselo en la mente vuelve hacia ella los ojos de su corazón, y entonces ve y adora la cruz del alto campanario descollando sobre los rústicos hogares de su aldea. En su concepto, algo así, y muchos algos así, debe ser la patria común. Y algo así es, en efecto.

»Lejos de ella y fuera del hogar nativo ma-

nifestamos a cada paso esos sentimientos de amor a la patria chica. Españoles somos todos los comarcanos de España que vivimos en la Metrópoli, y sin embargo, hay en ella puntos de concentración regionalista que se intitulan Centro Catalán, Centro Asturiano, Centro Vascongado, Centro Gallego, etc., etc.

»¿Y qué son, en definitiva, estos lugares? Simples pretextos para reunirse los naturales de las regiones respectivas, para conocerse y recontarse y departir a cada instante sobre las gentes y las cosas de la tierra, para hacer, en fin, más llevadera la nostalgia de la patria chica. Fuera de la grande, cuando el patriotismo nacional es más exaltado todavía, el amor a la región nativa crece y se agiganta también, y lo que entre propios eran simples centros de recreo, entre extraños llegan a ser instituciones de mutuo amparo fraternal y benéfico.

»Vayamos, por remate, a un ejemplo que os toca a vosotros muy de cerca. Vivo y palpitante está aún en la memoria de cuantos peinamos canas el recuerdo de aquella epopeya nacional llevada a glorioso fin en tierras africanas, porque ese esfuerzo pedía el limpio honor de la bandera española a los descendientes de los incansables batalladores que durante siglos y siglos lucharon por la reconquista de

la independencia de la patria. Bien puede afirmarse que toda España pasó el estrecho de Gibraltar en aquella ocasión; unos con las armas, otros con el corazón y el pensamiento. Cataluña, que ya tenía un copioso contingente de soldados en el ejército expedicionario, quiso, pudo y supo distinguirse en esta explosión formidable de verdadero patriotismo español; armó a sus expensas una brillante legión de catalanes, y equipados «a la catalana», desde la alpargata hasta la barretina, los mandó a *tierra de moros* a pelear contra ellos por la gloria y el honor de la patria española, que era la suya también. No era empresa fácil señalarse por valientes entre aquella multitud de soldados valientes, y sin embargo, hubo un día en que el arrojo, la abnegación y el heroísmo, ya bien acreditados, de la legión catalana llegó a lo sublime; y fué cuando uno de los caudillos del ejército, catalán también, después de mostrar a los legionarios el puesto de mayor peligro en la empeñada refriega, les arengó en vuestra lengua, en la lengua regional de todos ellos. La arenga cayó en los corazones de todos aquellos héroes como el fuego sobre la pólvora.

»Pocos, muy pocos de ellos, volvieron vivos de la batalla después del triunfo. Al presentar estos gloriosos restos el capitán que los regía,

al caudillo conterráneo que les saludaba con respeto aun después de haber sido él su ejemplo y su guía en el sangriento lance, le dijo aquellas memorables palabras que para mí no han tenido semejante en lengua de héroes legendarios: «Encara'n quedan per un altra vegada». ¿Hay ni puede haber nada más hermosamente español que estos hechos y estos dichos originados, sin embargo, en un movimiento íntimo y generoso del espíritu regionalista?

»Pues bien—y vaya ello como fin substancial de mis propósitos—; pretender que este noble sentimiento que impone el corazón humano en todos los actos de la vida social no se refleje cuando menos en las Letras y en las Artes, es lo que me parece a mí delito, no solamente de lesa patria, sino de lesa cultura, de lesa familia y de lesa humanidad.»

¡Ah! Si Pereda contemplara las arteras luchas de hoy y viera la sinrazón, la codicia y el odio desatados en pechos desleales como una amenaza contra la patria, sentiría rebosar de amargura su corazón y se levantaría con su genio de español a la vieja usanza contra los mercaderes ambiciosos o traidores del regionalismo y de la política. ¡Qué chispas de indignación arrancarían a su alma los gritos que algunos desalmados profieren en Cataluña y en Vizcaya! El amor a su región, a su terruño, no secaron jamás en su pecho las raíces del españolismo, de un españolismo sin recortes ni normas, que abarcaba y cubría, como el manto de la patria, a todas las regiones que la forman. El, que tan hondamente guardaba el sentimiento regional, llevaba a España en su corazón, como en un santuario, con todas las grandezas de su historia, las que le dieron en los siglos de esplendor sus héroes y sus mártires, sus conquistadores y sus poetas, y narran, glosan o comentan en libros inmortales sus historiadores y sus cronistas. Ni concebía a España desgarrada y partida, sin vivir en la cordial unión de cielos y tierras desiguales, de lenguas y costumbres diferentes; sin que un mismo sentimiento de la nacionalidad orease con saludables ráfagas los montes catalanes y los huertos andaluces, los campos de Castilla y los valles de Cantabria. Antes se lamentaba y dolía de los viejos desgarrones que dieron al suelo de Iberia reyes que entretenían sus horas en ocios de comediantas y bufones, y favoritos que no tuvieron por norte de su privanza más que su orgullo y su codicia.

Cinco años más tarde, en 1897, planteó de nuevo el tema en su discurso de ingreso como académico de número en la Real Española.

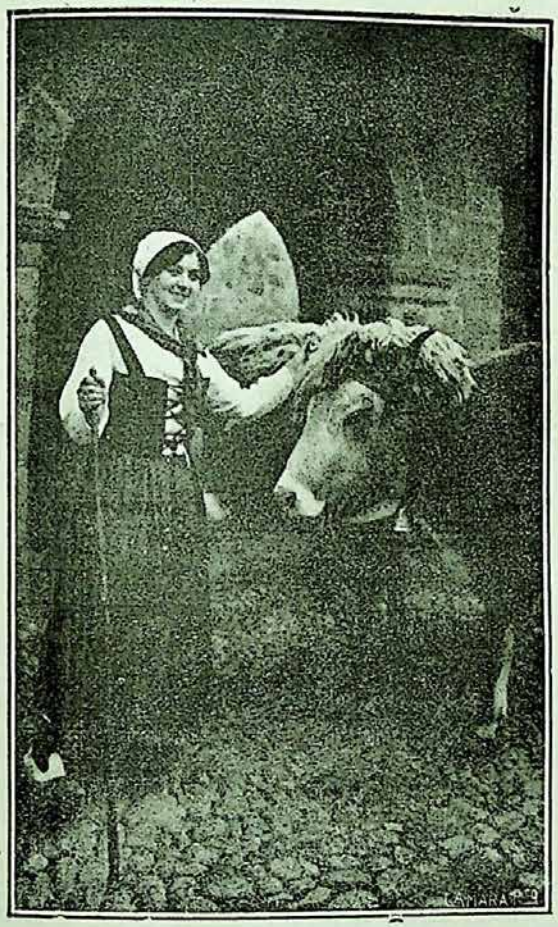
Sus ideas salieron desde el docto salón a la calle: no faltaron para ellas contradictores. Menos le faltaron apologistas. Con Pereda entraba en la Academia el culto a la región, a la provincia, a la aldea nativa, a *la rinconada de nuestro pueblo*, según la frase de un notable escritor.

¡La rinconada de nuestro pueblo! «*La rinconada de nuestro pueblo*—decía el distinguido publicista—proyecta sobre nuestro espíritu resplandores de luz primaveral, memorias de alegrías pasadas, ecos melancólicos de placeres que fueron. Allí juegos de la infancia, severas lecciones de maestros nunca olvidados, brotes de afectos juveniles, sueños de amor, nobles anhelos, irrompibles amistades, goces de familia... todo cuanto se encierra tras de *las puertas de oro de la vida*. Cuando lejos de tales cosas se piensa en ellas, hasta el hombre más barbado siente que se le aprieta el corazón y que se le llenan de lágrimas los ojos. Este amor a nuestra región, a nuestra tierra, a *la rinconada* de nuestro pueblo, lejos de apagar en nosotros el sentimiento de la patria, lo fecunda y engrandece. La patria chica nos hace amar a la patria grande. Seguro estoy de que los soldados que ahora, a millares de leguas (en los campos de Filipinas y en los maniguales de Cuba), pelean y

mueren por España, creen ver entre la humareda del combate la cruz del campanario de su aldea, y el campo regado con el sudor de sus padres, y la rinconada de su pueblo, en la cual bailan mozos y mozas los días festivos al son del tamboril y la dulzaina. El corazón del hombre, a pesar de esos abismos tan hondos que filósofos y poetas creen ver en él, tiene menos espacio para el amor de lo que generalmente suele pensarse. Llegamos a elevarnos hasta el amor de lo grande, gracias a nuestro amor a lo pequeño; llegamos a amar a nuestra patria porque amamos a nuestro pueblo; logramos sentir el amor a la humanidad amando a nuestra patria...»

Este era el regionalismo de Pereda, un regionalismo severo, patriótico, afectivo y sentimental, que por ser tan sincero y tan hondo le inspiraba el más ardiente amor a la patria. En su discurso de la Academia declaraba que el sentimiento del regionalismo, tal como él lo entendía y tal como lo profesaba y ensalzaba, no conducía «a la desmembración y aniquilamiento de la colectividad histórica y política, de la patria de todos, de la *patria grande*». El no sabía si existiría «algún caso de estos en la tierra española». Por de pronto, lo negaba, porque no lo concebía en su lealtad de castellano viejo. Este

era, sí, su regionalismo: la plaza de Cumbrales; la casona de don Celso en Tablanca; la torre de su iglesia, el rumor de sus arboledas, el tranquilo sosiego de sus valles y la soberana majestad de sus cumbres. La rinconada de su pueblo...



Pilara.

III

La Cruz de Alfonso XII

A principios del año 1903, siendo ministro de Instrucción pública y Bellas Artes don Manuel Allendesalazar, se concedió la Gran Cruz de Alfonso XII a los dos montañeses más insignes: don José María de Pereda, el novelista de *Sotileza*, y don Marcelino Menéndez y Pelayo, el sabio de la *Historia de las ideas estéticas*.

El Cantábrico, de Santander, creyó llegada la oportunidad de que la Montaña y con ella los admiradores de la Ciencia y las Letras españolas rindieran un homenaje de admiración a varones que tanto enaltecían el nombre de su patria. Es bueno hacer constar que a *El Cantábrico* se le deben otras felices iniciativas, con las que ha demostrado su fervoroso patriotismo y su alto espíritu de tolerancia y de jus-

ticia. Entre ellas, está la erección de una estatua en el Sardinero, en plena costa, frente al mar, al ilustre naturalista don Augusto González de Linares, el hombre sabio y bueno, limpio de corazón, «modesto hasta el olvido de sí mismo»...

El día 30 de enero publicó el periódico un breve artículo proponiendo el homenaje. «Recogiendo una idea — decía — en bien sentido montañesismo y deseando que aquí se arraigue aún más el cariño y el respeto entusiastas que debemos a los hombres que honran a la Montaña, vamos a ofrecer a las corporaciones y sociedades locales, incluyendo en ellas, naturalmente, a la Prensa, el proyecto de un homenaje a Menéndez Pelayo y a Pereda. A los dos les ha concedido el Gobierno la Cruz de Alfonso XII, premiando en ellos los méritos que de ambos pregona la fama justiciera, y a los dos debería la provincia festejarles esta concesión de tal manera que acaso y sin acaso, les resultara más honor el homenaje de sus paisanos, que el real galardón mismo sobre que habíamos de tomar motivo los montañeses para la manifestación de afecto a sus personas.

»Nos ocurre—y repetimos que les ofrecemos la realización del pensamiento a las corporaciones, centros y entidades locales—que se podría dedicar, regaladas por medio de suscripción pública, las insignias de la citada distinción a nuestros dos insignes paisanos, que así estarían más condecorados por el amor de su patria chica que por la Cruz de Alfonso XII, lo cual, al cabo, no añadirá más timbres a la legítima gloria suya, que como cosa nuestra tenemos.

»Cónstanos que la idea ha de ser bien acogida por mucha gente. Ya está expuesta. ¿Será acogida por nuestros colegas, por nuestras corporaciones, por las sociedades locales? Esperamos que lo sea cumplidamente.»

Y efectivamente lo fué, aunque no faltaron desvíos y desdenes de la envidia celosa y de la impotencia disimulada, que pusieron en el corazón de los iniciadores una gota de amargura. ¿Verdad, director de *El Cantábrico*, viejo y querido maestro Estrañi?

En los primeros días de febrero llegaron a la redacción del popular diario santanderino las adhesiones de numerosos particulares y centros locales y otras muchas de provincias y aun de fuera de España. Merecen ser recordadas por la importancia que concedían a la iniciativa del homenaje, la del arzobispo Cos, que desde pobre aldeano montañés que era subió a Príncipe de la Iglesia; la del célebre laringólogo doctor Sota y Lastra; la del erudito

Rodríguez Marín, celebrado comentarista de Cervantes; la del naturalista González de Linares; la del obispo-poeta don Luis Felipe Ortiz; la del malogrado estadista don José Canalejas, brioso adversario de Menéndez Pelayo en las oposiciones a la cátedra de Historia crítica de la Literatura española, en la Universidad Central; la del famoso tenor Julián Biel, que conquistaba entonces oro y aplausos en los teatros de Italia; la de un grupo de estudiantes españoles que aprendían ingeniería y mecánica en los centros industriales de Lieja...

Días después, fué publicada la primera lista de suscriptores, con la cantidad alcanzada. Era ésta de 158'50 pesetas. Luego fueron llegando nuevos nombres, que aportaban también la cantidad que había de representarles en la suscripción, siempre cantidades modestas porque así lo pedía la comisión organizadora, poniendo sobre la ostentación de la generosidad y la esplendidez, la sinceridad del recuerdo y de la adhesión. De los más apartados rincones de la Montaña, de todas las provincias españolas y de las repúblicas americanas, llegaron nombres de admiradores entusiastas. Así pasaron los adheridos de ocho mil, la mayor parte con cantidades de cinco y de diez céntimos, y la cantidad recaudada, al cerrarse la suscripción el 10 de julio, alcanzaba a 3.880'20 pesetas.

La Comisión gestora de la idea del homenaje—así fué llamada para no quedarse sin bautizar—se ocupó entonces de la forma en que la entrega de las insignias había de realizarse. Las dos cruces eran iguales y las dos fueron entregadas el mismo día y con la misma sencillez, que sólo se recoge en estas páginas en la parte que al autor de *Peñas arriba* se refiere. Aparte el valor del recuerdo, difícil de estimar, eran las insignias que se regalaron a Pereda artísticas y valiosas. Las piezas que las formaban fueron construídas a mano con oro de la mejor ley, primorosamente esmaltado. Las águilas que campeaban sobre la áurea plancha fueron labradas con arreglo a un modelo de Mariano Benlliure. Sobre un sol naciente de entre un nimbo de nubes, destacaban las aves emblemáticas formadas con multitud de pequeños diamantes, y sobre ellas brillaba, también formada con ricas piedras, la cifra A XII. La banda era una cinta de *moaré* color violeta, con una lujosa escarapela, a modo de ceñidor, a la que iba prendida una crucecita de oro y diamantes, igual a la gran placa. Todo ello estaba encerrado en un estuche de piel de Rusia, forrado interiormente de terciopelo blanco. En la cubierta

campeaban dos escudos de estilo moderno, coronados por el blasón de Santander. Y entre la filigrana nobiliaria, la mano de un artista labró a cincel, en áureas letras, la sencilla leyenda de la dedicatoria: *Homenaje al talento: La Montaña a Pereda.*.

El Cantábrico se sintió justamente satisfecho de su iniciativa. No ponderó la importancia del homenaje, sino por la elevada representación y los altos méritos de los festejados. A él, al periódico, le bastaba con la sinceridad de la idea y la nobleza del intento. Así pudo recordar los versos que escribió Lope de Vega de la casa de Calderón:

Cual los suyos, no hay quizás
muros de gloria tan llenos,
ni casa que luzca menos
ni donde se encierre más.

Se realizó la entrega el día 9 de septiembre del mismo año de 1903. Aquel acto pudo ser una manifestación a la que se adhiriera toda la ciudad y aun toda la provincia, haciendo acto de presencia ante la casa del insigne novelista montañés; una manifestación a la que no faltaran los representantes de los héroes peredescos, los hidalgos como el señor de Provedaño y don Lope del Robledal, los marineros de la casta de Mechelín y Tremontorio, los labriegos de Cumbrales y Robleces, el pueblo entero, al que el artista soberano dió una musa gentil en Sotileza. Pero no fué, no fué. La vida, aun en poblaciones populosas, se empequeñece frecuentemente, porque mete la garra en ella el espíritu de secta, de parroquia o de bandería. El aparente desdén, la indiferencia y el silencio suelen ser encubridores de un rencorcillo, de una baja pasión. ¡Infelices los que así viven y los que así padecen, llevando a cuestas sus jorobas espirituales!

Ello fué que no hubo tal manifestación fervorosa de adhesión y entusiasmo. Para realizar la entrega se reunieron el alcalde de la ciudad don Luis López Dóriga; el presidente de la Diputación don Eusebio Ruiz Pérez; el director de *El Cantábrico* don José Estrañi; el gerente de esta empresa periodística don Mauricio R. Lasso de la Vega, y don Pedro Alonso, don Roberto Basañez y don Jesús de Cospedal, pertenecientes a la Comisión gestora. Los que habían de cumplir el grato encargo de entregar las insignias, visitaron primero en su biblioteca de la calle de Gravina al sabio de *La Ciencia española*. Luego se dirigieron a casa del novelista de *La Puchera*. Les recibió el insigne escritor «con aquella cordial intimidad afabilísima que más podría honrarles, con la que le distingue en su trato cariñoso y amable a través de la crudeza que a

veces imaginaría en él quien no le conociera como es». Los comisionados dijeron sólo breves palabras y entregaron en manos del autor de los *Bocetos al temple* las insignias que sus paisanos le dedicaban. Un «verdadero discurso del gran novelista» coronó la entrega. De lo que dijo, dió *El Cantábrico* cuenta en su número del día siguiente, poniendo en labios de Pereda las siguientes palabras:

«Siempre fuí poco amigo de cruces y cintajos y hasta los miré con instintiva prevención desde muchacho. Ahora, al oir hablar de que habían tenido a bien acordarse de mí cuando se creó esta cruz de Alfonso XII para premiar méritos especiales, agradecí, naturalmente, el buen recuerdo del ministro proponente y la voluntad del Monarca, como la cariñosa intención de los que anduvieron en la gestión de que se me concediera la regia merced; pero me dispuse—y les aseguro que así se hubiera estado eternamente—me dispuse a dejar la concesión en la *Gaceta*. Por mi parte, no hubiera pasado la Gran Cruz mía de la letra del decreto.

»Pero propuso el periódico de estos señores la idea esa de que se me regalara la insignia por voluntad unida de nuestros paisanos, y esto era ya otra cosa muy distinta. Confieso que, así ofrecida, la condecoración era ya para

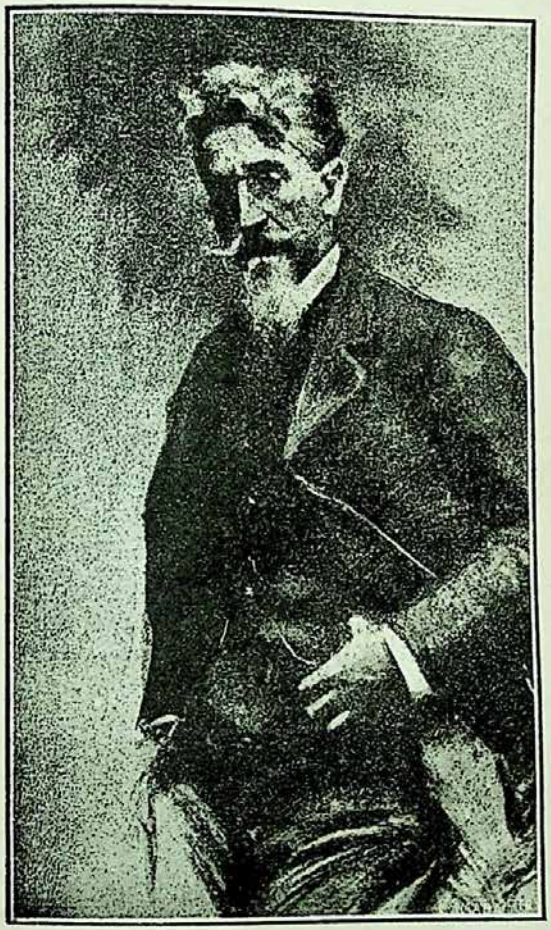
mí objeto de codiciados afanes y de honra altísima. Porque, naturalmente, yo que desde niño consagré todas las manifestaciones de mi amor y los esfuerzos de mi pluma, como pude, aunque pobre y malamente, a la Montaña, me entristecía de pensar, ahora ya viejo y casi inútil, que pudiera morirme olvidado de ella, y me hallo por este motivo con todo lo contrario: me hallo con que no sólo no me olvidan, sino que me demuestran espontánea y unánimemente un cariño como no creí llegar a merecer; que me dan una prueba extraordinaria de afecto, como la que pudiera dar en ocasión solemne una madre amante al hijo más querido.

»He oído decir que son muchos miles de montañeses los que han contribuído al pensamiento este y sé que han venido sus firmas de todas partes, de Andalucía muchas, y hasta de América buen número de ellas. ¿Qué más puedo pedir? Yo les aseguro que este recuerdo se lo dejaré a mis hijos como la más honrosa ejecutoria que han de poder heredar.

»Y ahora, como me figuro que han de dar cuenta en *El Cantábrico* de este acto, yo les ruego que se hagan intérpretes del deseo mío, que no puedo expresar como quisiera porque no me dotó la Naturaleza de medios elocuentes de expresión, porque no nací orador. Pero,

en fin, como el agradecimiento me sale de lo más hondo del alma, pongan en mis palabras —¡qué!, en mi corazón mejor, y no les duelan prendas— todo cuanto se les ocurra para manifestar la gratitud profundísima que hacia ustedes siento y hacia mis paisanos todos, por haberme honrado como lo han hecho.»

Y nada más. Pereda fué en adelante Caballero de la Orden Civil de Alfonso XII. Ya lo son muchos... En su discurso, todo sinceridad, se descubren claramente sus sentimientos. No le enorgullecían las águilas nobiliarias, ni el sol naciente, ni los diamantes, ni el esmalte, ni el oro; no le vanagloriaban las letras cinceladas, ni las bandas de color violeta, ni las sedas y los terciopelos que las guardaban. Si aquellos primores de oro y piedras finas hubieran salido de las manos de un artífice florentino o fueran un recuerdo del Renacimiento, tampoco les concediera mayor valor. Le conmovía, en cambio, el afecto de los miles de montañeses que contribuían con su generosidad al regalo, porque eran otros tantos corazones que alguna vez habían palpitado de emoción al leer sus libros.



Pereda, pintado por Vaamonde.

IV

La vida del hogar

Casó Pereda en abril de 1869, en Santander, con doña Diodora de la Revilla y Huidobro, dama de agradable presencia, de mucha bondad y relevantes virtudes. Ocho hijos hubo el matrimonio: don Juan Manuel, muerto en 1893, en plena juventud, de trágica manera, a la que le llevó el trastorno de sus facultades mentales; don Luis, don Fernando y don José María, que fallecieron siendo aún niños, y doña María, don José, don Salvador y don Vicente, que viven en la actualidad.

Quiso y procuró siempre el gran novelista que su hogar fuera una continuación del de sus padres, y que en él resplandecieran las mismas costumbres austeras y cristianas que sirvieron de ejemplo a su inteligencia y a su

corazón. Su esposa le ayudó siempre, con una colaboración prudentísima, a sostener la autoridad paternal y el estrecho, pero respetuoso amor tradicional en las antiguas familias españolas. Así, los vínculos del hogar de Pereda se mantuvieron siempre firmes y seguros, lo mismo en días de ventura que en horas de dolor y de infortunio.

Sentía Pereda muy hondamente el «tradicionalismo patriarcal», según ya se ha explicado, y reflejaba este sentimiento en la tolerancia de sus ideas, en la familiaridad de sus costumbres y en una democracia de muy buen tono que abarcaba a todos los actos de su vida. La paz en que vivía, aquella envidiable sencillez familiar y hogareña que se advertían fácilmente lo mismo en su casa de Santander que en su retiro de Polanco, fueron una constante aspiración, que quería como un regalo de bienestar para sus aldeanos, para su pueblo, por supuesto, sin mezcla alguna de filosofías, ni socialismos modernistas copiados de ningún apóstol ruso. Él hubiera querido que su aldea natal viviera siempre en la placentera quietud en que vivió Coteruco, escenario de una de sus novelas, hasta que la política metió en él la garra por medio de sus representantes el estudiante revoltoso, el indiano fanfarrón y el *pardillo* arbitrante; que Polanco fuera tam-

bién la gala del valle; y «sus campos, los más productivos y los más productores; sus habitantes, los mejor vestidos y los más alegres; su taberna, la más desprovista y la menos concurrida; sus desvanes los más repletos, y sus ganados, los más lucidos».

Hay alguna semejanza entre Pereda y aquel don Román citado tantas veces en las páginas de este libro. Los dos anhelaban un *patriarcalismo* a la española, por inspiración y por sentimiento, más que por reflexión, con cierto impulso de viejos hidalgos castellanos y cierta espontánea generosidad caballeresca. La amplia cocina de Pérez de la Llosía era centro de reunión y gabinete de consulta para todos los necesitados del pueblo: allí, se concertaba el viaje a la feria próxima; se leía la última carta recibida del muchacho «indiano», y se solicitaba y alcanzaba la recomendación o la merced que eran necesarias. En casa del ilustre novelista, en la capital o en la aldea, se evacuaban informes y consultas, se planeaban gestiones y visitas, y se escribían cartas pidiendo el arreglo de asuntos que a él, particularmente, no le importaban, ni por su honor ni por sus intereses. El mismo lo cuenta en el famoso episodio de *Cutres*, al referirse a las visitas de los «hombres de allá». Los particulares a tratar eran,

por lo común, «expedientes» que «no corren» en estas oficinas; diferencias sobre intereses con el convecino; juicios en apelación al juzgado de primera instancia; cartas de recomendación para el Preste Juan de las Indias, o para el mismo Príncipe de los Apóstoles, portero de la gloria celestial, «motivao al muchacho que anda por los mundos» y desea mejorar de fortuna, o a «la difunta que falleció» la víspera y pudiera, «con un buen empeño» verse libre de las penas del Purgatorio; a menudo, porque la *cogecha* ha sido mala, el perdón de la renta o el anticipo «pa salir avante del mayor apuro a la presente»; la fianza para aquello o el consejo para lo otro, y así, por este orden, hasta los pajaritos del aire o los cuernos de la luna... «¡Los hombres de allá!» Por el más sarnoso de ellos, se liaba nuestro hidalgo la manta al brazo para habérselas con el lobo mismo, como si la oveja fuera de su rebaño, y frecuentaba oficinas, escribía cartas y molestaba a los amigos, ¡él, que jamás había «incoado» un expediente propio en ningún *centro* del Estado, ni por asuntos de su pertenencia había dado los buenos días al más modesto funcionario!

El testarudo *Cutres* y el pintoresco don *Hermenegildo Trapisonda* son quizás personajes de carne y hueso que contaban sus cuitas en el despacho del maestro, como contaban sus achaques a Pérez de la Llosía, Carpio Rispiones y Gorión el de la Junquera.

Si el hidalgo de la novela demostraba la bondad de su corazón con larguezas del bolsillo, también el de nuestro hidalgo se abría a peticiones de sus vecinos, sin que una mano se enterase de la liberalidad de la otra. Al fin, y cuando los diablillos de la política perturbaron la horaciana quietud de Coteruco, don Román fué víctima de torpezas, ingratitudes y deslealtades. Y el caballero de Polanco sufrió también de este mal tan humano, que convierte a los hombres buenos, cuando la propia fe no los conforta, en estatuas de hielo, indiferentes a la miseria y al dolor que pasan a su lado.

En ambas casas, la ciudadana y la lugareña, tenía Pereda montados sus telares de novelista: dos despachos holgados, cómodos y elegantes, que eran al mismo tiempo talleres de literatura, regazo de las ideas y museos de emociones y de recuerdos. Estaba el de Santander vestido y adornado con lienzos, bronces, retratos, coronas y trofeos. Junto a las paredes, grandes sillones de cuero encarnado; un diván cubierto con un lujoso tapiz árabe; un mueble de madera tallada; dos librerías labradas con minuciosa labor... Colgando de

los muros, varios retratos familiares; cuadros de Benlliure, de Martínez Cubells y de Casimiro Sáinz, el pobre loco de Matamorosa; otras pinturas de Gomar, de Robles, de Mélida, de Manzano, de Apeles Mestres, de Perea, de Riancho, de Revilla, de Iborra, de Agabio Escalante y su discípulo Carlos Pombo; al lado, una acuarela de Maura, el político-artista, y dos marinas y un dibujo del maestro Pérez Galdós. Luego un autógrafo de Mesonero Romanos y unas coronas de sus admiradores catalanes—Oller, Guimerá, Ixart, Verdaguer, Matheu, acompañados de otros muchos—, el roble y el laurel, que son el mejor galardón del genio. La mesa de trabajo, negra y severa, presidida desde la altura de los muebles por los bustos de Ariosto y el Dante, de Calderón y de Quevedo. Las musas italianas y españolas, enlazando en el santuario del artista montañés la grandeza lírica de los poetas de Reggio y de Florencia, con los sonoros clamores calderonianos y las zumbas y filosofías del señor de la Torre de Juan Abad.

En el taller aldeano se escribieron la mayor parte de las novelas peredianas. También estaba vestido y decorado con arte, con cierta tendencia al «gusto veraniego», que denunciaban la fragilidad y la ligereza, la traza y el tono de los muebles. Su dueño juntó en él

nuevas pinturas, nuevos bronces, nuevos recuerdos: un gran cuadro de Fernando del Camino, inspirado en la épica grandeza de la frase *¡Jesús, y adentro!* de un capítulo de *Sotileza;* otros lienzos de Campuzano, de Riancho y de Robles; retratos de parientes, deudos y amigos; objetos preciosos y prendas de admiración y de amistad, evocadores de los días de mayor gloria y de mayor triunfo. Allí leía Pereda; allí meditaba, allí escribía; de allí salieron sus páginas más admirables, sus episodios más conmovedores, sus novelas más emocionantes, luego de una pausada elaboración en su cerebro, a lo largo de las blancas y sombreadas avenidas del espléndido parque que rodea la casa. Allí vivió sus mejores horas y allí lloró resignado los dolores que fueron una sombra de su existencia, prisionero el corazón en el encanto de la tierra bien amada.

No se crea que la respetuosa gravedad de Pereda puso nunca en su hogar alguna nota sombría y triste, ni impuso jamás el frío y el silencio que rigen los lugares apartados del mundo. No. En el hogar de nuestro hidalgo no reinaban la alegría desbordada y tumultuosa, ni el alocado y ruidoso regocijo. Reinaban el regocijo y la alegría que nacen del equilibrio y la salud, una alegría que no es de la sangre ni de los nervios, sino del espíritu,

que es la más noble y la más alta de todas. Los libros de Pereda, como los de muchos ingenios de nuestro siglo áureo, rebosan clara y optimista filosofía, plácido humor, ironía sana y bien entonadas burlas, que se mezclan con el decoro y la bizarría del estilo y la gravedad de las intenciones y los propósitos. Pues este optimismo y este humor enlazados con el decoro y la serenidad, eran el preciso reflejo de la vida íntima y familiar del maestro. En su hogar, al lado de su esposa y de sus hijos, o rodeado de sus amigos leales, Pereda, sin quererlo, ni proponérselo siquiera, demostraba su felicidad y su gracejo, su afabilidad castellana y su satisfacción interior, todo eso que brota naturalmente, como el agua en la peña viva, de la fortaleza y el sosiego del alma.

En su residencia ciudadana o en su residencia de Polanco se celebraron muchas veces, muchas, reuniones y comidas en las que la alegría y el buen humor reinaron a todo su placer; se organizaron *paellas* al estilo castizo de Valencia, siendo cocinero el pintor Gomar; se celebraron fiestas de sociedad y hasta con máscaras, en las que se mezcló en regocijado consorcio lo más discretamente mundano con lo más serenamente espiritual. Aquellas puertas de la casa de Santander, en la calle de Hernán Cortés o en el Muelle, y las de la espléndida finca de Polanco, se franquearon siempre, cuando la sincera amistad y la lealtad bien contrastada llamaron a ellas y aún no se habían albergado adentro el luto y los dolores.

En la casa de Polanco pasaron largas temporadas Menéndez Pelayo y Pérez Galdós, ya acariciados por la fama y aureolados por la gloria. Acaso bajo las frondas rumorosas del parque, en una hora de quietud, cuando todo dormía bajo el sopor de la siesta, alguna tarde de verano, el maestro de la historia crítica de nuestra literatura descubría nuevos horizontes a las justicias calderonianas, a las donosuras de Tirso y a las sales y burlas quevedescas. Quizás en el apartado rincón del amplio huerto, a la sombra de un roble cargado de años, el maestro de los *Episodios Nacionales* iba levantando en su fantasía las figuras que habían de componer el nuevo cuadro de la historia de España.

Cuando Zorrilla, el poeta de los *Cantos del trovador,* realizó su lamentable excursión por las provincias españolas, leyendo versos, pasó por Santander y visitó la casa de Pereda. Ya estaba el bardo castellano viejo y triste, y en su alma infantil habían hecho nido los desengaños. La romántica melena que se había paseado orgullosa bajo el sol de América, cuando

sus romances caballerescos eran como un blasón de la poesía española, languidecía con la nieve de la ancianidad sobre las sienes que hubieron de ser glorificadas luego con la corona de laurel y oro a la sombra de los muros de la Alhambra. Ya de labios del egregio poeta se exhalaban como una queja amarga y dolorida aquellos versos dirigidos a la Infanta Doña Isabel de Borbón:

¿Cómo ya hasta Vuestra Alteza
elevar podrá un cantar
un viejo, de quien ya empieza
a desvariar la cabeza
y la lengua a balbucear,
y que vacila y tropieza
al escribir y al andar?

Visitó Zorrilla la casa de Pereda y fué recibido con los honores que se deben a la gloria y al genio y obsequiado con delicadeza y esplendidez. El autor de *Margarita la Tornera*, maravilloso lector de versos, iba a recitarlos en obsequio del creador de las *Escenas montañesas*. Para escucharle se habían reunido muchos hombres que representaban a las letras montañesas, y como presidentes de aquel torneo de la poesía, del que era héroe el más celebrado juglar del siglo XIX, estaban el portentoso Menéndez y Pelayo y el poeta Amós de Escalante, castizo y elegante cantor del mar

y de las flores. Y Zorrilla leyó, con la magia de su arte, seguro de que el concurso que le escuchaba no era el ignaro público de los teatros, que se conmovía con las fanfarronas quintillas de *Don Juan Tenorio* más hondamente que con las amargas estrofas de *La Jorobada*, sino un concurso formado por espíritus selectos, dados a sentir las más sutiles emociones estéticas, que le escuchaba con devoción y le comprendía. En el amplio salón de la casa del novelista montañés, sonó la voz del viejo poeta de las leyendas castellanas, no evocando gestas sangrientas ni romances heroicos, sino cantando la deliciosa canción de amor y de ensueño que hay en las dulces estrofas de *La siesta:*

¿Qué quieres que te cuente? ¿Qué quieres [que te cante?
¿Cuál es de mis canciones la que te gusta más?
¿Prefieres aquel cuento del silfo que tenía
en una red de tamo prisión en un rosal,
y al cual todas las noches a alimentar venía,
la abeja que le amaba, con miel de su panal?

Para no apagar los ecos del bardo, enmudecieron los grandes poetas que le escuchaban; pero bien pudieron sonar allí otras bien concertadas voces, que fueran cadencia errante e inmortal de los siglos clásicos, arrullo del gigantesco mar de Cantabria y son lejano de

sus romances caballerescos eran como un blasón de la poesía española, languidecía con la nieve de la ancianidad sobre las sienes que hubieron de ser glorificadas luego con la corona de laurel y oro a la sombra de los muros de la Alhambra. Ya de labios del egregio poeta se exhalaban como una queja amarga y dolorida aquellos versos dirigidos a la Infanta Doña Isabel de Borbón:

¿Cómo ya hasta Vuestra Alteza
elevar podrá un cantar
un viejo, de quien ya empieza
a desvariar la cabeza
y la lengua a balbucear,
y que vacila y tropieza
al escribir y al andar?

Visitó Zorrilla la casa de Pereda y fué recibido con los honores que se deben a la gloria y al genio y obsequiado con delicadeza y esplendidez. El autor de *Margarita la Tornera*, maravilloso lector de versos, iba a recitarlos en obsequio del creador de las *Escenas montañesas*. Para escucharle se habían reunido muchos hombres que representaban a las letras montañesas, y como presidentes de aquel torneo de la poesía, del que era héroe el más celebrado juglar del siglo XIX, estaban el portentoso Menéndez y Pelayo y el poeta Amós de Escalante, castizo y elegante cantor del mar

y de las flores. Y Zorrilla leyó, con la magia de su arte, seguro de que el concurso que le escuchaba no era el ignaro público de los teatros, que se conmovía con las fanfarronas quintillas de *Don Juan Tenorio* más hondamente que con las amargas estrofas de *La Jorobada*, sino un concurso formado por espíritus selectos, dados a sentir las más sutiles emociones estéticas, que le escuchaba con devoción y le comprendía. En el amplio salón de la casa del novelista montañés, sonó la voz del viejo poeta de las leyendas castellanas, no evocando gestas sangrientas ni romances heroicos, sino cantando la deliciosa canción de amor y de ensueño que hay en las dulces estrofas de *La siesta:*

¿Qué quieres que te cuente? ¿Qué quieres
[que te cante?
¿Cuál es de mis canciones la que te gusta más?
¿Prefieres aquel cuento del silfo que tenía
en una red de tamo prisión en un rosal,
y al cual todas las noches a alimentar venía,
la abeja que le amaba, con miel de su panal?

Para no apagar los ecos del bardo, enmudecieron los grandes poetas que le escuchaban; pero bien pudieron sonar allí otras bien concertadas voces, que fueran cadencia errante e inmortal de los siglos clásicos, arrullo del gigantesco mar de Cantabria y son lejano de

una robleda agreste y rumorosa. Bien pudo el genio de Menéndez Pelayo dejar volar su fantasía recitando los versos de su *Epístola a Horacio*, que parecen escritos bajo la serenidad del cielo de Grecia:

Yo guardo con amor un libro viejo,
de mal papel y tipos revesados,
vestido de rugoso pergamino;
en sus hojas, doquier, por vario modo,
de diez generaciones escolares
a la censoria férula sujetas
vése la dura huella señalada...

Bien pudo el aristocrático Amós de Escalante recitar sus magistrales estrofas cantando al mar, su grande amigo y confidente:

Deja caer al mar tus pensamientos,
no temas que se ahoguen;
volar muy altos pueden y no hay mares
que a sus alas alcancen y las mojen...

Bien pudo también hablar la musa donosa y señorial de Enrique Menéndez, que andaría oculta, modesta y humilde como una violeta de los campos; bien pudo hablar, loando al árbol secular que sirve con sus rumores y su nombre a la gentil solariega:

Duro tronco, recia fibra,
vejez que aumenta el vigor;
las hojas, que son el alma,
lozanas, si el tronco no;

asperezas de leal,
a quien la ofensa mayor
tal vez endurece el gesto
pero nunca el corazón...

Bien pudieron hablar, pero callaron todos. Y la voz del bardo de la raza, el que inmortalizó la leyenda del Cristo de la Vega toledana, el que evocó la siniestra figura de don Pedro de Castilla y labró a Granada y a sus históricas bellezas un monumento lírico, sonó con cadencias de florilegio, como un eco lejano de aguas mansas y azules, cantando el poema de *La siesta* en los ardientes campos castellanos, estallantes de luz...

Di cómo hablarte debo cuando tu sueño
[arrullo,
porque mi voz anhelo que te parezca tal
como la miel que daba posada en un capullo,
la abeja de mis cuentos, al silfo del rosal.

Con todos los honores, Zorrilla fué despedido luego en aquella casa donde la hidalguía y la cordialidad tenían su mejor asiento. El pobre poeta era una viva y gloriosa representación de la vieja España, y por sus labios parecía hablar la insepulta voz de los siglos. Era la canción de gesta, el romance heroico, el último recuerdo de los antiguos trovadores. Igual que Juan de Mena y el Marqués de Santillana en la corte de don Juan II, y como

Calderón y Villamediana en el palacio del Buen Retiro, en los días del cuarto Felipe, él había dicho sus versos en las doradas estancias de un príncipe infortunado. Sus fantasías legendarias eran la arcaica idea de justicia y de exaltación, el perdido concepto del amor y del sacrificio y el símbolo de aquella casta de hombres, de hierro y madrigal, que llevaban en el pecho el triple amor de su Dios, de su rey y de su dama. Era una ruina que tenía, como por fuero de un divino milagro, la voz de la vieja España, en sus piedras polvorientas y carcomidas... El señor de la casa y sus insignes huéspedes lo sabían muy bien. Por eso le aplaudían y reverenciaban y sentían el pecho enternecido y los ojos mojados por las lágrimas, mientras el poeta, ya casi envuelto entre las sombras del olvido, continuaba su triste éxodo por las provincias españolas, «como el oso que enseña el húngaro», recitando las sonoras estrofas que abren el libro de su leyenda del Cid Rodrigo:

¿Quién soy?—No sé.— Voz suelta sin pecho
[que la exhale,
voz que ella misma ignora su germen produc-
[tor,
que busca sólo acaso que el aire la propale,
yo soy tal vez un eco de incógnito rumor...

Para su esposa, tuvo siempre el novelista

montañés delicadas atenciones de poeta. Y una de sus satisfacciones más íntimas era ver cómo en la compañera de su hogar se reflejaba la gloria que él conquistaba con sus libros, y cómo se rendían frecuentemente, a su virtud, a su discreción y a su modestia, las sales del ingenio ajeno. Poseía la esposa de Pereda, como un regalo predilecto, un artístico y costoso abanico, obsequio del autor de *La Montálvez*. En la estimada prenda pusieron el primor de su arte los pintores Manzano y Gomar, y dejaron un sutil pensamiento muchos famosos literatos y poetas. Tamayo y Fernández Guerra, los grandes dramaturgos de *La rica hembra;* Sellés, el creador de *El nudo gordiano;* Núñez de Arce y Campoamor, los poetas de *La visión de Fray Martín* y *El tren expreso;* Alarcón, el gracioso novelista de *El sombrero de tres picos*, y Menéndez Pelayo, Escalante, Castro Serrano, Palacio Valdés y Pérez Galdós, dijeron flores en prosa o verso a la bondadosa dama.

De Menéndez Pelayo es esta octava real:

Por el perfume de azahar difuso
el naranjo escondido se revela;
el pebetero con olor profuso
denuncia los tesoros que en sí cela;
el alma donde Dios su huella impuso
a otra alma rije y en sus obras vela:

si en sus obras hay luz, paz y hermosura,
es porque emanan de otra luz más pura.

El autor de *La Hermana San Sulpicio*, escribió:

Este verano me dijo un gran artista mostrándome cierto rincón frondoso y ameno a la orilla del mar:

—Ahí he pasado mi luna de miel.

Como su voz temblaba de emoción al decirlo, vine a entender quién es usted, señora. Y se alegró mi alma; porque desde que perdí la mía, la felicidad de mis amigos es mi única felicidad.

He aquí una seguidilla de Tamayo:

—Vale mucho Pereda—
me oyó exclamar
un montañés, y dijo:
—Diodora más.
Yo le doy fe,
porque Pereda es hombre
y usted mujer.

Estas líneas son de Pérez Galdós:

Nuestras aclamaciones de entusiasmo no llegan al autor de «Sotileza», porque él, ¡ingrato!, despreciando los aplausos del mundo, prefiere a todas las glorias la que le dan su admirable compañera y la hermosa serie de obras que empieza en Juan Manuel y acaba en Vicentín.

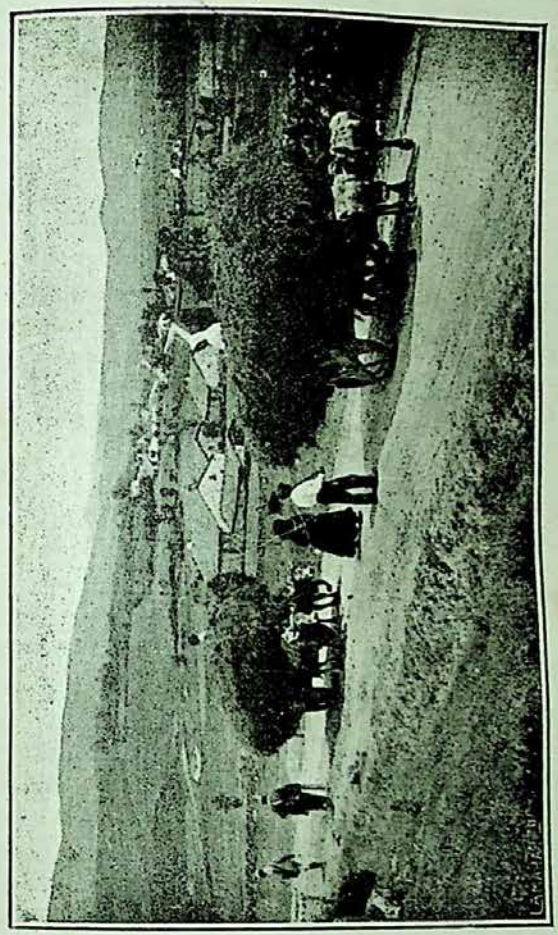
Y de Amós de Escalante es este madrigal:

Vate que en abanico canta o llora
de perfidias del aire hace argumento:
pregúntale, señora,
si el aire apaga, si deshoja el viento,
la luz del genio que en las cumbres mora
y la escondida flor del sentimiento.

Si queremos encontrar en las propias obras de Pereda un paralelo de su vida hogareña, no tendremos que forzar la memoria. Ahí están muchos capítulos de *Peñas arriba* y otros de *El sabor de la tierruca*, los primeros con la noble figura de don Celso Ruiz de Bejos, y los demás con las escenas familiares en casa de don Pedro Mortera. En el equilibrio y en la salud del espíritu, en la propia estimación y en el respeto mutuo o ajeno, en la serenidad de sus días y en las claras luces de la conciencia, halló siempre el señor de Polanco la mejor de las alegrías. Amós de Escalante, el dulce poeta cuyo canto «era arrullo del mar en el estío», encerró toda la vida de Pereda en este soneto clásico y cristiano:

¡Peñas arriba!... Larga no, más dura
es la mortal jornada que llevamos;
y todos sin saber, si es que llegamos,
lo que al llegar nos guardará la altura.
Horas de tedio u horas de dulzura,
ya pisemos en firme, ya caigamos,

lo breve del vivir sólo miramos
cuando desmaya el sol y el tiempo apura.
¡Dichoso tú, que en la ganada cumbre,
al derribar del hombro fatigado
la vida y su gloriosa pesadumbre,
podrás decir: «A tu mandato llego;
esto, Señor, me diste; esto he logrado:
tuyos lucro y caudal, te los entrego»!



ESCENAS MONTAÑESAS.—De vuelta de la mies.

V

Pinceladas

ERA Pereda un polemista formidable: lo demostró las contadas veces que salió a la palestra a medir su pluma con otras bien cortadas. Recuérdese la «batalla» de los Resquemores, de que más atrás se da cuenta.

En el verano de 1882, mientras veraneaba en Polanco, el periodista Federico de la Vega le atribuyó la paternidad de unos *Fragmentos de novela sueca*, publicados en *La Verdad* y en los cuales había ciertas alusiones molestas. Con tal motivo, el periodista, indignado por el ataque y sin pararse en barras, enderezó a Pereda «una larguísima monserga, entre lacrimosa y mordaz, con puntas y ribetes de moral y filosófica; mucha admiración, mucho apóstrofe, sobre todo, mucha palabrota retum-

bante y sexquipedal, con dejos de elocuencia populachera y descamisada...»

El señor de Polanco no tuvo paciencia para recurrir a los periódicos y redactó y publicó una hoja que se repartió profusamente en Santander, con el título de *Cuatro palabras a un deslenguado*. Véase el estilo:

«...Ahora que estás en la picota, yo que tengo «un puñal por pluma»; yo, el buho que se esconde en las lóbregas ruinas del pasado; yo, retrógrado, yo, fanático, yo, verdugo; yo, en fin, todo lo que dé de sí esa fraseología patibularia y estúpida a que estás condenado desde que manejas la pluma, te desafío, a ti, la luz, la filantropía, el progreso, el amor; a ti, en fin, el *hombre de mañana*, a que mirando ambos cara a cara al público que hoy nos rodea, porque tú lo has querido, le confesemos nuestras vidas y milagros; pero a condición de que para que el natural apego a la negra honrilla no nos ciegue, tú has de ser mi biógrafo y yo el tuyo, probando, por supuesto, todo lo que se augure. Y no pienses que esta mi proposición es un alarde vano y como *toque de efecto:* es que sólo después de conocerte *a fondo*, puede saberse con exactitud lo que valen en tu pluma y en tus labios «sagrado hogar, santidad de la familia, nobleza de alma, bondad de corazón», y tantas otras cosas respetables que solamente conoces por mí y por otros pocos hombres honrados, constituídos en familia a la faz de la iglesia, que te han dispensado el inmerecido honor de permitir que les llames tus amigos.»

Después de estos cintarazos, Pereda tuvo que poner a su adversario puente de plata.

Hubo una época en que la gente se perecía por conocer las *preferencias* de los hombres ilustres. Fué ésta una moda que se llevó a los periódicos y revistas y hasta imitaron algunos particulares, para coleccionar las respuestas como hoy se coleccionan autógrafos y postales.

A Pereda le preguntaron en cierta ocasión, y contestó diciendo sus *preferencias*, que eran las siguientes:

De las virtudes, la abnegación; de los personajes históricos, el general «No importa»; de los poetas, David; de los nombres propios, Jesús; de los colores, el de la Vergüenza; de las diversiones, las campestres; de los objetos de comer, los menos dulces; de las ocupaciones, las literarias; de las flores, la rosa; de los pueblos, el en que nació: Polanco; de las estaciones del año, el Otoño, y de los tipos de raza o provincia, el «castellano viejo».

También contestó a estas preguntas:

¿Qué es lo que más te hace gozar?—La conciencia sin remordimiento.

¿Qué es lo que más te hace sufrir?—La enfermedad de un hijo.

¿Cuál es tu provervio favorito?—El que dice: «No hay bien ni mal que cien años dure.»

El hortelano de Pereda en su casa de Polanco, tenía nombre de galán de teatro, o de héroe de novela: se llamaba Fernando.

Una tarde, paseaba el insigne novelista en su finca con algunos amigos. Sonó cerca una voz de aldeano, y el autor de *Sotileza* preguntó:

—¿Quién anda ahí?

— Fernando, el hortelano —, le respondieron.

Uno de los amigos dijo en tono de zumba:

—¿Un hortelano que se llama Fernando? ¡Hombre, no puede ser!

Y Pereda repuso con graciosa naturalidad:

—No haga usted caso: se llama *Nando*.

Cuando Pereda publicaba un libro, aun en sus días más gloriosos, vivía una temporada muy preocupado con lo que se dijera «por ahí», sobre todo hasta que no conocía la opinión de personas cuyos juicios tenía en elevada estimación.

Por los días de *La Montálvez*, hablaba con un amigo que vestía el birrete y la muceta de catedrático y era ya muy versado en lenguas clásicas, recitaba de corrido a Virgilio y a Horacio y sabía tan bien como el Catecismo los secretos de la fabla del Cid. Le animaba este erudito señor a pensar y escribir una novela «de pasiegos», con paisajes, tipos, escenas y costumbres de la apartada y poco conocida región del queso, la manteca y las amas de cría.

—Sería una novela interesantísima—decía el catedrático.

—Puede que sí—contestaba Pereda;—pero yo no conozco suficientemente esa región de la Montaña, y es seguro que la novela resultaría poco real, nada vivida. Y a propósito de novelas—preguntó luego:—¿Qué se dice por ahí de *La Montálvez*?

—Pues... eso—repuso el otro, que tiene la franqueza por dogma—: que resulta una novela nada vivida.

Cuando Gabriel y Galán publicó *Castellanas*, su primer libro, el Padre Cámara envió a Pereda un ejemplar, rogándole que lo leyera. El gran novelista lo leyó, conmoviéndose profundamente al conocer las bellezas de *El ama*. Pocos días después, escribió al prela-

do salmantino una carta: «No recuerdo haber leído—le decía—trozo de poesía más honda, más humana, ni más conmovedora. Conserve Dios al poeta la inspiración de que tan copiosamente le ha dotado, y vengan a purificar este ambiente frío y sepulcral en que nos envuelve la tendencia malsana de los libros al uso, nuevos cantos suyos, impregnados de los aires que en el campo se respiran, embalsamados del tomillo y del cantueso, aires de salud y de frescura, que vigorizan el cuerpo y deleitan y robustecen el alma...»

En cierta ocasión le visitó en su casa de Polanco el notable y olvidado escritor José Zahonero, uno de los más fervorosos admiradores del maestro.

El autor de los *Cuentos pequeñitos* se entró por las amplias y sombreadas avenidas del parque, llenas de gratos rumores y apacible frescura, admirado de la hermosura y amenidad de la finca aldeana. Luego, fué introducido en el despacho donde Pereda trabajaba, rodeado de comodidades y de bellezas. A aquella hora, que era la de prima tarde, en una calurosa de verano, la amplia estancia, con las ventanas entornadas, tenía una luz discreta y suave.

Zahonero saludó al gran novelista, y sonriendo jovialmente le dijo después:

—Mi querido maestro: acabo de perder la admiración que me inspiraban sus obras.

—¿Y cómo ha sido eso? ¿Por qué...?

—Porque en esta finca y en este despacho, también escribo yo *Sotileza*. ¡Vaya una gracia, amigo!

El creador de *Peñas arriba* guardaba en el despacho de su casa de Santander un óleo de Robles, buena pintura que representa al insigne costumbrista vestido a la antigua usanza. Le va muy bien la acuchillada ropilla y su hermoso rostro, de tan españoles perfiles, destaca maravillosamente sobre la gola, con mucho de Cervantes y no poco de Quevedo. De este retrato dijo Galdós que merecía el tratamiento de *usarcé*.

Una mañana visitó al maestro el poeta Estrañi. El divertido autor de las *Pacotillas* se puso a observar curiosamente el retrato, aquella antañona figura que parecía la de un caballero de la corte del Rey-poeta. Y con la gracia en él característica, exclamó:

—Este que veis aquí, de rostro español y cervantesco, soy yo: el ingenioso hidalgo don...

Pereda le interrumpió vivamente:

—Le advierto a usted que ese retrato no ha sido antojo mío. Es el capricho de un artista... Yo soy un hombre de este siglo.

Estuvo cierta vez Pereda en Salamanca, llevado por asuntos particulares. En la ciudad del Tormes, se dedicó a pasear por los más pintorescos y evocadores lugares. Solía acompañarle un catedrático de la Universidad, hombre de raro ingenio, autor de libros de erudición y entretenimiento, pero poco respetuoso con las leyes y tradiciones de la lengua castellana.

La conversación, siempre amena, recayó una tarde sobre las áureas cualidades del idioma patrio. Pereda defendía su esplendidez y su riqueza... Su acompañante sostenía con graciosas paradojas la necesidad de recurrir frecuentemente a otras lenguas extrañas.

El novelista montañés, se encrespó de pronto, y encarándose con su contradictor, le dijo:

—A usted, señor mío, le pasa con la lengua castellana lo que a los eunucos con... ¡Que abominan de ellos, porque no los tienen!

El maestro gustaba mucho de lecturas selectas. Los libros de mística, muchos de los poetas del Siglo de Oro, y el Quijote sobre todo, eran predilectos amigos suyos. De los poetas

modernos, sentía mucha afición por el Duque de Rivas, en sus Romances históricos; por Zorrilla, en sus leyendas; por Bretón de los Herreros, en sus letrillas; por Verdaguer, en su épico poema de *La Atlántida*...

Aborrecía, en cambio, las extravagancias y disparates de la poesía modernista. Para quitarse el mal sabor que le dejó la lectura de un «poema glauco», estuvo tres días repasando las traducciones sagradas de Fray Luis de León y las canciones de Fernando de Herrera. A cada paso, como un desagravio que debía a las musas españolas, recitaba versos del divino fraile o del excelso trovador del Betis:

Esparce en estas flores
pura nieve y rocío,
blanca y serena luz de nueva Aurora,
y con varios colores
se vista el bosque frío
de los esmaltes de la rica Flora...

LIBRO CUARTO

Sotileza.

I

La musa de la Montaña

En el constante navegar del espíritu por un mar de papel impreso, renovando sentimientos e ideas, han ido naufragando los libros por los cuales sentimos en días lejanos predilecta afición. Para algunos de ellos guardamos la gratitud que merecen por sus emociones o sus enseñanzas; de otros tenemos el recuerdo del tiempo que perdimos sobre sus páginas, estudiadas con demasiada ingenuidad. De casi todos ellos conservamos una lejana memoria, que es igual que una niebla que se deslíe lentamente.

Si acaso, de este naufragio espiritual se han salvado unas cuantas figuras de mujer: las heroínas de unos episodios de amor, de celos, de pasión, de aventura... Recordamos con respetuosa devoción a Pepita Jiménez, a Ma-

rianela, a la Hermana San Sulpicio, a Sotileza, a Julia *la Pródiga*, la que estuvo en la India misteriosa llevada por un lord británico, la que fué en Turquía amante preferida de un príncipe griego, la que corrió por las ciudades de Rusia atraída por los gorgoritos de un cantante italiano. A todas ellas les dimos un poco de corazón cuando en la paz de una ciudad provinciana, las seguíamos en los libros sentados a la sombra de un árbol o a la orilla del mar.

A Sotileza sobre todas. Si Carmen, la de los ojos moros y el cabello de endrina, es la musa de la Andalucía pasional, Sotileza, la del finuco vestir y el finuco andar, es la musa de la Montaña, de un pueblo audaz, cristiano y marinero.

Ninguna figura de mujer ha llegado a la entraña de su pueblo como la gentil callealtera. Ninguna, como ella, ha conmovido tan fuertemente los corazones de los que alguna vez, por conocimiento directo de su vida, por impresión o por reflejo, supieron de su amor y sus desventuras. Ninguna, como ella, tiene el prestigio, la gracia y la virtud de ser musa. Doña Inés, doña Elvira, Teresa, Carlota, Laura y otras hermanas suyas en el arte y en la inmortalidad son más universales, más populares, pero no tan íntimas y tan amadas.

Sotileza es una predilecta hija del pueblo. Puede decirse que nació en la calle, de madre tan miserable y dolorida, que hubo de abandonarla al amor y a la caridad de las buenas almas. En la calle creció, como una planta en campo abierto, recibiendo constantemente el azote de la lluvia y la caricia del sol; en consorcio con los granujas de la playa; padeciendo hambre de pan y de justicia; haciéndose bravía, casi selvática. Amigos suyos fueron otros abandonados de la fortuna, y la primera pasión que encendió su belleza fué en el pecho de Muergo, otro hijo del azar y del infortunio. La caridad del pueblo la apartó del arroyo y le dió pan y abrigo. Mechelín y la tía Sidora, hijos del pueblo y del mar, limpiaron sus vestidos, acariciaron sus carnes y modelaron su alma.

Sotileza, criada en sus primeros años en una libertad de potro salvaje, pudo ser buena y bella, con belleza de rostro y de corazón. Llevaba en el alma la semilla de la bondad; y cuando fué cultivada con cariño, floreció como una rosa del bien y del amor. Entre el pueblo quedó después, viva y fragante encarnación de sus virtudes, para reir con sus alegrías y padecer y llorar con sus tristezas.

¡Cuántas veces, en nuestro silencioso vagar por las calles santanderinas, hemos visto a la

moza callealtera con los ojos del alma! Ahora, la vemos otra vez. Todavía es crisálida... Entra en casa del Padre Apolinar, llevada por Andrés, una soleada mañana de Junio, cuando el fraile intenta vanamente meter una porción de catecismo en las molleras de unos granujas de la playa. Es pálida, delgada, aguileña, con el pelo tirando a rubio, «dura de entrecejo y valiente de mirada». Tiene las carnes blancas y limpias, y las cubre con un viejo refajo de estameña sobre una camisa, vieja también, pero no desgarrada ni pringosa. Allí conocemos su desventura. No tiene madre, y su padre se ahogó en las honduras de San Pedro del Mar. Desde entonces, es hija de la calle, vaga por la Maruca y el muelle Anaos, come donde la caridad le depara un mendrugo, duerme sobre los paneles de las barquías... El sol la tuesta, el aire la curte y la luna vela sus sueños. Nació en la calle Alta, vecina al mar que la hizo ser desventurada, y por eso los granujas que la conocen dicen que es *callealtera*. Desde la pila donde fué bautizada, se llama Silda.

La vemos luego en la Maruca, con el c...- tintas de Andrés y los granujas de Sula y Muergo; trepar camino de la Fuente Santa; salir a los prados de Molnedo y allí cobrarse a golpes el tronchazo de Muergo, cuando éste

echa las patas por el aire para ensayar el pino. La encontramos después en la bodega de Mechelín, limpia y peinada, aliñada de ropa y firme de juicio, sentada al pie de tía Sidora, como buscando el tibio calor de un regazo que nunca tuvo. Es ligera y graciosa, y va y viene «como la pluma mesma por el aire». En un decir Jesús revuelve la casa, como una madrecita, dejando la aguja para arrimarse a la lumbre y soltando la escoba para cuidar de la puchera. Como es de buen engordar, se afina, esponja y redondea que da gusto. Por lo que se refiere al vestir, tan bien le caen sobre el cuerpo cuatro trapucos viejos, que a no saberse de dónde viene la infeliz, por una infanta de la misma Inglaterra se la tomara. Posee un arte sutil de orígenes desconocidos, para el deletreo del silabario y para el rezo de las oraciones. ¡El mismo Padre Apolinar, fuente de santidad y pozo de sabiduría, se asombra de ello! Solfa aprendería, si alguien se la enseñara... Y a todo esto, según el parecer de Mechelín, «finuca ella; finuco el su andar; finuco el su vestir, aunque el vestío sea probe; la mesma seda cuanto hacen sus manos, y limpio como las platas el suelo por onde ella va y el rincón en que se meta...» ¡Angeluco de Dios! Es una pura *sotileza*.

De aquí le vino el nombre, con que se la

conoció para siempre y en todas partes. Sotileza... Finura, gracia y flexibilidad, porque era airosa como un junco, brillante como el sol y alegre como el agua; porque tenía el cuerpo gallardo y ondulante y la cara como una rosa de primavera, y porque su boca reía placentera y donosa. No era una hermosura de mármol, ni tenía en su cuerpo los refinamientos de una estatua académica: era flor silvestre, un poco bravía, como nacida en plena calle, bajo el sol y entre el frío, y tenía frescor de algas y aroma de madreselva.

Dejó de ser crisálida y es mariposa. Así la vemos, en lo alto del Paredón, con su refajo corto, su justillo de mahón, su abigarrado pañuelo de colores engalanando el macizo seno y otro pañuelo a la cabeza atado sobre el moño de cabello castaño; con los brazos desnudos a la caricia del aire libre; componiendo a fuerza de remiendos y puntadas los calzones de tío Mechelín o tejiendo la red entre cuyas mallas ha de brincar la plata del pescado. Pasa el tiempo; llega la fiesta de los Santos Mártires, con pedrique del Padre Apolinar por la mañana y regateo de desafío por la tarde; Muergo se engalana vistosamente, larga todo el trapo y parece un «gabarrón empavesao». Sotileza le hace el nudo de la corbata, le arregla la pechera de la camisa y le mete

los dedos en la cabeza para domarle el bardal de sus pelos indómitos. Solos están en la bodega de la calle Alta. El salvaje se extremece bajo la caricia de las manos de la callealtera y siente que le hierve y le trema el pecho de deseo. Las manazas de Muergo enlazan el talle de la moza... Luego avanza hacia ella, centelleante y trémulo de pasión... ¡Qué hermosa entonces Sotileza, sintiendo despertarse bajo la carne palpitante y joven su alma bravía y reduciendo a verdascazos los ímpetus salvajes de la fiera humana! ¡Qué hermosa también por la tarde, recogiendo, como una reina, en sus manos, de las de Cleto, la bandera roja y blanca ganada en las regatas por los remeros del Cabildo de Arriba!

Ya es la viva encarnación de todo un barrio, de un pueblo y de una raza. La bandera de la matrícula santanderina es en sus manos como el cetro representativo de su soberanía. La envidia querrá en vano roerle el trono. Aunque un día la maldad le prepara una traición y ella siente en la cara el dolor de la deshonra que la buscan, se yergue y embravece como una leona y su nombre sale a la calle, limpio y sin mancha, como el oro del mismo sol. Sucios espumarajos que se deshacen prontamente son los rujidos de Carpia y de su madre. La honradez de Sotileza triunfa

de todo. Su corazón, sacudido por todas las borrascas humanas, halla playas tranquilas y apacibles donde acogerse como a un dulce remanso. Y así la vemos, por fin, recia de cuerpo y de voluntad, ofrecer la firmeza de su corazón en la cadena que cuelga al cuello del hombre elegido cuando la desgracia le lleva por la incertidumbre de los mares a servir en barco de rey.

El alma montañesa ha adquirido su temple en el bramar de los huracanes y en el empuje de las galernas. Por eso es tan indomable y tan bravía; y por eso no la conmueven ni resquebrajan los embates del viento ni el azote furioso de las olas. El genio de Pereda acertó a poner en el alma de Sotileza la aspereza de los acantilados, la acritud de las aguas salinas y la indómita independencia de los montes. Y he aquí cómo la moza callealtera ha podido ser la encarnación artística de su pueblo, con sus bellezas y sus virtudes, con la misma corteza dura y agria ocultando la melancolías del espíritu. La voz que con más dulces y cariñosos acentos hablaba a Pereda, porque venía de la altura, le decía al oído: «Si quieres elevar un verdadero monumento a tu nombre y a tu gente, cuenta la epopeya marítima de tu ciudad natal. Dios te hizo, aún más que para ser el cantor de las flores y de la primavera, para ser el cantor de las olas y de las borrascas.» Pereda obedeció; y de tan profunda manera supo interpretar a su raza, recogiendo sus luchas y sus afectos, las rebeldías del cuerpo y las tempestades del alma, que en su libro dió a su pueblo una musa.

Al publicarse la novela, la ciudad entera, la provincia, la región, se vieron reflejadas en sus capítulos como en el cristal de un espejo. Cada página era una fuente de poesía, y cada episodio era un manantial de emoción. Lugares y edificios, la tierra y el mar, las olas de la costa y las piedras de la calle tuvieron voz y hablaron. Era la voz de la caridad, del amor, de la abnegación y del heroísmo, que resonaba en las palabras del Padre Apolinar, de tía Sidora y de Reñales; era el acento pintoresco y bravío que en Mocejón y en la Sargüeta vibraba como la luz de un relámpago; era la inmortal palpitación de la raza que tomaba cuerpo en Sotileza, la hija del arroyo y del pueblo, heredera de cien héroes anónimos.

Sobre el libro cayeron flores, versos y aplausos, en gentil homenaje. El Concejo santanderino tuvo una idea generosa y dió a los terrenos del antiguo Paredón el nombre de la garrida callealtera; músicos y orfeonistas compusieron y cantaron barcarolas que el pueblo

se encargó de recoger para repetirlas en sus serenatas nocturnas; orquestas y rondallas, en tiempos de feria o de carnaval, escribieron en sus banderas, como lema, el mote de la huérfana de Nules. Hasta en las botellas de aguardiente se escribió el gallardo nombre de Sotileza, para servir de marca y de etiqueta a la mercancía. ¡A cuántos devotos de la diosa Alegría ha trastornado la hermosa Silda la cabeza!

El Aviso, de Santander, abrió una suscripción para tributar un homenaje al gran escritor. Con el dinero recaudado, encargó al pintor Fernando Pérez del Camino un cuadro que representase un episodio de *Sotileza*. El artista buscó inspiración en aquel soberano capítulo que describe la lucha de la lancha de Reñales con la galerna, y eligió el instante en que la débil embarcación enfila el puerto y trata de ganar el boquete que le sirve de entrada; cuando los remos crujen y los hombres jadean y las olas forman una montaña rugiente, sobre cuyos lomos se deslizan los héroes amenazados de ser destruídos por las fauces del monstruo; cuando Andrés orza brioso, y poniendo en sus labios el corazón, grita las sacramentales palabras: *¡Jesús, y adentro!* Los catalanes siguieron el ejemplo de los montañeses, ganados por las hermosuras de Sotileza, representativas del mar de Cantabria como el áspero carácter de Manelick representa a las montañas catalanas. De Barcelona enviaron al autor de la afortunada novela dos coronas, una de laurel, hecha en acero, y otra de roble, labrada en bronce, unidas las dos por un lazo que tenía estampados los escudos de Santander y de la capital del Principado y los títulos de los libros peredianos más famosos. Con las coronas, llegó ún mensaje que firmaban los literatos que eran los más ilustres representantes del moderno renacimiento literario de Cataluña.

La fama de la moza marinera fué tan grande, que salvó muchas leguas de tierra. A Valencia llegó para enamorar a un muchacho, que dejó los libros en que estudiaba y se echó por el mundo adelante para llegar a Santander y descubrir el rastro de la heroína callealtera. Fué aquélla una romántica aventura que merece ser registrada en este capítulo, donde se cuentan las conquistas espirituales de la inmortal protegida de tío Mechelín.

Fué en el verano de 1913. Rafael Morales Carlés tenía catorce primaveras floridas y era moreno, como tostado por el sol de Levante, y de ojos negros y expresivos, llameantes de ilusión. Vivía en Burjasot con sus padres, descansando de las tareas escolares y dedicando

sus ocios al recreo adorable de las musas. Una tarde, mientras el autor de sus días se entregaba a las dulzuras del sueño, entró en el despacho, pasó los ojos por los rimeros de libros, y descubrió en uno de ellos la emocionante historia de Sotileza.

Leyó el libro montañés de un tirón. Mientras vió a Silda con este nombre, correr desde la calle de la Mar a la Maruca, en compañía de Muergo y sus amigos, no perdió la serenidad. Aquellas aventuras le interesaban y divertían, pero no aceleraron el ritmo de su corazón. Cuando vió a la moza en la bodega de la calle Alta, olvidada ya de su nombre de pila para llamarse *Sotileza*, sintió que la curiosidad le arañaba el pecho y le nacían en la cabeza raras ideas. Aquella noche, en la soledad de su alcoba, soñó que estaba en las calles del Cabildo de Arriba oyendo hablar a los castizos pescadores santanderinos. Entre ellos vió a la gentil marinera remendando una red.

Al despertar con la mañanita, que era de julio, luminosa y ardiente, le entró el deseo de correr mundo; pero no pensó en las lejanas Indias, como un buscador de oro; ni en la dorada Nueva España, como un conquistador de gloria; ni siquiera en Italia, país de arte y de ensueño, como un segundón hidalgo sediento de amor. Pensó en el Muelle

Anaos y en la Zanguina, en la Maruca y en la taberna del tío Sevilla y anheló darse una vuelta por la calle Alta, por si encontraba en ella la amada sombra de Sotileza vagando errante como musa de los poetas montañeses.

Rafael meditó un poco y decidióse en seguida. Si las cosas venían mal dadas, no faltaría un tío Mechelín compasivo o una tía Sidora magnánima que le recogieran en su bodega. Y si el caso apuraba, algún Padre Apolinar le tendería su raído manteo y le llenaría de patatas el estómago y de latines la cabeza.

—¡Uva!—exclamó, contagiado de Mechelín.

Poniendo manos a la obra, despanzurró la alcancía donde guardaba unos ahorros, los guardó en las honduras de su bolsillo, dijo adiós a su tierra y se metió en el tren camino de Madrid. Alguna vez, durante el viaje, pensó que al volver a su casa había de ponerle su padre al rojo vivo las asentaderas. Se estaba ganando una paliza de órdago... ¡Habría que reirse de la que le alumbraron a Cole cuando le comió a su madre la confitura!

Llegó a Santander una mañana, con la cabeza llena de ilusiones y la bolsa exhausta. Al salir de la estación, preguntó por la calle Alta.

—Por allí—le dijeron. Y por allí subió, tremante el corazón por la emoción que le em-

sus ocios al recreo adorable de las musas. Una tarde, mientras el autor de sus días se entregaba a las dulzuras del sueño, entró en el despacho, pasó los ojos por los rimeros de libros, y descubrió en uno de ellos la emocionante historia de Sotileza.

Leyó el libro montañés de un tirón. Mientras vió a Silda con este nombre, correr desde la calle de la Mar a la Maruca, en compañía de Muergo y sus amigos, no perdió la serenidad. Aquellas aventuras le interesaban y divertían, pero no aceleraron el ritmo de su corazón. Cuando vió a la moza en la bodega de la calle Alta, olvidada ya de su nombre de pila para llamarse *Sotileza*, sintió que la curiosidad le arañaba el pecho y le nacían en la cabeza raras ideas. Aquella noche, en la soledad de su alcoba, soñó que estaba en las calles del Cabildo de Arriba oyendo hablar a los castizos pescadores santanderinos. Entre ellos vió a la gentil marinera remendando una red.

Al despertar con la mañanita, que era de julio, luminosa y ardiente, le entró el deseo de correr mundo; pero no pensó en las lejanas Indias, como un buscador de oro; ni en la dorada Nueva España, como un conquistador de gloria; ni siquiera en Italia, país de arte y de ensueño, como un segundón hidalgo sediento de amor. Pensó en el Muelle

Anaos y en la Zanguina, en la Maruca y en la taberna del tío Sevilla y anheló darse una vuelta por la calle Alta, por si encontraba en ella la amada sombra de Sotileza vagando errante como musa de los poetas montañeses.

Rafael meditó un poco y decidióse en seguida. Si las cosas venían mal dadas, no faltaría un tío Mechelín compasivo o una tía Sidora magnánima que le recogieran en su bodega. Y si el caso apuraba, algún Padre Apolinar le tendería su raído manteo y le llenaría de patatas el estómago y de latines la cabeza.

—¡Uva!—exclamó, contagiado de Mechelín.

Poniendo manos a la obra, despanzurró la alcancía donde guardaba unos ahorros, los guardó en las honduras de su bolsillo, dijo adiós a su tierra y se metió en el tren camino de Madrid. Alguna vez, durante el viaje, pensó que al volver a su casa había de ponerle su padre al rojo vivo las asentaderas. Se estaba ganando una paliza de órdago... ¡Habría que reirse de la que le alumbraron a Cole cuando le comió a su madre la confitura!

Llegó a Santander una mañana, con la cabeza llena de ilusiones y la bolsa exhausta. Al salir de la estación, preguntó por la calle Alta.

—Por allí—le dijeron. Y por allí subió, tremante el corazón por la emoción que le em-

bargaba. Vió que la rampa por que subía, ostentaba como nombre el de Sotileza, y lamentó no traer de los jardines valencianos un ramo de flores para deshojarlo en aquel santo lugar de su peregrinación, como los turistas sentimentales que llegan a Verona los deshojan sobre el pétreo sepulcro de Julieta. Al final de la cuesta, torció a la izquierda y entró en la calle Alta; pero no descubrió por ninguna parte lo que buscaba. Preguntó por la taberna del tío Sevilla y no le dieron razón de ella. Quiso ir a la Maruca y le guiaron a la plaza del Cuadro. Cruzó el barrio de Molnedo y por los prados del Promontorio llegó hasta la punta de la Magdalena, queriendo ver entrar en el puerto a la *Montañesa*. Así recorrió los lugares de la novela, viendo que el soñado escenario había pasado por tremendas mudanzas. Ni rastro de la Maruca, ni señales del Muelle Anaos... Los granujas de la playa ya no son de la casta de Guarin y Toletes... No hay competencias entre los cabildos marineros... Todo ha perdido su carácter y su fisonomía y sólo el recuerdo queda y perdura, como un aroma del tiempo viejo, que envuelve los sentidos.

Pero Rafael Morales tenía en los sesos el fuego de su tierra, y no rindió su espíritu al desencanto. Siguió soñando con los heroes de

Sotileza, hasta que al otro día, el hambre y la fatiga le volvieron a la realidad. Entonces se presentó en la Inspección de Policía y allí le descubrieron los periodistas descansando sus huesos sobre un banco de madera, ni cómodo ni blando.

Allí hablé yo con él. Me contó su aventura con tal donaire, que se ganó las simpatías de cuantos le oyeron. Aquel muchacho de rostro moreno y ojos negros y ardientes, llevaba en el alma, metido página a página, el libro montañés.

—Mi primera visita—me dijo—fué para la calle Alta. Quería ver el portal donde Silda arregló las bragas de Cleto, pegándole el botón que le faltaba. ¿Sabe usted a quién encontré al llegar? Pues al Padre Apolinar en persona: un pobre cura rodeado de chicos con muchos mocos y poca camisa. Me dijeron que el clérigo daba lecciones. Aquellos granujas podían ser Muergo, Sula y Cafetera.

—Pues no eran ellos—le interrumpí.—¿Y qué más viste?

—¿Sabe usted a la calle de la Mar? Pues la vi también. En ella vivía el Padre Apolinar. Me acuerdo cuando le decía al bárbaro de Muergo: ¡tapa esas vergüenzas, so cochino! ¡Qué gracia!

—¿Y luego?

—Pasé por el Muelle, donde atracaba el *Joven Antoñito de Rivadeo*... ¡Buenos jardines hay allí ahora! Fuí al lugar de la Maruca, donde Cuco exploró el pavoroso alcantarillón, cabalgando en un madero flotante, y descansé en los prados donde los granujas ensayaban sus pinos de zapateta y perneo. Allí esperé la entrada de alguna fragata como la que mandaba Bitadura; pero *sólo* vi entrar un trasatlántico muy negro y muy grande. Creo que era el *Alfonso XIII*. Después, comí. De mis caudales de Valencia, me quedaban treinta y cinco céntimos, con los cuales compré una salchicha, pan, sobreasada y caramelos de postre. Cuando llegó la noche, me dispuse a pasarla de claro en claro, paseando las playas y alamedas del Sardinero. Me acordé mucho de Andresillo, que también se pasó unas horas a la luz de la luna para embarcarse en la lancha de Reñales el día de la galerna. ¡Bien se portó el c...tintas en aquel trance! Al amanecer estuve en *La Zanguina*.

—Bueno: ¿y qué más?

—Pues, nada, porque lo había visto todo.

—Pero ¿viste a Sotileza, a Muergo, al Padre Apolinar, a Andresillo...?

—Los vi, los vi, porque quería verlos y cerraba los ojos para no distraerme. Haga usted la prueba. ¡Qué hermosa Sotileza, tan limpia y tan gallarda! ¿Y Muergo empavesao, con aquella arboladura de traje? ¿Y Carpia echando pestes por la boca? Le digo a usted que los vi...

¿Y ahora?

—Ahora pienso en mi padre y en los latigazos que ha de alumbrarme por haberme escapado de casa. También pienso en mi madre... ¡Pobrecilla! ¡Tan buena!

Y los ojos del andariego muchacho se llenaron de lágrimas.

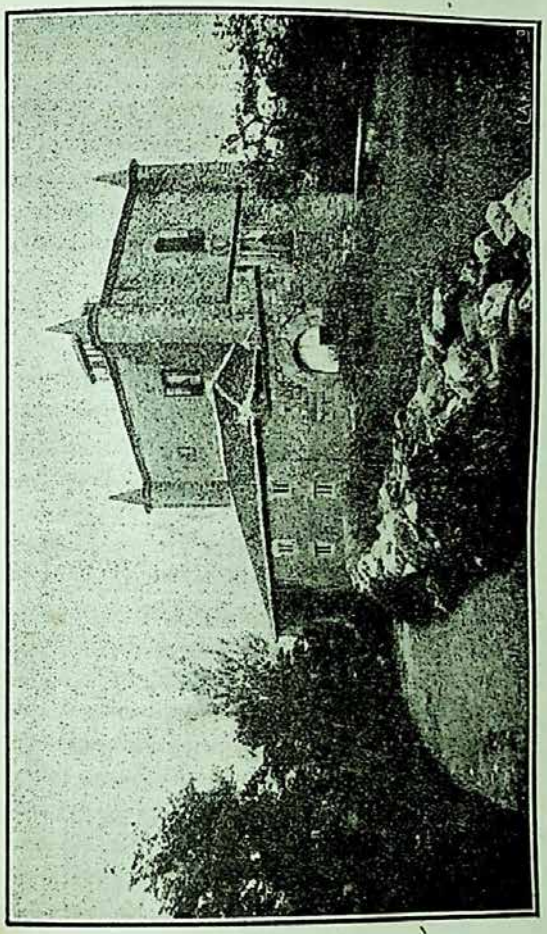
Esta fué la aventura de Rafael Morales Carlés. Al despedirme de él, envidiaba su fantasía, tan poblada de imágenes que le hacían buenas las horas. Las últimas palabras que escuché de sus labios, fueron un recuerdo para la moza callealtera.

—A Sotileza, señor, —me dijo—me la llevo en el alma.

No he vuelto a ver al rapaz valenciano. Hoy será un mozo que pasea sus ilusiones juveniles bajo los claustros de la Universidad, mareado, quizás, por las verdades de los libros de texto. Ya habrá olvidado su divina locura y acordándose de don Alonso de Quijano el Bueno, cuando le volvió el juicio, dirá glosando sus famosas palabras: Si fuí un muchacho loco, ya soy un mozo cuerdo. En los nidos de antaño, no hay pájaros hogaño, por-

que ya se han ido volando todas aquellas fantasías.

Los años pasan y la figura de Sotileza no se pierde ni se desvanece del todo. Vive, alienta y perdura en el pueblo montañés, porque es su Musa. En las postrimerías de junio, la calle Alta se engalana con banderas y farolillos, para celebrar la fiesta del santo apóstol y pescador. Hay unos días de bulla, de holgorio y de baile, con sones de música barata, pregones de juguetes y humo de buñuelos. El pasado habla entonces, y la figura de la calle-altera gentil se levanta para refrescar en todos los corazones su memoria. Más se la recuerda y se reverencia su nombre, cuando en las turbias noches del invierno zumba el viento en las calles santanderinas y el mar se estrella contra las rompientes de las Quebrantas.



EN LA MONTAÑA.—Una casa solariega.

II

Casta de hidalgos

Hace pocos años todavía, andando por valles y montañas de la vieja Cantabria, solían encontrarse castizos hidalgos de lienzo histórico o de comedia calderoniana, que habían encerrado sus días en alguna torre solitaria y medio ruinosa o en algún blasonado caserón. Eran los restos del naufragio espiritual de la raza, las últimas señales, que sobrevivían a la bancarrota española pregonando con la claridad de sus nombres la característica belleza de su gesto y la austeridad y nobleza de sus costumbres, lo que fué este pueblo de santos, mártires, soldados y poetas. En la villa apartada y silenciosa y en la aldea labradora o marinera, a veces en la falda de un monte, en los repliegues de un valle o en el recodo de un camino, se

descubría la casa venerable, de adusto ceño y recia portalada, en cuyas hondas y desamparadas estancias habían escondido su vida estos insignes varones de tan recio cuño español. Eran hombres de rostro enérgico y enjuto, de color moreno como el pan bien tostado, de gallarda cabeza, de busto erguido y fuerte, de grave continente, que la soledad y la meditación solían hacer majestuoso. Alternaban unos el cultivo del entendimiento y del espíritu con la atención y el cuidado de la hacienda, leyendo buenos libros de ciencia o de amenidad y haciendo los modestos oficios del labriego; vivían otros en la gustosa contemplación de la naturaleza y en el sostenimiento de las costumbres cristianas y patriarcales; eran éstos amigos de los placeres de la caza, de la equitación y de las armas; eran aquéllos aficionados al romance y a la historia y aun celebraban, de vez en cuando, dulces y regalados coloquios con las musas. Deslizaban todos su existencia lejos del ruido mundanal, sin hacer caso a la charlatanería del siglo, sin reparar en nuevos usos ni en nuevas modas, sólo atentos al ritmo de sus días, siempre sereno y apacible, con orgullo de su apartamiento, más que de sus blasones y de su riqueza, si la tenían. Eran hombres sencillos y silenciosos, un poco melancólicos en ocasiones, porque la tristeza les buscó el alma para herírsela, al perder la compañera y confidente de su vida o el hijo predilecto en quien vieron encarnadas las virtudes de sus antepasados. Estaban apegados al terruño nativo como la hiedra al muro y encontraban un íntimo placer en ver sus campos verdes y jugosos, sus mieses áureas y lozanas, sus establos limpios y bien olientes. Les conocía el sol de las mañanas, porque con la aurora abandonaban el lecho; y las primeras sombras de la noche, al enseñorearse del valle, les sorprendían siempre en la solana, con la luna de agosto, o en la ancha cocina, si caía la nieve o soplaba el ábrego. Quizás alguno de ellos, escondía bajo el cuarteado blasón roído por las injurias del tiempo y de los vendavales, la catástrofe de su hacienda, mermada por añejas liberalidades, por quebrantos naturales de los negocios o por la invasión de las nuevas ideas. Bajo el desvencijado caserón, ocultaban la irremediable caída de su grandeza y miraban con señoril melancolía las grietas de los muros, la polilla de puertas y ventanas, los mudos salones sin muebles ni tapices, la capilla destejada y el pozo sin brocal, el cuartago esquelético y el manso lebrel hambriento y flaco. Pero todos, ricos o sin caudales, ya vivieran en casas confortables o en torres casi en

ruinas, eran como un vestigio de los grandes señores de los muertos siglos; aliento vivo de fe caballeresca y de honor castellano, sin una vacilación en el alma ni una duda en la conciencia; agudos, discretos y prudentes; muchos de ellos, con algo de la épica raza que dió al mundo los Garcilasos y los Ercillas, como el alto caballero de la Torre de Villalaz; otros, con mucho de bienhechores y patriarcas, y todos, en fin, según la frase de Amós de Escalante, tallados en granito, en lo más alto de la cordillera cantábrica.

En estas solariegas casonas, por donde el Nansa se despeña, por donde nace el Ebro o por donde corre y se desliza el Saja, buscó Pereda los castizos hidalgos de sus novelas. El soberano artista llegó con su sutil espíritu de observador a los viejos edificios que dicen con sus pardos sillares cuáles fueron el temple y el brío de la tierra; llamó con su bordón de peregrino a la puerta de maderas claveteadas, y disfrutando la generosa hospitalidad montañesa halló asiento en el estrado de los señores o junto a la *perezosa*, en la cocina. Su maravillosa potencia receptora se llevó, al despedirse del dueño de la casa, su imagen y su traza, sus ideas y sus costumbres, sus creencias y sus sentimientos. La pluma-cincel de que el maestro se servía, grabó en las páginas

de muchos libros la vida y la historia, la firmeza y la integridad, la austeridad y la sencillez de aquellos varones que eran claros espejos de la raza. Y en los insignes libros, como una gloriosa herencia de arte y de emoción que pueden disfrutar todas las almas, tienen vida inmortal tan gallardas figuras.

Una noche de frío y de tormenta, descubre junto a los precipicios del Deva el corpachón de don Recaredo, grande, duro y enérgico, como un enorme bloque primitivo. Es ya un hombre sesentón, «alto, musculoso, de rostro atezado, medio cubierto por una barba muy cerrada y fuerte, pero casi blanca o más bien amarillenta...» Poco dado a las delicias matrimoniales, ha encerrado su indomable soltería en los ámbitos de su casona, que cuartea y se cae de vejez y de abandono. Sus arreos son las armas y su descanso recorrer los más inexplorados rincones de los montes siguiendo el rastro de un oso o la huella de un jabalí. Tiene el pecho de roca y el puño de hierro, y el blasón de sus aficiones y de sus fuerzas son la escopeta y el cuchillo, tinto éste muchas veces en la sangre de un terrible plantígrado. Su mayor gloria sería, quizás, morir a zarpazos del oso que persigue y acosa, como don Favila.

Este hombre singular, a pesar de su vida

ruinas, eran como un vestigio de los grandes señores de los muertos siglos; aliento vivo de fe caballeresca y de honor castellano, sin una vacilación en el alma ni una duda en la conciencia; agudos, discretos y prudentes; muchos de ellos, con algo de la épica raza que dió al mundo los Garcilasos y los Ercillas, como el alto caballero de la Torre de Villalaz; otros, con mucho de bienhechores y patriarcas, y todos, en fin, según la frase de Amós de Escalante, tallados en granito, en lo más alto de la cordillera cantábrica.

En estas solariegas casonas, por donde el Nansa se despeña, por donde nace el Ebro o por donde corre y se desliza el Saja, buscó Pereda los castizos hidalgos de sus novelas. El soberano artista llegó con su sutil espíritu de observador a los viejos edificios que dicen con sus pardos sillares cuáles fueron el temple y el brío de la tierra; llamó con su bordón de peregrino a la puerta de maderas claveteadas, y disfrutando la generosa hospitalidad montañesa halló asiento en el estrado de los señores o junto a la *perezosa*, en la cocina. Su maravillosa potencia receptora se llevó, al despedirse del dueño de la casa, su imagen y su traza, sus ideas y sus costumbres, sus creencias y sus sentimientos. La pluma-cincel de que el maestro se servía, grabó en las páginas

de muchos libros la vida y la historia, la firmeza y la integridad, la austeridad y la sencillez de aquellos varones que eran claros espejos de la raza. Y en los insignes libros, como una gloriosa herencia de arte y de emoción que pueden disfrutar todas las almas, tienen vida inmortal tan gallardas figuras.

Una noche de frío y de tormenta, descubre junto a los precipicios del Deva el corpachón de don Recaredo, grande, duro y enérgico, como un enorme bloque primitivo. Es ya un hombre sesentón, «alto, musculoso, de rostro atezado, medio cubierto por una barba muy cerrada y fuerte, pero casi blanca o más bien amarillenta...» Poco dado a las delicias matrimoniales, ha encerrado su indomable soltería en los ámbitos de su casona, que cuartea y se cae de vejez y de abandono. Sus arreos son las armas y su descanso recorrer los más inexplorados rincones de los montes siguiendo el rastro de un oso o la huella de un jabalí. Tiene el pecho de roca y el puño de hierro, y el blasón de sus aficiones y de sus fuerzas son la escopeta y el cuchillo, tinto éste muchas veces en la sangre de un terrible plantígrado. Su mayor gloria sería, quizás, morir a zarpazos del oso que persigue y acosa, como don Favila.

Este hombre singular, a pesar de su vida

solitaria y de la adustez de su aspecto, no es arisco ni torpe, sino afable, sincero y hospitalario. Tiene una simpática cordialidad castellana, una ruda cortesía que va muy bien con su rostro y con sus costumbres. Cuando le visitan, rinde el acatamiento a que le obliga el lustre de su progenie; ofrece al visitante mesa y lecho, con cubiertos de plata y limpias sábanas; le habla con cristiana franqueza, sin cuidarse de posibles provechos o conveniencias, y le despide en el umbral con la misma cortesía que le brindó al recibirle. Mientras el forastero hace su camino, él vuelve a su soledad, amparado por sus blasones y su independencia, a esperar que la casona se derrumbe y le envuelva en el polvo de sus ruinas.

Junto al Saja, a horcajadas sobre la jiba de un peñasco, como una pétrea prolongación o una adherencia, avanzando el cuerpo sobre la corriente del río y dejándose arrullar por las sonantes aguas, se aparece don Lope del Robledal, tan noble y tan ilustre por las dos bandas, que a este nombre añade los sonoros apellidos de los Infantes de la Barca, Ceballucos y la Portillera. Como don Recaredo, es alto y robusto, pero de hermoso y varonil semblante, que encaja entre las espesuras de la barba. También es fuerte y rudo, áspero y seco; también vive en un lóbrego caserón solariego, de viejas y mohosas paredes, ennoblecidas por los cuarteles de unos orgullosos blasones de armas, pero lleno de grietas y de achaques, como cuerpo enfermo y caduco, con el balcón en ruinas, las ventanas sin cristales que las defiendan, y todo desmayado y roído, envuelto en hiedras y en ortigas por entre cuyas redes asoman su cabeza los lagartos. Cuando sale de la casona, siempre que la nieve o la lluvia no se lo impiden, es para recorrer los montes vecinos, sin temor a peligros de facinerosos o de alimañas, contra los cuales le bastarían, en todo caso, su garrote o sus puños; para encaramarse sobre el potro de piedra que se asoma al río, o para aliviar necesidades del prójimo con una limosna que arranca a su caudal, no muy holgado. Y para que el tedio no le gane ni le enmohezca el ánimo, le bastan unos puñados de tabaco con que cargar la pipa y unos capítulos del *Quijote*.

No discute, no grita; ni habla siquiera. Pero la dura corteza de su carácter envuelve un corazón, que se exalta y conmueve con la desgracia, la sinrazón y la injusticia. Así, cuando la ambición y la intriga destruyen la paz en que vivía su aldea y pasan ante él la ingratitud y la deslealtad, alza el brazo amenazante, hace su voz profunda y cavernosa y sus ojos brillan despidiendo centellas de indignación.

Acuérdese el lector de la catástrofe de Coteruco. Luego, cuando sospecha que puede cometerse un crimen, se extremece y se agita «como león con la cuartana», despide de su pecho fieros rugidos y su palabra y sus puños se disponen a hacer una suprema justicia. Cuando restablece la razón perturbada y repara en lo posible el derecho escarnecido y ultrajado, don Lope vuelve impasible a su vida de andariego por trochas y caminos, torna a repasar el libro del Ingenioso Hidalgo, carga su pipa, empuña su garrote y se sienta a horcajadas sobre el potro de piedra, a cuya base se despeña el río. Indiferente al mundo exterior e impasible a las mudanzas de la vida, es siempre una prolongación del peñasco, donde gusta del hondo arrullo de las aguas. Nada le turba ni le inquieta... Llegada la noche, se encierra en su desmantelado solar, en cuyos muros abre una grieta cada nueva cellisca. También parece que es un anhelo de su alma, morir entre las ruinas de la hidalga casona.

Rama del mismo tronco que don Recaredo y don Lope, es el señor de Provedaño. Pereda le encuentra junto a su torre del siglo XIII, descargando a *horconadas* un carro de retoño seco. Como sus hermanos de espíritu, es alto, duro y fibroso; tiene la cara enjuta y bien poblada de barbas, y el mirar de sus ojuelos verdes, la curva de la nariz y el gesto de la boca hacen ser su rostro cervantesco y aquijotado. Vive a la sombra de los muros históricos, entre libros viejos y apolillados, cascotes romanos, piedras célticas, huesos fósiles, bronces herrumbrosos y hierros retorcidos, en cuya vejez y en cuya traza descubre su sagacidad de erudito un oculto vestigio que le sirve de guía para más completas investigaciones. Es noble, como el mismo Cid, porque desciende de reyes, señores y banderizos; le enciende el ánimo la injusticia y le subleva el alma la sinrazón; ha pasado su larga vida en reñidas contiendas con los yangüeses de la política y el caciquismo, y como el propio don Quijote ha caído frecuentemente desde los cielos del ideal a los abismos de su existencia. Rodrigo de Vivar, el de la *barba bellida* y la tizona indomable, es el espejo en que se mira; el Romancero su código, su catecismo y su evangelio; los hazañosos héroes castellanos, los santos de su mayor devoción. Es una crónica viviente de las gloriosas gestas.

Por el mundo andan libros que él escribió cuando dejó la azada y empuñó la pluma. Son desconocidas noticias sobre los apellidos que tuvieron origen en Castilla, de las primeras libertades del viejo solar, de la dinastía de los

Garcilasos, de la vida y los hechos de Juan de la Cosa y de don Pedro Calderón... Tiene «el suelo patrio embebido en la masa de la sangre», y por donde quiera que vaya con sus imaginaciones y sus discursos, va a parar a él y de él habla «hasta con la lengua extraña de los poetas o de los historiadores o de los geógrafos de la antigüedad»... Tiene en la memoria la historia de la Montaña, de su organización patriarcal, de sus Hermandades y sus privilegios; conoce el origen y la tradición de sus iglesias, castillos y solares, y dice de corrido, con acento de epopeya, cuáles fueron también el origen y la historia de la torre a cuya sombra vive y quiere morir. Y como los vetustos caserones del Deva y del Saja, la torre de Provedaño se rinde poco a poco al peso de su ancianidad y cuartea sus muros, pierde los ferrados tableros de sus puertas y ventanas y abre paso a los huracanes, que al fin darán con ella en tierra.

Pero la dura corteza de este solitario, esconde también un áureo corazón. Su palabra y su ejemplo sacan de su casa a los aldeanos, cuando el infortunio ronda la vida de un convecino; su discurso enciende a los más animosos en lumbres de caridad, y sus amenazas obligan a los rehacios y cobardes. Por la razón o por la fuerza, recorren todos juntos

montes y cabañas, buscando entre la nieve al infortunado pastor perdido, y cuando al cabo de vacilaciones y de peligros, le hallan aterido y enfermo, próximo a morir, es el hidalgo quien más le anima y le conforta y quien más le recrea y le alegra con cánticos y romances.

En estos recios hidalgos, de cuerpo de lanzón y alma de asceta, perdura a través de las nuevas costumbres y de las nuevas leyes un aliento de primitiva libertad. Los tres son águilas que buscan, lejos de las ciudades, cumbres y abismos que dominar con su vuelo. En su pecho hay un original concepto de la justicia de la tierra, porque es seguro que de la justicia de Dios tienen el recto y firme que les inspira su fe de caballeros y de cristianos. Son espíritus libertarios e indómitos, que padecen de asfixia en las estrecheces y angosturas de los medios urbanos. Por eso viven en pleno campo y a plena luz, en los peligros de la caza, en el oficio de labrar su hacienda y en el placer de la contemplación y de los libros. ¡Qué tremendas justicias harían estos hombres si tuvieran en su mano la ley! Al mismo rey le hablaran desde la altura de su dignidad, cara a cara, para hacerle ver que la mentira de los señores no llega tan arriba como la verdad de los vasallos.

Junto a ellos, robles enhiestos y frondosos,

se alzan otros árboles sin savia, que conservan, como postrera señal de su grandeza, la debilidad del tronco, amenazado de caer hecho astillas. Son hidalgos, que sólo tienen el orgullo del mote y la nobleza del blasón. Su fortuna ha naufragado en los encrespados mares del mundo; llevan una vida miserable y estrecha; al acabar la frugal comida, se echan sobre las barbas unas migas de pan, para fingir un opíparo banquete... ¡Ellos, tan acaudalados y altivos en otras edades, que albergaron emperadores en su casa, cobraron *fonsaderas* y *yantares*, no pagaron nunca derechos al rey «*e le fablaban sin homenaje*»! Se llaman don Robustiano Tres-Solares y de la Calzada y don Ramiro Seis-Regatos y Dos-Portillas de la Vega, nombres de tan limpio abolengo, que compiten por sus radiantes resplandores con el mismo sol.

Don Robustiano guarda, como reliquias de su fenecida opulencia, rancios casaquines, corbatas desvaídas y sombreros sin lustre; un huerto sin lozanía de plantas ni de flores; un molino harinero, «zambo de una rueda», sin caudal de aguas que le muevan y le alimenten; algunos muebles comidos por la vejez y la polilla, y un rocín enflaquecido y mustio, tan raído de crines, árido de cuello y dolorido de lomos, como aquel en que llegó a Madrid

el famoso sobrino del Cocinero de Su Majestad. El solariego caserón en que se cobija, se rompe a trechos, se hunde a pedazos y se quebranta a cada invierno por las cuatro fachadas. Y para nutrir su desmedrado cuerpo, el hidalgo se arrima a «un ollón de verdura con escrúpulos de carne y un torrezno liviano y transparente como alma de usurero». A tan lastimoso estado ha traído al caserón de los Tres-Solares el correr de los nuevos días. Pero dentro de sus paredes medio deshechas oculta don Robustiano su orgullo de casta. En sus salones fríos y desapacibles estallan sus iras caballerescas cuando un zafio plebeyo enriquecido osa elevar los ojos a la *belleza* de Verónica, último vástago del árbol secular, que crece débil y marchito en los tristes ámbitos de la casa. ¡Cómo truena el pintoresco *fidalgo* contra las osadías que se atreven a las glorias de su linaje! Quizás ha oído que

Oro es ingenio en el mundo
y oro en el mundo es nobleza...,

pero su orgullo de gran señor ve en estos versos la mentira de un poeta sin ideales y un ultraje del siglo a los blasones.

¡Qué sabroso palique el suyo con don Ramiro Seis-Regatos y Dos-Portillas de la Vega, solariego tan rancio como él y de vida tan apartada como la suya; también con caserón

se alzan otros árboles sin savia, que conservan, como postrera señal de su grandeza, la debilidad del tronco, amenazado de caer hecho astillas. Son hidalgos, que sólo tienen el orgullo del mote y la nobleza del blasón. Su fortuna ha naufragado en los encrespados mares del mundo; llevan una vida miserable y estrecha; al acabar la frugal comida, se echan sobre las barbas unas migas de pan, para fingir un opíparo banquete... ¡Ellos, tan acaudalados y altivos en otras edades, que albergaron emperadores en su casa, cobraron *fonsaderas* y *yantares*, no pagaron nunca derechos al rey «*e le fablaban sin homenaje*»! Se llaman don Robustiano Tres-Solares y de la Calzada y don Ramiro Seis-Regatos y Dos-Portillas de la Vega, nombres de tan limpio abolengo, que compiten por sus radiantes resplandores con el mismo sol.

Don Robustiano guarda, como reliquias de su fenecida opulencia, rancios casaquines, corbatas desvaídas y sombreros sin lustre; un huerto sin lozanía de plantas ni de flores; un molino harinero, «zambo de una rueda», sin caudal de aguas que le muevan y le alimenten; algunos muebles comidos por la vejez y la polilla, y un rocín enflaquecido y mustio, tan raído de crines, árido de cuello y dolorido de lomos, como aquel en que llegó a Madrid

el famoso sobrino del Cocinero de Su Majestad. El solariego caserón en que se cobija, se rompe a trechos, se hunde a pedazos y se quebranta a cada invierno por las cuatro fachadas. Y para nutrir su desmedrado cuerpo, el hidalgo se arrima a «un ollón de verdura con escrúpulos de carne y un torrezno liviano y transparente como alma de usurero». A tan lastimoso estado ha traído al caserón de los Tres-Solares el correr de los nuevos días. Pero dentro de sus paredes medio deshechas oculta don Robustiano su orgullo de casta. En sus salones fríos y desapacibles estallan sus iras caballerescas cuando un zafio plebeyo enriquecido osa elevar los ojos a la *belleza* de Verónica, último vástago del árbol secular, que crece débil y marchito en los tristes ámbitos de la casa. ¡Cómo truena el pintoresco *fidalgo* contra las osadías que se atreven a las glorias de su linaje! Quizás ha oído que

Oro es ingenio en el mundo
y oro en el mundo es nobleza...,

pero su orgullo de gran señor ve en estos versos la mentira de un poeta sin ideales y un ultraje del siglo a los blasones.

¡Qué sabroso palique el suyo con don Ramiro Seis-Regatos y Dos-Portillas de la Vega, solariego tan rancio como él y de vida tan apartada como la suya; también con caserón

blasonado y ruinoso; con orgullo de sangre rancia y azul; con dignidad de poderoso hidalgo venido a menos; pero más resignado, más tolerante y más conforme con las mudanzas que impone el tiempo! Don Ramiro transige con el democrático avance de los nuevos días y con la confusión de orígenes, castas y apellidos. Asomado a un almenado mirador de su palacio, ha visto que otros nobles han fundido al fuego del oro, como al calor del sol que más calienta, sus lanzones y sus espadas; que han vendido a buen precio sus pergaminos, y han entregado sus hijas, las obscuras infanzonas que desmayaban de afanes no satisfechos, a opulentos tratantes, mercaderes y salta-ferias.

En esta resignada transigencia del caballero del solar de los Seis-Regatos, adivina el de los Tres-Solares el afán de convertir el salón de homenajes en almacén de frutos substanciosos. ¡Qué tristeza la suya, entonces, viéndose solo y sin fuerzas para oponèrse a la corriente que amenaza arrastrarle! O transigir o perecer... Vuelve a encerrarse en su casona sin tejas, de estancias resonantes y vacías, y allí asiste a la tragedia de sus paredes, que al fin ceden al peso de la vejez. Entonces, entrega la blanca mano de Verónica al zafio enriquecido; pero sin rendirse a los halagos de la riqueza y de la hol-

gura. Es siempre el señor de los Tres-Solares y de la Calzada... Como señor que es, preside la mesa, guía el rosario y rige el gobierno de la casa. Y oye la misa del domingo desde el blasonado sitial que le ofrece la Iglesia por privilegio de sus mayores.

Otros hidalgos de la misma traza, aunque de diferente contextura espiritual, halló el artista montañés en las soledades por donde corre el Saja y en las alturas por donde el Nansa se despeña. Son don Román Pérez de la Llosía y don Celso Ruiz de Bejos, señores de linaje no tan apolillado y glorioso que vengan, como don Robustiano y don Ramiro, de una pata del Cid; pero ennoblecidos por la austeridad de su carácter, la llaneza de sus hábitos y costumbres y el amor a la tierra en que han nacido. Ninguno de los dos llega a las exaltaciones de don Lope ni a los lirismos romancescos del caballero de Provedaño. Son más serenos y apacibles. Han hecho del trato de sus vecinos una sociedad en cuyo seno viven sin acordarse de que más allá de los montes que cierran el nativo valle hay tierras de más amplios y bulliciosos horizontes.

Don Román pasa ya de los cincuenta años; pero conserva «el buen humor, las fuerzas y la robustez de los treinta». Ha encerrado su viudez en una casa grande y limpia, de

firme balconaje y huerto bien cultivado y oloroso. Tiene libros que le solacen, tierras que son su orgullo de labriego y ganados conocidos en todos las ferias por su lozanía y esplendidez. Es alegre y caritativo, frugal en la comida y modesto en el vestir. Unce un par de bueyes *al aire*, sabe echar las tres *cordadas* sobre un carro de yerba bien cargado, y conducirle, sin peligro de un tumbo, por el camberón más *pindio*. Bien hallado en su aldea, en la horaciana paz de sus campos, siente deslizar sus años regaladamente, ni envidiado ni envidioso. El cuidado de la propia hacienda no le impide mirar por la hacienda de los demás; y porque anhela las bondades de un sosegado «patriarcalismo», procura cerrar el paso a toda innovación perturbadora. De lo nuevo, elige lo útil y lo agradable, para provecho suyo y ajeno. Es el paño de lágrimas del vecino. Pero ni su saber, ni su hidalguía, ni sus caridades, ni sus enseñanzas logran evitar la catástrofe de sus ideales. La intriga y la ambición, abrazándose estrechamente con la deslealtad, le destronan de los corazones aldeanos. Con el alma rebosante de amargura, ha de volver la espalda al huerto natal lleno de recuerdos y a los campos fecundos y sonrientes. Acaso, sin los cuidados de su mano, los rosales languidecerán tristemente y los maizales doblarán sus áureas varas hasta besar la tierra. El va a curarse a la ciudad, entre el bullicio de otras gentes, las heridas que le abrió la ingratitud. Y lo abandona todo, a la hora en que el sol hunde sus trémulos resplandores más allá de los altos cerros.

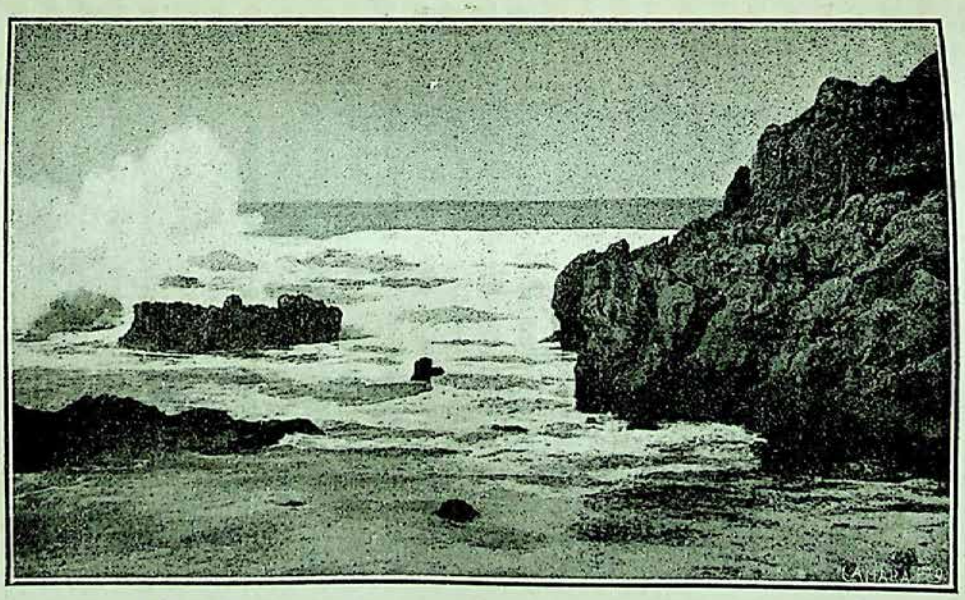
A don Celso, le conocemos viejo y enfermo, rumiando en su desabrigado caserón de Tablanca sus incurables melancolías. Arrastra por los tenebrosos pasillos el cuerpo desmedrado metido en las holguras de un chaquetón, «entre jadeos del resuello y fuertes amagos de tos», o lo arrima, en la cocina, a la hoguera en que arden los tizones y las matas de escajos. Ya hay más vida en su espíritu que en su materia. Si él, acaso, lo sabe, se resigna a la ley de la existencia, que es de muerte, sin inquietudes, ni congojas, con la mansa conformidad que dan un corazón sano y una conciencia limpia. Aunque lacio y caído, no se deja del todo ganar por la tristeza, ni contagia a quienes le rodean con los amargos desahogos del mal humor. Aún suele retozarle en el cuerpo el regocijo y animarle la cara, con resplandores de luz lejana, una discreta alegría. Es hombre que repara en todo, porque está largamente acostumbrado a mirar por lo suyo. Cuida de que la lumbre no se apague, de que el ollón no se enfríe, de que la

cena esté dispuesta... Y aunque tiene criados que le sirvan y le obedezcan, no halla reparo en cuidar de lo que tiene en casa; antes, busca el placer de poner en ello los ojos y la mano.

Durante muchos años, Tablanca ha sentido el benéfico influjo de su austero dominio. Como de su casa y su hacienda, cuidó del pueblo en que nació, igual que un pastor de su rebaño. Ahora, cuando los achaques le asedian, los males le aprisionan y la muerte le ronda, teme que su patriarcado se deshaga, a falta de nuevo señor que lo reciba y le dé amparo. Entonces, llama augustiosamente a Marcelo, de su misma casta y de su misma sangre, para que recoja aquella labor en que él puso sus más caros amores. Cumplido su deseo, la Naturaleza hace lo demás, metiéndose en el alma del cortesano con la belleza de sus montes y de sus valles, de sus torrentes y de sus cielos, con el soberano espectáculo del sol, o de la niebla, o de la nieve, envolviendo en velos de oro, de sombra o de armiño los agudos picachos donde anidan las águilas.

En estos apacibles hidalgos está representado el amor a la tierra, con la misma fuerza que en el señor de Provedaño y en el solariego de Tres-Solares el amor a los pergaminos y a los blasones. Todos ellos, por distinta manera, encarnan un ideal: el de la independencia, el

de la gloria, el de la sangre, el de la fe, con igual firmeza que don Valentín Gutiérrez de la Pernia siente el anhelo de la libertad. Y aún faltan otras figuras de hidalguía, raro ejemplo de afecto generoso al solar nativo o de pintoresca afición a la ranciedad de los escudos. ¿Por qué no traer a cuento a don Pedro Nolasco, el «gigantón de la Castañalera»; a don Pedro Mortera y a don Alvaro de la Gerra; a don Alejandro Hernández de Peleches y al autor de los días de Pedro Sánchez, descendiente de Sancho Abarca por virtud de un señor con barbas y capisayo, labrado a golpe de cincel en el blasón de su casona? Leve borrón de esta larga lista, es quizás el segundón don Pelayo, de quien se sabe que es «vidrioso de carácter, algo jugador de naipes, un sí es no es mocero y muy poco madrugador». Quizás por eso, no fué invitado a los pomposos funerales de don Celso, cuando sin miedo a las celliscas ni a la distancia, se congregaron en Tablanca los más recios ejemplares de esta casta de hidalgos: el de los precipicios del Deva y el de las alturas del Saja; el desterrado de Coteruco y el señor de la Torre de Provedaño... Claros varones, cuyos solariegos palacios yacen hoy solitarios y vacíos, sin escudo la portalada, sin altar la capilla y sin rosales el huerto, en los pueblos y rincones de la Montaña.



... Por allí se iba a la soledad y al misterio... *(Sotileza*, Cap. XXVIII).

III

Corte de amor y de dolor

MUJERES de los libros de Pereda... Sotileza, Lituca, Nieves, Ana, María, las de nombre dulcísimo y modesto, que orea el alma con aromas marinos y campestres de algas y madreselvas... Agueda, Luz, Inés, lirios de vida triste y resignada, como moradas flores de sacrificio. Catalina, Pilara, novias fuertes y saludables, robustas como diosas paganas, fuentes vivas de fecundidad y de salud... Honesta y compasiva tía Sidora, hija generosa del pueblo, que satisface en el amparo de una huérfana los placeres de la maternidad... Sois buenas, con bondad nacida en el corazón; teneis un ideal, que es obediencia, fe, castidad o anhelo de juventud; sois imagen de alegría o de luto, según el destino de vuestra existencia; tenéis en el escenario de

vuestra historia una vida humilde como la retama del monte. Al abrir los libros en cuyas páginas gozáis de la inmortalidad del arte, con la gracia que os infundió una pluma soberana, vuestros nombres exhalan la deliciosa fragancia de un oloroso cofre recién abierto. Todas juntas formáis con vuestras ansias y deseos, con vuestra risa o vuestro llanto, una corte de amor y de dolor.

Con la vida de estas mujeres y otras hermanas suyas, pasan por los libros de Pereda las suavísimas ráfagas del Bien. Tristes o alegres, con los ojos brillantes de luz o velados por el tul de las lágrimas, acarician el alma del lector como una brisa saturada de lejanos perfumes. La gracia y la bondad de sus almas, vistas con certera visión y arrancadas a la realidad del mundo con firme pulso, obscurece en todo momento a otras figuras de mujer, muy pocas, que son imágenes de torpeza, de vanidad o de codicia, símbolos femeninos del mal, que anda escondido en la tierra para asomar su fea catadura en cuanto puede, por lo mismo que los cielos más claros se manchan con una nube.

Estas bellas flores, de bondad, de resignación, de amor, de sacrificio—Sotileza, Agueda, Catalina, Luz—, son siempre enérgicas y emocionantes, de más humano relieve que

las otras. Cuando Pereda pinta el mal y elige para su pintura un alma femenina, crea imágenes más pálidas y más débiles, aun con la enorme fuerza que sabe siempre infundir su arte. Es que el novelista montañés llevaba en el corazón figuras de mujer que encarnaban todas las virtudes tradicionales de la dama española: la fe, la honestidad y la firmeza; el amor dulce y casto; la obediencia resignada y humilde; el sacrificio ennoblecido por la soledad y las lágrimas. En su pecho de poeta cristiano vivía el tipo femenino de *El Ama*, cantado muchos años más tarde por Gabriel y Galán. Además, en sus andanzas por la Montaña, desde las cumbres al mar, había quizás descubierto, en casas aldeanas levantadas junto al huerto y la mies, o en villas apartadas y silenciosas, mujeres de esa estirpe espiritual, bondadosas desde la cuna, honestas por sentimiento, firmes en el amor y resignadas en el olvido, dóciles como las varas de un rosal a las manos del jardinero que las cuida.

La Galusa y Carpia, traidora y codiciosa la una y maldiciente y lenguaraz la otra, son en las páginas de *La Puchera* y *Sotileza* espinas que se clavan y hacen sangre, ofreciendo con las flores de Inés y de Silda un contraste que se observa en el mundo frecuentemente. Las dos arpías, la aldeana y la marinera, son la

ambición sin cauces y la injuria sin freno, que como el aire de la calle llega a los rincones más abrigados. Figuras son arrancadas al bloque de la maidad humana. Pero son también la excepción. Las dos tienen su mayor castigo, su infierno más cruel, en las llamas de codicia y de envidia que las consume. La señora marquesa de Montálvez, Leticia Espinosa y Sagrario Miralta, plantas que viven y se desarrollan en un ambiente vicioso; Clara Valenzuela, la hembra de mármol, pecadora de un amor criminal, y Pilita, su madre, prisionera de la vanidad y del lujo, son el vicio del siglo, encubierto con el brillo de los blasones y disfrazado con los deslumbrantes arreos de la influencia y de la política.

¿Y cuántas más de estas mujeres, a quienes tientan los demonios del mal, se descubren en las novelas de Pereda? Frente a ellas levantan su rostro limpio de pecado y ponen su corazón rebosante de amorosos y castos anhelos, muchas heroínas que forman el florilegio de la bondad: campesinas rudas y honestas, marineras obscuras y bizarras, dulces y soñadoras solariegas, de vida regalada y apacible, o señoritas que distraen sus ocios con los ingenuos comentarios de las novedades de la villa o de la ciudad. En Villavieja, los días se deslizan sosegados y mortecinos, sin una inquietud

que perturbe profundamente su ritmo siempre igual. Cuando en las páginas de *Al primer vuelo* vamos a ella, camino real adelante, y llegamos a su vetusta plaza de arcos, nos parece entrar en uno de esos dormidos pueblos quinterianos que se llaman Alminar de la Reina o Arenales del Río. Sus habitantes padecen de quietud y de aburrimiento. Se saben de memoria el número de los sillares del Consistorio y el color de las nubes que entoldan el cielo. De nuevo y de mejor no tienen ni un ladrillo, ni un clavo, ni una teja... Sólo el espectáculo del sol, que al nacer entre nubes de rosa o al ponerse entre celajes de púrpura, ofrece cada día desconocidas magnificencias. Lo que temblaba se ha caído, y mucho de lo que se mantenía firme y erguido, se tambalea para caer. Dícese que de la petrificación de Villavieja tienen la culpa los tradicionales piques de los Carreño de la Campada y los Vélez de la Costanilla, familias enemigas que se disputan un señorío que no ejercen.

Aquí viven unas buenas muchachas, condenadas a estado de soltería. Son Rufita, las tres hijas del escribano Garduña, las dos nietas del indiano, las Pelagatas, las de Codillo y las Corbejonas, así llamadas por herencia de su padre, el primer Corbejón, que alcanzó mucho lustre como diestro herrador y competen-

tísimo albéitar. Todas ellas son figuras decorativas. Su vida retirada a unas horas, y a otras de visiteo o de murmuración en la Glorieta de la Costanilla o bajo los arcos de la plaza, es el alma de Villavieja. Como los días son largos y el ritmo pueblerino no se acelera, unas y otras pueden curiosear y hablar a su placer. El diablillo murmurador suele tentarlas y hasta soplarles al oído una de esas pequeñas infamias frecuentes en los pueblos ociosos. Hasta caen en pecado de vanidad y de presunción. Pero son buenas y bondadosas, y con ellas van siempre la honestidad y la honradez. Si el ministro de la Guerra enviase de guarnición a Villavieja un regimiento con oficiales mozos y solteros, ellas podrían tener novio y pelarían la pava, desde el balcón, a la luz romántica de la luna. Y entonces, con arreglar sus vestidos para lucirlos en la Glorieta, o cuidar de sus flores para que sahumasen el idilio nocturno, tendrían bastante.

Cerca de ellas, al alto de Peleches, ha sido transplantada desde Sevilla la flor lozana y juvenil de Nieves Bermúdez, que aunque andaluza, tiene el origen montañés. La forastera es graciosa y elegante, vive sumisa a la voluntad paternal y perfuma el campo agreste con grato aroma de claveles sanjuaneros. Mientras las de Villavieja le clavan, envidiosillas de su

hermosura y su riqueza, los alfileres de la curiosidad y la murmuración, ella cruza sotos y matorrales, se acerca al mar, que se descubre como un lejano espejo bruñido, y en el mar y en el monte pone la fuerza de su alegría y su juventud. La maledicencia la hiere, pero ella triunfa, porque es flor de bondad.

En Cumbrales, viven Ana y María y en Coteruco, Magdalena. Las tres tienen una existencia tranquila, en casas cómodas y limpias, con portaladas sin motes altaneros, pero con huertos amplios y olorosos y miradores donde ríe la luz desde el primer beso del alba. La austeridad paterna las ha educado en prácticas de trabajo y de virtud, que ellas ejercen sin esfuerzo. Van a misa con el ánimo piadoso y recogido; atienden a sus labores caseras, en una cristiana sustitución de la madre muerta; a la tarde, en la solana o en el mirador, cosen y bordan; y cuando la noche llena el valle de sombras y apaga los rumores del campo, distraen la velada en la placidez de la lectura, rezan el rosario y se entregan al sueño con la dulce serenidad de los espíritus tranquilos. Los domingos, visitan el corro, donde la mocedad lugareña danza al compás de los panderos; en tardes de feria o romería, recorren el campo repleto de baratijas y tenderetes, y en días de mercado van a la villa a comprar

los dulces y las telas que exigen las sobrias necesidades de la casa. ¡Qué pintoresca excursión aquella de María y de Ana, a la villa de los mercados del *maiz nuevo*! ¡Qué memorable paseo el de Magdalena, de vuelta de la feria de Pedreguero! Las tres son bellas y gentiles solariegas, que esperan en el mirador de la casona aldeana la llamada del amor que las ronda. A las tres las meció en la cuna el aire serrano, las besó el sol que alumbra las doradas mieses desde un cielo sin nubes, y las adurmió el rumor de las ingenuas coplas campesinas. Mientras ellas dormían en el plácido sosiego «de una noche agosteña y argentada», pudo rendir sus pasos junto a sus muros el pobre poeta montañés que rimó esta estrofa:

Abre, pues, los cristales
del balcón de tu casa solariega,
y apoyada en los viejos barandales
goza tú de la calma nocharniega.

Tan buena como ellas, pero más mañosa, *más de la casa*, es Lituca, la sencilla y humilde moza de Tablanca. ¡Qué hermosa flor agreste, con fragancia de montes gigantescos, besada al nacer por las eternas nieves de las alturas majestuosas! En tan grandioso escenario, tiene mayor gracia su humildad y su sencillez. ¿No la recordáis con su vestido flamante de percal blanco rayado de azul, sus zapatines

escotados, un capullo de rosa como adorno del pelo y una penquita de florido brezo prisionera en la boca? La moza tablanquesa es una hormiguita casera, de tan rara disposición para el arreglo del hogar, que se basta ella sola para revolverlo, desde el umbral a los desvanes. Sin saber por qué, en cuanto el lector la conoce se la figura limpia y fragante, con naturales aficiones de madrecita, impaciente para barrer el zaguán, bruñir la espetera, avivar la lumbre y aderezar la comida, limpiar la sala, *acaldar* la ropa nueva en los arcones con olor a manzanas, y sahumar los ámbitos más desabrigados y obscuros con romero oloroso. Con el mismo donaire, atenderá al trabajo campesino, a la siembra del trigo y del maiz, al ruidoso tráfago del *agosto* y a la vendimia de las doradas viñas en el otoño. Madrugará con el alba, porque en sus afanes de trabajo «siente pequeño el día», y cuando la noche llega, aún tendrá garbo para coser o bordar, sentada en la cocina, al amor de los tizones. En su corazón alienta el germen del *ama*, que descubrió el poeta castellano en una alquería de su tierra.

Al lado de estas adorables mujeres, están las viejas servidoras que son como una tradición de lealtad. Son Catana, la hija del sol de Andalucía; Facia y Tona en Tablanca; Nar-

da y Sebia en el trastornado Coteruco de la Rinconada. No han columbrado otros horizontes que las hospitalarias paredes de la casa en que sirven. Son una casta de servidores ya extinguida. En sus pechos no arraiga la ingratitud. Las mismas penas de sus señores, son las suyas; los mismos celajes que les nublan la frente, les ponen a ellas una sombra en el alma. Si algunos ahorros tienen, producto de muchos años de servicios, guardados están en la misma bolsa que guarda los ochentines del amo. Saben bastante con saber que ningún día les traerá el desamparo y se dan por satisfechas con el sabroso pan casero y el tibio calor del solar hidalgo que las cobija. ¡Qué hermosa escena aquella que presencia el caserón de los Ruiz de Bejos, cuando el patriarca muere, con el dolor y las lágrimas de Facia, la vieja sirviente que besa acongojada las yertas manos «del su señor».

Aún puede hacerse memoria de Pilara y de Catalina, las mozonas de Robleces y de Cumbrales, arrogantes Cibeles aldeanas de tez morena y carnes macizas, mozas agrestes que transcienden a heno recién segado, enamoradas a prueba de silencios y de desdenes. Aún puede recordarse a Sotileza, la guapísima marinera de la calle Alta, la hembra valiente y pudorosa, que defiende como una leona su

castidad y su honradez. Con ellas, forman un florilegio de bondades otras hijas del pueblo: aquella tía Sidora que da a Silda el amoroso cobijo de su bodega; Nisca, la madre infeliz que despide junto a la mole del trasatlántico al mozuco que va a las Indias «por ganar»; la pobre madre de Pachín, que presencia con el terror en los ojos y en el alma el estallido del «Cabo Machichaco»; las madres, las esposas y las novias que en el muelle santanderino dicen adiós a los marineros de *La Leva* cuando van a servir en «barco de rey»... ¡Santas mujeres, a quienes la pena y el deber hicieron esclavas! En el corazón de todas ellas, sufrido y abnegado corazón de Dolorosas, que trema de angustia, las espinas de la vida han abierto un raudal de sangre. En sus toscas y plebeyas figuras, el artista cantó un himno a las sublimes virtudes de la maternidad.

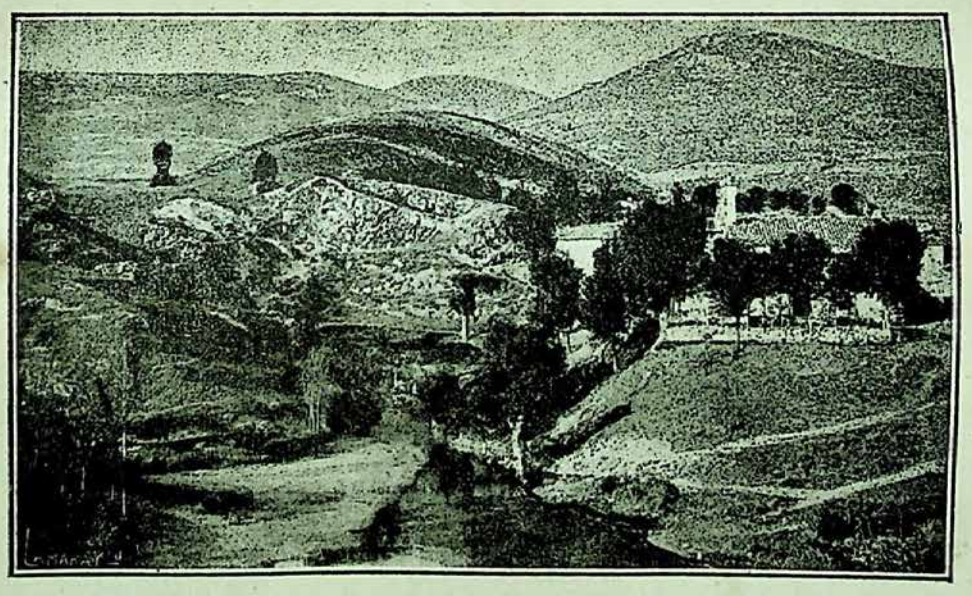
¡Desventurada Agueda, rama infeliz del árbol de los Rubárcenas! La fe tradicional de su casta, la arraigada fidelidad a las creencias de su alma y los férreos grillos de la conciencia ahogan los amorosos deseos que la arrastran hacia el hombre elegido. Les separa un abismo imposible de llenar. El impulso y la reflexión sostienen una lucha que es un tormento. Siempre atenta a las ocultas y misteriosas voces de la altura, distingue en ellas claramente

el acento de Dios, que le exige el sacrificio de la pasión humana. Siente ardientes nostalgias de los cielos y aspira al goce de las luces eternas. Por eso, la estremecen los obscuros caminos de la impiedad y del error. Luchará heroicamente por volver a la verdad al hombre en quien puso sus amores; pero si cae vencida, ahogará sumisa los impulsos de su juventud. Ha de ahogarlos, al fin, agobiada bajo el peso de una catástrofe. Y entonces, llora su desventura sin igual, cuando piensa que las tempestades del mundo la han condenado a vivir eternamente separada del hombre amado, en la tierra y en el cielo.

¿Qué dolor más agudo que el de la hidalga de Valdecines? Junto á él, ya son nada las desventuras de Inés, bajo la repugnante tiranía de la Galusa, el martirio de Luz, la pobre víctima de los pecados de la Montálvez, y la orfandad de Carmen, la triste hija de don Serafín Balduque. Pero de la augustia de todas, se desprenden generosas ideas de bondad y de compasión. Son mártires, a cuyas frentes debiera ceñirse una corona. No podrán obscurecer los resplandores de sus vidas, las sombras que proyectan otras mujeres no tan buenas, ni tan honestas, ni tan humildes, como Solita, la amante de Gedeón, y Osmunda, la infanzona del Robledal de los Infantes de la Barca. Y

mucho menos las ligeras neblinas de María Casa-Gutiérrez y las de Sotillo, almas femeninas de temple menos recio, curiosillas y vanidosas, *nubes de estío* entre cuyos velos brillan las zumbonas risas de Petra y los ojos de Irene, misteriosos y verdinegros como la superficie de un remanso sombreado de madreselvas y laureles.

Mujeres de los libros de Pereda... Modelos de virtud y de honradez; ejemplos de abnegado valor y de callado sacrificio; corazones que palpitáis con los anhelos de un amor casto; almas que pasáis por la vida, con el soberano poder del arte, desparramando la semilla del bien... Madres llorosas y sufridas; esposas resignadas y apacibles; novias ungidas de fidelidad... Hijas del pueblo y de la calle, señoras de la ciudad, musas del campo y de la aldea... Vuestras manos regalan una caricia y vuestros ojos prometen una esperanza. Sois el dolor que llora o el amor que sonríe. Que Dios os guarde... Porque sois buenas, la fortuna y la gloria os sean propicias.



...Se veían surgir reborbollando los copiosos manantiales del famoso río... (*Peñas arriba*, II).

IV

El Maquiavelo de Coteruco

Este *Maquiavelo* de aldea es, según el lector sabe, Patricio Rigüelta, flor de caciques, espuma de pícaros y espejo de trapisondistas y enredadores. En opinión de Menéndez Pelayo—ya se ve que el voto es de calidad—este político de campanario, sempiterno pescador a río revuelto, es el mejor tipo de Pereda. Bien merece un capítulo en este libro.

Yo tengo a Patricio Rigüelta por un bravo ejemplar de la picardía española, por hermano espiritual de los hidalguetes aventureros, comediantes de la legua y ladrones de ingenio, que hicieron gala de sus arbitrios y travesuras en plazas y corrales de ciudad o en mesones y hospederías del camino, y son ornato de nuestra novela picaresca, nunca bastante bien

alabada. Los manes de Cervantes y Quevedo, de Zavaleta y de Vélez de Guevara, pudieran decir si este arbitrante montañés no es por sus mañas, mentiras y trapisondas y por sus malas artes y su lenguaje, pariente de Rinconete y Lázaro de Tormes, de Guzmanillo y don Cleofás Leandro Pérez Zambullo y de otros héroes que los ingeniosos hidalgos conocieron o de los cuales tuvieron muy cercana noticia. A mí me parece que si otros personajes que pintó el maestro descienden de los venteros, mozos de mulas y truhanes de nuestra clásica literatura, mucho tiene también que ver con ellos el famoso *pardillo* montañés. De su vida y hazañas, haciendo de ellas una glosa afortunada y divertida, pudiera escribirse un libro. Y por Dios que fuera un libro de tan buena suerte, que lo leyeran para su regocijo igual gente letrada que gente lega, clérigos y seglares, criados y señores; gente plebeya y personajes de alto coturno; que pudiera ser guardado al mismo tiempo en la alforja del caminante y en la mochila del soldado, en la faltriquera de una lugareña y en la escarcela de la dama de calidad; que llegara, en fin, con la misma facilidad a un tinelo y a un estrado, a una cocina y a un bufete, a una hostería y a un salón, porque en todas partes pondría su leyenda un grano de pimienta o un puñado

de sal, y a las veces una enseñanza de que todos, ricos y pobres, nobles y pueblo bajo, pudieran sacar un poco de provecho.

El lector conoce a Patricio Rigüelta en la cocina de don Román, el patriarca de Coteruco, al empezar la novela de *Don Gonzalo González de la Gonzalera*, en el primer capítulo, que por ser de antecedentes de personas y conocimiento de lugares, «puede servir de introducción». Es entonces Patricio «hombre de cincuenta años, moreno, enjuto, de ojos pequeños y mirada innoble, muy risueño y muy hablador». Tiene «un poco de chalán, otro poco de arbitrista, muy poco de labrador y mucho de correntón y aventurero»; es «muy aficionado a ser concejal, pleitista perdurable y enemigo encarnizado de todos los Ayuntamientos», por supuesto, cuando no logra formar parte de ellos. Es caudillo en el pueblo de todos los viciosos y haraganes que no tienen acceso a la plazoleta de la portalada ni a la cocina del generoso hidalgo, y se despega de sus convecinos «por carácter, costumbres y figura, como el agua del aceite». Ya le llaman los aldeanos de Coteruco el *Judas de la tertulia...*, y es Judas del caballero Pérez de la Llosía, poco después.

Pero antes que en la tertulia de don Román aparece para regocijo de las gentes esta flor

montés del gracejo y la picardía, según ya dice Menéndez Pelayo, para que pueda servir de indicio, en una breve nota que puso al prólogo de las Obras completas. Y en efecto: hojeando la colección de *El tío Cayetano*, se encuentra al *Maquiavelo* de escalera abajo, haciendo de las suyas, aprovechando toda ocasión para solicitar mercedes para sí y para Gildo, su hijo, el «letrado», y toda coyuntura para sahumar sus proezas de revolucionario y ponerse en los mismos cuernos de la luna. Son los años del triunfo de la Revolución, cuando la Reina de los tristes destinos abandona las doradas estancias de su palacio y pasa el Bidasoa, buscando asilo en tierra extranjera, con la tristeza en el corazón y las lágrimas en los ojos, doliéndose con frase amarga de no tener más hondas raíces en los pechos españoles. Ya Patricio Rigüelta tiene malicias para llenar un saco y ambiciones que rebosarían los bordes de una alforja; ya ha realizado en su aldea, cuyo nombre se desconoce, cien hazañas y crímenes políticos; ya ha sido perjuro y desleal en servicio de las ambiciones sin freno y de las codicias desbordadas; ya tiene el mismo pintoresco lenguaje que en las páginas de *Don Gonzalo*, el lenguaje original y castizo de sus progenitores, los pícaros y rufianes de antaño, que fueran su blasón y su orgullo si él o su hijo,

a pesar de sus letras, no estuvieran en ignorancia de su existencia y de sus hechos. Todo lo cual es prueba de que diez años antes de salir el libro a luz, en 1878, ya andaba—todavía sin color los paisajes, sin bautizar el escenario y sin contornos ni perfiles las figuras; pero sí en bloque, para pintar los unos y desbastar y pulir las otras—ya andaba, digo, la novela en los claros repliegues de la imaginación de su autor.

Vea el lector a Patricio Rigüelta en aquellos días. El general Topete en Cádiz, a bordo de la fragata *Zaragoza*, anuncia con veintiún cañonazos que el trono de Isabel se derrumba; llegan en el vapor *Buenaventura* los generales que estaban desterrados en Canarias; toma Caballero de Rodas el puente de Alcolea, abriendo a las tropas vencedoras el camino de Madrid; hacen su triunfal entrada en la villa y corte, bajo una lluvia de flores y coronas, primero el Duque de la Torre y luego el vencedor de los Castillejos; la Reina abandona el suelo de España, sin que sean bastante a sostenerla en él los esfuerzos de Novaliches en Andalucía, de Calonge en Santander, de Pezuela en Aragón y del Marqués del Duero en Castilla la Nueva... La Revolución ha triunfado y el general Serrano preside el Gobierno provisional. Las salas, antecámaras,

pasillos y escaleras de los Ministerios se pueblan de gentes impacientes y ambiciosas que pasan la cuenta de sus méritos y servicios para cobrarlos en destinos, recompensas y honores. Ministros, generales y caudillos viven en un ambiente de favor, de adulación y de lisonja. No tienen manos para recoger todos los memoriales y mensajes en que los servidores revolucionarios relatan cuanto hicieron contra la Iglesia y contra el Trono.

El arbitrante montañés está al paño, y hace también protestas de su fe revolucionaria. Como no dispone de mejores medios para dejarse oir, dirige una carta a Cayetano de Noriega, que es el nombre de pila del mendigo santanderino que dió título al periódico en que Pereda escribe:

«Siempre tiré poco por la iglesia—le dice—y dende mis infancias más tiernas hágase la cuenta que soy ensalzao de lo más liberal, auto a lo que no me pueden ver ni el señor cura ni el mayoralgo, ni otra porrá de faiciosos que han sío aquí siempre los chicofantas y niquitrefes.»

Viene luego un elogio de su hijo mayor, que «ha tuvido escuela y su por qué de primeros latines», y sigue un breve relato de la revolución, después de la cual «se tocó a concejo por ufragio liberal», salió él alcalde

y nombró al hijo letrado secretario del Ayuntamiento «por ser persona de su confianza». En lo cual, ya se ve que Patricio Rigüelta no hace más que adelantarse un poco a los políticos de hoy, que también hacen de un golpe diputados, subsecretarios y directores generales a sus hijos, yernos y allegados, porque, sin duda, la confianza que les inspiran merece el espadín y la casaca.

Seguidamente pone a «retaporción» las «hiciones» de su mando, «para los efeutos importunos». Es un historial digno de un premio. Véase la muestra:

Primeramente, ordenó recoger «todos los armamentos ceviles existentes en los domecilios de los infrasquitos servilones y sus mancomunados», imponiéndoles a cada uno «el sustento y mantención de ocho proves necesitaos a mesa, mantel y ropa limpia...»

Segundamente, obligó al señor cura «a cantar de balde en intierros, natilicios y otros útiles de común aprovechamiento...»

Terceramente, decretó «el derrumbe de la iglesia parroquial», aunque en este particular no fué secundado por el vecindario y hubo de limitar el caso «a descolgar las campanas, desarmar los confesonarios y suprimir el alumbrado constante de la lámpara...»

Cuartamente, desamortizó algunos terrenos

del común, «y para que la gente fuera amañándose a la manera nacional de la nueva agricultura», quedóse él con ellos por de pronto...

Y *quintamente*, siendo la enseñanza libre, licenció al maestro «con el haber que por retaporción le correspondiera» y dió la escuela «al infrasquito letrado» hijo suyo, «por el solo interés de dos celemines de maíz por cabeza, en lugar de los ocho maquileros que cobraba el saliente del fondo monecipal», que de este modo se sentía «más descansao...»

Lo de la «libertad de encultos» nunca llegó a entenderlo bien; pero como es hombre que no se mama el dedo, mandó soltar cinco presos «que había en la cárcel por garrotazos de mayor cuantía».

Así interpreta Patricio Rigüelta el programa del primer Ministerio de la Revolución: el sufragio universal, establecido «como demostración de la soberanía del pueblo»; el principio de la libertad religiosa, «necesidad perentoria de la época presente»; la libertad de enseñanza, desagravio preciso por los excesos de la reacción «contra las espontáneas manifestaciones del entendimiento humano»; la libertad de imprenta, y la de reunión, y la de asociación pacífica, que ponían a la nación «en su mayoría de edad y emancipada de tutores».

¿No es el arbitrante de Coteruco precursor casi insigne de otros intérpretes de los programas y las leyes, las reformas y los decretos de hogaño?

Los servicios apuntados y otros que no se nombran, los hace constar aunque no es «cobicioso ni tentao a la alabanza de sí mismo», por si hay «da qué cruz o consideración» que darle, pues no es sujeto para oponerse a esto, ni a todo lo que sea regular, ni por uno, o dos, o medio hará jamás un desaire a la fineza del Ministerio... «Y si, pinto el caso—añade—valgo para deputao destituyente, por cortedá no dejen de avotarme...» En lo cual está bien claro que hace también lo que muchos políticos de hoy: sacrificarse en aras del país y en bien de la patria, cargando con honores y empleos, abrumando la cabeza bajo el peso de un sombrero de plumas y cruzando el pecho con una banda de colores magníficos.

Cuando el Gobierno anuncia su propósito de constituir las Cortes, aquellas borrascosas Cortes en que habían de contender las ideas libre-cultistas de Castelar y los sentimientos teocrático-absolutistas de Manterola; cuando la lucha electoral se aproxima y la pasión ya desbordada ha de romper todos los cauces, el *Maquiavelo* lugareño siente que le quema el deseo de arroparse con la augusta investidura

del legislador, vuelve a la carga y escribe nuevamente a Cayetano de Noriega, repitiendo «al consiguiente angunos particulares con el mesmo ojeuto, respetive al caso».

Sabe el *pardillo* que la indirecta del relato anterior, «tocante a ser destituyente por ufragio universal», ha tenido «manífica encarnación en el ánimo liberal», por lo cual se ha resignado al caso, y con el auxilio del hijo letrado ha amañado una soflama que expone «en todo su auge y consonancia», anunciando así su candidatura:

«Don Patricio Rigüelta, natural de estos reinos nacionales y sus islas contingentes; hijo de padres naturales, ya difuntos; mayor de edá, nutrío de carnes y no mal aparecío; desaminao en sus infancias en ortografía gramatical y cuentas hasta medio-partir y partir por entero; hoy día albitrante y con otras industrias saludables, pudiente y de arraigo..., a to el orbe tirráqueo de la España... digo al respetive...»

Y dice que se ofrece a ir «por sí y ante sí y según sus peculios» y «sin el sustipendio de tanto más cuanto, a las Cortes del Congreso...» ¿Programa político, social y de regeneración...? Lo tiene, como español que es de la casta aspirante al gobierno del pueblo: Votar al mismo Pateta si los electores le quieren...; «na de quintas, na de curas, na de Papa, na de Rey, na de enseñanza, na de mortalización, na de hipotecas, na de comercio, na de trabajo, na de garrote vil y na de contrebución... ¡Abajo todo ello! ¡Viva la libertad! El que sea más listo, que más apande y buen provecho le haga, que así nos hizo Dios...» ¿Es mal programa? Pues aún abarca a una buena serie de beneficios, para sí y para su hijo, el letrado, y para los «parientes cercanos, ensalzaos de la vecindá y electores que le voten en el ufragio».

Todavía asoma Patricio Rigüelta su castiza fisonomía y hace gala de su literatura pintoresca, cuando el Ministerio decreta que los varones gloriosos que honraron y enaltecieron a España en vida, hallen en muerte decoroso sepulcro en un panteón nacional. Por la pluma de Pereda, en las columnas de *El tío Cayetano*, protestan Pelayo, el Cid, Cisneros, Guzmán el Bueno y Alonso el Sabio; Quevedo, Murillo, Ercilla, Lope de Vega, Moreto, Calderón y Juan de Herrera; el Padre Mariana, Churruca, Gravina y Hernán Cortés, contra los propósitos de un ministro «que pretende atropellar el sagrado de las tumbas en que yacen como católicos y creyentes a puño cerrado, para amontonarlos en un lóbrego rincón semi-pagano, por rendir culto a una ri-

dícula pretensión revolucionaria». El politiquillo de Coteruco, adivina sagazmente un panteón en que los mármoles y el oro pregonen las muertas glorias y las fenecidas grandezas humanas. Y por tercera vez escribe a Cayetano de Noriega pidiendo que en el« Pantallón nacional de hombres de lustre» sean enterrados «los huesos de un descendiente suyo provinente en línea reuta de nuestra casta liberal...», hombre que fué en vida «de mucha espalda, sobrecargao de ella hacia los hombros, estebao de patas y muy sacao de morros...» Anuncia, al efecto, que los envía en un saco al Ministro, bajo la guarda del letrado hijo suyo. Y de paso, para aprovechar la coyuntura pidiendo una tajada más substanciosa, dice de su hijo, el letrado, que «es mozo de arte, con güena pluma y mejor genial, auto para el servicio de la libertá o da qué empleo que se le quiera dar a la vera de V. E. excelentísima...»

Estos son los «antecedentes políticos y literarios» de Patricio Rigüelta, el héroe de la novela de *Don Gonzalo*. Su tipo y su lenguaje, sus ideas y sus ambiciones, sus habilidades y truhanerías, son una cruda caricatura de ciertos hombres de la Revolución y una sátira cruel contra los personajes y los acontecimientos de aquellos días. Antes de ir a las páginas

del libro y de aparecer en la cocina de don Román, tiene bien ganado su parentesco con los aventureros y rufianes de nuestra gloriosa literatura picaresca. Ni las malicias de su discurso, ni las sales de su palabra, tienen menos donaire que los arbitrios y el gracejo de los pícaros de plaza, de mesón y de camino que alivian el humor y regocijan el ánimo en muchos libros españoles. En una antología de travesuras y truhanerías, malas artes y peores mañas, no podrían faltar las de este *Maquiavelo* de campanario, que siempre tiene tendida la red para pescar en aguas turbias.

En los capítulos de *Don Gonzalo* adquiere Patricio Rigüelta relieve singular. Allí despliega su ingenio con mayor fuerza; habla con más graciosa donosura; intriga con más grande habilidad. Desde labriego obscuro, sube a político influyente. Sus viejas prácticas de enredador y de pleitista le valen para ganar la voluntad de sus vecinos, para jugar con la ingenuidad lugareña como un gato con un ovillo de lana y para aprovecharse de la sencillez de todos en provecho de su bolsillo y de su hacienda. En sus manos tiene los hilos con que mueve, como a frágiles y grotescos muñecos, la vanidad, la ambición y la tontería ajenas. Si sabe de un afán, él lo recoge; si de un rencor, él lo aprovecha; si de un agravio, él lo

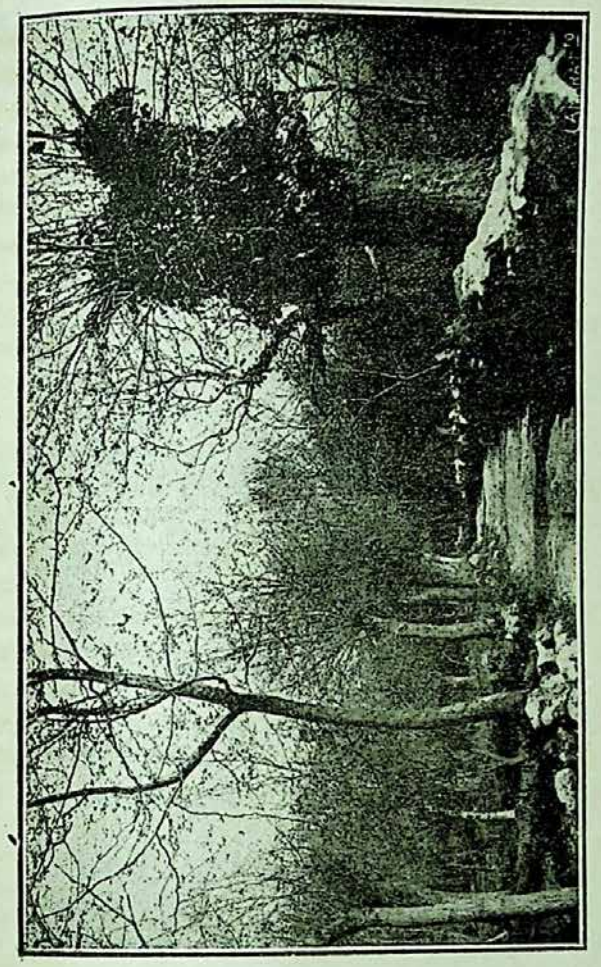
hace leño que arda en la hoguera de su propia ambición. Así llega a mandar, a ser rico, a ser cacique; a influir en el Municipio, a ser dueño de buenas tierras, a tener «otras industrias saludables». Como la lealtad no le pesa, ni la gratitud es carga que le abruma, anima a los prudentes y subleva a los díscolos contra quien estorba su paso. Es su mano la que pone la piedra en la honda que ha de dispararla; y cuando el pedrusco es proyectil que injuria y que hiere, él sonríe en la sombra, sin que la culpa pueda alcanzarle. Así crece y se esponja, sin que le inquiete la traición, ni le atormente el fantasma de Judas. Hace su camino, sin reparar en zarzas ni breñales, esperando que el esfuerzo de los demás, juguete suyo, le aparte los obstáculos que se lo cierran. Y no busca, como el apóstol traidor, el árbol en cuyas ramas ha de colgar la soga que lo ahorque, sino que el castigo y la expiación le sorprenden cuando se ve en pleno dominio y sueña con ser más fuerte y poderoso. Inesperadamente, la tragedia le elige como víctima; el puñal de un asesino le desgarra el pecho; sus ojos se nublan; caído en el suelo se revuelca en su propia sangre, mientras sus labios temblorosos de agonizante pronuncian supremas palabras de misericordia y perdón.

Entonces, el juicio definitivo de la crítica

literaria le eleva a la categoría de gran figura. Ya está incluído en la larga lista de inmortales que salieron de la misma fantasía y la misma pluma, al lado de Macabeo y Tremontorio, del Padre Apolinar y don Valentín. Pero aún su creador, con el soberano poder del arte, ha de volverle al mundo, para que asista en un domingo de Carnaval a una comida que le proporcione ocasión de aprovechar sus mañas y lucir su ingenio. Y vuelve con su misma pintoresca fisonomía, con la misma ambiciosa condición, con el mismo gracioso lenguaje, para darse de bruces con «el pícaro faicioso» que sacó a la vergüenza pública «con imposturas calumniosas» en el libro de marras, a él y a su hijo «y a toos los ensalzaos de Coteruco». Entonces se escribe la famosa carta *De Patricio Rigüelta (redivivo) a Gildo, «el letrado», su hijo, en Coteruco*. El locuaz arbitrista relata en ella el festival, pinta a los comensales y aconseja a su hijo que refiera en la aldea lo que mejor convenga, porque algo ensalzan a su padre «estos osequios que recibe de personas tan pudientes y vistosas». Ya lo dice en otro lugar: «no sólo de tajás y picardías vive el hombre, sino también de un buen roce personal, vistosidá de los ojos y recreo del magín...»

Con aquella carta se despide Patricio Ri-

güelta del lector. Si quisiéramos encontrarle ahora, habríamos de hacer un viaje a las zahurdas de Plutón. Allí es seguro que vive, sin olvidar sus mañas, entre los saludadores, mercaderes, astrólogos y demás gentes que vió Quevedo en los obscurísimos reinos, por particular providencia. Y allí estará de cierto por todos los siglos de los siglos.



V

Tipos y paisajes

«Cuando *pinto*, no *retrato*», escribió Pereda al frente de los *Tipos trashumantes*. Cierto. Con las observaciones y los recuerdos, dormidos o agazapados en su memoria, tenía bastante para llenar de magníficos colores su paleta. Con que los paisajes o las figuras, fueran ellos los que fueran, desfilaran ante sus ojos, le bastaba también para que en su cerebro brotasen las luminosas llamas de la inspiración. A sus libros iba lo fantástico mezclado con lo real, lo soñado del brazo de lo vivido, lo sorprendido en la naturaleza de la mano de lo nacido en la imaginación, todo ello con formas, contornos y perfiles nuevos y originales. Pero el rasgo, el detalle y el matiz que encendieron la llama creadora, las fugaces observaciones de que

fluyó la obra de arte, en tipos y escenas que emocionan o regocijan a las gentes, brotaron muchas veces de las inagotables fuentes de la vida. Es este un singular privilegio. El artista, sorprende lo bello y lo deforme, lo gracioso y lo pintoresco en el mundo que le rodea; lo arranca de un tirón; le da calor en su fantasía, y lo idealiza con las galas y los primores del estilo, infundiéndole vida nueva. Y a veces, a una de estas figuras debe el artista creador su fama y su gloria.

En los libros del Ingenioso Hidalgo montañés hay muchos personajes que tuvieron vida real. Acaso, fueron hombres de carne y hueso *Tremontorio* y el *Tuerto*, los típicos marineros de *La leva*, como lo fué don Bernabé, el catedrático sin entrañas, terror de los humanistas santanderinos. Aquellos comerciantes de la vieja ciudad, enriquecidos con el café y y el azúcar que traían de América las gallardas fragatas de tres palos, fueron como don Apolinar de la Regatera y don Serapio Caracas; los solariegos de la primera mitad del siglo, como los hidalguetes de los Tres-Solares y los Seis-Regatos; los aldeanos intrigantes y pleitistas cargados de malicias y testarudez, como *Cutres* y Patricio Rigüelta. En las páginas de *Pedro Sánchez* hay varios santanderinos, entre ellos don Máximo Díaz de Quijano, abogado y artista, y don Nemesio Fernández, más conocido de sus contemporáneos por el *escribano de Cartes;* en *Nubes de estío*, están el pintor Fernando Pérez del Camino, el poeta Enrique Menéndez Pelayo, el literato José María Quintanilla y algunos contertulios de la *Casuca;* el boticario de *Al primer vuelo*, aquel bonachón don Adrián, que despacha sus drogas en la plazoleta de Villavieja, es el mismo personaje, hecho escribano, «hombre de poca estatura y de mucha untaza», descripto por Domingo Cuevas en su libro *Antaño...* Quizás en la Montaña, en escondidos pueblos marineros o labradores, vivieron tipos semejantes al *Berrugo*, al *Lebrato* y al *Josco* de *La Puchera*, y a *Tablucas, Nisco* y *Resquemín*, los de *El sabor de la tierruca*. En ellos también vivirían solariegas como María y como Ana, mozonas tan bien plantadas como Pilara y Catalina, bravucones del temple de *Chiscón* y vagos impenitentes como don Baldomero. ¿Qué montañés no ha saludado alguna vez, en la revuelta de un camino, a hidalgos como don Pedro Mortera, o ha dejado de sonreirse al paso de un indiano ostentoso y relamido como don Gonzalo, el de Coteruco? ¿Quién que haya recorrido las aldeas montañesas, no ha dado la mano a un mozo como Pablo, que dejó las disciplinas universitarias

por la vida campestre y libre? ¿Ni quién ha dejado de admirar la sencillez de algún clérigo, de almadreñas y cachava, lleno de bondad y de latines, como don Sabas, el de Tablanca? Pereda los vió a todos, sin duda, y los idealizó con su genio. Ya se daba por acabada la dinastía de las brujas, ya no aullaban en los viejos castillos llenos de sombrías leyendas, ni bailaban sus grotescas danzas en las noches de sábado sin fulgor de estrellas ni de luna, cuando el artista las halló agazapadas en míseras casucas tapizadas de malvas y yerbajos. Se llamaban la *Miruella* y la *Rámila*, nombres de rapiña, que ponen miedo en los rapaces, y eran viejas, muy viejas, y arrugadas, muy arrugadas, como todas las de su estirpe. Pero no eran las brujas de Walpurgis, ni las que vió don Enrique de Villena, ni las de Zagarramurdi, ni las de Macbeth, ni siquiera de la casta de la sorprendida por Bécquer en el castillo de Trasmoz... Eran unas pobres mujeres, agobiadas por la miseria y por los años, que arrastraban su vejez y su fealdad entre la supersticiosa credulidad aldeana y condenadas a perecer bajo el peso de la ignorancia si una mano compasiva no les prestara amparo. Las brujas... Todavía quedará alguna, escondida en el frío rincón de un pueblo de España. Ya no habrá en cambio, ningún romántico soña-

dor, como aquel heroico don Valentín Gutiérrez de la Pernía, que tiene por su mejor mortaja la gloriosa casaca y el altivo morrión que vistió en Luchana. ¡Oh, pintoresco Quijote de nuestros días, llagado en el corazón por las deslealtades del «perjuro», que ama a la libertad como a la alta y soberana señora de sus pensamientos! En algún olvidado paladín del romanticismo político, resto inservible de nuestras luchas, vería el artista al héroe de Cumbrales, con sus ojos verdes y chispeantes, su bigote de pábilos y su raído corbatín militar, remembranza de sus hazañas.

Más cierto es que los marinos de *Sotileza* cruzaron «de verdad» los mares de ambos mundos. Bitadura, el bravo capitán de la *Montañesa*, su piloto Sama, el silbador de la *sopimpa*, y Madruga, el que lanzaba al aire las palabras forradas en cobre, fueron invitados en más de una ocasión a comer queso de pasiegas y a beber chacolí de Cueto a bordo de la *Hermosa Trasmiera*, en el puerto de la Habana. Para amenizar la merienda, Madruga bailaba el *danzón* y Sama el *cocuyé*, con el mismo donaire que los bailaran en casa del capitán. Quien invitaba y pagaba el gasto, era un bizarro marino que se llamó Mariano Lastra, y empezando su vida de «náutico» en el *Trasmerano chiquito*, un bergantín que hacía honor

al nombre por su tamaño, fué capitán de varios buques comillanos, entre ellos el *Santo Domingo* y el *Guipúzcoa*, y después de navegar cuarenta años, abandonó la mar, buscándole un descanso a su cuerpo, que ya «hacía agua».

Dicen que hace tiempo vagaba por los muelles santanderinos un viejo pescador, casco desarbolado a fuerza de correr temporales, que esperaba tomando el sol los últimos bandazos que habían de desguazarle totalmente. El abatido marinero solía echar el ancla en la caseta de los prácticos para ponerse a subio contra las inclemencias del Noroeste. Allí oyó leer la novela de Sotileza, sin perder detalle de su vida, desde que aparece en casa del Padre Apolinar, hasta que se despide de Cleto. Y desde entonces decía seriamente que la bizarra callealtera era sobrina suya. Quizás le bastase para creerlo, que un hermano suyo hubiera perecido en San Pedro del Mar, arrastrado por la galerna, como pereció el autor de los días de la guapa moza.

Del Padre Apolinar se sabe ciertamente que fué exclaustrado por la revolución. Yo he conocido santanderinos que le recordaban llevando por las calles de la ciudad su encorvada figura y barriendo las piedras con sus raidos manteos. Su ardiente caridad, su amor al prójimo y hasta su aparente mal genio,

eran populares. Algunos viejos hablaban de él, encontrando a sus caridades alguna semejanza con las de otro sacerdote de grata memoria en la capital montañesa: el venerable don Pedro Gómez Oreña, párroco durante muchos años de Santa Lucía, hasta su traslado a la Catedral de Lugo, donde murió siendo canónigo Maestrescuela. Pero el Padre Apolinar no fué exclaustrado del convento de San Francisco, de Santander, sino dominico. En Santo Domingo, de Ajo, en la antigua merindad de Trasmiera, vivió cristianamente en oración hasta que en 1835 los aires revolucionarios turbaron su vida monacal. En el mismo convento continuó viviendo, sin embargo, repartiendo su pobreza entre los ancianos y los niños, a quienes amaba tiernamente, y alimentando con las migajas del escaso pan que comía a las aves que picoteaban en los cercados próximos. Ha de saberse que el compasivo fraile era aficionado al averío. Hacia 1862 llegó a la ciudad, donde hizo popularísimos su traza, su caridad y su genio. Decía «la misa de seis» en el convento de San Francisco y algunas veces oficiaba en la ermita de Santa Lucía. Ya muy viejo, murió santamente, como había vivido, entre las bendiciones de las buenas almas.

Alguien conoció al médico don Elías, el

al nombre por su tamaño, fué capitán de varios buques comillanos, entre ellos el *Santo Domingo* y el *Guipúzcoa*, y después de navegar cuarenta años, abandonó la mar, buscándole un descanso a su cuerpo, que ya «hacía agua».

Dicen que hace tiempo vagaba por los muelles santanderinos un viejo pescador, casco desarbolado a fuerza de correr temporales, que esperaba tomando el sol los últimos bandazos que habían de desguazarle totalmente. El abatido marinero solía echar el ancla en la caseta de los prácticos para ponerse a subio contra las inclemencias del Noroeste. Allí oyó leer la novela de Sotileza, sin perder detalle de su vida, desde que aparece en casa del Padre Apolinar, hasta que se despide de Cleto. Y desde entonces decía seriamente que la bizarra callealtera era sobrina suya. Quizás le bastase para creerlo, que un hermano suyo hubiera perecido en San Pedro del Mar, arrastrado por la galerna, como pereció el autor de los días de la guapa moza.

Del Padre Apolinar se sabe ciertamente que fué exclaustrado por la revolución. Yo he conocido santanderinos que le recordaban llevando por las calles de la ciudad su encorvada figura y barriendo las piedras con sus raidos manteos. Su ardiente caridad, su amor al prójimo y hasta su aparente mal genio,

eran populares. Algunos viejos hablaban de él, encontrando a sus caridades alguna semejanza con las de otro sacerdote de grata memoria en la capital montañesa: el venerable don Pedro Gómez Oreña, párroco durante muchos años de Santa Lucía, hasta su traslado a la Catedral de Lugo, donde murió siendo canónigo Maestrescuela. Pero el Padre Apolinar no fué exclaustrado del convento de San Francisco, de Santander, sino dominico. En Santo Domingo, de Ajo, en la antigua merindad de Trasmiera, vivió cristianamente en oración hasta que en 1835 los aires revolucionarios turbaron su vida monacal. En el mismo convento continuó viviendo, sin embargo, repartiendo su pobreza entre los ancianos y los niños, a quienes amaba tiernamente, y alimentando con las migajas del escaso pan que comía a las aves que picoteaban en los cercados próximos. Ha de saberse que el compasivo fraile era aficionado al averío. Hacia 1862 llegó a la ciudad, donde hizo popularísimos su traza, su caridad y su genio. Decía «la misa de seis» en el convento de San Francisco y algunas veces oficiaba en la ermita de Santa Lucía. Ya muy viejo, murió santamente, como había vivido, entre las bendiciones de las buenas almas.

Alguien conoció al médico don Elías, el

que en las páginas de *La Puchera* enseña al Berrugo los peligrosos caminos de la cuevona donde yace oculto el tesoro del pirata. No falta quien recuerda también al seminarista Marcones, el arisco mozón de Lumiacos. Seminarista era, por cierto, y grande y arisco como el maestro lo describe. Sin duda, fracasó en sus propósitos de asegurarse la puchera por los medios que puso en práctica para la conquista de Inés, porque se sabe que volvió al Seminario, a enredarse con las teologías y los latines, que llegó a cantar misa, que regentó la iglesia de Nuestra Señora del Puerto, de Santoña, y que, ya viejo, con la misma aridez y los mismos humos, estuvo en Cabezón de la Sal. Allí murió, repentinamente, cuando predicaba un día del Sagrado Corazón de Jesús. ¡Dios le haya concedido su gracia!

En la maravillosa narración de *Peñas arriba* hay varios retratos «del natural». Pereda descubrió en un grandioso panorama del Nansa la casa hidalga de los Cuesta, arrullada por los sones del río, con su solana encajonada entre dos cortafuegos, su escudo de armas, su amplia cocina, sus salones desabrigados y su huerto salpicado por las matas de ruda, de mejorana y de romero. El malogrado arquitecto Leonardo Rucabado, que construía típicas casas de la tierra, preparaba al morir la

publicación de un libro de arquitectura montañesa y en él pensaba incluir el plano de la casona de *Peñas arriba*. De ella salieron los principales tipos de la novela, haciendo cuadro a la patriarcal figura de don Celso. A Chisco, «el mozallón de Robacio», que guía al madrileño Marcelo desde las márgenes del Ebro a las melancólicas regiones del Nansa, puede vérsele también en el artículo de *El Higarón*, que incluyó en su libro *Antaño* don Domingo Cuevas. Se llama entonces Chisco el de Rozadio, aludiendo a la aldea de donde procede, y viene de las alturas del puerto, conduciendo los ganados que tornan a sus establos. Ya dedica sus ocios a los ejercicios venatorios, ya es terror de las alimañas montunas, ya ha buscado al oso en sus cubiles... Pereda ha de describir después sus proezas.

Chisco murió hace pocos años, viejo, muy viejo, con la frente llena de arrugas y la cabeza cubierta por la nieve de noventa y dos inviernos. Retirado a su pueblo, arrastraba su vencido cuerpo por los callejos y camberones, apoyándose en un tosco palo de acebo. Su indumentaria recordaba a la que usaba cuando sirvió de espolique al sobrino del mayorazgo tablanqués; calzaba abarcas de tres tarugos sobre escarpines de paño pardo, y la escasez de cuello en la camisa dejaba ver, rodando

sobre su pecho, las negras cuentas de un rosario. Sus convecinos le llamaban «el tío Chisco Andrés». ¡Qué lejanos los días de sus andanzas por quebradas y breñales, cuando escalaba el peñón de Bejos sin fatiga ni esfuerzo, con la misma facilidad de un cortesano sobre las alfombras de un salón! En su aldea campurriana vivía de sus recuerdos y nostalgias, sin saber acaso que la pluma de un artista había llevado su nombre, su figura y sus proezas juveniles a un libro inmortal.

Personaje real es el señor de la torre de Provedaño, aquel erudito solitario a quien visita desde Tablanca el andariego Marcelo. En las páginas de la novela vive con la fuerza de una escultura, con su mismo rostro cenceño y venerable, sus mismas costumbres campesinas, sus mismas aficiones a la labranza y al estudio, con su historia, su generosidad, sus exaltaciones y sus caídas, con toda su vida, en fin, al modo hidalgo y caballeresco. Suya es la torre que se describe, adusta y ruinosa, soportando trabajosamente el azote de las celliscas; suyos los libros de literatura o de historia, escritos por el solariego en muchas horas de labor fecunda y silenciosa; suyas las juiciosas razones que se mencionan; suyas también las hazañas que se recuerdan. El admirable caballero se llamó don Angel de los Ríos y Ríos,

era noble de origen y fué cronista de Santander durante muchos años. Siendo aún muy joven, se retiró a su pueblo de Proaño, en el alto Campóo. Vivía en una casona, por mitad labradora y señorial, a la sombra de su histórica torre del siglo XIII, desde cuyos rasgados ventanales se descubren soberbios panoramas de valles y montañas. Era un carácter indomable. Riñó muchas encarnizadas batallas con los caciques lugareños y con los truhanes que pescan en las turbias aguas de la política; algunas veces hubo de recurrir a la fuerza para castigar agresiones o rechazar ultrajes; la sinrazón de los que mandaban, hecha razón, le persiguió y le encarceló, sin conseguir abatir ni su cabeza ni su espíritu. Si en alguna ocasión le amenazaron con atarle las manos, protestó diciendo que eran bastante a sujetárselas las ligaduras de su honor. Fué rico y murió pobre, una tarde de agosto, junto a la torre heredada de sus mayores. De su vida, proezas y desventuras se habla largamente en otro libro mío, que anda hace tiempo por el mundo.

La hoz del tiempo ha segado de las mieses del mundo estas lozanas espigas, que fueron genios originales o caracteres pintorescos. En los libros del maestro montañés tienen vida artística y perdurable para encanto y regocijo de los nacidos y de las generaciones futuras.

Quedan también en la Montaña los soberanos paisajes en que el gran artista colocó a sus figuras y desenvolvió los episodios de sus novelas. Paisajes montañeses son todos ellos, con la excepción del escenario de *La Montálvez* y *Pedro Sánchez*, que es Madrid; pedazos de su «huerto hermoso, bien regado», con sus campos sonrientes, sus montañas altísimas, su bravo mar y sus ríos cantarines y espumosos. Los castizos personajes de las *Escenas montañesas;* los que bullen y se agitan en los cuadros de *Tipos y paisajes* y *Esbozos y rasguños;* los que encantan y regocijan en las páginas de los *Bocetos al temple*—marineros, comerciantes, raqueros, campesinos, hidalgos, jándalos, solariegos e infanzones—*viven* en Santander o en Polanco, la ciudad y la aldea que fueron siempre preferentes amores del artista. El Santander de *Tremontorio* y el *Tuerto*, de *Pipa* y *Cafetera*, es la ciudad marítima, ya muy lejana, de las fragatas trasatlánticas, de los cabildos de mareantes y de la capilla de los Santos Mártires en la Puntida. El Santander de don Apolinar de la Regatera y don Serapio Caracas, es la plácida ciudad de las correderías y los escritorios angostos y obscuros, de las excursiones aeronáuticas de Mr. Juanny y de la fiesta conmemorativa, con estatua de la Victoria, de la batalla de Vargas. El Polanco o sus alrededores, de *Sabel* y de *Chiscona*, de *Blas del Tejo* y de *Celipuco* el jándalo, es un pueblo tranquilo y patriarcal, que parece dormido bajo la sombra protectora de sus robles y sus castaños. Y el puerto veraniego de los de Becerril y las de Cascajares, del *artista* de navaja y vacía y del aprensivo enfermo de Ríoseco o de Zamarramala, está muy lejos, muy lejos, del estival Santander de hoy, tan claro, tan bullicioso, tan radiante, que se mira en su bahía como en el cristal de un espejo y se estremece de júbilo con los cañonazos de los buques de guerra cuando ondea en el palacio de la Magdalena el morado pabellón de Castilla. ¡Qué lejano también el Santander de *Sotileza*, aquel Santander de la Fuente Santa, del cuartel del Reganche y de la Casa del Navío, con los pataches anclados junto a la Aduana, el mar lamiendo las aceras del Muelle y la caseta de los prácticos oliendo a alquitrán y a brea en plena ciudad! En el poema de la moza de la calle Alta, quedó inmortalizado el Santander que conocieron muy pocos de los que hoy viven; un pueblo marinero y comercial que sólo los viejos, muy viejos, tienen en su memoria envuelto entre las nieblas indecisas del pasado.

También es Santander el escenario de *Nubes de estío;* pero más cercano, más urbaniza-

do, aunque todavía con los pataches levantando su bosque de palos junto a la Aduana y la caseta de los prácticos en el Muelle, al lado de la machina de la Monja; un Santander con Cámara de Comercio, Círculo de Recreo, vida de sociedad y periódicos «con información telegráfica de España y del extranjero». La mocedad de entonces peina ya canas; no se publican *La Voz Montañesa* ni *El Atlántico;* ya se hacen pocas excursiones al río Cubas, que es el *Pipas* de la novela, rojo y medio cegado por las tierras minerales... Y es Santander la angustiada ciudad de *Pachín González*, en aquel tremendo 3 de noviembre de 1893, convertida en un alarido, envuelta en llamas, ametrallada por la carga del *Cabo Machichaco*, con sus montones de cadáveres, sus arroyos de sangre y su mar de lágrimas. ¡Qué espantosas ideas evoca este recuerdo de la catástrofe! Pero ya el dolor ha pasado, Santander es una ciudad nueva, y de aquella página de luto no queda más que una lápida que escribió un erudito epigrafista en los claustros de la Iglesia mayor, la matrona que llora en el sencillo monumento de Maliaño, y el mástil roto sobre la proa de un navío, que recuerda en el campo-santo de Ciriego el heroísmo de los marinos del *Alfonso XII* sacrificados a su deber. ¡Y este libro de la triste odisea de Pachín González, a través de las calles de la ciudad sólo alumbradas por los resplandores de las hogueras...!

Se apagaron las llamas crepitantes
del incendio voraz; los anhelantes
labios que suspiraban se plegaron
con las promesas del futuro día;
las gargantas ahogaron
el cantar de su fúnebre elegía.
Ya tranquilas las aguas turbulentas
volvieron a sus cauces; ya son lentas
y mansas sus corrientes gemidoras,
y las blancas espumas tembladoras
que el mar azul en su saludo envía
duermen sobre la playa rumorosa...
¡la ciudad bulliciosa
se mira en el cristal de su bahía!
No hay mástiles deshechos
ni velas desgarradas;
no hay naves por el fuego destrozadas,
no hay corazones de dolor maltrechos;
ya no hay miembros ni huesos confundidos
en humeante pira amontonados,
ni despojos de púrpura teñidos,
ni músculos de sangre salpicados.
Hay carne joven, viva y estallante
donde la roja sangre se renueva,
sonora como un mármol palpitante,
con fuerte aletear de vida nueva...

El maestro buscó el escenario de *Los hombres de pro* no muy lejos de su lugar. Próximas a Torrelavega vió quizás la docena y media de casucas, una de las cuales, convenientemente remozada, ostentó en letras verdes sobre campo rojo el título de *Abacería de San Quintín* y fué donde Simón Cerojo amontonó los primeros caudales. Torrelavega puede ser la villa adonde trasladó sus reales el futuro banquero y diputado, que andando el tiempo halló entre los *Bardales*, *Cajigos* y *Abedules* de su progenie los *Peñascales* que arrimó a su modesto nombre. El distrito que recorrió en su viaje electoral es el de Cabuérniga-Potes, el mismo que Pereda visitó en su única salida por los campos de la política, pasando la canal de Cillorigo, subiendo a las alturas de Polaciones y parando en la propia histórica villa de los Orejones. Por Cabuérniga puede estar el nombre imaginario de *Coteruco de la Rinconada*, donde se desarrollan los episodios de *Don Gonzalo González de la Gonzalera*. En aquella región, bañada por el Saja, que desciende turbulento desde las Sierras de Isar, hay muchos peñones que flanquean el río como el «potro de don Lope». Acaso *Coteruco* es Ruente. El maestro trasladó a este pueblo la casa solariega del hidalgo del Robledal, desde Comillas, donde se asienta destacando su vejez en la risueña modernidad de la villa de los Arzobispos.

Valdecines, *Treshigares* y *Perojales*, los pueblos de las dramáticas escenas que se desarrollan en *De tal palo, tal astilla*... están regados por el Besaya, que se desliza «de la hoz en el fondo, sereno y luciente», sobre cuencas de rocas. La hoz de Bárcena es la que cruza el doctor Peñarrubia, guiado por *Macabeo*, en aquella medrosa noche de tempestad, bajo la lluvia que embravece al río y lo obliga a saltar y despeñarse, fragoroso y terrible. Desde el tren, bajando a Santander desde Reinosa, buscando el mar, descubre el viajero al Besaya, retorciéndose entre los altos taludes con furor de epiléptico. Mejor se sabe que Polanco es *Cumbrales*, el escenario de los humos de *Nisco*, de los temores de *Tablucas* y las baladronadas de *Resquemín*. Precisando más el lugar, puede afirmarse que es el barrio de la Iglesia, y que *Rinconeda*, la patria de *Chiscón*, es el barrio de Mar, del mismo pueblo. Desde las alturas de Cotejón, se descubre el inmenso panorama de *La Puchera*, la grande extensión salpicada de huertos y caseríos, alfombrada por el oro de las mieses, pintada aquí y allá por la sombra de robledas y castañares, cruzada por las aguas del Besaya y del Saja, hechas una sola cinta de plata para dar

al Cantábrico sus caudales. La *ría de la Arcillosa*, donde tiende su «re» el *Lebrato*, es la ría de la Requejada, formada por las aguas de los dos ríos. No está lejos *Robleces*, que es Suances, villa por mitad terrestre y marinera, que conserva los rotos paredones de un torreón,

sobre un peñón de la costa
que bate el mar noche y día,

y sobre los cuales alguien ha supuesto que Núñez de Arce levantó el castillo del lúbrico don Juan de Tabares. No muy lejos, está *Lumiacos*, que es Hinojedo, donde vino a la vida el cerdoso sobrino de *La Galusa*.

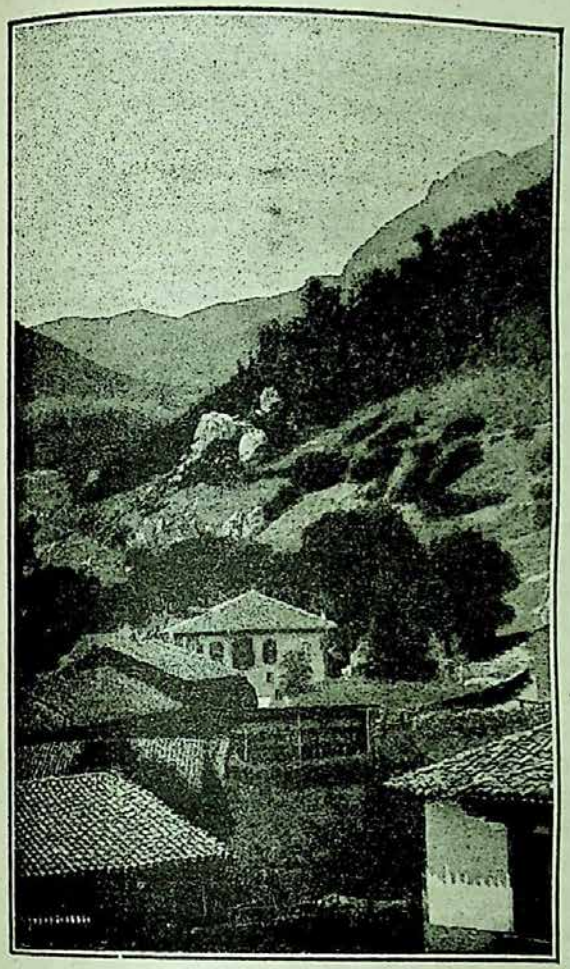
Por allí andan también la *Villavieja* y el *Peleches* de *Al primer vuelo*, la primera, con su plaza de arcos y su *Glorieta;* el segundo con sus risueños campos y sus grises pinares, y cerca de ellos, el mar, azul, inmenso, sin horizontes, infinito. Sabemos que *Villavieja* es Torrelavega, la villa de los Garcilasos, tan insignes en armas como en letras... El poder del artista la arrancó del extenso valle en que se asienta y la colocó sustituyendo a Suances, junto a la ría y donde el Saja y el Besaya, unidos, se pierden en el mar, entre Miengo y Ongayo. En un instante, la villa de las Corbejonas y las de Codillo, fue puerto, aunque de poco tráfico, y como consecuencia

del traslado, el barrio alto de Suances, pasó sencillamente a ser *Peleches*, con la casa del tuerto don Alejandro en lo más soleado y eminente, para que se descubran bien desde sus balcones los maravillosos panoramas de montes, de aguas y de cielos.

En lugar bastante más apartado buscó Pereda el escenario de *Peñas arriba*. ¡Pero qué majestuosa región es ésta que cobija la hidalga casona de don Celso! Las nieblas y las nieves son eterna corona de aquellas cumbres, donde la luz tiene resplandores, destellos y cambiantes desconocidos, donde el aire es más diáfano y más sutil, donde la noche rueda sobre las montañas llenando el valle de sombras jamás vistas... El artista encontró allí a Tudanca, el *Tablanca* de la novela... Lo buscó atravesando Cabuérniga y ganando las alturas de Sejos. Fué luego hacia él en otro viaje desde la Julióbriga de los romanos, salvando las fuentes del Ebro, andando contra la corriente del Híjar, y subiendo por Proaño y Soto hacia Palombera. Y ya tuvo bastante... En su imaginación se despertaron viejos y dormidos recuerdos de otra excursión lejana; su memoria grabó fuertemente la visión de fragosidades y de abismos; su pluma pudo ya trazar la grandiosa epopeya de las montañas... Todo tiene en el libro exactitud geográfica. Todo en él

es verdad, y nada ha experimentado trastornos ni mudanzas: ni una cima, ni un valle, ni una barranca, ni un ribazo. En sus páginas demostró Pereda, más que nunca, que llevaba a la tierra montañesa en la memoria y en el corazón; que ni el sol de agosto le deslumbraba, ni las nieblas de otoño le estorbaban el paso, ni las celliscas invernales impedían el vuelo de su fantasía. Parecen escritos para él los conocidos versos:

Caminos de la Montaña,
de memoria os aprendí...



Los pueblos, amontonados en sendas rinconadas de la garganta... ***(Peñas arriba,*** **XII).**

VI

Pereda y Galdós

Todo el mundo sabe en España que el insigne autor de *El Abuelo* tiene una hermosa finca en Santander. Se llama *San Quintín,* recordando una de las más famosas comedias de su dueño; tiene la entrada, al norte, por un hermoso paseo orillado de frondosos árboles y bautizado con el nombre del glorioso maestro, y se asoma por el sur a la nueva avenida de la Reina Victoria, dominando un espléndido panorama de montes y de mar.

De aquella casa, hizo Pérez Galdós, hace mucho años, su retiro veraniego. Allí se han escrito famosos libros, que llevan en la última página el nombre de Santander y la fecha

en que fueron acabados. En aquel taller del arte fué pensada la triste historia de *Marianela*, con la que su glorioso autor quiso rendir un tributo de su cariño a la Montaña. Allí, sobre las blancas tapias del oloroso huerto, los santanderinos han visto miles de veces al excelso padre de *Fortunata y Jacinta*, cuando a la caída del sol, descansaba de una tarea de muchas horas, paseando los ojos perspicaces por las grises alturas que limitan el horizonte al otro lado de la extensa bahía y oreando las sienes abrasadas con el fresco vientecillo de la tarde. Allí también halló el maestro apacible refugio, cuando muchos desengaños pudieron enfriarle el alma, y hasta allí le siguieron la devoción y la lealtad de unos pocos, entre los cuales hay que nombrar el primero al viejo poeta Estrañi, que siempre ha sido para Galdós hermano más que amigo. Y allí buscó la blanda caricia del cielo velado por las nieblas, cuando a sus ojos, fatigados y enfermos de tanto escribir, les hería y dañaba la luz como la punta de una espada... ¡Cuando sus ojos, que tan hermosas perspectivas descubrieron en el mundo del Arte, iban hundiéndose y cegándose, como los de Milton y los de Homero!

Lo que no saben todos, aunque Pérez Galdós lo tiene escrito, es que visitó la Montaña

y afincó en Santander, impresionado y atraído por la emoción que le produjeron las descripciones y pinturas de Pereda. Fué aquella tan profunda y tan viva, que le descubrieron la belleza de regiones tan ideales como vistas en sueños. Leía el maestro uno de los primeros volúmenes del novelista montañés y sus páginas le inspiraron la idea de hacer un viaje a la Montaña. Cerró el libro; lo volvió al estante, junto a un hermano suyo, y mandó preparar la maleta. A los *Tipos y paisajes* se debe el milagro.

Era allá por los años de 1871. Cautivado el maestro de *La Fontana de Oro* por la grandeza artística de *La leva* y de *Al amor de los tizones*, buscó al maestro montañés en su tierra santanderina, estimó su amistad y estrechó su mano. Desde entonces fueron amigos, pasearon juntos, se escribieron, hablaron de arte y de política y se enfrascaron muchas veces en polémicas y disputas en las que la amistad jamás sufrió quebranto.

Antes de conocerle, Galdós había oído decir que Pereda era «ardiente partidario del absolutismo»; pero no lo creía. Le dijeron también que el pintor de los cuadros montañeses había formado en la minoría carlista del Congreso; pero le costaba creerlo. No le cabía en la cabeza. Después, tratándole, se cercioró

de la «funesta verdad». El hombre a quien tanto admiraba, se encargó de confirmárselo, echando pestes contra todo lo que a él le era simpático. Entre la conciencia de los dos se abría un abismo, tan ancho y tan hondo como el que separaba a la familia de los Peñarrubia, de Perojales, y a los Rubárcenas, de Valdecines. Era la lucha de la luz y la sombra, de la fe y la duda o mejor de la credulidad y la negación. Hablaban y discutían, reñían y se encrespaban; cedía uno terreno y lo ganaba el otro; éste lo perdía ahora para recobrarlo después... Y al cabo, de aquellas vivas discusiones que empezaban siendo literarias o políticas y acababan con puntas metafísicas o ribetes filosóficos, salían siempre la amistad pura y el cariño sin mancha. ¡Qué elocuente lección para los extremosos radicales de hogaño, rojos o negros! Ni a unos ni a otros les entrará en la cabeza, aunque haya quien pretenda metérsela a golpes de mazo.

Si Galdós publicaba una novela cuya tesis no se avenía con las creencias de Pereda, y esto ocurría casi siempre, el escritor montañés se descolgaba con una larga epístola, criticando el libro desde su punto de vista y zarandeando de lo lindo las doctrinas que no se hermanaban con las suyas. En poder del autor de *La Estafeta romántica* hay muchas cartas

peredianas, que formarían el más curioso epistolario. El glorioso maestro las guarda como láminas de oro y no quiere darlas a la luz: prefiere que conserven su perfume de fraternidad en el profundo cajón de la mesa donde yacen, comenzando a amarillear por la acción del tiempo.

Cuando salió *Gloria*, levantando una escandalosa polvareda, le pareció a Pereda que aquellas páginas eran una grave perturbación para las conciencias. Tomó la pluma y escribió a su autor una carta desmenuzando el *caso* de la familia de los Lantigua y de Daniel Mortón. Luego escribió *De tal palo, tal astilla*, para oponer una teoría a otra teoría y colocar una novela frente a la otra. Y de todo aquel batallar, la amistad de los dos salió entonces, como siempre, antes y después, firme, recia, inconmovible, como una roca poderosa de los embates de la borrasca.

Andando el tiempo, se publicó *El sabor de la tierruca*, y algunos demagogos excitados y no pocos neos recalcitrantes se asustaron viendo a Pérez Galdós prologando el libro. ¡Y para mayor escarnio, poniendo a su autor en los mismos cuernos de la luna! A los pobres borregos de la demagogia y a los mansos corderos de la otra banda, les parecían tales elogios una apostasía de quien los daba y una

abdicación de quien los recibía. Ni al uno ni al otro les cogió de susto el escándalo. Se sonrieron un poco amargamente, porque conocían el paño. Ya Galdós preveía la ocurrencia, y por eso en el mismo prólogo le decía al impaciente lector: «Veo que te haces cruces, ¡qué simpleza! pasmado de que al buen montañés le haya caído tal panegirista, existiendo entre el santo y el predicador tan grande disconformidad de ideas en cierto orden. Pero me apresuro a manifestarte que así tiene esto más lances, que es mucho más sabroso y, si se quiere, más autorizado. Véase por dónde lo que se desata en la tierra de las creencias, es atado en los cielos puros del Arte. Esto no lo comprenderán quizás muchos que arden, con *stridor dentum*, en el Infierno de la tontería, de donde no los sacará nadie. Tal vez lo lleven a mal muchos condenados de uno y otro bando, los unos encaperuzados a la usanza monástica, otros a la moda filosófica. Yo digo que *ruja la necedad*, y que en este piadoso escrito no se trata de hacer metafísicas sobre la gran disputa de Jesús y Barrabás. Quédese esto en lo más hondo del tintero, y *a quien Dios se la dió, Cervantes se la bendiga.*»

Ya se ve que a pesar de las ideas absolutistas y del acta representativa de don Carlos, tan

apartadas del credo liberal y de la diputación por la República, Pereda y Galdós fueron amigos entrañables. El castellano de Polanco quiso al autor de *Gloria* con sus ideas y a pesar de ellas; el solitario de San Quintín quiso al autor de *Don Gonzalo* por la firmeza y el tesón que ponía en la defensa de sus doctrinas y llegó a creer «que se desfiguraría su personalidad vigorosa si perdiera la acentuada consecuencia y aquel tono admirablemente sombrío». No se lo imaginaba más que sectario del absolutismo y deseoso de que Felipe II resucitara para volver a hacer sus gracias en el gobierno de España, aunque bien sabía que el intransigente montañés era por la sencillez de sus costumbres y por la llaneza y la amenidad de su trato, «que podría derechamente llamarse democrático, el hombre más pacífico del orbe». Así lo escribió. «A veces imagino que, por trazas del demonio, la Humanidad pierde el sentido, que el tiempo se desmiente a sí mismo y nos hallamos de la noche a la mañana en plena situación absolutista. Llevando adelante la hipótesis, imagino que al autócrata se le ocurre una cosa muy natural, y es elegir para primer gobernante al hombre de más ingenio de su partido. Tenemos a Pereda de ministro universal. Pues ya podemos hacer lo que se nos antoje, porque

de seguro no nos ha de chamuscar ni el pelo de la ropa, y viviremos en la más dulce de las anarquías.»

De cómo Pereda correspondía a este cariño fraternal, hay también prueba escrita. Cuando se estrenó *La loca de la casa*, se organizó en Santander un banquete en obsequio de Pérez Galdós. El hidalgo de Polanco llevó la voz cantante en la fiesta y ofreció el agasajo en una historieta ingeniosísima que fué incluída en el último tomo de sus obras completas con el título *Va de cuento*. ¿La recordáis, lectores? «Erase un lugarejo... de reducidos términos y hacienda escasa, pero rico en galas y ornamentos de la naturaleza»..., y «érase al mismo tiempo un señorón de la corte, que había dado en la gracia de visitar a menudo aquel lugar, tentado de la codicia de sus bellezas naturales...» El cortesano compra un terreno «en las praderas más elevadas de la costa», donde sacuden de firme los vendavales, y labra una casa en él... Vuelto el señorón a Madrid, hace allí una de las suyas, «pero de las más sonadas», y los humildes vecinos del lugarejo acuerdan solemnemente, en «una concejada que tuvo que ver», acudir en su día a casa del sujeto para «rendirle homenaje». Llegado el día, cuando volvió el cortesano al lugar, «invadióle la casa el vecindario, con los trapitos

de cristianar encima y el modesto agasajo bien escondido»; y un «arrumbado fiel de fechos» habló en representación de todos los presentes, con muchos tropiezos y no pocas caídas, y dijo lo que bien supo y pudo en honor de «la Su Mercé».

De este cuento sacó Pereda una moraleja que fué sentida ofrenda de su amistad y su admiración hacia el insigne autor de *Marianela*. «Tú, comensal perínclito—le dijo—, admirado compañero y amigo del alma; tú eres (y perdona el modo de señalar) el señorón pudiente y campechano; nosotros, los congregados en tu derredor para festejarte sin *agredirte*, los pardillos de la aldehuela, hombres de índole sana y animosos, muchos de ellos un tanto dados al vicio de las letras, y todos, en conjunto, admiradores fervientes de los grandes maestros, como tú, en el arte de cultivarlas; y yo, el arrumbado fiel de fechos que aceptó, en mal hora, el encargo de echarte la soflama, y que al llegar el fiero instante de cumplir su cometido, siente, congojoso y trasudando, que le falta la palabra, y se le cuaja la voz en el gaznate, y nada sabe del paradero de sus ideas, para decirte, siquiera, a lo que viene. En tan negro trance, dejándome de retóricas inútiles y atento sólo al cumplimiento fiel del honroso mandato, llamo tu considera-

ción, con el respeto debido, no hacia los humildes cestucos de nuestras humildes ofrendas, sino al hondo sentimiento que palpita en nuestros corazones al presentártelas, a la buena amistad, a la admiración fervorosa y al cariñoso respeto que te consagramos. Todo esto y otro tanto más que se siente mejor que se explica, junto y en una pieza, sazonado al calor de nuestro regocijo, y entre fragantes hojas de laurel virgen que tan profuso crece en el florido suelo de la tierruca, que ha dilatado sus linderos al henchirse de noble vanidad desde que la diputaste por tu segunda patria; todo esto, repito, te ofrecemos, y te lo sirvo yo con alma y vida, como plato final de este agasajo cariñoso, en la salsa de mi oficio.»

A buen seguro que entonces, como antes con el prólogo de *El sabor de la tierruca*, *rugió la necedad* en los dos bandos, en el demagógico y en el clerical, lo mismo entre los «encaperuzados a la usanza monástica», que entre los del vestido «a la moda filosófica». ¡Tendría aquello que oir!

Se estrenó *Electra*, la obra tumultuosa, que desencadenó una tempestad de pasiones. El entusiasmo liberal de los más exaltados, gritó en la calle contra la Religión y apedreó los conventos. España entera se encendió en una hoguera de disputas y de odios. Ni entonces

faltó la carta de Pereda a Galdós, tan llena de serenidad como de cariño. El maestro montañés no se sumaba a los aplausos; pero tampoco envolvía al dramaturgo de *Electra* en un silencio que podía parecer desdeñoso. «Crea usted—le decía—que me veo y me deseo para buscar el tono de estos cuatro renglones... Bien sabe usted la cordialidad con que le quiero y le admiro, y tampoco ignora cómo pienso en determinadas cuestiones, de suma delicadeza para mí, no por obcecación apasionada, sino por convencimiento racional y profundo. De aquí mi conflicto en este instante, porque yo quisiera ser de los primeros en aplaudir ese nuevo testimonio del talento y del ingenio con que tan prodigiosamente fué usted dotado por Dios; pero no que se sumen mis aplausos con el frenesí de las gentes que alzaron la bandera de muerte y exterminio contra ciertas cosas que nada tienen que ver con lo que sucede en el drama; más aún: yo acepto como presidiable el *caso* de Pantoja y votaría con gusto el grillete para él, y hasta (si me es lícito usar ejemplos pequeños en asunto tan grande) alguna vez he fustigado en la medida de mis pobres fuerzas, *secuestros* de esa índole abominable; pero me lo parece aún más la del otro fanatismo, que a pretexto de la rama podrida quiere derribar el tronco sano y ro-

busto. Nada tiene que ver, repito, una cosa con otra, y hasta creo que no ha sido la intención de usted confundirlas en su obra: creo más bien que el exagerado alcance social que ha tenido en la opinión *caliente*, se la han dado las circunstancias, algo que anda de un tiempo acá en el ambiente de nuestra política militante. De cualquier modo, las cosas se han sacado ahora de quicio; y a ello se debe que, como le digo al principio, me vea y me desee al escribirle estos renglones, pues en ocasión tan solemne para usted yo, que tan de veras le quiero, no debo ni puedo permanecer en un silencio sospechoso; y al decirle algo, temo que le sirvan de molestia los distingos a que me obligan la lealtad de mi corazón y los deberes de mi conciencia de cristiano viejo...»

En este bajo mundo, sobreponiéndose a todas las luchas que suelen separar a los hombres, estuvieron unidos los dos grandes maestros de la novela, como en los claros cielos de la Inmortalidad vivirán juntos sus nombres. ¡Como en los puros espacios del arte, iluminados por luces eternas, y a los que no llega el eco de las disputas humanas, viven hermanadas las figuras de Marianela y Sotileza, de Gloria de Lantigua y Agueda Quincevillas, de Inés y Lituca, de Solita y Catalina, de Lucila y Pilara...!

Yo vi un día a Pérez Galdós enternecerse como un niño, al evocar el recuerdo de aquel su grande amigo de la Montaña. Fué una tarde de invierno, en Madrid, en su retiro de la calle de Hilarión Eslava, cuando el maestro y yo, solos en la paz de una estancia bien orientada al mediodía, charlábamos largamente de llevar al teatro, con la intervención de mi pobre ingenio, la bárbara pasión de Tilin, el sacristán de San Salomó, por la hermosa dominica Sor Teodora de Aransis.

Tenía el cielo un color azul pálido y por el alto ventanal entraba una luz fría. Soplaba el viento tristemente, trayendo en sus alas invisibles rumores de las frondas del vecino Parque del Oeste y de la Moncloa. Era la estancia que sirve de dormitorio al glorioso maestro, sencilla, casi humilde, sin más adornos ni decoración que el busto del autor de *Tormento*, labrado por Victorio Macho. Sobre la cama, un crucifijo de talla abría sus brazos amorosos, perenne símbolo de abnegación, de sacrificio y de paz.

Medio tendido en una butaca estaba Galdós, con las piernas envueltas en una manta serrana, de espaldas al ventanal, burlando el daño de la luz sobre sus ojos ciegos. Fumaba sin tregua, tabaco no muy bueno. Acababa un cigarro y encendía otro. Y

el humo iba espesándose y condensándose, hasta formar una nube que se estrellaba contra el techo y colgaba sus azules jirones de las paredes.

Hablamos de la Montaña, de las tardes pasadas en el huerto de «San Quintín», unas veces viendo deslizarse sobre las aguas de la bahía los balandros ligeros como pájaros, otras oyendo el lejano rumor del mar embravecido debatiéndose en las rompientes de las Quebrantas. Recordamos a los fieles amigos que formaban la tertulia del viejo maestro: Estrañi, el poeta del donaire y de la gracia; Torralva Beci, un literato de alto vuelo, obscurecido en los tinglados de la política, donde él trabaja y otros medran; Esteban Polidura, una crónica viviente de sucesos santanderinos... En seguida, asociando al recuerdo de la Montaña la memoria de su cantor, asomó en labios de don Benito, el nombre de Pereda. Y sus ojos parpadearon rápidamente, como queriendo tragarse las lágrimas.

Siguió un largo silencio. El gran escritor evocaba, sin duda, días lejanos de gloriosa juventud, aquellos días del triunfo de sus libros, cuyos títulos llevaba la fama a los más apartados rincones españoles; quizás las horas pasadas junto al insigne artista montañés, bajo el cielo gris de Cantabria.

—¡Pereda! —dijo luego.—Fuimos grandes amigos, casi hermanos... Recuerdo...

—¿Qué recuerda usted, maestro?—le pregunté.

—Un viaje que hicimos por tierras montañesas. Me llevó Pereda en su propio coche. Fueron cuarenta leguas por Cantabria, saliendo de Santander y parando en Potes, junto a los Picos de Europa.

—Cuente usted, don Benito... Recordar es vivir. Salieron ustedes de Santander y...

—Salimos de Santander y nos detuvimos en Santillana, la villa muerta como Brujas, dormida, mejor, en el remanso de la Historia. Todo era soledad y silencio, porque Santillana parece el pueblo más arrinconado del mundo, el más apartado de todas las rutas de la vida activa. Vimos las casas venerables, llenas de escudos, que parecen viviendas de gente de otro siglo. Un escudo que tiene un águila atravesada por una flecha; otro, con un guerrero a caballo, en singular combate con un dragón; otro, con los cuarteles partidos por una cruz... Casas viejas, muy viejas, torcidas, llenas de jorobas... Ya se habrán caído, porque es un milagro que se tengan en pie. ¡Qué bien estaba en Santillana, Pereda, con su rostro avellanado y su perilla hidalga! Parecía el señor de la villa, que había dejado la gola, el

ferreruelo y las calzas para disfrazarse con la ropa del siglo.

—¿Verían ustedes la Abadía...?

—También. Fuimos a ella por una calle estrecha como un embudo. La puerta principal movía a lástima. Unas series de arcos concéntricos cuajados de estrellas, cables, lacerías y otros primores ornamentales estaban rotos, destruídos...

—Esos arcos concéntricos ya no existen. La ignorancia los ha cubierto con una capa de yeso.

—¡Bárbara mano, la culpable de tal herejía artística!—exclamó el maestro en son de protesta. Luego continuó:

—También en el interior vimos entonces capiteles, impostas y cornisas desfiguradas por el yeso. ¡Qué hombres más brutos! Lo mejor es el claustro, con sus cuatro galerías y sus columnas de variados capiteles. Trascendía a humedad y las piedras tenían color de corcho. El suelo estaba cubierto por una vegetación medio salvaje, y en el osario imponía un enorme montón de calaveras, que una leve ráfaga de viento podía empujar y hacer caer al suelo con ruido siniestro. Una noche de invierno en el claustro, daría mucho miedo. Luego vimos el palacio de Casa-Mena, curioseamos la biblioteca y recorrimos el hermoso

parque... Salimos de Santillana hacia Alfoz de Lloredo, pasamos por Cóbreces, Toñanes y Ruiloba y cruzamos el monte de Tramalón. Entramos en Comillas, que da prelados como higos una higuera... Es lo contrario de Santillana... Allí todo huele a paz y trasciende a bienestar y alegría. Pereda me contó no sé que historia de una iglesia que hoy es cementerio... No la recuerdo...

—¿Y desde Comillas, maestro?—le pregunté.

—A San Vicente de la Barquera—me respondió—. Recorrimos el pueblo, que está asentado al pie de un cerro, mirándose en el mar, y escalamos la altura, donde está la iglesia. Camino del templo, pasamos entre ruinas. ¡Qué tristeza! En la iglesia vimos la estatua del inquisidor Corro, buena escultura que recuerda por su belleza la del doncel existente en la capilla de Bedmar, de la catedral de Sigüenza. Pereda se adelantó a su señoría, el inquisidor de mármol, y le dijo señalándome con mucha gravedad: —Ahí le tienes... Échale a la hoguera—. Cuando salimos, reímos la ocurrencia. A la caída de la tarde, llegamos a las orillas del Nansa, pasamos junto a las Tinas y nos detuvimos en Unquera. Allí está el límite de la tierra montañesa con la asturiana. Cenamos en el parador de Blanchard, un

francés muy cortés y muy obsequioso, que parecía arrancado a la misma veta de nuestros tradicionales mesoneros. Dormir... no pudimos, porque el ruido era insoportable. El más leve rumor retumbaba en la casa como un trueno. Pereda se levantó con un humor de todos los demonios, y yo temí por sus nervios. Fué calmándose en el camino, pues reanudamos el viaje al despuntar del día, que vino metido en nieblas. Remontando el curso del Deva y por San Pedro de las Vaderas, entramos en tierra de Asturias para salir de ella en seguida. Por el pétreo esófago de la Hermida caminamos buen trecho, contra la corriente del río, saliendo de una estrechura para meternos en otra. Las piedras forman una enorme muralla, que aquí se resquebraja, allí se cierra y más allá amenaza derrumbarse. A veces, caminábamos entre sombras. Al fin, cuando las peñas se abrieron, vimos la Hermida, con su establecimiento de baños, que era entonces de lo más primitivo en su clase; pasamos frente a Lebeña, encaramado como un águila en aquellos riscos, y allí pensé que se acababa el mundo. Se entoldó el cielo, rasgaron el espacio los relámpagos, retumbó el trueno y comenzó a llover. Aquello era un torrente que se despeñaba con espantosos bramidos. Parecía que todas las furias, todos los

trasgos, todos los diablos andaban sueltos. Los vientos encontrados en la estrecha garganta, reñían y se golpeaban en una pugna imponente por abrirse paso en el angosto cañón. ¡Cómo rugían! Gracias a que la lluvia cesó pronto, y pudimos seguir. Cuando abandonamos aquel antro, nos pareció salir de las fauces de un monstruo. Pasamos por Cillorigo y acabamos nuestra jornada en Potes, villa de buenos jamones y mejor vino. Nos acercamos a una torre maciza y vieja, que ostenta el escudo de unos excelentes caballeros llamados Mendozas de la Vega, señores de Liébana. Allí nos contaron una sangrienta historia: la de un Garci González de Orejón que perdió la cabeza en una batalla que se libró en la raya de Castilla, para disputarse el señorío de los estados lebaniegos. De aquellos Mendozas vino al mundo el Marqués-poeta, y por aquellos riscos anduvo a caza de buenas mozas. Lo demuestra en una *serranilla*, cuando dice de una zagala:

Moçuela de Bores
allá so la Lama
púsome en amores...

Ella no debió mostrarse muy fácil. Recuerde usted...

Dixo: «Cavallero,
tiratvos a fuera;

dexat la vaquera
passar al otero;
ca dos labradores
me piden de Frama,
entrambos pastores...»

—Sí, me parece recordar, maestro—le interrumpí.

—Bueno—dijo—, adelante. Desde los balcones de la fonda, veíamos los picos de la cordillera envueltos en una caperuza de nieves. Al otro día se celebraba el mercado, que tenía el mismo aspecto de los de Castilla. Todo era negro: la lana de las ovejas, la de los sacos de trigo y de garbanzos, la del traje de hombres y mujeres. Pereda dijo que se había derramado un tintero sobre la plaza.

Desde Potes, regresamos a Santander, y después de pasar San Vicente de la Barquera elegimos nuevo camino. Vimos Treceño, Cabezón de la Sal, Barcenaciones y Quijas, pueblos mùy montañeses salpicados de praderías y maizales; pero no nos detuvimos y pasamos a escape, al vuelo, es decir, a todo correr de los caballos del coche de mi insigne amigo.

Calló el maestro. ¡Dios sabe qué linaje de ideas cruzarían entonces por su memoria! Tiró el cigarro que traía entre los dedos, y encendió otro. Lo encajó en una boquilla de pluma,

y fumó. Ya caía la tarde, la luz era más gris y el silencio más hondo. Era la hora propicia a los recuerdos.

—¿No hizo usted otro viaje con Pereda?—me atreví a preguntar.

—Sí, a Portugal—respondió don Benito.—Pero eso fué después, aunque también han pasado muchos años. ¡Más de treinta! Pereda vino a buscarme a Madrid, y desde aquí emprendimos la excursión atravesando por Cáceres la frontera. Fué por abril o mayo... El tiempo estaba espléndido. De un tirón nos plantamos en Lisboa. Me pareció ciudad menos ruidosa que Madrid, aunque en algunos sitios, como en la *Rúa nova do Carmo* y en el *Chiado* se advierte bulliciosa alegría. Lo recorrimos todo y lo vimos todo: la plaza *do Comercio*, el arco triunfal de la Rúa Augusta, el monasterio de Belem, los palacios de Ajuda y de las Necesidades, las falúas reales en el Tajo, los museos y las iglesias, que parecen por el aire profano de su aspecto exterior, más que iglesias, teatros o salones de baile. Estuvimos en Cintra, que viene a ser la Alhambra portuguesa, y vimos el castillo *da Pena*, subiendo a él caballeros en sendos borricos alquilones, y desde la terraza del castillo descubrimos y admiramos el impone nte panorama de las montañas extremeñas, del Tajo, de las cam-

piñas de Collares y del monasterio de Mafia. De vuelta en la ciudad a lomos de los incansables «burrinhos», visitamos el Palacio Real, entre cuyos muros pasó su cautiverio el rey Alfonso, y donde andando el tiempo residió lord Wellington, antes de salir para Torres Vedras. Tambien el *Castello de Mouros* y la *Peninha*, y a continuación el monasterio de Alcobaza, que guarda la romántica memoria de doña Ines de Castro, la heroína de tantos poetas. Rápidamente, pasamos por Coimbra, que viene a ser la Salamanca de Portugal, nodriza que mana substanciosa leche de sabiduría. Luego fuimos a Oporto, donde saludamos a nuestro compatriota el heroico Duero, que arrulla la ciudad y la baña, y después de ver la torre de los Clérigos y el Palacio de Cristal, corrimos al encuentro del Miño para salvarlo y entrar en España. Atravesando Galicia, nos volvimos a nuestra casa, a la suya Pereda y yo a la mía; y luego, mientras duró el verano, charlamos mucho de Portugal. Estas son lejanas memorias de un desmemoriado.

Cuando el autor de *La de Bringas* acabó el relato de la excursión, era casi de noche. El maestro callaba, y el silencio tenía no sé qué de encantado y de misterioso. En la penumbra sonó de pronto la voz del maestro, que decía como hablando consigo mismo:—Pereda...

Pereda... Fuimos grandes amigos, como hermanos...

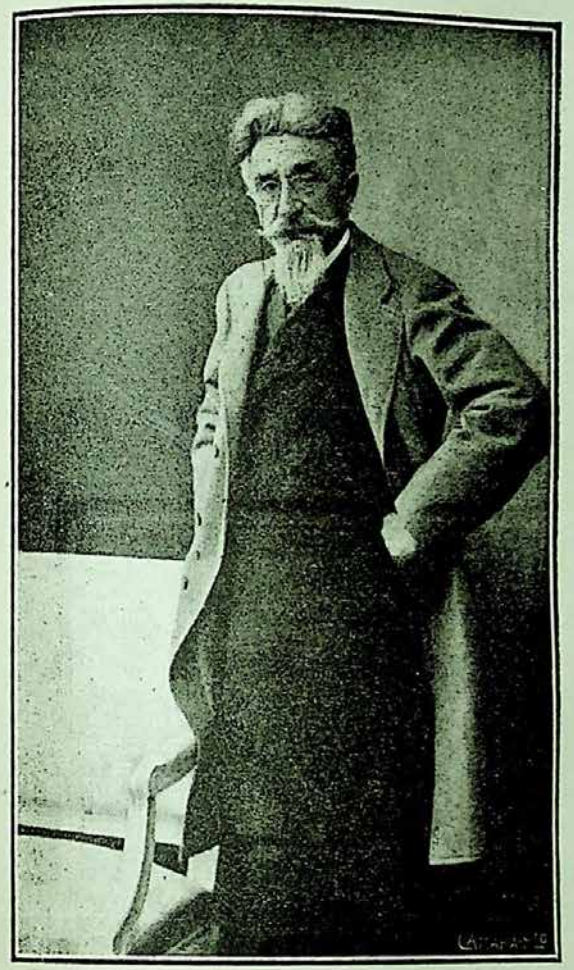
Es verdad. Ni las ideas políticas, ni el sentimiento religioso, esos grandes abismos abiertos entre los hombres, lograron separar a los dos maestros. La cortesía y el respeto fueron lazos que apretaron su amistad. La santa tolerancia resplandecía en ambos espíritus. Cuando Pereda ingresó en la Academia de la Lengua, Pérez Galdós contestó a su discurso. Sobreponiéndose a las mezquinas luchas del mundo, eran como dos águilas que se apartaban de la tierra para posar el vuelo en las cumbres. Y aquellas altas regiones en que volaban, eran los puros y apacibles cielos del Arte.

Pérez Galdós dibujó el diseño que sirvió para construir el panteón de Pereda en el cementerio de Polanco. En las horas de triunfo, como en los días de dolor, el creador de *Gloria* siempre estuvo al lado del excelso padre de *Sotileza*, alentándole o consolándole de palabra o por escrito. Y en la mayor angustia del señor de Polanco, cuando la locura mató a su hijo Juan Manuel, el artista de *San Quintín* le escribió una carta. Aquellas líneas, llamaban con voces de resignación en el alma del padre dolorido; invocaban su conciencia cristiana; recordaban otros infortunios ma-

yores... Con lágrimas en los ojos, Pereda leyó que su grande amigo le evocaba la bíblica figura de Job, arrastrándose en el mayor abandono, con ardientes llagas en el alma y en el cuerpo... Leyó los versículos que podían poner en su corazón un consuelo inefable:

Taedet animam mean vitae meae, dimittan adversum me eloquium meum, loquar in amaritudine animae meae...

LIBRO QUINTO



Pereda, cuando ya era inmortal.

I

El roble herido

ESTA Montaña de hoy, arrullada por aires de prosperidad, la de ciudades blancas y bulliciosas, la de villas claras y sonrientes, como pueblos meridionales, la de aldeas apacibles en cuyos campos buscan la fatiga y el tedio, paz y salud; esta Montaña productiva y trabajadora, con hervor de colmena, en cuyos altos montes puso la mano de Dios «auras de libertad y tocas de nieve»; la Montaña que tiene en sus entrañas la «vena del hierro», fué la Arcadia feliz que cantó el poeta. No una Arcadia inocente con Salicios y Galateas de zurrón y pellico, guardadores de blancos rebaños y tañedores de la dulce zampoña, sino con aldeanos maliciosos, hidalgos altaneros, mozas garridas y solariegas de buena traza. De ella, como de

un abundante manantial, salió la poesía que hay en los libros del Ingenioso Hidalgo montañés. Pero el «espíritu moderno», la invadió toda, desde el Ebro a las peñas de Icido y desde las alturas de Aliva a los arenales de Cabo Mayor. Por todas partes, se tendieron pasos a nivel, se abrieron túneles, se construyeron fábricas y se levantaron hornos de calcinación. A su conjuro, desaparecieron tipos y costumbres y huyó la vida patriarcal, como huyeron las brujas al abrirse en la piedra la maravilla luminosa de la ojiva. Fué la Montaña la «aldea perdida» de otro gran poeta; una ampliación del asturiano valle de Laviana, con sus macizos de alisos y mimbreras, sus setos de avellanos y sus plantíos de maíz, partidos y deshechos por el barreno y la piqueta. También la tierra montañesa tiene altos montes, como la Peña Mayor y la Peña-Mea, en cuyas cresterías abrió la dinamita brechas enormes; también en estos pueblos, descubrió el suelo sus riquezas, como en Tiraña y en la Pola; también aquí hubo mozos de la casta de Nolo de la Braña, Firmo de Rivota y Toribión de Lorío. Aquí la Arcadia fué... Hubo mozas de la misma belleza que tuvieron Demetria y Flora y hay hombres negros y fatídicos, como Plutón y Joyana. En estas aldeas, vivieron muchos caballeros como don Félix Cantalicio,

el capitán de Entralgo. De alguna de ellas, pudo salir un infanzón, como el de las Matas de Arbín, que lanzara sus encendidos apóstrofes contra la barbarie del siglo.

En las *Escenas montañesas* ponía Pereda un comentario al «espíritu moderno», destructor de los rasgos característicos de la tierra. Era en 1864... El ferrocarril anunciaba su paso con los primeros resoplidos, y la piqueta del minero acababa de herir la tierra para descubrir en sus entrañas los filones de calamina. Desde entonces acá se dieron nuevos golpes en Comillas y en Reocín, descubriendo más fecundos veneros; escarbóse en Aliva y en Camargo, poniendo al sol ricas vetas de blenda y hierro; arañóse en Soto y en las Rozas, desenterrando el cobre y el lignito. En todas partes, en la montaña y en los valles, asomaron crestones metalíferos, pedruscos de rara aleación, tierras que prometían una fortuna. El «espíritu moderno» extendió su dominio a toda la provincia: llegaron los hombres rojos, los gnomos de hoy; se abrieron galerías; se tendieron cables; se oyó un recio golpear de martillos sobre los yunques... No hubo huerto, ni playa, ni heredad, ni sembrado, que no viera pasar el penacho de humo de las modernas fábricas. A la Montaña arcádica, le llegó, al fin, la hora. Al mismo tiem-

po, lo español, lo nuestro, desmayaba y languidecía. Ni el idioma conservaba su tradicional esplendor, ni las costumbres tenían el viejo aroma patriarcal. Una infusión de sangre extraña modificaba las ideas y cambiaba a los hombres y a las cosas. Pereda tuvo razón para sentirse forastero en su propio pueblo.

En 1884 se lo decía en una carta a los redactores del *Santander-Crema*, alarmado por este título. «¿Por qué—les preguntaba—no hemos de escribir y de hablar en castellano los españoles, siquiera sea entre nosotros solos?» Nada veía a su alrededor, que tuviera el sello castizo y original. «Los señoritos de la crema, con botas sin tacones y punta de garabato, como borceguíes de melodrama histórico; chaqueta ceñida al cuerpo, de mangas cortas y justas, perneras al tobillo y barbas a la austriaca...; la vanidad *chulesca*, con *planchuelas* en las sienes, sombrero de anchas alas tendidas, botitos de dos colores y navajita en el bolsillo...» ¿Dónde estaban los mozos de otro tiempo, que ahuecaban el pecho, estiraban el pelambre de la cara, solemnizaban el paso, erguían la cabeza, y se desvivían por llegar cuanto antes a ser hombres impávidos y robustos? Ni comprendía cómo las gentes se rendían al sueño con una ingeniosa comedia de Bretón, y en cambio devoraban los diálogos

cancanescos de *La Mascota* y *Barba-Azul*. ¡Pues no se hablaba ya de una actriz, que en un escenario parisién hacía en cueros vivos el papel de Mazzepa!

Un año después, casi al mismo tiempo de salir a luz *Sotileza*, escribía un canto fúnebre a la desolada tristeza de la Alameda santanderina de Becedo. Los golpes del hacha, al herir el tronco de los árboles centenarios, despertaban en su corazón funerales ecos. El pasado se levantaba en su memoria... Aquellos ámbitos augustos de la vieja alameda, guardaban fielmente recuerdos que él les había confiado. «Recuerdos de mis juegos infantiles—decía—, de mis ilusiones de muchacho, de mis aspiraciones de mozo y de mis realidades de hombre con canas; y todos estos recuerdos, en tropel unas veces y otras en sosegado desfile, me salían al encuentro cada día, cuando para orear un poco la trabajada imaginación entre aquellas admirables obras de la Naturaleza, penetraba en la penumbra de sus bóvedas con el mismo cariño, con igual amor, que entre los viejos muros del hogar en que nací...» Ya temía entonces por la suerte de los árboles de la subida al paseo del Alta por los Cuatro Caminos, y por los que eran antesala del Sardinero. ¡Tristes árboles, condenados a morir por los leñadores del Municipio! Pereda se

encaraba con los verdugos, y les gritaba con irónico acento: «¡Hasta la empuñadura!» Y obedecieron ¡vive Dios! Ni uno queda ya de aquellos árboles que pusieron en paseos y caminos la rumorosa caricia de su sombra.

Y corrieron los años... Corrieron para no dejar en la tierra montañesa ni una señal, ni un eco, ni un matiz de lo que hablaba con soberana voz al alma del poeta. Los días remozaban de continuo la antigua ciudad de comerciantes y marineros; reverdecían la existencia de villas y de aldeas, ampliando sus horizontes, abriendo cauces por donde corrierran sus energías, talando castañares y robledas, cambiando el curso de las aguas y trazando nuevos caminos... ¿A dónde volver los ojos, que hallasen el plácido remanso del tiempo viejo? Ni lenguaje, ni ideas, ni tipos, ni costumbres... En otro tiempo, el hidalgo montañés recreaba los ojos y el espíritu contemplando la romería de San Antonio, patrón de su lugar. Aquella fiesta era la que él llevó a su novela *De tal palo, tal astilla*, cambiando el escenario de Polanco por el de Valdecines; la misma «hoguera de San Juan» que se encendía en la *brañuca* de la iglesia. Un año, cuando el «espíritu moderno» lo invadía ya todo, Pereda contemplaba la romería desde el balcón. Le acompañaba el predicador en la

fiesta religiosa de la mañana, don Agapito Aguirre, que regenta la parroquia santanderina de San Francisco. El regocijo aldeano evocó en la memoria del caballero montañés otros lejanos días de San Antonio. No eran, por cierto, como aquél... Dirigiéndose al cura, exclamó: «Esta no es ya mi romería: es una romería de la provincia de Palencia.» Y quizás en su espíritu, levantó su melancólica imagen el pasado.

Ya estaba Pereda enfermo de muerte. La hemiplejia atenazaba su cuerpo, le agarrotaba, le vencía... El terrible mal avanzaba con andar doloroso, descargándole cada día nuevos golpes. El roble montañés, que tuvo recio el tronco, como los más bravíos de su casta, iba perdiendo fuerza y lozanía. Las zarzas y la yedra le envolvían rápidamente, amenazando su vida, sin esperanzas de unos días primaverales que le volvieran la salud. El árbol glorioso, símbolo y representación de su pueblo y de su raza, estaba enfermo y se abatía...

Retirado en Polanco, Pereda paseaba trabajosamente por el parque de su finca, bajo la caricia del sol. Algunos ratos, acomodado en un sillón, contemplaba con lánguidos ojos los amados paisajes. Otros, escuchaba la lectura de una carta o de un libro, de uno de aquellos libros en cuyas páginas solía buscar

los puros raudales de la emoción. Estaba condenado a la quietud, a sentir los avances del mal que le avisaba la llegada de una hora suprema, que él no temía, porque le servía de escudo su resignación de cristiano. Una mañana fué trasladado a Santander para que firmara su testamento. En la estación le esperaban varios parientes, algunos amigos íntimos y el notario. En una dependencia, firmó el testimonio de su última voluntad, con pulso vacilante, dejando en el papel unas letras temblorosas e indecisas. Luego fué devuelto a Polanco, y a los pocos días trasladado de nuevo a la ciudad, a su casa de la calle de Hernán Cortés. Sus amigos y admiradores más cercanos, vieron llegar al maestro con el paso más inseguro, más débil el cuerpo y menos erguida la soberana cabeza. A escondidas, algunos ojos se llenaron de lágrimas. Era verdad... El roble estaba herido, y se abatía.

Cayó aquel invierno de 1906 con fúnebre cortejo de nubes y granizos. Las auroras eran turbias y cenicientas, los días grises y las noches medrosas, empapadas de silencio. Bien arropada la ciudad en su ropón de nieblas, se adormecía a los mugidos del ábrego, jinete en invisibles corceles, que salvando las limpias cumbres de Cabarga, cruzaba la bahía, se estrellaba contra las casas, silbaba en las calles,

rompía los cristales, desgajaba los árboles y gemía en las veletas de los campanarios, haciendo sonar los robustos bronces. Cuando el viento, fatigado de su brega, se rendía y plegaba sus alas, las nubes, preñadas de granizo, descargaban en furiosa tormenta. Luego, bajo la pálida luz inverniza, temblorosa y débil como la de un cirio, mostraba la ciudad sus paredes verdinegras y húmedas, sus tejados llorosos y sus acacias goteantes. El maestro, recluído en su casa, columbraba tras de los vidrios del balcón, la melancolía norteña, honda y grave como la de un pueblo dormido. Unos días de febrero, en que el sol asomó por entre pardos celajes su cara encendida de resplandores, hicieron concebir una esperanza. ¡Si avanzase la primavera! ¡Si llegara el estío, con su alegre cortejo de lozanías! Esperanza engañosa... El último día del mes loco, sirvió de antesala al cantor de *Sotileza* para esperar a la Muerte. Llegó callada y silenciosa, conteniendo su aliento de nieve y apagando el ruido de sus pasos, para que nadie la anunciara. Mas no estaba el maestro descuidado, y pudo recibirla sin ninguna inquietud. La esperaban también sus deudos y amigos. Cuando la Invisible tendió su mano para tocar la augusta frente del enfermo, todos la conocieron, aunque no pudieran evitar que el roble

herido, coronado de gloria, doblara el tronco y diera en tierra para siempre.

Llegó marzo, con un día de luz mortecina, medio apagada. Por la noche apuntó el ábrego, sin llegar a deshinchar, soplando, sus pulmones de gigante. El ambiente de la ciudad era húmedo y triste, como el de una abandonada casona tapizada de musgo y llena de goteras. Las calles estaban desiertas y los cafés medio vacíos, sólo amenizados por algunas tertulias que distraían el tiempo en una charla insubstancial. Santander se dormía ignorante de que aquellas horas lentas y silenciosas, eran las últimas que pasaba en la vida de la materia el cantor de su raza.

Los últimos días habían sido en casa de Pereda, de zozobra y de angustia. El enfermo se agravaba en sus males. Sentado en una butaca, aún resistía sus terribles avances entre dolores del pecho y jadeos de la respiración. Aquella noche, a prima hora, llegaron algunos contertulios, entre ellos el poeta Enrique Menéndez. El autor de *Peñas arriba* había perdido sensiblemente las fuerzas y reposaba con frecuencia la hermosa cabeza sobre los brazos, apoyados en el tablero de una mesa.

—Me ahogo... No puedo respirar...—le decía al autor de *La golondrina*. — Enrique, usted que es médico... ¿por qué no me receta algo?

Luego, se acostó. A las diez se acentuó la gravedad. Fueron más fuertes los dolores del pecho, como si tuviera en él clavada una garra... La respiración se hizo más fatigosa y el pulso más débil. Cundió la alarma en la familia. Llegó un médico... En seguida, otro... La impresión fué desconsoladora. Aquellos dolores y aquellos ahogos, eran consecuencias mortales de la dolencia. Para calmar un poco al enfermo, los doctores acordaron inyectarle una porción de morfina. Todo inútil, todo tardío... Llegaba la hora suprema para el maestro del habla castellana. Pereda se alzó penosamente, dibujando en el rostro un gesto de dolor. Su voz débil, de moribundo, pronunció entre jadeos, algunas palabras:

—Me faltan las fuerzas... Me ahogo... Me ahogo...

El maestro había hablado por última vez. Fijó la mirada en el espacio, Dios sabe en qué lejanos horizontes, y dejó caer la cabeza, aquella noble cabeza de lienzo antiguo, que pudiera haber pintado Velázquez. El creador de las maravillosas páginas de *Peñas arriba*, había dejado de existir. Las agujas de un reloj señalaban las once...

En aquel instante, entró en la estancia un sacerdote. Se arrodilló junto al cadáver y rezó una oración. Luego, tendió la diestra sobre el

inmóvil cuerpo y trazó en el aire, con grave y solemne lentitud, el signo de la redención cristiana. Sus labios volvieron a rezar débilmente... *Requiem æternam dona ei, Domine...* Puso entre las manos del insigne muerto un crucifijo, y salió de la estancia. En la casa se hizo el silencio de los grandes dolores. Corrían las lágrimas de la esposa amantísima, de los hijos angustiados, de los amigos fieles... Sobre la dormida ciudad, envuelta en sombras, cayeron los sones mortuorios de las campanas de Santa Lucía, pidiendo por el alma de su glorioso feligrés.

Cuantos homenajes pueda tributar un pueblo a un hijo predilecto, fueron dedicados al cadáver de Pereda. La Diputación y el Ayuntamiento, los Círculos y Sociedades, se asociaron a un duelo que era de España entera, del Arte y del Idioma. A la casa mortuoria llegaron numerosos testimonios del tremendo pesar. Algunos admiradores del maestro, solicitaron verlo por última vez. Yo también quise contemplarlo, para rendirle el postrero tributo de una oración. Por tercera vez subí las escaleras y entré en las estancias donde el genio creador había concebido tantas maravillas. En un severo ataúd, con tapa de cristal, descansaba el cadáver, amortajado con traje negro, pendiente al cuello la medalla de San José.

Entre las manos, cruzadas sobre el pecho, tenía un Crucifijo de talla antigua. El rostro, ligeramente demacrado y amarillo, con la siniestra amarillez de la muerte, tenía una grave serenidad. Sobre la frente, besada por las diosas de la Gloria y de la Inmortalidad, caían algunos mechones de cabellos grises.

Recordé aquellos románticos días de mis visitas al maestro, con los ingénuos versos de juventud, y de mi alma brotó a raudales la emoción. Pensé en los libros famosos, en las insignes páginas que parecen escritas por un ingenio del Siglo de Oro. Y nunca como entonces, que el roble montañés había abatido su firmeza y el genio había plegado las alas, me pareció más alta y más radiante su gloria. Una luz inmortal se reflejaba sobre su nombre, como del sol en el ocaso, cuando ya las tinieblas invaden el suelo,

sobre la cumbre más alta
toda la luz se refleja...

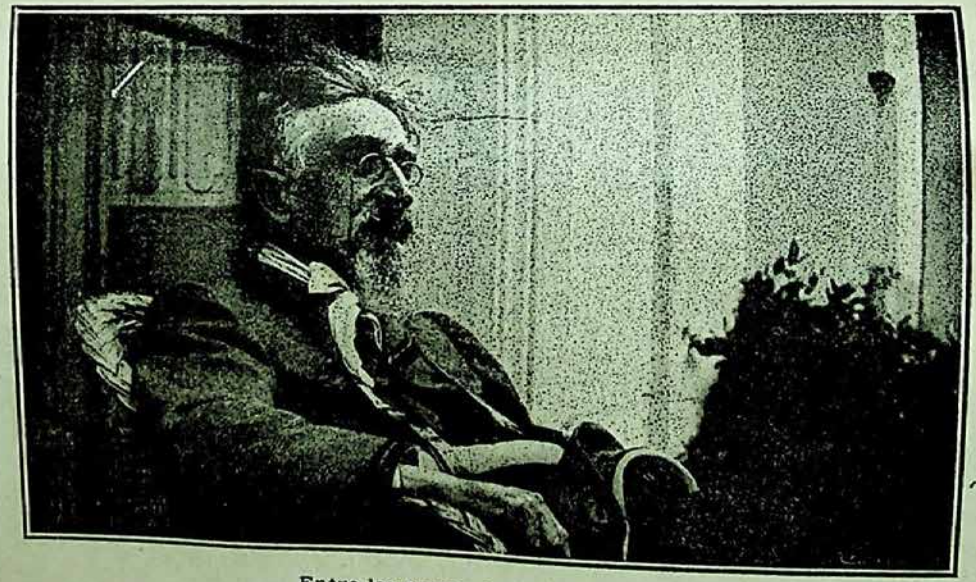
Al otro día, el cadáver del egregio cantor de la Montaña, fué trasladado a Polanco. Su paso por las calles santanderinas fué presenciado por una enorme multitud. Las autoridades le rindieron su homenaje oficial; el comercio cerró las puertas, como en los días de gran duelo; todo el pueblo le seguía entristecido y silencioso. Y arriba, en el cielo gris,

por entre espesos celajes, asomaba su cara el sol, enviando sobre la tierra una luz pálida y mortecina, como si fuera la de una gigantesca antorcha lejana.

A media tarde llegaba al cementerio aldeano el cortejo fúnebre. Lo formaban entonces las personas unidas por lazos más estrechos al muerto insigne. La cruz que señorea el panteón, abría sus brazos en la solemne paz del cementerio. Un sacerdote rezó un responso. Momentos después, el hombre elegido por el Arte para ser uno de sus grandes intérpretes, descansaba en el seno amoroso de la madre tierra.

No muy lejos, se alzaba sobre escajos y zarzamoras la cajiga secular, de recio tronco y retorcida veta, «como la filástica de un cable», y extendía la bóveda de sus ramas, llenas de rumores, proyectando su sombra protectora sobre el piadoso rincón. En el pobre camposanto aldeano, cuando la tarde empezaba su descenso y la luz se recogía en la profunda soledad de los valles, se sintió el pensamiento más cerca del silencio de las cumbres y de los cielos. Era una hora que parecía empapada de sollozos, de oraciones, de lágrimas... Los labios recitaban esta oración que parece salida de la pluma de Fray Juan de los Angeles, y escribió aquellos días un claro ingenio montañés:

«... Señor, Señor, pues esperó en ti, pues te sirvió y te alabó, y besó tu mano cuando le afligiste, y te proclamó y bendijo por Autor y Criador de las hermosuras y portentos naturales que con arte mágico pintaba, ten compasión de él *secundum magnam misericordiam tuam*, concédele la remisón de sus culpas, y el eterno descanso, y la luz perpetua, y la dicha y bienaventuranza inacabable.»



Entre las garras de la hemiplejia.

II

Post morten

Pocos días después de bajar a la tierra el cadáver del egregio cantor de la Montaña, la humilde iglesia de Polanco vistió sus paredes con paños de luto. Los silenciosos ámbitos se poblaron de gentes lugareñas, recias y adustas figuras de aguafuerte, entre las cuales destacaron su tiesura algunos señorones de la ciudad. En el centro, alzó su mole el catafalco, adornado, como los muros, de paños negros ribeteados de galones de oro. Los cirios esparcían su luz pajiza. En los rincones, algunas mujerucas murmuraban quedamente una plegaria «por el señor». Todos los curas del valle se congregaron para cantar los funerales del poeta. Y bajo las naves del templo, clamó el dolor de todo el

pueblo, entre cánticos y oraciones. No sonaron en el coro los tubos del órgano, inundando el santo recinto con una catarata de harmonías y estremeciendo las viejas piedras con sus bruscas sonoridades. Cantaron unas voces agrias y desacordes, salidas de pechos varoniles, trémulas de emoción. Y aquellos rústicos acentos, graves y sinceros, que flotaron en ondas resonantes sobre la piedad de la aldea, tuvieron más aroma y más unción, más sublimes ecos de llanto y de eternidad que las más inspiradas páginas de Morales y Palestrina.

Otras voces bien inspiradas, cantaron la grandeza del glorioso muerto, sobre las tablas del teatro Español de Madrid, la casa solariega del arte dramático nacional. La palabra de Vázquez de Mella, el verbo de Pidal y la sabiduría de Menéndez Pelayo, forjaron sobre el yunque de la elocuencia el juicio definitivo del hombre y del artista, el justo elogio a sus méritos y virtudes de poeta, de cristiano y de patriarca. Como luminosa saeta, voló en los claros cielos del pensamiento y del arte el nombre del Ingenioso Hidalgo montañés.

La ardiente palabra de Vázquez Mella, cernió su vuelo de águila sobre los campos de la Filosofía y de la Belleza. En ellos veía el genio de Pereda, oponiéndose a los desmayos y decadencias de la raza, con las hondas raíces

de su fe, con el puro ideal de su arte, con el sano casticismo de su léxico... Le veía como un escudo contra los golpes que asestan los espíritus *europeizantes*, que reniegan de la tradición de nuestros mayores, y pretenden romper nuestra historia y destrozar cuanto ha formado el nombre de España.

El verbo de Pidal evocó el genio perediano, describiéndole grave, reposado, sereno y español, como lo forjó la cimitarra del moro sobre el arnés de Pelayo, de San Fernando y del Cid en siete siglos de constante martilleo; le recordó como el más fuerte mantenedor del realismo hispano, haciendo de su pluma paleta y cincel, para pintar a grandes trazos, como Velázquez, y esculpir con recios golpes, como Alonso Cano; le ofreció al ejemplo de sus admiradores como una generosa afirmación contra las negaciones religiosas, científicas, artísticas y sociales del Positivismo... Hizo, en fin, una síntesis de su arte sano y castizo, fuerte y original.... «Profesando y practicando el realismo—dijo—en su grado más hondo y transcendental, más legítimo y más perfecto, en todo lo que tiene de real, llevando hasta el colmo el verdadero procedimiento realista en lo que tiene de artístico, ha desentrañado la realidad como nadie, la ha sorprendido en sus abandonos más íntimos, la ha expuesto

con ensañamiento y pasión a la luz espléndida del sol de los campos y de las calles, la ha arrancado de la Naturaleza para entronizarla en el Arte y la ha forzado a revelarnos los secretos más hondos de su alma y su corazón...; y en vez de las impiedades obscenas y las maldiciones satánicas del positivismo realista, hemos oído de sus labios el *credo* de sus creencias divinas, los himnos de su entusiasmo, las canciones de sus amores a la familia y a la patria, mezclados, es verdad, con sus ayes, con los lamentos y gemidos arrancados por el dolor, por la miseria y los trabajos del valle de lágrimas en que peregrinamos todos los hijos de Adán, pero ayes dulcificados por la resignación y consolados por la esperanza, y no enconados por la desesperación ni malditos por la blasfemia. Esta ha sido la gloria particular de Pereda. Hacer hablar a la realidad para cantar el ideal, exhibir de los barrios de pescadores más bajos y de las peñas de las montañas más altas los tipos y los ejemplares más vivos de la Naturaleza real, para imprimir en sus frentes el reflejo celeste del ideal que reverbera sobre todas las realidades del mundo, la luz increada de Dios.»

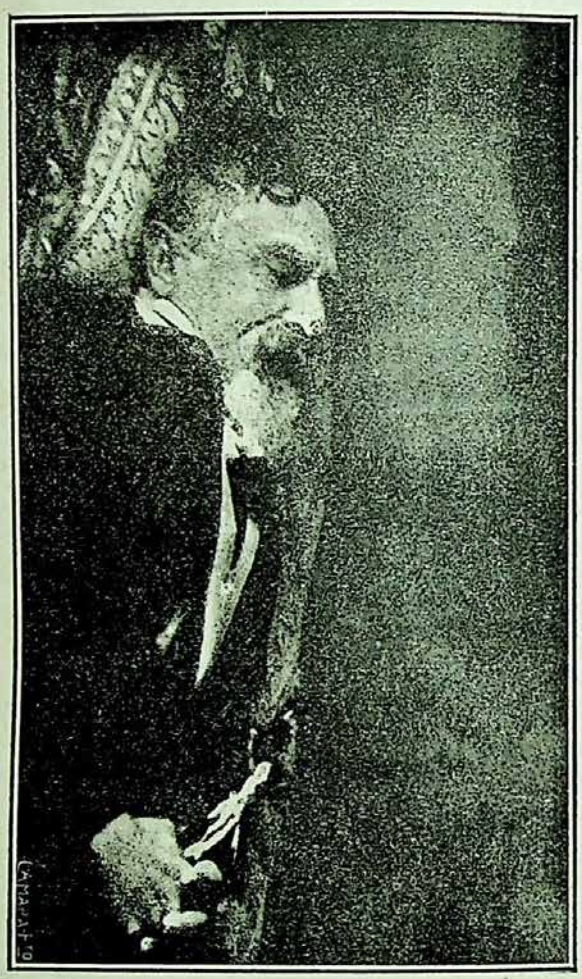
Menéndez Pelayo evocó también la gloriosa figura de su amigo, el soberano poeta de la

Montaña, y desbordó el lirismo de su palabra, para cantar un himno al artista que inmortalizó su nombre en las páginas de sus libros, y al hombre que ajustó su vida a las tradiciones de su hogar y de su pueblo. Como artista, fué Pereda «el maestro de la novela de costumbres, el cristiano ingenio que tanto bien hizo a las almas deleitándolas honestamente, el prototipo del realismo sano y vigoroso, el mayor paisajista de nuestra literatura antigua y moderna, el que dió voz inmortal al genio hasta entonces silencioso de los montes cántabros, y al mar que ruge tremendo a sus plantas; el revelador de tantas armonías ignotas de la naturaleza, de tantos aspectos de la vida desdeñados antes por familiares y humildes, el genial prosista que ennobleció el habla popular de su tierra engarzándola en el áureo hilo de nuestra prosa clasica...»

Como hombre, fué «una verdadera autoridad social, uno de aquellos ejemplares varones cuyo prestigio de honradez y buen consejo refluye sobre sus conciudadanos. Era como la robusta y secular encina, a cuya sombra podía congregarse un pueblo entero. Cuando el hacha de la muerte le hirió, se conmovieron hasta las raíces del árbol tradicional de la vieja Cantabria, que antes desafiaba impávido los vientos y las tempestades y hoy tiende

lánguido y mustio su ramaje sobre la tumba de su cantor excelso.»

Cuando se apagaron los ecos de la tradición y enmudecieron las voces de la elocuencia y la sabiduría, la Capilla Isidoriana entonó un canto elegíaco de Beethoven. Los instrumentos de cuerda y de madera, confundieron su melodía, tierna y dulce como un sollozo, con el grave y solemne estruendo del metal. La onda sonora bañó toda la sala en inefables raudales de emoción. En el lírico desbordamiento de la orquesta, parecían despertarse los rumores de las doradas mieses campesinas, los ecos del río despeñándose en las profundidades de las hoces, los mugidos del ábrego en las callejas de la aldea, los bramidos del mar al estrellarse en las agrias y sonoras rompientes... Era el alma de la Montaña hecha arrullos de las robledas, cadencias de las aguas, ruidos del viento y sones del mar indómito y bravío, llorando sobre la tumba de su poeta.



El cadáver de Pereda.

III

Piedras y bronces

SANTANDER hizo fiesta el 11 de enero de 1911. La tarde de aquel día fué descubierta la estatua que el pueblo montañés dedicó a su cantor.

El Ayuntamiento, en una sesión necrológica, y por iniciativa de su alcalde—a la sazón don Pedro Bustamante—acordó abrir una suscripción para erigir un monumento que perpetuase la memoria de Pereda. Se designó, al efecto, el lugar más hermoso de la capital montañesa: entre los jardines del paseo que lleva el nombre del insigne escritor, frente al mar cantado por él, al lado de lo que fué muelle donde atracaba el *Joven Antoñito de Rivadeo* y casi en el mismo escenario de *Pachín González*. Por cierto que al dar al Paseo del Muelle el nombre del autor de *Nubes de*

estío, los galiparlistas del Ayuntamiento lo nombraron *Boulevard de Pereda*, sin duda porque el galicismo les pareció la última palabra de la elegancia. ¡Lo que hubiera dicho Pereda de haberlo visto! *Boulevard* se llamó durante mucho tiempo, con el testimonio de una plancha de pizarra o de mármol. Hasta que un día, el periodista Eduardo de Huidobro, un hombre enamorado de todo lo tradicional y todo lo castizo, salió con un artículo pidiendo que se borrara la palabreja, porque resultaba, en verdad, una zumba del peor gusto poner tan tremendo galicismo al lado de Pereda, escritor tan español como el propio Cervantes. Desde entonces, el *Boulevard* dejó de serlo y fué Paseo, aunque la gente del pueblo siga aplicándole el vocablo francés con la inconsciencia del que no sabe lo que se dice.

Que la idea del monumento fué recibida con calor y hasta con entusiasmo, no hay que decirlo. Luego se enfrió un poco, como pasa con todas las que piden, además de calor, un sacrificio de la bolsa; pero, al fin, logró reunirse una cantidad que permitió llevar a feliz término la iniciativa, aunque en proporciones modestas. Se anunció un concurso, se nombró el Jurado correspondiente... y un buen día los santanderinos pudieron admirar varios bocetos, todos ellos de artistas bien conocidos.

El concurso fué una desdicha. No había en él nada inspirado, nada grande, nada genial. El talento de Pereda, que concebía tan ampliamente; su arte, de trazos enérgicos y seguros como las pinceladas de Velázquez; su estilo, tan profundamente español, no encontraron el corazón que los interpretase. El Jurado eligió el boceto de don Lorenzo Coullaut Valera, que pareció el más fuerte y el más «perediano».

La forma del monumento había de ser la de una enorme roca que sobresale de la tierra, sin ningún artificio arquitectónico, con la misma espontaneidad con que brotan también de la tierra las obras del maestro montañés. Se dijo que la roca sería de piedra obscura de Escobedo, para evitar durezas y contrastes en la transición de su color con el del bronce. También, que el monumento habría de ser colocado en alguna ladera de montaña, artificiosa ya que no podía ser natural, o en terreno inclinado con peñas salientes en su proximidad. Se quería, en fin, que las piedras y bronces dedicados al escritor montañés, fueran algo agreste y bravío, como la naturaleza y como la raza. Noble y artístico era el propósito; pero ocurrió que al realizarlo, la roca fué una obra de cantería y no se buscó para ella

ladera de montaña, ni inclinada pradera, ni peñas salientes. El arte no fué pródigo con la memoria del cantor de la Montaña; pero el corazón del pueblo tuvo para ella profundas y generosas palpitaciones.

Lo mejor del monumento son los altos relieves de bronce, que ostenta lo que se quiso roca y fué grosero pedestal. Están inspirados en episodios de las novelas de Pereda, elegidos con singular acierto. Uno de ellos, recuerda aquella escena del capítulo I de *Sotileza*, cuando el Padre Apolinar, dispuesto a visitar a Mocejón para interceder por la callealtera, se arrepiente de pronto, viendo que la chicuela quiere largarse con Andrés para ver desde los altos de San Martín abocar el puerto a la *Montañesa:*

«—Y yo me voy contigo—dijo Silda con la mayor frescura.—Me gusta mucho ver entrar esos barcos grandes...

—Entonces, cabra de los demonios—replicóla Fray Apolinar, cuadrándose delante de ella,—¿para quién voy a trabajar yo? ¿Qué voy a meterme en el bolsillo con ese mal rato? Si a ti no te importa lo que resulte del paso que me obligáis a dar, ¿qué cuerno me ha de importar a mí...? ¡Pues no voy, ea!

—A que sí, pae Apolinar,—le dijo Andrés mirándole muy risueño.

—¡A que no!—respondió el fraile queriendo ser inexorable.

—A que sí—insistió Andrés.

—¡Cuerno!—replicó el otro casi enfurecido—; pongo las orejas a que no, y a rete que no!

Entonces, como si se hubieran puesto instantáneamente de acuerdo los ocho personajes que le rodeaban, gritaron unísonos y con cuanta voz les cabía en la garganta:

—¡A que sí!

Y como vieron al fraile rascarse nervioso la cabeza y alumbrar un testarazo a Muergo, lanzáronse todos en tropel a la escalera, que, angosta y carcomida, retemblaba y crujía, y no pararon hasta el portal...»

Representa otro una escena de *La Puchera*, sacada del capítulo XVII, entre Pilara, «la mejor *acaldadora* de yerba que se conocía en Robleces», y Pedro Juan, el *Josco*, en la portalada del Berrugo, de vuelta de la mies:

«...Pedro Juan se puso donde Pilara quería: junto a la rueda derecha del carro. Allá arriba, enfrente de él, estaba Pilara recogiéndose las faldas contra los tobillos y mirándole con los ojos llenos de travesuras inocentonas.

—¿Qué vas a hacer?—la preguntó Pedro Juan.

—Voy a bajar por aquí,—respondió Pilara

acurrucándose junto al borde de aquella montaña de yerba.

—¿Por qué no abajas por la rabera, como siempre?

—Porque me da la gana de abajar por aquí hoy...

—Güeno. ¿Y qué quieres que haga yo?

—Que me aguantes... si eres quién pa ello.

—¡Eso sí, coles!—exclamó Pedro Juan, largando a escape la ahijada.

Temblaba por adentro de puro gusto y de sorpresa, el hijo del Lebrato. Jamás habían tocado sus manos ni el pelo de la ropa de Pilara, y ahora se le iba a ir encima Pilara en carne y hueso, entera y verdadera. «¡Coles, que barbaridá de suerte!» No se paró a considerar si sería o no capaz de resistir en el aire aquella mole. Se creía con fuerzas para mucho más... Esparrancóse y se afirmó bien sobre los pies, escupióse las manos, levantó los brazos y los ojos hacia Pilara, y la dijo, pálido de entusiasmo:

—¡Echate sin miedo, recoles!

Pilara se reía como una boba, y no sabía de qué modo lanzarse por aquel precipicio abajo.

—¡Mira que peso mucho, Pedro Juan!—le decía.

—¡Anque pesaras más de otro tanto, Pilara!... Con tal de ser tú lo que me caiga encima, aquí hay aguante pa ello... Echate de cualisquier modo, ¡pero échate, recoles!

—¡Pos allá voy!

Y Pilara se lanzó...»

Otro relieve es el de «los humos de Nisco» de «El sabor de la tierruca», cuando el mozo y Catalina se encuentran en una calleja de Cumbrales:

«No fué Nisco en derechura a su casa: estuvo oreándose la cabeza y los pensamientos largo rato por brañas y callejos. Pasando por una encrucijada, vió venir a Catalina. Irguióse altivo al emparejar con ella, y observó que traía la cara más risueña y el andar más resuelto que horas antes.

Y díjole la moza al cruzarse con él:

—¡Híspete, pavo, que ya te pelarán! A lo que respondió Nisco, mirándola por encima del hombro:

—Taday... ¡probeza!...»

Sigue otro relieve que recuerda el momento conmovedor en que los marineros de *La leva*, se despiden para ir a servir en barco de rey:

«Una apiñada multitud de gente del pueblo se revolvía, gritaba, lloraba e invadía la última rampa, a cuyo extremo estaba atracada una lancha. En esta lancha había hasta una docena de hombres vestidos de igual manera

que el Tuerto; y también como él llevaba cada cual un pequeño lío de ropa al brazo. De estos hombres, algunos lloraban sentados; otros permanecían de pie, pálidos, inmóviles, con el sello terrible que deja un dolor profundo sobre un organismo fuerte y varonil; otros, fingiendo tranquilidad, trataban de ocultar con una sonrisa violenta el llanto que asomaba a sus ojos. Todos ellos se habían despedido ya de sus padres, de sus mujeres, de sus hijos, que desde tierra les dirigían, entre lágrimas, palabras de cariño y de esperanza. Entre tanto, algunos otros, tan desdichados como ellos, se deshacían a duras penas de los lazos con que el parentesco y la amistad querían conservarles algunos momentos más en tierra.»

El último relieve, que ocupa la parte alta del monumento, está inspirado en *Peñas arriba*, en el viaje de Marcelo y Chisco desde la villa a Tablanca:

«Puestos en marcha todos, bien corrrida ya la media mañana, delante el espolique llevando del ramal la cabalgadura que apenas se veía debajo de la balumba de mis maletas y envoltorios, sin salir del casco de la villa atravesamos por un puente viejo el Ebro recién nacido; y a bien corto trecho de allí y después de bajar un breve recuesto, que era por aquel

lado como el suburbio de la población que dejábamos a la espalda, vimos el campo libre, si libre puede llamarse lo que está circuído de barreras.»

El escultor simbolizó también con una cruz aquel pasaje de *Peñas arriba* en que Chisco reza a la puerta de la ermita de la montaña, y con dos cabezas de osos, talladas en piedra como la cruz, la célebre y temerosa cacería. Lo que falta saber es si a pesar del noble empeño del artista, aquellas broncíneas figuras son Muergo, y Sotileza, y el Josco, y Pilara, y Nisco y Catalina, y demás hermanos nacidos del mismo padre.

Se descubrió la estatua una tarde de sol tibio, con barruntos de borrasca, con nieblas en los montes del otro lado de la bahía y nieve en las cumbres lejanas de la cordillera que se divisa casi desvanecida hacia el oeste. Parecía que la Naturaleza quería adherirse al homenaje con el bramar de las olas y el zumbido del ábrego, a punto de ensayar sus enormes fuerzas en honor del maestro.

El Rey asocióse a la fiesta delegando su representación en Menéndez Pelayo. Hubo, pues, formación de tropas y marcha real. Cuando fueron descubiertos los bronces que inmortalizan al autor de *Sotileza*, entre un férvido aplauso de la multitud, sonó en la

adusta calma de la tarde la voz del genio para ensalzar una vez más las obras y la vida del montañés insigne, cuya castiza figura se alzaba en lo alto, envuelta en la capa española. Se hizo entonces un largo silencio, como si se estuviera bajo las naves de una catedral.

Aquellas palabras de Menéndez Pelayo, fueron el juicio definitivo sobre Pereda. Las primeras fueron para juzgar al artista. Oidlas:

«Alcanzó Pereda la sublimidad en dos o tres momentos de su vida y de su arte, lo cual basta para que adelantándonos al fallo de los venideros, reconozcamos en él la llama del genio, cuya aparición es tan rara y fugitiva en las edades cultas y decadentes. Del genio tuvo muchos atributos: la vocación nativa e irresistible, la fuerza y la desigualdad, una mezcla de candidez y de adivinación pasmosa. Cuando se siente inspirado acierta como nadie, pero en los intervalos de la inspiración desdeña todo artificio para disimular el cansancio. Otros contemporáneos suyos pudieron aventajarle en estudio y reflexión: en condiciones propiamente geniales no le igualó nadie. Cuando se apoderaba de él lo que llamaba «fiebre estética», era infalible el resultado, pero salía de aquella crisis maltrecho y rendido, como la antigua sacerdotisa de Delfos oprimida y acongojada por el estro divino que

ardía en sus entrañas. No fué un artista erudito ni siquiera curioso, sino un vidente de la realidad, explorador de un mundo poético nuevo, intérprete apasionado de ciertos aspectos de la vida. Todo lo encontró en su propio fondo, hasta los procedimientos de lengua y estilo. Fué clásico sin intención deliberada de serlo y sin proponerse ningún modelo. No faltan en su obra indudables reminiscencias, que la crítica no ha advertido: del tal modo están como borradas por el sello personal del conjunto. Se asimilaba rápidamente lo poco que leía sin repasarlo después ni preocuparse de ello. Pierden el tiempo los que quieren emparentarle con escuelas y autores que apenas conoció más que de nombre. En rigor no tuvo maestros ni ha dejado verdaderos discípulos. Lo que había de característico en su estructura mental era incomunicable, y él mismo no hubiera podido definirlo.

»Lo que parece limitación es la raíz de su energía: pocas ideas, pero claras y dominadoras, sentimientos primordiales, técnica elemental, grandes efectos logrados con medios sencillísimos. Sus libros, tan locales que para los montañeses mismos necesitan glosario, tan español como lo más español que se haya escrito después de Cervantes y Quevedo, son profundamente humanos por la intensa vida

que en ellos late y la tranquila majestad con que se desenvuelve. Si hay una parte débil y borrosa en ciertas novelas donde el fin moral no llegó a vencer las asperezas de la forma, hay otras por las cuales pertenece su autor con pleno derecho a la estirpe de los creadores de almas. Sotileza y Muergo, el Padre Apolinar, los marineros de *La Lera* y de *El fin de una raza*, don Gonzalo y Patricio Rigüelta, el hidalgo don Lope sobre su potro de piedra, el espolique Macabeo, el Lebrato y el Josco, el supersticioso avaro de *La Puchera* y el visionario descubridor del tesoro, no son leves sombras que desaparecen con alado pie por las puertas del sueño, sino figuras de tal pujanza y relieve, tan sólidamente construídas como si las hubiese tocado el pincel de Velázquez. Dentro del naturalismo español, los lienzos de Pereda tienen un valor solamente comparable con el de la antigua novela picaresca. En el cuadro de costumbres, en la sátira política, en el idilio rústico, en la tragedia del mar ávido de humanas vidas, en todos los géneros donde estampó su huella, fué el más radical innovador de la literatura de su tiempo. Y fué también incontestable maestro de la lengua, tan distante del arcaísmo como del neologismo, bebida en la fuente popular más que en los libros, admirable en la descripción y en el diálogo, rico

de sabrosos elementos dialectales: lengua de mil inflexiones diversas, unas veces acre y salina como las emanaciones de la resaca, otras alborozada y jubilosa como los prados después de la lluvia.»

Después juzgó al hombre, trazando su fisonomía moral como sólo la augusta palabra de Menéndez Pelayo podía trazarla, con más seguridad y más energía que las de la piedra que recuerda su nombre. Y dijo:

«No fué Pereda literato profesional, sino un hidalgo que escribía libros, donde se refleja su espíritu creyente y castizo, donde se aprende a vivir bien y a morir mejor. Providenciales aparecen tales hombres como éste, y su literatura es el reconstituyente más enérgico que puede aplicarse a la generación que hoy crece, marchita de voluntad antes de haber vivido, y enferma de escepticismo antes de haber pensado. De Pereda puede decirse como se dijo de Walter-Scott, que era el más sano de los hombres. Esta buena salud moral de que disfrutó siempre le mantuvo tan alejado de las quimeras del falso idealismo como de la baja y abyecta sumisión a las torpezas del natural tosco y feo. Su arte noble y varonil, que nunca halagó muelles instintos ni frívolas pasiones, continúa haciendo bien, aun en obras de pura recreación y cordial alegría. Inspira reverencia

ante el misterio de las cosas, simpatía por los menesterosos y los pobres de espíritu, amor a las dulces intimidades del hogar, a las humildes y silenciosas virtudes domésticas, a las reliquias de la tradición, que susurra «al amor de los tizones» los infantiles y eternos oráculos de la poesía humana. No hay página en sus libros que un moralista pueda mirar con ceño, y son muchas las que contienen altísimas enseñanzas, tanto más eficaces cuanto más inesperadas. Fué el alma de Pereda íntegramente cristiana, con práctico y positivo cristianismo, y nunca voló más alto su numen que el día en que purificado por el dolor, se arrojó con filial confianza en brazos del Padre amorosísimo, después de un inmenso infortunio. Entonces Dios recompensó su fe, haciendo pasar por sus labios el ascua inflamada de los profetas de Israel, y sosteniendo sus brazos para que orase sobre las cumbres y se desatase su voz en lluvia de bendiciones al Altísimo.»

¡Qué soberana majestad tuvo el acento de aquel gran español que fué maestro de todos! Cuando su discurso llegaba al fin, las manos le temblaron y la voz parecía querer detenerse, contenida en el alma, de donde salía, por los frenos de la emoción. Iba a dirigirse a Dios, al pueblo montañés y al mismo Pereda en una imprecación llena de ternura. Elevó

gallardamente la cabeza, levantó la voz, dándola sones más robustos, y siguió hablando con los ojos llenos de lágrimas:

«¡Quiera Dios que de ese bronce y de esa piedra que hoy inauguramos, surjan, como enjambre de espíritus alados, buenos pensamientos y buenas palabras, que se posen en los labios de nuestras doncellas; que enciendan en casto amor el corazón de nuestros mancebos; que ahuyenten de nuestra ciudad la discordia y la miseria; que fortalezcan todo propósito viril, toda acción generosa; que hagan germinar copiosa mies de ciencia, y lo que vale más, de sabiduría práctica, para que podamos legar a nuestros descendientes una herencia no indigna de la que nos dejó Pereda. Y tú, mi inmortal amigo, parte grande de mi alma, amigo de los de mi sangre antes que yo naciese, permíteme que sea hoy heraldo de tu gloria en esta tierra que tanto ennobleciste, donde nunca el hacha taladora llegará a abatir el roble cántabro que corona tus sienes, ni dejará de velar tu sueño el mar, tu confidente y siervo fiel, que yace a tus plantas como lebrel atraillado por tu genio!»

Por la noche, el mar agitó las poderosas fuerzas de su seno y tuvo sordos y confusos rumores; el ábrego cruzó la bahía cabalgando sobre sus ondas y sacudió a la ciudad con el

látigo de sus ráfagas... Pero el huracán duró poco. Cuando se aplacaron sus fuerzas y en el aire se desgarraron los nubarrones que lo entoldaban, dejando paso a las primeras luces del amanecer, envió la altura su caricia de lluvia como un beso del cielo para las sienes del maestro.

Aquella misma noche se celebró en el teatro Principal una velada en honor del insigne montañés. Los poetas hablaron, dedicando sus versos al genio inmortal que los unía en una fiesta de fraternidad y de amor, como son todas las del Arte. Ramón de Solano cantó a la estatua y ponderó su grandeza con estos levantados y viriles acentos:

Nervios y corazón; mente y entraña,
alma sensible y fantasía inquieta,
recio vigor, robado a la Montaña,
espíritu español, voz de Poeta.
Escultor: así fué y así le viste;
por eso le pusiste
fundido en duro bronce de cañones,
encima de las rocas de Escobedo,
como altísimo ejemplo a los varones
que van «Peñas arriba» con denuedo,
escalando del Arte las regiones,
la Patria por amor, la Cruz por credo.
Enemigo y azote de vulgares,
con ansia de verdad, con sed de artista,

bebió en Naturaleza sus cantares;
por eso tu cincel mató la arista
en los fríos, monótonos sillares
y no dejaste allí bloques severos,
buenos para las glorias militares,
para sabios o nobles o guerreros
que, con alto pensar o fuerte mano
domar supieron a la ignara turba,
mas no para aquel Genio soberano,
espíritu leal, alma selecta,
que en Arte amó lo grácil de la curva
y en su vivir lo justo de la recta.
Es monte el pedestal, como la vida,
los caminos estrechos, tortuosos,
y en la áspera subida
si braman fieras y si rugen osos,
hay una cruz en la espesura erguida,
faro de paz, cuya radiante lumbre
enseña al peregrino
el seguro camino
que, entre rocas, conduce hasta la cumbre.
Y si es la cumbre la perenne gloria
por el mágico artista conquistada,
es la cruz la divina ejecutoria
de un alma valerosa y esforzada...
De una sublime página arrancada
—mejor, de un corazón—será en la Historia
aquella cruz, quien a los siglos cuente
que fué el «maestro» espíritu valiente,

alma cristiana, corazón gigante,
que vió al dolor obscurecer su frente,
y levantó entre el trágico torrente,
la vista al cielo, y exclamó: ¡Adelante!
Tuvo del Genio la impulsión altiva,
dióle el Arte valor, la Fe consuelo,
lloró, rezó, cantó «Peñas arriba»,
llegó a la cumbre y descansó en el cielo.
¿Qué pedestal buscar que fuese emblema
de su gloria suprema?
¿Qué pedestal mejor que sus cantares?
¿Qué símbolo mejor que aquel poema,
niebla del monte, espuma de los mares,
en el que hablan las nieblas y la espuma
por el mágico influjo de su pluma?
¿Qué pedestal, maestro,
se pudiera encontrar a tu figura,
si el Artífice, diestro,
no hubiera, por ventura,
llevado tu «escultura» a su escultura?

Y yo, que por merced inapreciable, llevé mi lírica ofrenda al homenaje, di a leer otros versos en recuerdo de las dulces heroínas de los libros peredianos y en mezquina prenda de gratitud por las generosas emociones que les debo:

Apagado el murmullo de la turba mundana
entre sombras envuelta, la escultura quedó:
sólo vibran los ecos de una voz soberana
con el mágico hechizo que en el monte prendió.

Mansa luz de los cielos en el aire cernida
descendió esplendorosa como un rayo fugaz,
y en la frente de bronce se posó estremecida
como ofrenda preciosa de quietud y de paz.
Palpitaron gozosos los robustos sillares,
en la sombra tuvieron fuerza, vida y calor,
y formaron un templo de sagrados altares
para el Arte y sus genios como corte de amor.
Coronada la frente por la blanca aureola,
la figura de bronce destacaba ideal,
medio envuelta en los pliegues de la capa es-
[pañola,
con el gesto gallardo de una raza inmortal.
Duro el rostro moreno de marcial hidal-
[guía,
que iluminan los ojos con espléndida luz,
es un prócer-poeta de gentil bizarría,
guardador en su torre del blasón y la cruz.
Como un hada del bosque, del obscuro ra-
[maje
sale el cuerpo arrogante de una hermosa mu-
[jer,
maga, diosa o pastora del callado frondaje,
maravilla del genio de invisible poder.
Torneados los brazos, alto el seno robusto,
yergue el cuerpo macizo con gentil majestad;
sobre el plinto de carne del espléndido busto
brilla el rostro aguileño con azul claridad.
En los recios sillares de la roca sagrada

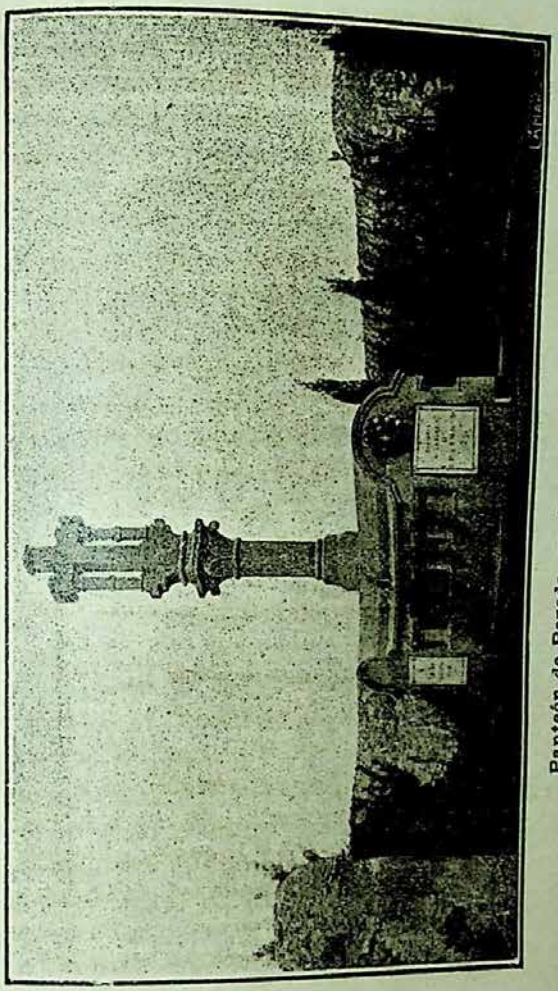
el clavel de sus labios reverente posó,
y elevando a la altura la amorosa mirada
un raudal de palabras el silencio rompió.
Tal exclama...—«Tu genio con un soplo de
[vida
en el mundo del Arte me hizo reina inmortal;
voy cruzando la tierra como senda florida,
entre un himno de gloria soberano y triunfal.
Tú me diste por trono la oquedad de una
[roca
junto al mar ondulante como límpido tul,
y con sales marinas refrescaste mi boca
y pintaste mis ojos de fantástico azul.
Hija ruda del pueblo, fué la calle mi cuna,
en sus rústicas manos pan y abrigo encontré,
y en la playa, a los besos de la plácida luna
en regazo de amores con un cielo soñé.
Ya soy musa del pueblo que me dió nombre
[y vida
cuando el Arte mi frente con sus alas tocó:
soy la voz de la raza que lloraste perdida
como un mundo de atletas que a lo lejos quedó.
Soy nobleza, hermosura, corazón que se in-
[flama,
oro, luz, sangre, espuma y alegría y placer;
soy quien vela tu sueño, quien aumenta tu
[fama,
quien te ofrece su ardiente corazón de mujer.»
«Sotileza—dijeron las que velan tu gloria—

lleva al Genio en tus manos un mensaje de
[amor...
Y yo vengo a tus plantas para honrar tu me-
[moria
con el tierno mensaje de tus hijas, señor.
Flores son que en los campos del risueño
[Cumbrales,
para hacer tu corona, Catalina plantó,
hojas son florecidas en los altos breñales
que en Tablanca la mano de Lituca arrancó.
Puso en ellas un beso la amorosa Pilara,
las ungió de tristeza con sus lágrimas Luz,
les dió Inés el moreno resplandor de su cara
y Agueda el manso duelo de su vida y su
[cruz.»
Se apagó el dulce acento que el silencio
[rompía,
sollozó Sotileza de la estatua a los pies
y envolvió al bardo prócer de gentil bizarría
una lluvia de flores del jardín montañés.
Tembló un rayo de luna que cayó mansa-
[mente,
agitóse el ramaje con ligero temblar
y a lo lejos las aguas de la adusta rompiente
preludiaron la inmensa sinfonía del mar.

Así fué la fiesta con que se inauguró la estatua dedicada al escritor montañés. Andando el tiempo, propuse yo en un periódico que todos los años, al cumplirse el aniversario de la

muerte de Pereda, los niños de las escue as deshojaran en el monumento, bajo la sombra de bronce del maestro, flores de los huertos montañeses. La idea no era nueva; pero la inspiraban el amor a la tierra y la admiración a su poeta. En Cataluña, se recuerda anualmente la muerte de Mosén Cinto y se reverencia su gloria, llevando en procesión sentimental a los niños, para que con sus manos vírgenes depositen flores sobre la tumba del cantor de *La Atlántida*.

¿No es Pereda la más genuína representación del pueblo, de la región y de la raza? ¿No pintó sus paisajes, describió sus costumbres y cantó y ennobleció con su arte cuanto había en ellos de castizo y de original? ¿No ha hecho su nombre inseparable del nombre de su tierra, según su mejor crítico, y la incorporó, además, a la geografía poética del Universo? Pero algunos sabihondos se sonrieron y otros encogiéronse de hombros. Y ninguno hizo caso, siquiera por atención y respeto a la honradez del propósito. Cosucas...



Panteón de Pereda, en el cementerio de Polanco.

IV

«Hero y Leandro»

Desde la publicación de *Pachín González*, la novela de la tragedia santanderina, se esperó en vano un nuevo libro de Pereda. ¿Qué hará el maestro?—se preguntaban los montañeses más de una vez—. ¿Qué nuevas ideas bullirán en su cerebro? ¿Qué nuevos episodios estarán prontos a salir de su pluma?

El maestro no respondió. En su retiro de Polanco había asistido a la pérdida de nuestro poderío colonial y había sentido en lo más hondo de su alma las tristezas de la patria. Los desastres de Cavite y Santiago encendieron su corazón en santa rebeldía contra los políticos ineptos que llevaron a España a la derrota. Era como un león, que sacudía la

melena en protesta contra las ligaduras que le ataban. Veía las casas montañesas entristecidas y desiertas; los pueblos sin el aliento de la juventud trabajadora; los huertos y las mieses abandonados al débil esfuerzo de ancianos y mujeres. La esperanza de los hogares se la había llevado la guerra, para devolverla hecha un montón de carne enferma y dolorida o pagarla con una carta portadora de una noticia de angustia y de luto. Y todo para que en la Historia española se escribiera una página gloriosa a fuerza de ser heroica y sangrienta. Sabía también que los soldados montañeses habían derramado generosamente su sangre en las lomas del Caney, ganando una corbata de San Fernando para la bandera del batallón de Cantabria. Y él, que tenía este sagrado nombre sobre su corazón, consolábase un poco de sus aflicciones, y sentíase orgulloso del valor y del temple de su raza. Luego, vino el ignominioso Tratado de París y con él la repatriación del Ejército, aquel triste llegar a nuestras costas de cadáveres que andaban como sombras vistas en sueños. Eran los últimos resplandores del sol de la leyenda española, el sol radiante que en un lejano día no tuvo ocaso... Eran los postreros destellos del romanticismo español, que arboló su bandera, como el penacho de su gloria, en el tope

de unas naves construídas con débiles trozos de madera. Acaso, el maestro vió después el pobre cementerio de la isla de Pedrosa, cuya tierra cubre los huesos de muchos héroes anónimos. Aquella visión del suelo sagrado, lleno de zarzas y de espinos, sobre el cual no se colocaban coronas, ni se deshojaban flores, ni se rezaban plegarias; la vista de aquel apartado rincón de abandono y de olvido, hizo brotar en su cerebro la chispa creadora. Y pensó en la novela de los repatriados.

Salido de su pluma, aquel libro hubiera tenido la grandeza de *La Debacle*. España era entonces, y sigue siendo para vergüenza de los que la gobiernan, un tren que se despeña entre sombras y sin frenos. El héroe perediano sería un mozo montañés, de «peñas arriba», que entre la podredumbre de aquellos días de lamentable memoria, iba de tumbo en tumbo y de ruina en ruina, hasta caer, vencido y olvidado, en la fosa de un lazareto. Pero el libro no se escribió, ignorándose los motivos. Solamente se sabe que Pereda pensó en él y que lo abrigó con el calor de su corazón y de su cerebro, durante muchas tardes pasadas en las solitarias alturas de Cotejón, al lado del pobre campo-santo aldeano donde él hizo labrar su sepulcro.

Siguió, pues, esperándose un nuevo libro

del maestro. Poco antes de su fallecimiento, se habló de uno que se titularía *Hero y Leandro*. Ya no hubo dudas. Pereda trabajaba y su genio se disponía a dar a la literatura otro fruto lozano. Pero tampoco este libro se escribió: el insigne poeta de Cantabria desistió de su empeño, sin que a nadie declarase la causa. Después de su muerte, el *Boletín de Comercio*, de Santander, publicó una cuartilla, la segunda, y la revista *Armonía*, de Gerona, insertó otra, la primera. Es lo que hasta el presente momento se conoce de la última novela cuyos lances y episodios acarició el glorioso maestro por algún tiempo.

Hero y Leandro iba a ser una novela de idilio y de tragedia, y en cuyas páginas brillarían unos ojos verdes de mujer bravía, medio montés y medio marinera. Unos ojos de misterio y de enigma, verdes como son los del tigre, como es el mar en calma bajo la luz de los atardeceres melancólicos, verdes como una prodigiosa esmeralda y como aquellos de la leyenda becqueriana que atrajeron al abismo de la fuente encantada al enamorado primogénito de Almenar. Lo que de ella se escribió fué guardado por algún tiempo, por don Federico de Vial, quien lo cedió después al Museo Municipal santanderino. Allí se guarda ahora, sin las cuartillas que fueron reproducidas en ocasiones diferentes. Sin duda se han perdido.

Copiado lo que en las publicaciones ya citadas se publicó, no tiene enlace. Todo, sin embargo, se trae a las páginas de este libro, porque así tendrán el valor que mi pobre ingenio no supo darlas. Escuche el lector con reverencia, porque habla el maestro, con los mismos robustos sones con que habló en *El sabor de la tierruca* y en *Sotileza:*

«Una línea de costa al norte de España, en la región... ¿qué más da una que otra? Figúrese el lector el pedazo de esa línea más áspero e irregular, el más avanzado y expuesto a los furores y embestidas del Cantábrico; el de más extensos horizontes marinos; una docena de casucas dispersas y como arrojadas allí por el oleaje de una tempestad, en un repliegue del terreno menos indócil a los trabajos del cultivo; la casuca más vieja de todas ellas, sobre el punto más alto de aquel perfil, casi en el vértice mismo del ángulo que esta parte de la costa forma con la mar y un ancho brazo de ella que se introduce en la tierra; al otro lado de este brazo, otra como barriada semejante a la primera; después, a derecha e izquierda, la línea prolongándose hasta perderse de vista, y serpeando caprichosamente, formando senos

y puntas, y en todas partes descubriendo su esqueleto desnudo y carcomido por el azote de la fiera en sus tremendas acometidas; . . . . .

. . . . . .

»Bajando por el escabroso sendero que arranca de la casuca solitaria, y se une en el entrellano con otras semejantes, que proceden de las dispersas, se llega a una ensenadita que, por la situación y forma viene a ser como la axila de aquel brazo, en la cual se guarecen unas cuantas embarcaciones de pesca, sujetas con sendas amarras de esparto a otros tantos pilotes clavados a la orilla del rincón más abrigado. Huertos mal cerrados por paredillas transparentes de piedras toscas y desiguales, contiguos a las casitas; anchos retales de braña verde, un poco más lejos, donde picotean patos y gallinas y hozan puercos de recría; alguna cabra en la sierra que asciende poco a poco hacia el sur, lo bastante para que desde la barriada no se vea, por aquel lado, otra porción de mundo que la comprendida entre la loma y el mar. Al primer pueblo que hay a la parte de allá de la loma no se llega a un buen andar, en menos de tres cuartos de hora, la mitad que a la villa ribereña, bogando dos personas de buenos puños. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

»ría arriba, ría arriba, en un barquichuelo desde la ensenada.

»Del aire y del tufo de los pocos seres que de ordinario rebullen entre las casucas de la barriada, de los objetos que se ven arrimados a sus muros, o tendidos en el suelo o sobre las paredillas de los huertos, y del abandono en que están las inmediatas tierras laborables, aun sin fijarse en el dato concluyente de las barquillas que huelgan en la ensenada, deducirá bien pronto el observador menos lince que, sin la excepción de uno solo, todos los habitantes de la barriada son pescadores o viven de la substancia de este arriesgado oficio.

»El origen de aquella mínima colonia no es seguramente de los que «se pierden en la noche de los tiempos». En la villa ribereña que se ha mencionado hubo un matrimonio que, después de perder varios hijos, sacó de la Casa-cuna de la ciudad un niño, no se sabe bien si por la golosina del pobre estipendio que valía a la mujer el trabajo de amamantarle a sus pechos, o por el noble deseo de reemplazar con él el pedazo de sus entrañas, muerto a las pocas semanas de nacido. Lo cierto es, que, andando los meses, el inclusero fué llenando en la casa y en los corazones de sus habitantes el vacío que en ellos había

dejado la muerte del hijo verdadero, y que cuando pasó el tiempo de la lactancia, y cesó con tal motivo la mezquina retribución a que daba derecho aquel augusto trabajo, en todo pensó la honrada mujer menos en devolver a la Inclusa aquel «rollo de manteca», formado con el jugo de su sangre. «Ni aunque Dios nos diera otros diez hijos, ¿no es verdá?» decía en una ocasión, manoteando al chiquitín y mirando a su marido. «Ni con otros veinte encima», le respondió el buen hombre, pasando también su manaza callosa dulcemente por los rizos encrespados del incluserillo, que tendido en el regazo de su madre les miraba a los dos con los ojos dormilentos, chupándose el dedo pulgar y perneando a diestro y siniestro. Pero ni veinte, ni diez, ni un solo hijo volvió a tener aquel matrimonio, por lo que el apego de éste al niño inclusero fué creciendo de día en día hasta llegar al amor paternal más extremado. El hombre era medio labriego y medio pescador; y el rapaz que resultó fornido y cariñoso, se arrimaba cuanto podía al trabajo de su «padre», pero con preferencia al de la mar.

»Como si sospechara su procedencia, andaba muy temeroso en todas partes, y no se mostraba exigente con nadie ni para nada, lo cual se traducía por «cortedad de genio» en su casa,

único sitio en que se le veía expansivo y descuidado. Bien seguro estaba él de que allí se le quería de veras: se lo decía, se lo afirmaba su corazón agradecido.

»Siete años contaba apenas cuando llegó por primera vez a sus oídos la palabra *inclusero*. El motivo de ello fué insignificante: un choque, muy poco más que un rozamiento involuntario con otro niño que jugaba cerca de él. «¡Inclusero!» Jamás había oído aquel vocablo, ni sabía lo que significaba; pero el tono de la voz, el ademán de ira, el son de afrenta y menosprecio con que le había sido lanzado, como una piedra con honda...

»Se puso rojo de vergüenza; después se echó a llorar amargamente, y por último corrió a referir el caso a su «madre» y a pedirle la respuesta que necesitaba; pero la buena mujer se guardó muy bien de decírsela y salió del compromiso echando pestes contra el deslenguado rapaz. Con el «padre», a quien acudió en consulta después el inconsolable incluserito, le sucedió lo propio: indignaciones, y truenos y rayos contra «el difamador», y nada en limpio para el difamado... Hasta que dió éste un poco más tarde con una vecina de lo más charlatana, entrometida y oficiosa que había en el pueblo, y se lo aclaró todo a su manera, acabando para que lo entendiera mejor por ponerle a él mis

mo por ejemplo de «la cosa». Cegó con ello el infeliz y se quedó como si le hubiera partido un rayo. Se calló como un muerto y ni en su misma casa volvieron sus labios a pronunciar una sola palabra que tuviera la mas remota conexión con aquella idea que le quitaba el sueño y las ganas de comer. Admiró a su modo a aquellos protectores que pudiendo plantarle en medio del arroyo, continuaban amándole como a un hijo verdadero, y se maravillaba de que fueran tan generosos que una vez siquiera no le echasen en cara su infamante condición. En este ambiente de tristeza y cavilosidades, siempre sobresaltado y receloso, fué creciendo, sin otra distracción que el trabajo, ni otro estímulo que el de aliviar del suyo al hombre a quien tenía por padre. Era forzudo y valiente, y andaba en la ría y en el mar como en las tierras de labor. Sólo le daban miedo las miradas de las gentes; y sin embargo, de nadie pensaba mal sino de aquellos... de aquellos desnaturalizados que le habían arrojado a él desde el seno de su madre al boquerón del torno de la Inclusa, si es que no le habían abandonado en el pórtico de una iglesia, metido en una cesta entre cuatro pingajos inservibles; porque sobre estos particulares nada había querido averiguar él después de oir los relatos de la vecina que le descifró el misterio de la

palabra ignominiosa que continuaba resonando en sus oídos. «Señor—se decía siempre que caía en estas cavilaciones—¿por qué hay en el mundo hombres... y mujeres, con entrañas más duras que las mismas fieras, que no abandonan a sus hijos y hasta dan la vida por ellos? ¡Pícaros! ¡Desalmados!»

»Así pasaron meses y años; estuvo tres de ellos en el servicio de la Armada, por su condición de matriculado, y pensó que con esta ausencia tan larga y un cambio tan radical de vida y costumbres «se olvidaría todo» en el pueblo; pero tampoco le salió bien ajustada esta cuenta, pues cuando volvió a él se encontró con lo de siempre: la sospecha de que le miraban «de mal ojo»; y en la actitud recelosa y huraña en que estas no bien fundadas impresiones le ponían, continuó siendo como siempre, el primero en el trabajo, pero de propio intento el último y el más callado en las filas o en los corrillos de «la hermandad» de mareantes a que pertenecía. Además, cayó enfermo el hombre que le llamaba hijo, y se murió en cuatro días. A los tres meses le siguió al otro mundo la mujer a quien él llamaba madre; y al verse solo en la casa, aunque era ya de su propiedad, por voluntad expresa de los finados, como toda la pobreza que a ellos había pertenecido, y considerándose solo también

en el mundo, acabó de amilanarse; y no hizo entonces la barbaridad de tirarse de cabeza a la ría con un rizón al pescuezo, porque era hombre de fe bien remachada, y no se creyó con derecho de disponer de lo que no era suyo.

»Pues ¿qué pito tocaba ya en la tierra ni en la mar? ¿Para qué ni para quién trabajaba en la una y en la otra?

»Entonces pensó en algo en que había recreado muchas veces su pensamiento.

»Bien cerca de su casa vivía la que podía llenar el desamparo de la suya y hasta el vacío de su corazón: Una moza como unas perlas y de un genial afable y compasivo. Era pobre de bienes porque sus padres vivían de prestado, al paso que él ya no lo era con lo heredado de sus bienhechores; no tenía vicios ni le hacía ascos al trabajo, y de estampa, aunque le estuviera mal el decirlo, andaba bastante bien. No abundaban en el pueblo los novios de esas condiciones para las mozas como *ella*... ¿por qué no intentar una salida de su negra situación por esa puerta? Peor que corrían las cosas para él, no habían de ponerse, y el *no* consigo lo llevaba.

»Atrevióse un día y se lo dijo, con el corazón en la mano. «Qué lástima hombre—le respondió ella sinceramente condolida—; qué

lástima que seas... lo que eres, porque fuera de esa tacha, no tienes otra.» . . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Héroes de las novelas de Pereda, campesinos y mareantes, fuertes hijos del campo y del mar; infanzones y solariegos, recios sustentadores de las virtudes españolas; mujeres apacibles y fecundas, plenas de belleza y de salud; fieles criados, austeros patriarcas, ingenuos pescadores, todos espejo de fidelidad y de honradez; seres que nacísteis a la vida del Arte por su soplo inmortal y recibísteis de su pluma el noble acento de la castiza fabla de Castilla... Ahora que se apagó la voz del genio, a punto de empezar una nueva historia, id hacia él, acercáos a su morada de paz y de silencio, en el humilde rincón aldeano que señorean los brazos de una cruz. Id en la calma de la tarde que muere, o en el misterio de la noche, que tiene sosiego de claustro bajo los besos de la luna. Decid junto a las piedras que lo guardan que sois los centinelas de su sueño y el vivo acento que lo recuerda en el mundo. Hacedle regalo de vuestra lealtad y ofrenda de vuestro amor. Llevadle musgo de vuestras ruinas, yedra de vuestras casas solariegas, algas de vuestras costas, rosas de vuestros huertos, azucenas y li-

rios de vuestros valles, espumas de vuestros ríos, verdes ramas de vuestros bosques centenarios... Llevadle zarzamoras y alisas, pasionarias y violetas, madreselvas y malvarosas... Hojas de brezo y de laurel, de mirto y de arrayán... Cedro cogido en selvas aromáticas, roble arrancado en montes seculares, acanto desprendido de un capitel corintio...

Y tú, maestro insigne, cuyo espíritu vaga entre la niebla, para acercarse entre sus velos al mar, descender al valle, escalar las cumbres y besar el remanso de los ríos, recoge en tus manos la ofrenda de los hijos de tu fantasía. Es un regalo que quiere decir quietud, nobleza, gloria, amor, poesía, fuerza, arte, inmortalidad... Un regalo que las musas hallaron, para placer de los poetas, en los huertos claustrales, en los cármenes de Oriente, en las selvas del Líbano, en los bosques de Cantabria y en los campos claros y sonrientes que tachonan de azul los propicios cielos de Grecia. Lo afrecen para tu frente ungida por los dioses, los que te deben, con la vida, la gracia y el aplauso. Míralos junto a la tierra que te cubre, en el santo rincón de la aldea, llorosos y abatidos. Son estatuas que cincelaste a golpes de tu pluma y animaste con tu soplo creador, dando a sus cuerpos energía y ritmo y poniendo en sus lenguas el hermoso romance de tu raza. To-

dos salieron de tus libros, mezcla de ve-
de sueños, de quimera y de realidad. Son
ellos... Los guardianes de tu nombre, los cen-
tinelas de tu sepulcro.

Son los héroes que tienen con tu historia
su fantástica historia confundida:
tú les diste la vida,
y ellos en cambio velarán tu gloria...

Madrid, diciembre, 1918.

rios de vuestros valles, espumas de vuestros ríos, verdes ramas de vuestros bosques centenarios... Llevadle zarzamoras y alisas, pasionarias y violetas, madreselvas y malvarosas... Hojas de brezo y de laurel, de mirto y de arrayán... Cedro cogido en selvas aromáticas, roble arrancado en montes seculares, acanto desprendido de un capitel corintio...

Y tú, maestro insigne, cuyo espíritu vaga entre la niebla, para acercarse entre sus velos al mar, descender al valle, escalar las cumbres y besar el remanso de los ríos, recoge en tus manos la ofrenda de los hijos de tu fantasía. Es un regalo que quiere decir quietud, nobleza, gloria, amor, poesía, fuerza, arte, inmortalidad... Un regalo que las musas hallaron, para placer de los poetas, en los huertos claustrales, en los cármenes de Oriente, en las selvas del Líbano, en los bosques de Cantabria y en los campos claros y sonrientes que tachonan de azul los propicios cielos de Grecia. Lo afrecen para tu frente ungida por los dioses, los que te deben, con la vida, la gracia y el aplauso. Míralos junto a la tierra que te cubre, en el santo rincón de la aldea, llorosos y abatidos. Son estatuas que cincelaste a golpes de tu pluma y animaste con tu soplo creador, dando a sus cuerpos energía y ritmo y poniendo en sus lenguas el hermoso romance de tu raza. Todos salieron de tus libros, mezcla de verdad y de sueños, de quimera y de realidad. Son ellos... Los guardianes de tu nombre, los centinelas de tu sepulcro.

Son los héroes que tienen con tu historia
su fantástica historia confundida:
tú les diste la vida,
y ellos en cambio velarán tu gloria...

Madrid, diciembre, 1918.

rios de vuestros valles, espumas de vuestros ríos, verdes ramas de vuestros bosques centenarios... Llevadle zarzamoras y alisas, pasionarias y violetas, madreselvas y malvarosas... Hojas de brezo y de laurel, de mirto y de arrayán... Cedro cogido en selvas aromáticas, roble arrancado en montes seculares, acanto desprendido de un capitel corintio...

Y tú, maestro insigne, cuyo espíritu vaga entre la niebla, para acercarse entre sus velos al mar, descender al valle, escalar las cumbres y besar el remanso de los ríos, recoge en tus manos la ofrenda de los hijos de tu fantasía. Es un regalo que quiere decir quietud, nobleza, gloria, amor, poesía, fuerza, arte, inmortalidad... Un regalo que las musas hallaron, para placer de los poetas, en los huertos claustrales, en los cármenes de Oriente, en las selvas del Líbano, en los bosques de Cantabria y en los campos claros y sonrientes que tachonan de azul los propicios cielos de Grecia. Lo afrecen para tu frente ungida por los dioses, los que te deben, con la vida, la gracia y el aplauso. Míralos junto a la tierra que te cubre, en el santo rincón de la aldea, llorosos y abatidos. Son estatuas que cincelaste a golpes de tu pluma y animaste con tu soplo creador, dando a sus cuerpos energía y ritmo y poniendo en sus lenguas el hermoso romance de tu raza. To-

dos salieron de tus libros, mezcla de verdad y de sueños, de quimera y de realidad. Son ellos... Los guardianes de tu nombre, los centinelas de tu sepulcro.

Son los héroes que tienen con tu historia
su fantástica historia confundida:
tú les diste la vida,
y ellos en cambio velarán tu gloria...

Madrid, diciembre, 1918.

ÍNDICE

Páginas

Dedicatoria. v

LIBRO PRIMERO:

I.—El Teniers cántabro..... 3
II.—De Polanco a Santander..... 19
III.—De Santander a Madrid..... 35
IV.—En Santander y en Polanco..... 53
V.—Desde las «Escenas» a «Pachín»..... 75

LIBRO SEGUNDO:

I.—Entre damas y galanes..... 99
II.—Algo de «La Montálvez»..... 123
III.—Resquemores y comezones..... 141
IV.—La medalla de académico..... 177

LIBRO TERCERO:

I.—En lo más alto, la Cruz..... 197
II.—La rinconada de nuestro pueblo.... 217
III.—La Cruz de Alfonso XII. 231
IV.—La vida del hogar..... 241
V.—Pinceladas. 259

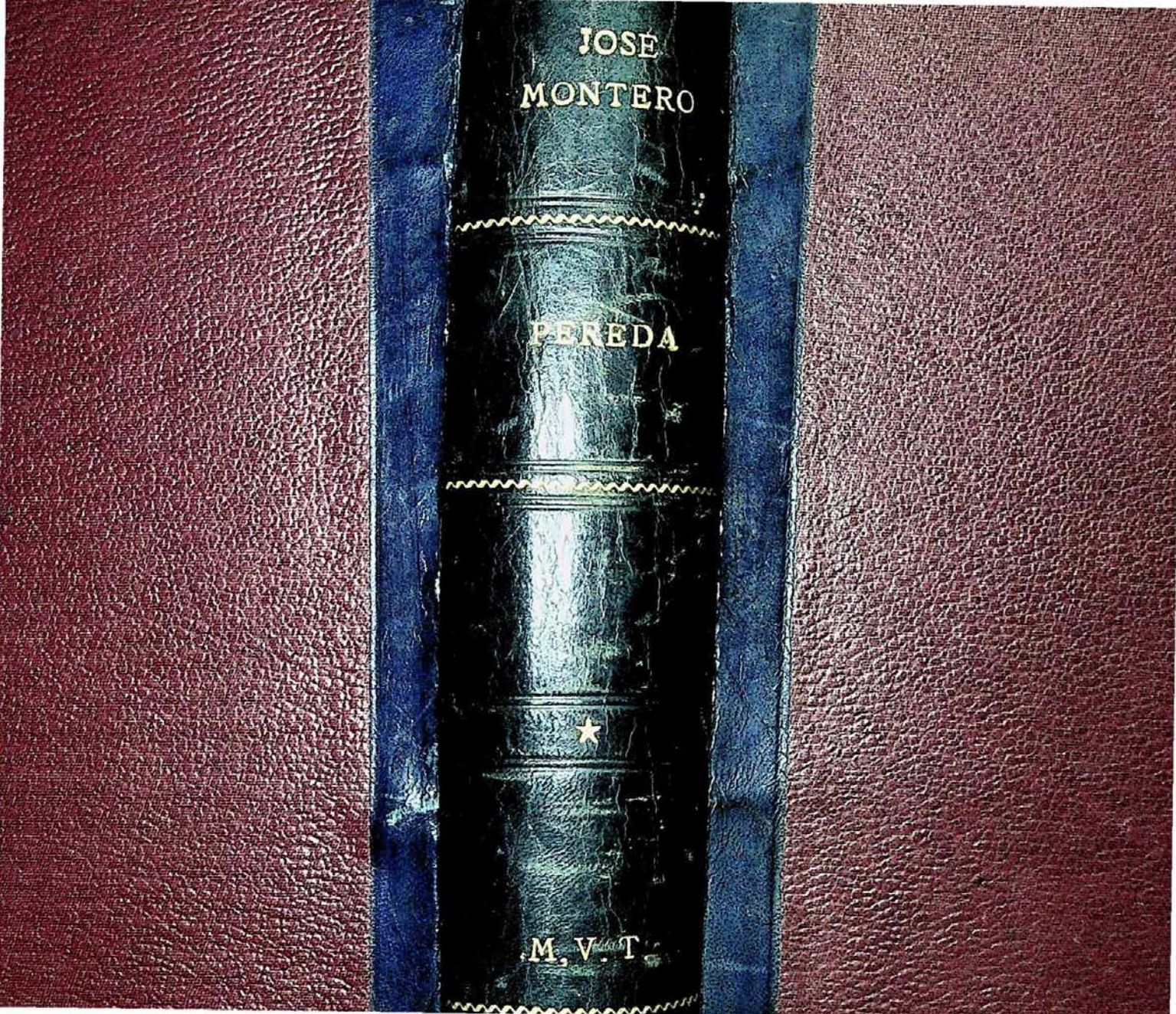
LIBRO CUARTO:

I.—La musa de la Montaña..... 271
II.—Casta de hidalgos. 289
III.—Corte de amor y de dolor..... 309
IV.—El Maquiavelo de Coteruco..... 323
V.—Tipos y paisajes. 339
VI.—Pereda y Galdós. 359

LIBRO QUINTO:

I.—El roble herido. 385
II.—Post morten..... 401
III.—Piedras y bronces..... 407
IV.—«Hero y Leandro»..... 429

ACABÓSE LA IMPRESIÓN DE ESTE
LIBRO, EN LA IMPRENTA DEL
INSTITUTO NACIONAL DE
SORDOMUDOS Y DE
CIEGOS, A 22 DE
MAYO DE
MCMXIX
AÑOS


JOSÉ
MONTERO
PEREDA
M. V. T.